



TESIS PARA OPTAR AL TITULO PROFESIONAL DE SOCIÓLOGA

María José Santa María Kraemer

PROFESOR GUÍA:

Octavio Avendaño

Octubre, 2012

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecerle particularmente a dos profesores que me ayudaron e inspiraron en la realización de esta investigación. En primer lugar, a Carlos Ruiz Schneider, por despertar en mí el interés por la historia y por el estudio del pensamiento popular, en un momento en que necesitaba encontrarle mayor sentido a todo lo aprendido. También me gustaría declarar mi profunda gratitud y reconocimiento a Octavio Avendaño, gran profesor y guía que me ayudo en todo momento a aterrizar y direccionar mis inquietudes; el compromiso que él demostró con este trabajo me permitió alcanzar la motivación necesaria para su elaboración.

INDICE DE CONTENIDOS

LA CONSTITUCIÓN DE LOS SUJETOS POPULARES DENTRO DEL MOVIMIENTO OBRERO: A MODO DE INTRODUCCIÓN.....	5
--	---

PRIMERA PARTE: MARCO TEÓRICO Y METODOLÓGICO

I.- ENFOQUE TEÓRICO GENERAL:

<i>I.1.- Relación acción/estructura.....</i>	11
<i>I.2.- Mediaciones Socioculturales de la Política.....</i>	154

II.- DIMENSIONES DEL PROCESO DE POLITIZACIÓN:

<i>II.1. Definición de 'lo político'.....</i>	21
<i>II.2.- Discurso/ Acción.....</i>	24
<i>II.3.- Acción Colectiva.....</i>	26

III.- ANTECEDENTES HISTÓRICOS:

<i>III.1.- Balance Historiográfico.....</i>	36
<i>III.2.- Formación Socio-Histórica de los Actores:</i>	
<i> Antecedentes Generales De Los Artesanos (1850-1890).....</i>	43
<i> Antecedentes Generales De Los Obreros Del Salitre (1890-1918).....</i>	53
<i> Principales Organizaciones Obreras.....</i>	66

IV.-EL METODO SOCIOHISTORICO.....	79
-----------------------------------	----

SEGUNDA PARTE: ANALISIS PROCESO POLITIZACIÓN

I.- DIMENSIONES DE ANÁLISIS:

I.1.- Discurso / Acción 85

I.1.a.- Discurso

1.- Nivel de autoreconocimiento de su posición económica-social y política 85

A.- Nivel de autoreconocimiento de los Artesanos de Santiago 86

B.- Nivel de autoreconocimiento de los Obreros del Salitre 93

2.- Reivindicaciones Concretas 99

A.- Reivindicaciones de los Artesanos de Santiago 100

B.-Reivindicaciones de los Obreros del Salitre 106

3.- Capacidad Propositiva..... 113

A.-Propuestas de los Artesanos de Santiago 114

B.-Propuestas de los Obreros del Salitre 120

4.-Construcción Ideológica..... 129

A.-Construcción Ideológica de los Artesanos de Santiago 129

B.- Construcción Ideológica de los Obreros del Salitre 135

5.- Concepciones Culturales..... 143

A.- Concepciones Culturales de los Artesanos de Santiago..... 144

B.- Concepciones Culturales de los Obreros del Salitre 151

I.1.b.- Acción

1.-Estrategias de Acción/ Medios de Lucha.....	156
<i>A.- Estrategias y Medios de los Artesanos de Santiago</i>	156
<i>B.-Estrategias y Medios de los Obreros del Salitre</i>	159
2.- Asociaciones sociales y políticas concretas.	167
<i>A.- Asociaciones de los Artesanos de Santiago</i>	167
<i>B.- Asociaciones de los Obreros del Salitre</i>	172
I.2.- Acción Colectiva	1812
II.- REFLEXIONES FINALES.....	187

BIBLIOGRAFÍA:

Textos Consultados.....	193
Periódicos Revisados	199
ANEXOS: TABLAS RESUMEN.....	201

LA CONSTITUCIÓN DE LOS SUJETOS POPULARES DENTRO DEL MOVIMIENTO OBRERO: A MODO DE INTRODUCCIÓN

El análisis de los procesos históricos del país puede tomar tantos caminos como historiadores existen. Dentro de la historia escrita, uno de los periodos que ha sido interpretado desde diversos autores, es la formación del Movimiento Obrero y su desarrollo. Situado tradicionalmente a fines del siglo XIX y comienzos del XX, el Movimiento Obrero Chileno representa el primer intento sociopolítico por reivindicar la posición de los trabajadores en la sociedad y alcanzar demandas históricas, relacionadas con las condiciones sociales y económicas de los sectores populares.

La importancia de este movimiento para la historia política del país, ocupó el tiempo de varios investigadores que se dedicaron a medir su influencia. Sin embargo, hasta mediados del siglo XX, la historiografía conservadora dominante, había hecho parecer que este levantamiento popular era el resultado de la pérdida de autoridad de las elites en la conducción del país, más que responder a un proyecto popular de genuina construcción. Sin embargo, desde la década del 50' en adelante, se revaloriza el rol que asumen los sectores populares en el devenir histórico y con esto, se reinterpreta el Movimiento Obrero como la consolidación del primer proyecto de clase de los obreros del país.

Una de las perspectivas más importantes que asume esta tarea fue la historiografía marxista, que enfatiza en la influencia de los fenómenos estructurales para la historia de los sectores populares. No obstante su gran contribución, al tratar de comprender la formación histórica de la clase obrera, por medio de las estructuras económicas y políticas del país, deja un vacío alrededor de los fenómenos que se explican en función de las relaciones internas de los sujetos y, por lo tanto, posterga el estudio de las clases sociales desde el nivel de la experiencia. El fenómeno político desde esta visión, queda supeditado a las fluctuaciones de procesos que suceden por sobre los individuos.

Avanzado el siglo se reconoce esta deuda teórica: el estudio preocupado por las estructuras sociales cede el paso al interés y al conocimiento de las prácticas culturales y sociales de los

actores. La historia se comienza a abordar “desde abajo”, promoviendo el estudio de las acciones diarias, organizaciones y aspiraciones de los protagonistas de los grandes acontecimientos. A través de esta *Nueva Historia Social*, el sujeto popular se rescata desde la multiplicidad de sus asociaciones horizontales y de su capacidad de construir proyectos alternativos al sistema dominante. Desde este momento, se destaca la importancia de los fenómenos microhistóricos y se discute con las teorías que plantean una relación causal directa entre los comportamientos de los sujetos y los cambios estructurales que vive la sociedad. A pesar de reconocer la interferencia de los factores económicos y políticos que suceden a nivel general, el mundo social y cultural de los individuos se comprende dentro de su propia dinámica. Bajo esta perspectiva, el fenómeno del Movimiento Obrero se puede observar como un proceso activo de formación, un devenir histórico que se suscitó dentro, y no fuera, de los actores populares.

Instalada desde una óptica sociohistórica, que funde en una sola propuesta teórica el estudio de un período histórico con el análisis fragmentado del proceso de constitución del sujeto popular, la presente investigación avanza sobre la trayectoria política de dos de los protagonistas más importantes del Movimiento Obrero, los artesanos de Santiago y los obreros del salitre, abordando, desde su propia interpretación y experiencia de clase, el *proceso de politización* que ambos enfrentaron y que dieron vida a este movimiento.

Los primeros, elegidos por representar el inicio de la sociabilidad política dentro del mundo popular y, los segundos, por ser quienes retoman y desarrollan con mayor fuerza el proyecto obrero revolucionario, logran expresar en su conjunto la continuidad del Movimiento Popular y, a su vez, diferenciarlo en dos etapas distintas. Cada uno condujo el movimiento respondiendo a sus propias particularidades históricas y, en ese sentido, es que se transformaron en íconos de dos momentos dentro del proceso formativo del sujeto político popular: los artesanos, representando el período mutualista y solidario que caracterizaron los primeros años del movimiento, mientras que los proletarios del salitre protagonizaron la etapa de lucha directa contra el capital, que culminó con las primeras organizaciones sindicalistas del país. A pesar de que existen otros actores que interfirieron en el Movimiento Obrero, como los trabajadores de Valparaíso, Talca, Lota, Coronel y Magallanes, por nombrar algunos, en esta oportunidad solo nos enfocaremos a los artesanos de Santiago y obreros de la zona

salitrera, dejando abierta la pregunta sobre la trayectoria particular del resto de los trabajadores del país.

El presente estudio, pretende observar la formación del Movimiento Obrero a través de las vivencias y experiencias de los propios trabajadores, de la propia interpretación y definición que hacen ellos de la lucha política que protagonizaron. Cuando se logra reconstruir un proceso histórico, a partir de la observación de los pensamientos y manifestaciones de los actores y a su vez, se les instala dentro de un contexto social, político, cultural y económico particular, se descubre a la sociedad en su pleno funcionamiento, la evolución de los individuos dentro de ella y el momento de origen de las nuevas ideas.

Solo de esta forma, se puede reconocer el momento en que se pone en marcha el proceso político que convierte a los individuos en *sujetos de la transformación* y a su vez, el tiempo en el que podemos hablar de una culminación de este mismo proceso. Así, entendemos que el *proceso de politización* se inicia cuando cierto grupo de individuos, excluidos de los mismos derechos y posiciones, logra interrumpir el funcionamiento normal del orden y proponer una nueva distribución de los recursos o, dicho de otro modo, una nueva forma de organización económica y social que les permita alcanzar esos derechos y posiciones y que, en los casos más desarrollados, se eleve como un nuevo proyecto de sociedad. Esto no implica que para que sea *político*, necesariamente el nuevo proyecto que encarnan se deba legitimar en el campo político del sistema o, como diría Gabriel Salazar, se convierta en un *discurso de legitimación sistémica*¹ y se imponga sobre otros, solo es necesario que se presente como una construcción colectiva de transformación social.

De esta forma, a través de un proceso de formación de *identidad colectiva*, los individuos que antes definían en forma relativamente individual sus principales problemas, creencias y acciones, ahora se reúnen y reinterpretan colectivamente su realidad, tomando conciencia de que forman parte de un grupo histórico que comparte las mismas necesidades y que, por ende, solo actuando en forma conjunta lograrán su reivindicación. En este contexto, los sujetos

¹ Para profundizar en este concepto consultar de Gabriel Salazar: "Proyecto histórico social y discurso político nacional. Chile, siglo XIX" en Loyola, Manuel y Sergio Grez (compiladores). *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*. Santiago: Ediciones UCSH, colección Monografías y Textos, 2002.

toman conciencia de la posición que *ocupan* en la sociedad en contradicción con la que *deberían ocupar*, de las principales causas de sus miserias y de la fuerza social que reúnen para revertir su situación.

El *proceso de politización*, así definido, es de carácter evolutivo y si bien presenta una duración indeterminada, pues siempre está en un continuo estado de cambio, encarna momentos en el que se consolida y se expresa a través de un proyecto político definido y defendido por un grupo que comienza a actuar como clase. En este sentido, cuando este proyecto se manifiesta en forma clara, precisa e inamovible, tanto en los *discursos* como en las *acciones* de los sujetos, podemos advertir que el proceso político ha llegado a un punto culmine, independiente de sus transformaciones futuras. Así por ejemplo, cuando los artesanos de Santiago a finales de 1890, representaban sus intereses en torno al Partido Democrático y defendían su proyecto social por medio del sistema político formal, estaban reafirmando una postura que se venía consolidando durante todo el siglo XIX y que culminaba con su baja participación en la huelga general de ese año. Por su parte, a finales de la segunda década del siglo XX, los obreros del salitre reunían las condiciones para consagrarse como genuinos representantes del proyecto revolucionario socialista y, a su vez, presentaban redes organizativas que les permitía desarrollarlo en toda su amplitud. Estos dos hechos, simbolizan uno de los puntos más altos dentro del *proceso de politización* particular en cada uno y marcan la consumación de una etapa histórica que se venía gestando en el seno de cada sector.

Por otra parte, la complejidad del fenómeno político merece que observemos en qué medida los elementos de las demás esferas de la sociedad, es decir, lo económico, social y cultural, intervienen en su desarrollo. Estas dimensiones se interrelacionan y van evolucionando en forma conjunta, de manera que las diferencias de los *procesos de politización* entre los artesanos de Santiago y los obreros del salitre, que finalmente los llevó a defender distintos proyectos políticos, responde a las particularidades de sus condiciones externas, que configuraron entre ellos distintas formas de sociabilidad y dinámicas de relación.

En este sentido, a pesar de que el Movimiento Obrero es uno solo, se constituyó de forma particular en los distintos segmentos del sector popular, por lo que se vuelve fundamental la observación disgregada de los protagonistas, de acuerdo con su participación y contribución a

éste. Si en un primer momento -debido a las transformaciones culturales y sociales que acarrió el crecimiento y modernización que experimentan las ciudades del país, principalmente Santiago y Valparaíso- fueron los artesanos quienes asumen el desarrollo de las primeras formas de sociabilidad política, serán los obreros de la zona norte - luego de la implantación del salitre como principal fuente productiva del país, que intensifica la explotación social y económica de los trabajadores - los que logran consolidar el movimiento y direccionarlo hacia un proyecto de clase . Por esto, es posible señalar que aún cuando el movimiento se pueda plantear cómo un proyecto único, donde convergen todos los intereses de los sectores populares, obreros del salitre y artesanos de Santiago tuvieron una trayectoria política particular que merece ser estudiada.

La prensa obrera, como fiel representante del discurso público de los sectores populares, nos permite observar a fondo los pensamientos y principales acciones de los trabajadores. Es con una de las pocas fuentes que se puede observar el despliegue del pensamiento obrero y la evolución que va experimentando. Son numerosos los estudios que explican la evolución política de ambos sectores desde la recopilación cuantitativa de datos empíricos y que operan en el nivel de las acciones concretas de los sujetos, nos referimos específicamente a la frecuencia en sus huelgas y manifestaciones. No obstante, esto solo permite obtener una visión general del movimiento y su transformación. Cuando nos atrevemos a definir la constitución del sujeto político como un fenómeno que está ligado a un proceso complejo, intervenido por variables culturales y sociales; cuando otorgamos la importancia de la construcción colectiva de una identidad, como proceso necesario para el desarrollo político de un grupo; y por último, cuando encontramos una fuente que nos permite distinguir los elementos centrales del comportamiento político, *acción* y *discurso*, parece insuficiente seguir observando la frecuencia de manifestaciones, sin ligarlo a los elementos discursivos e identitarios que lo interpelan y que expliquen las estrategias de acción concertadas y el contenido explicativo que las trascienden.

El carácter que asumió cada *proceso de politización*, ha sido develado entonces por la observación de la prensa en dos periódicos históricos. Primero, en el caso de los artesanos, se revisaron las publicaciones desde 1850, por representar el periodo en donde se empiezan a desarrollar sus primeras manifestaciones políticas autónomas, hasta 1890, año en que se

produce la baja de su injerencia en el movimiento político. Segundo, para los obreros del salitre, se analizaron los periódicos publicados entre 1890, en donde se incorporan públicamente en la escena política, visualizado en su participación en la Huelga General, y 1918, por ser el año en que se encuentra consolidado el proyecto obrero socialista y donde ha alcanzado su mayor expresión en organizaciones que reúnen en un solo frente a todos los trabajadores del país.

Finalmente, va a ser la forma que adquieran las acciones colectivas desplegadas por ambos actores en el periodo correspondiente, lo que irá definiendo su *proceso de politización* y los irá situando dentro de un proyecto colectivo. A nivel de discurso, hemos resuelto que, a grandes rasgos, estas acciones colectivas se expresan por medio de la declaración de sus principales posiciones políticas y económicas, de la definición de sus reivindicaciones y propuestas para solucionarlas, de la construcción ideológica de su pensamiento y de las nociones culturales que le dan significado a sus creencias y actos; a nivel de acción, a través del despliegue de estrategias y métodos concretos para alcanzar sus objetivos y de asociaciones sociales y políticas que los reúna física e ideológicamente en un terreno común. Así, estas variables, situadas en cada actor como parte de un único proceso formativo, nos ayudaran a comprender la complejidad de su devenir histórico y el resultado del Movimiento Obrero.

En los últimos tiempos en Chile, podemos encontrar muy pocos trabajos sociológicos que se orienten a explicar procesos históricos. La tendencia de esta disciplina, ha estado ligada a entender los fenómenos del presente a partir de explicaciones y procesos que ocurren en el mismo presente. El trabajo que presentamos hoy, se sitúa al margen de esta tendencia y reivindica la importancia del análisis social del pasado en la comprensión de los problemas actuales. Su principal contribución, es entregar una herramienta conceptual que explique el *proceso de politización*, a través del estudio de sujetos históricos pasados para abordarlo en toda su extensión, y que pueda ser utilizado para el análisis de este mismo proceso en otros actores e incluso en actores de otros tiempos. En última instancia, el gran aporte de esta investigación es ampliar, a partir de un exhaustivo análisis, los registros que se tienen sobre el pensamiento popular en Chile, de manera de ir conociendo nuestra historia cada vez mejor e ir aprendiendo de ella.

PRIMERA PARTE: MARCO TEÓRICO Y METODOLÓGICO

I.- ENFOQUE TEÓRICO GENERAL

I.1.- Relación acción/estructura

Las ciencias sociales, en su esfuerzo por explicar la complejidad de los fenómenos sociales o de un periodo histórico particular, han abierto el debate acerca de la importancia de la antítesis: *acción/estructura*, como base de la constitución de *lo social*.

Cuando se intenta develar el origen social de ciertas acciones humanas, ya sean colectivas o individuales, resuena casi inmediatamente esta distinción en la cabeza. Más aún, el análisis de un caso histórico real, como es la materia del presente estudio, no puede escapar de la reflexión acerca del tipo de relación que se establece entre ambos componentes. La importancia de esta dualidad, recae en descubrir el punto de intersección entre las relaciones sociales de los individuos y el devenir de las grandes estructuras o, en este caso en particular, develar hasta qué punto los pensamientos, acciones y actitudes de los artesanos y obreros, fueron capaces de producir cambios en las estructuras económicas, políticas y sociales del país, considerando la influencia que estas últimas ejercen sobre el comportamiento humano.

Una forma de plantearse el problema, es develar el papel que el individuo juega en la historia. Si entendemos que la lógica del proceso histórico opera a partir de una concepción de estructura como algo que no está previamente dado, sino que está continuamente cambiando, de forma indeterminada, parece relevante preguntarse hasta qué punto las voluntades individuales son responsables del acontecer histórico, ¿tendrán los hombres la capacidad de conducir su historia?, ¿o su voluntad está supeditada a la irremediable voluntad del proceso social?

Para responder estas preguntas partimos de la premisa de que si bien las acciones son estructuradas, esto no afecta la capacidad de los hombres de conducirlas. Esta estructuración está determinada por lo que se puede denominar *contextualidad*. Introducido por Anthony

Giddens, este concepto implica el reconocimiento teórico del espacio y tiempo, cuando se intenta explicar el orden de las prácticas sociales.² Es justamente esta contextualidad la que se arranca de la acción humana, cuando se desconoce las estructuras que influyen en ésta. Al recuperar el tiempo y el espacio en la acción, se logra entender los tipos de constreñimientos a los que los individuos están sujetos, así como la variabilidad histórica de las formas de utilizar las capacidades que poseen y las variables de entendimiento que demuestran.

Lo que finalmente opera en cada *contexto* es una actualización de posibilidades. Estas varían en el tiempo, producto de la capacidad transformadora que los sujetos tienen, que se potencia cuando las condiciones estructurales favorecen la interrupción del estado de cosas en el mundo. En la medida que existan actitudes que logran desviarse de las normas, siempre estará latente una nueva actualización de posibles acciones y discursos. En palabras de Giddens:

« ser capaz de “obrar de otro modo” significa ser capaz de intervenir en el mundo, o abstenerse de esa intervención, con la consecuencia de influir sobre un proceso o un estado de cosas específicos [...] una acción nace de la aptitud del individuo para “producir una diferencia” [...] de ejercer alguna clase de poder».³

La aptitud transformadora de la que hablamos está siempre latente en la sociedad, en todas las relaciones en que existan subordinados, el individuo es potencialmente un agente con capacidad historizante, pero va a depender de los recursos que disponga el sistema, para que ésta se concrete. Es sólo a partir de esta idea, que nos podemos explicar porque estallan en ciertos períodos históricos las revoluciones sociales. En cada contexto cultural, la complejidad de todas las posibles acciones que se pueden emprender en respuesta a una determinada situación, se reducen a un cierto número de ellas: las que están actualizadas y son consonantes con el sistema de creencias de los individuos, las otras se excluyen. Cuando observamos las acciones y estrategias que emprendieron los artesanos del siglo XIX para enfrentar su situación, especialmente su apego hacia formas cooperativas y de ayuda mutua y confirmamos que luego, entre los proletarios de la pampa salitrera, estos modos de organización se

² Este concepto se encuentra explicado en: Giddens, Anthony. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración* (1984). Buenos Aires: Amorrortu ediciones, 1995. Página 384

³ Giddens, Anthony. *Ibíd.* Página 51 (*comillas originales del texto*)

encontraban deslegitimados y emergían métodos de lucha más combativos que antes habían sido descartadas por los primeros, esta idea se vuelve mucho más fácil de entender. En la medida que el sistema se va transformando y va abriendo espacio a la instalación de nuevas relaciones sociales, acciones y experiencias que en otro momento fueron excluidas, pueden actualizarse y dotarse de sentido. Esta capacidad de los agentes, logra entonces confirmar la idea de que la estructura no sólo constriñe la acción, sino que en la misma medida la habilita.

Cuando le devolvemos el lugar correcto al papel que juega la estructura en la acción y, a su vez, la acción en la estructura, la historia se puede definir bajo un solo término: *proceso estructurado*, es decir, sujeto a presiones pero que, sin embargo, se mantiene abierto y sólo parcialmente determinado.⁴ En este sentido, los individuos, a pesar de actuar bajo razón y entendimiento, no son capaces de controlar ni de prever las consecuencias de su acción y por tanto, la historia resulta indeterminada. Esta imprevisibilidad de la historia guarda relación con lo que Hannah Arendt, en sus reflexiones sobre *la condición humana*, llamó la triple frustración de la acción:

« no poder predecir su resultado, la irrevocabilidad del proceso y el carácter anónimo de sus actores»⁵.

Es decir, no es sólo que no se puedan pronosticar las consecuencias de la acción, sino que tampoco se pueden deshacer por muy desafortunadas que sean. Una acción pone en marcha un proceso irreversible que sólo será revelado cuando el historiador, que no participa de ese proceso, lo narra. Por otro lado, este proceso histórico se compone de muchos actores que difícilmente logran ser tangibles como autores, lo máximo que se podría hacer es identificar al protagonista que activó el proceso, pero ni siquiera con la seguridad de que éste fuera el autor del resultado final de esta historia.

⁴ Thompson trabaja este concepto y lo distingue de *totalidad estructurada*, donde el proceso está cerrado y bloqueado a nuevas modificaciones. Podemos encontrar sus apreciaciones en su trabajo “Estructura y proceso”, desarrollado en su libro *La miseria de la teoría*.

⁵ Arendt, Hannah. *La Condición Humana* (1958). Barcelona: Ediciones Paidós, 2005. Página 242

1.2.- Mediaciones Socioculturales de la Política

Otro de los objetivos teóricos de este trabajo es rescatar la dimensión cultural en el análisis político, bajo la idea de que son finalmente las transformaciones que ocurren al nivel de las valoraciones e interpretaciones de los individuos, las que finalmente condicionan su capacidad para reflexionar políticamente.

Los orígenes del movimiento obrero en Chile no se pueden atribuir directamente a las transformaciones económicas que vivió el país, tras la instalación del sistema industrial de producción, sino que más bien es el resultado de los cambios que éste mismo produjo, a nivel de sus costumbres y creencias. Es necesario entonces cuestionar la metáfora marxista base/superestructura, dando cuenta del vacío que existe sobre las mediaciones culturales y morales. Basándose en la idea de que los modos de producción y las relaciones productivas se corresponden con sistemas de valores consonantes, se puede determinar que las nuevas condiciones productivas que trajo consigo el capitalismo industrial, dieron paso a nuevas relaciones sociales, modos de cultura e instituciones que permitieron la actualización de determinadas acciones y discursos, pero no como consecuencia de una dependencia de la vida social y cultural a la dinámica del crecimiento económico, sino producto de un proceso dialéctico, donde ninguno de los dos puede subordinar al otro.

Desde esta perspectiva, los movimientos populares se explicarían por las valoraciones que tienen los propios sujetos sobre su condición. Los trabajadores cuestionan el sistema económico, a partir de la oposición que hacen entre sus condiciones de vida y sus expectativas.

Parece pertinente recordar en este punto las contribuciones que el historiador británico Edward Thompson, realizó a través de un importante trabajo sobre la formación histórica de la clase obrera, en donde logró reivindicar el componente cultural olvidado por el marxismo, a partir de la incorporación de variables que guardan relación con las expectativas, valores, costumbres e identidad. Según el autor, los conflictos más intensos que se vivieron en Inglaterra entre 1780 y 1832, no respondieron necesariamente a cuestiones relacionadas con el

coste de la vida, sino que surgían como reivindicación de los valores asociados a costumbres tradicionales como los de justicia o independencia, desmitificando la idea de que el salario siempre tiene una importancia primaria en las demandas de los obreros. No es casual entonces, que el estudio haya develado que lo sucedido en Inglaterra en ese periodo fue una «experiencia de empobrecimiento», ya que la evidencia empírica demuestra que incluso existió una pequeña mejora en las condiciones materiales de existencia de la clase obrera.

El surgimiento de formas de explotación más intensivas -que dan forma a nuevas dinámicas entre empleados y empleadores- es lo que vuelve cada vez más evidente la opresión. Según Thompson, en Inglaterra la nueva forma de explotación:

«contribuyó a la transparencia del proceso de explotación y a la cohesión social y cultural de los explotados [...] el pueblo estuvo sometido simultáneamente a una intensificación de dos intolerables formas de relación: la de la explotación económica y la de la opresión política. Las relaciones entre patrono y trabajador se endurecieron y se despersonalizaron, y si bien es cierto que este hecho incremento la libertad potencial del trabajador- puesto que el criado agrícola asalariado o el oficial de la industria familiar estaba (con palabras de Toynbee) “a medio camino entre la posición de siervo y la posición de ciudadano”- esta libertad significaba que sentía más intensamente su falta de libertad. Pero, a cualquier sitio que se volviera en busca de apoyo para resistir la explotación, se encontraba con las fuerzas del empresario y del estado, y normalmente con las dos juntas ».⁶

En este sentido, la experiencia de explotación de los trabajadores no se puede asociar en forma directa a cambios en las tecnologías, estándar de vida o incluso en las instituciones políticas, sino que se produce a partir de las expectativas y valores que se construyen en las formas pre-industriales de vida y que el nuevo escenario no es capaz de sostener.

Al fin y al cabo, es el sistema cultural el que les otorga a los individuos las herramientas necesarias para entender el mundo, realizar interpretaciones y actuar sobre él. No es casual, que una misma situación puede ser interpretada de formas distintas según el filtro cultural con el que se observe. Cada sociedad, comunidad o sector, actualiza ciertas valorizaciones y herramientas para cuestionar el mundo y enfrentarlo.

⁶ Thompson, E. *La formación histórica de la clase Obrera. Inglaterra: 1780-1832* (1963). Barcelona: editorial Laia, 1977. Volumen II, Página 22-23 (cursiva originales del texto)

De todas formas, no sólo debemos definir como herramientas culturales las creencias, los mitos o las mentalidades, sino que también a las formas concretas de actuar y decir, ya sea porque reproducen ciertos parámetros dentro de la acción colectiva, como porque requieren de una *construcción social del conflicto*, como lo denominó el profesor de historia de la Universidad Complutense de Madrid, Rafael Cruz, en su ponencia “Conflictividad social y acción colectiva”⁷. En ésta última, explicaba que para el despliegue de las estrategias y discursos políticos es central, antes que todo, la definición de la situación injusta, el descubrimiento de sus causas y por último, su oposición sobre quiénes son los responsables de la injusticia. La caracterización que hacen de ello, así como también la distinción de sus aliados de clase, forman parte de una construcción que va a estar determinada por elementos de orden cultural.

Por otro lado, en las iniciativas para remediar la situación y orientarse a otra más beneficiosa, también interfieren procesos culturales, ya que las herramientas de lucha no siempre están disponibles para todos, para cada sector son distintas e incluso, aunque ciertas ideas y discursos se encuentren disponibles permanentemente, sólo bajo ciertas circunstancias estructurales se actualizan. El estudio de Thompson demostraba que:

«hay estructuras de relaciones sociales que promueven determinadas clases de expropiación (rentas, interés y beneficio) y descartan otras (robo, corveas feudales) y legitiman algunos tipos particulares de conflicto (competencia, guerras) y tienden a inhibir otros (sindicalismo, disturbios del pan, organización política popular)».⁸

Desde otra posición, Charles Tilly ha logrado confirmar la importancia de las variables sociales y culturales en el proceso político. Sus estudios sobre la organización colectiva, han demostrado que ésta se ve favorecida cuando estamos en presencia de ciertos aspectos condicionantes que la habilitan. El autor demuestra que en Francia del siglo XIX, la acción colectiva en la industria y fuera de ella, se vio favorecida por 4 aspectos, que sin mayores variaciones se pueden extrapolar al caso chileno: i) ausencia de afiliaciones hereditarias en la

⁷ Revisar: Cruz, Rafael. “Conflictividad Social y Acción Colectiva: Una lectura cultural” en *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001. Página 177

⁸ Thompson, E. *Ibíd.* Página 31

comunidad, familia, etc. como bases de la acción colectiva; ii) una población considerable en contacto diario durante un amplio período de tiempo; iii) la acumulación de saber popular, reivindicaciones y experiencia política y, por último; iv) la presencia visible de un antagonista.⁹

Efectivamente, las transformaciones económicas estructurales, como es el caso de la industrialización en Chile, fueron los detonantes de condiciones favorables a la organización política más consciente, pero a través de la influencia que ejerció a nivel organizativo. El sistema productivo reorganizó la vida cotidiana y produjo la redefinición de las divisiones de clase. La irrupción del capitalismo industrial, dio paso a la aparición de nuevos contendientes y, consecuentemente, a cambios en los estilos de conflicto y sus formas de acción concertadas. Sólo es posible observar una relación directa entre cambios estructurales y tipos de acción colectiva, cuando hablamos de conflictos ocasionados por motivos reactivos, es decir, cuando una medida económica amenaza directamente los recursos de los grupos que mantienen organizaciones internas.

En última instancia, estos aspectos socioculturales de la política, van dando forma a un referente común, que logra reunir a las acciones desplegadas y sostener el discurso político en el tiempo. Nos referimos a la construcción de una *identidad colectiva*, que habilita el momento político y, al mismo tiempo, lo dirige según su propio desarrollo. En primer lugar, los actores requieren de una autodefinición y de una individualización que logre reunirlos en una categoría. Esta categoría, por ejemplo en la zona salitrera de finales de siglo XIX, fue la de proletarios, la cual, más allá de definirse por propiedades técnicas -como la actividad económica o por su condición de miseria- se hizo manifiesta en el momento que cuestionaron el orden natural de dominación, a través de la constitución de un proyecto popular y de una “visión de mundo”¹⁰. Este proyecto se fue politizando cada vez más, en la medida que se iba

⁹ Tilly, Charles, Tilly, Louise y Richard Tilly. *El siglo rebelde, 1830-1930*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997. Página 57

¹⁰ El concepto de “visión de mundo” es utilizado en este trabajo desde la definición de Sauri Nair y Michael Lowy: «Máximo de conciencia posible (y no de conciencia colectiva real); y un punto de vista coherente y unitario sobre el conjunto de la realidad, una totalidad compleja y estructurada de aspiraciones, sentimientos, ideas y conocimientos que reúne a los miembros de una clase y los opone a otra, una comunidad de pensamientos y acciones que corresponden a un grupo de hombres que se encuentran en la misma situación económica y

configurando como un orden alternativo y daba cuenta de la contingencia de la distribución de los poderes y recursos. Así, mientras más manifiesto se hacia el conflicto y se debatían las metas de la sociedad entre los antagonistas, paradójicamente se reafirmaban como parte de una misma comunidad, con identidades que a su vez se diferenciaban y consolidaban en su mutua confrontación.

En segundo lugar, la toma de conciencia de la posición que debieran ocupar en el orden social y - entendiendo que éste orden es contingente- la posibilidad de conseguirlo a través de la asociación y organización, es fundamental para desarrollar la identidad política del grupo. La disonancia entre las expectativas culturales de cada uno y los acontecimientos que provengan del sistema político, económico o social, logra generar el conflicto que activa un proceso de subjetivación que opera, en un primer momento, a nivel individual. La relación de oposición que se establece entre nosotros y ellos, forma parte de un proceso colectivo de definiciones de sentidos que no se concreta si individualmente los actores no lo subjetivizan. Con respecto a esto Giddens señala que « las identidades son fuente de sentido para los propios actores y por ellos mismos son construidas mediante un proceso de individualización ».¹¹

La identidad entonces, se construye en base a este reordenamiento e interpretación que los individuos hacen de sus experiencias, de los acontecimientos históricos, de las instituciones, etc., según las pautas culturales que establece el contexto espacio-temporal y que pone en marcha un proceso de concientización común. Se establece entre ellos una identidad de intereses que reproduce formas particulares de acción colectiva y que, aunque entendida individualmente, solo se concretiza en forma conjunta.

Muchos son los ejemplos que dan cuenta del desarrollo de una cultura orientadora y de una “visión de mundo”. Aunque muchos de los referentes culturales de los obreros, sobre todo de los artesanos del siglo XIX, provenían del mundo de las elites, de igual forma lograron

social». (Extraída de Devés, Eduardo “la visión de mundo del movimiento mancomunal en el norte salitrero entre 1901 y 1907.” Seminario impartido en la cátedra de pensamiento Latinoamericano. Abril-Mayo. 1980. Academia de Humanismo Cristiano. Página 59.)

¹¹ Citado desde Castells, Manuel. “El poder de la identidad” en *La era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura*. Volumen II. México: siglo veintiuno editores, 2000. Página 29

establecer valoraciones y vínculos genuinos de su clase. El ethos solidario y mutual que se expande desde 1850 en adelante o la posición anticlerical que primo entre los obreros del salitre a comienzos del siglo XX, representan fenómenos que surgieron de forma inédita entre los obreros y que surgieron como resultado de la toma de conciencia política.

Podemos hablar de clase entonces, cuando los individuos se comportan de modo clasista, cuando observamos la creación de instituciones y de una cultura de clase, que comprende tradiciones, sistemas de valores e ideas que pueden ser perfectamente delimitadas. En otros términos, podríamos hablar también de la elaboración social de un lenguaje común, que los fusione como grupo político y que les entregue las herramientas para funcionar como clase social y llevar a cabo sus proyectos, en otras palabras, que opere, como planteó María Angélica Illanes:

«como instrumento de expresión de la crítica de cualquier sujeto colectivo, junto a una acción en términos de movimiento, dirigida a intervenir y producir un cambio a cualquier nivel del sistema de orden »¹²

A pesar de que esta identidad se va reproduciendo cotidianamente a partir de la experiencia histórica de los trabajadores y la vivencia de sus luchas, no se clausura en el momento de su formación, sino que es un espacio abierto a la adhesión de nuevos actores y a redefiniciones de sentido:

«La identidad- dirá Eduardo Devés- (como individuo, grupo o como cultura) no es nunca absoluta. Nunca logra cerrarse totalmente en la medida que su “soporte” está en permanente movimiento; por lo demás, la esquizofrenia y la alienación cultural son tentaciones permanentes. Si bien identidad es estar bien en la propia piel, ello no quiere decir que pueda ocurrir ni que sea deseable un hermetismo. »¹³

El desarrollo y consolidación del proceso identitario no es contraproducente su apertura a la transformación, sino que al contrario, es esta misma particularidad la que le otorga la

¹² Illanes, María Angélica. “En torno a la noción de proyecto popular en Chile”, en Grez, Sergio y Manuel Loyola (compiladores). *los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Santiago: ediciones UCSH, 2002, Pág. 102 (cursiva original del texto)

¹³ Devés, Eduardo. *Los que van a morir te saludan*. Santiago: LOM ediciones, 1997. *Ibíd.* Página 28

movilidad y flexibilidad necesaria para su evolución. Sobre la base de esta premisa y con la intención de revelar la mutación que puede suceder en este nivel, introducimos la distinción realizada por Manuel Castells relativa a tres formas de construcción de *identidad colectiva*¹⁴, que pueden caracterizar a un mismo grupo en distintos periodos.

En primer lugar, se reconoce la *identidad legitimadora*, caracterizada por racionalizar y reproducir las fuentes de dominación. En este sentido, genera un conjunto de instituciones y organizaciones que legitiman al Estado y preservan el *status quo*. En segundo lugar, se encuentra la *identidad de resistencia*, que se refiere a la construcción de formas de resistir la opresión y dominación, en actores sociales que se encuentren en posiciones devaluadas. Este tipo de identidad es defensiva contra las instituciones dominantes y conduce a la formación de comunidades que demarcan el límite con el territorio ideológico, social y cultural de los excluidos. Por último, la *identidad proyecto* se orienta a redefinir la posición de los actores en la sociedad, promoviendo una transformación de toda la estructura social.¹⁵ Si la primera constituye a la sociedad civil y la segunda a comunidades, ésta última produce individuos que prolongan su identidad hacia un proyecto de transformación social. De la misma manera cómo evolucionan las asociaciones colectivas, por ejemplo, de las sociedades mutuales a las mancomunales, consecuentemente observamos cómo las identidades que surgen en un comienzo como resistencia, pueden transformarse en un proyecto o incluso acabar institucionalizándose como reproductores del sistema de dominación. Este último concepto va a ser clave para el proceso de politización; la evolución que vayan experimentando los actores va a estar estrechamente vinculada al tipo de identidad que surja entre ellos.

¹⁴ Las formas de identidad son extraídas del texto de Castells antes citado, desde las páginas 30-32

¹⁵ Es éste último tipo de identidad la que promueve la constitución *sujetos*, en el sentido definido tan acertadamente por Alain Touraine: «denomino sujeto al deseo de ser un individuo, de crear una historia personal, de otorgar sentido a todo el ámbito de las experiencias de la vida individual [...] La transformación de los individuos en sujetos es el resultado de la combinación necesaria de dos afirmaciones: la de los individuos contra las comunidades y la de los individuos contra el mercado» (Traducción de Castells, Manuel. *Ibíd.*, página 32)

II.- DIMENSIONES DEL PROCESO DE POLITIZACIÓN

II.1.- Definición de 'lo político'

La filosofía política, en su afán por definir lo que llamamos *política*, ha trasladado la discusión hacia la función social que cumple y la manera en que ésta constituye sociedad. En este contexto, la dicotomía *orden/conflicto*, entendidos como dos ángulos de observación del fenómeno, se han instituido como los paradigmas desde los cuáles se construyen las más importantes teorías acerca de la política. El primero de ellos implica asumir una visión más bien horizontal, es decir, que integra a los individuos y los sitúa en una perspectiva de futuro. Lo político se observa como un espacio de deliberación, resaltando su aspecto *asociativo*, o en otras palabras, la capacidad de los individuos de asociarse libremente y de actuar en común acuerdo. Por el contrario, bajo la lógica del conflicto, la relación entre los individuos se da de forma vertical, de manera que la esencia de lo político remite al antagonismo que surge dentro del espacio de poder, destacando su función *disociativa*. Dominados y dominantes, se encuentran en permanente disputa por la hegemonía y se constituyen como grupo a partir de ese conflicto.¹⁶

Más allá de estas propuestas, nos atrevemos a plantear que los momentos de *orden y conflicto* entran en una relación no excluyente. Al igual que la lógica que impera cuando hablamos de acción y estructura, se trata de una relación dialéctica en donde cada cual constituye un momento necesario para el proceso político. Entendiéndolo bajo esta perspectiva, no sólo se pueden observar los momentos de acuerdos o de lucha como instancias totalmente diferenciadas, sino que también, y aquí establecemos nuestro punto de partida, podemos revelar el proceso de encuentro de estas dos variables como fundamental en el origen de la política y que trasciende a cada uno por separado.

¹⁶ Quien interpreta los dos enfoques en términos del énfasis en los aspectos asociativo o disociativo es Oliver Marchant, en su libro: *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Pero, ¿cómo explicamos concretamente este momento de cruce en la época estudiada? En primer lugar, hay que comprender que la posición que cada sujeto ocupa en el campo social, fue definida y es constantemente reproducida por los momentos de *orden* de la sociedad. Interesante parece la propuesta de Jacques Rancière, cuando plantea que tras este ordenamiento social se constituye lo que él denomina *policía*. Este concepto guarda relación con la distribución de los lugares, funciones y la organización de los poderes.

«la policía es -plantea el autor - en su esencia, la ley, generalmente implícita, que define la parte o la ausencia de parte de las partes [...] de este modo, la policía es primeramente un orden de los cuerpos que define las divisiones entre los modos del hacer, los modos del ser y los modos del decir, que hace que tales cuerpos sean asignados por su nombre a tal lugar y a tal tarea [...]».¹⁷

De esta manera, no podría existir el *conflicto*, sin antes el *orden* social que lo haga posible. Primero, se puede señalar que las posiciones y divisiones sociales no solo fueron definidas políticamente a lo largo de la historia, sino que también es sobre este ordenamiento que se desarrolló el enfrentamiento de clases, ya sea por aspirar a su transformación, en el caso de los obreros, o el mantenimiento del *status quo*, en el de la burguesía capitalista. Es la misma estructura establecida, la que habilita que en determinado momento cierto grupo de individuos, excluidos de los mismos derechos y posiciones, establezcan nuevas relaciones sociales y, a través de ellas, logren interrumpir el funcionamiento normal del *orden* social y propongan una nueva distribución de las posiciones y recursos.

Sin embargo, para que se produzca el *conflicto político*, no sólo necesita que ese orden presente “contradicciones estructurales”, que mantengan a un sector de la sociedad en una posición poco ventajosa, sino que también que los actores tengan conciencia de sus intereses y cuenten con la capacidad y motivación de actuar colectivamente con arreglo a ellos. Es decir, deben existir condiciones históricas para que las contradicciones devengan en conflicto y cuestionen la estructura.

Existe suficiente evidencia empírica que demuestra que contradicciones estructurales profundas no devienen en conflicto ni en movimientos sociales de ningún tipo (como los

¹⁷ Ranciere, Jacques. *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1996, Página 44.

períodos de opresión colonial). Sin embargo, conflicto y contradicción suelen coincidir. Ésta última, expresa las «líneas de fractura»¹⁸ de los sistemas sociales y condiciona las divisiones de intereses entre ciertos grupos sociales, por lo tanto el conflicto siempre se mantiene latente.

Ahora bien, esta situación de conflicto que da origen a la política necesita, antes que todo, que los individuos verifiquen el principio de igualdad en el espacio público, vale decir, que se instituyan como iguales a los *otros*, dotados de palabra y racionalidad y que no sólo sean capaces de expresar sufrimiento o dolor, sino que también inteligencia. En ese momento, queda expuesto que la dominación de las clases superiores no tiene más fundamento que la contingencia de todo orden social, en donde cualquiera podría ocupar el puesto de cualquiera, basado en el supuesto de que todos somos iguales. Su voz ahora, ya no es *ruido*, sino *palabra* que constituye discurso y que representa una amenaza para el orden policial.

Lo interesante de este enfoque, es que podemos observar el momento preciso en que los individuos logran constituirse como seres capaces interrumpir el orden y proyectar uno nuevo. Es esta aspiración transformadora la que reaparece como una *manifestación política* cuando, de manera colectiva, se establecen las causas y el destino de esta transformación. Ahora bien, ¿cuáles son las variables que intervienen en el alcance de este objetivo? Dos son las dimensiones que hemos determinado como las más relevantes, y que permiten la observación del fenómeno político en sus distintos niveles de manifestación y desarrollo. En primer lugar, en cuanto a la expresión concreta de la disposición política, se necesita de la aparición de dos facultades: *discurso* y *acción*. Lo que va a diferenciar a los distintos grupos y su desarrollo es, en primera y última instancia, las modalidades que asuman estas variables. En segundo lugar, se debe abordar a las variables anteriores como parte de una iniciativa mas general que va dando forma al movimiento político, nos referimos al tipo de *acción colectiva* que, a través de esos discursos y acciones, se va desplegando en un espacio y tiempo determinado.

¹⁸ Anthony Giddens utiliza este concepto en : *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración* (1984). Buenos Aires: Amorrortu ediciones, 1995. Página 227

II.2.- Discurso/ Acción.

Como hemos explicado, el proceso político se pone en marcha cuando un grupo de sujetos oprimidos, excluidos de ciertos derechos, interrumpen el orden natural de dominación, con el afán de reestructurarlo en pos de la transformación de la organización social. Esta distinción de otro orden, para que se presente como una posibilidad para el resto de los individuos y por ende se intente su consecución, debe delimitarse colectivamente.

Así, luego de concretado un proceso de *identificación* entre quienes comparten la misma interpretación del mundo y proyecto social, se materializa la organización colectiva en dos instancias: *discurso* y *acción*. El primero de ellos, guarda relación con la definición de sus intereses comunes y principios orientadores, en definitiva, su proyecto social; el segundo, define las *estrategias de acción* concretas para llevarlo a cabo, según los recursos y espacios que se dispongan. Cuando estos dos procesos se han concretado, la acción colectiva resultante es expresión de un grupo de sujetos que no solo ha tomado conciencia de su capacidad de transformación, sino que también ha consensuado las herramientas para lograrlo.

Asimismo, podemos establecer los distintos grados de politización que vayan adquiriendo los discursos y acciones, según su mayor o menor orientación a cambiar la distribución actual de las cosas. Una huelga, por ejemplo, no es una manifestación política por el simple hecho de ser encarnada por los sectores excluidos, sino que lo es, como diría Rancière, por producir el encuentro entre el proceso policial y el proceso de la igualdad, o dicho de otra forma, el orden y el conflicto. Así, mientras más agudo sea este encuentro, mayormente política serán las acciones colectivas.

En este sentido, los sectores populares en Chile se fueron politizando en la medida que pusieron en juicio público la posición que ocupaban en el orden construido y lograron establecer otra valoración dentro de él, por ejemplo, reivindicando la importancia de su trabajo en la construcción del país. Es decir, que lograron proponer otra partición de lo sensible, a partir de la construcción de relaciones entre elementos que antes no tenían relación, en este caso, su propio trabajo como imprescindible para el desarrollo social y económico de Chile.

Desde esta visión, lo central de la política no es la disputa por el poder, sino hacer efectiva la igualdad a través de la exposición argumentativa de nuevos modos de orden; de nuevas relaciones entre cosas, inexistentes hasta el momento; y de la capacidad de actuar en pos de ellas. En palabras de Rancière: «la política no está hecha de relaciones de poder sino de relaciones de mundos»¹⁹.

La relación entre *acción* y *discurso* es central en el proceso político, pero no como instancias separadas, más sí distinguibles. Es el encuentro de acción y discurso en el agente, la condición fundamental para toda organización política. Hannah Arendt, reflexiona sobre esta relación y plantea que:

« con palabra y acto nos insertamos en el mundo humano, y esta inserción es como un segundo nacimiento, en el que asumimos el hecho desnudo de nuestra original apariencia física»²⁰.

Tanto quienes actúan sin saber, como quienes saben y no actúan, no logran darse a conocer al mundo y por tanto no reúnen las condiciones para ser sujetos políticos. Esta pasividad es la base de toda dominación. Ya Platón lo había identificado cuando separa el hacer del saber. El filósofo explica que cuando existe un subordinado y quien subordina, como en el caso de la relación entre un esclavo y un amo; cuando éste último le da una orden, no es necesario que quien *sabe* -el amo- ejecute la acción, ni que quien *hace* necesite conocimiento o pensamiento.

En cuanto al caso chileno, Sergio Grez agrega:

« Para que el “bajo pueblo” accediera al nivel de la política faltaba, entre otras condiciones, la estructuración de un discurso tendiente a su constitución en sujeto autónomo, un discurso capaz de interpelarlo, darle confianza y dotarlo de una identidad positiva que lo diferenciara en sus intereses y aspiraciones de la aristocracia revolucionaria»²¹.

Podemos concluir entonces que la acción, en su plena realización, necesita del discurso, como este último de la acción. Así, el estado en que se encuentre la conciencia política y en consiguiente el grado de politización, se revela en esta relación.

¹⁹ Rancière, Jaques. *Ibíd.* Página 60

²⁰ Arendt, Hannah. *Ibíd.* Página 206

²¹ Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 192

Finalmente, los elementos que en el presente trabajo nos ayudaran a distinguir el desarrollo de estas variables por separado son, para el caso del *discurso*: i) *el nivel de autoreconocimiento de su posición económico-social y política*; ii) *las reivindicaciones concretas* que establezcan como necesarias; iii) su *capacidad propositiva*, para resolver las reivindicaciones anteriores; iv) la *construcción ideológica* que realizan a partir de sus intereses y aspiraciones y; v) las *concepciones culturales* más relevantes, que sostengan la posición política que vayan asumiendo. Por su parte, la *acción* se despliega en base a dos niveles: i) por una parte las *estrategias de acción y medios de lucha* determinados para llevar a cabo sus propósitos y; ii) *asociaciones políticas y sociales concretas* que permitan reunirlos físicamente en instancias comunes.

II.3.- Acción Colectiva

Un concepto que nos ayuda a captar el resultado de la convergencia entre *acción* y *discurso*, bajo motivaciones esencialmente políticas, es el de *acción colectiva*. A su vez, su uso nos permite situarnos en el nivel de las interacciones y relaciones de los sujetos, facilitando la comprensión de la politización desde la óptica del proceso.

Un autor que realiza un importante avance sobre este concepto es Charles Tilly, quien la entiende como «la acción del pueblo en conjunto, en busca de sus intereses comunes».²² De acuerdo con Tilly, la *acción colectiva* adopta distintas modalidades según varíen, por un lado, factores endógenos, como los intereses de grupo, los grados de organización y las cantidades de recurso bajo control colectivo; y por otro lado, las características del contexto, como por ejemplo, las oportunidades y amenazas a las que se enfrentan los contendientes en sus relaciones con el gobierno y con los demás grupos en disputa²³. Bajo esta lógica, primero existen grupos de interés, luego cobra sentido su movilización, a partir del control colectivo de

²² Citado desde Skocpol, Theda. *Los estados y las revoluciones sociales. un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*. Fondo de Cultura Económica, 1984. Página 31

²³ Skocpol, Theda. *Ibíd.* Página 32

los recursos que entrega el sistema, y luego, al poner estos recursos bajo objetivos comunes, se despliega la *acción colectiva* consensuada entre ellos.

Sumado a las precisiones anteriores, es necesario destacar que en la *acción colectiva* intervienen al menos dos partes o más, por lo tanto estamos hablando del producto de una *relación*, que como cualquier otra, tiene implicancias epistemológicas. La consecuencia más importante es que las decisiones, manifestaciones, y todo lo que provenga de esa relación, son fruto de un proceso continuo de *negociación colectiva*. De este modo, los acontecimientos y desenlaces de la acción, son consecuencia de ese consenso, que es más que la suma de todos los juicios emitidos, y que por ende, relativiza el rol de las ideologías y creencias previas de los participantes por separado. Para que esta negociación sea expresión de una genuina comunidad de intereses, es importante que los participantes compartan las mismas definiciones de lo que sucede, tanto en el diagnóstico de la situación como en las medidas para enfrentarla.

Volviendo al autor antes mencionado, se las puede clasificar en: *competitivas, reactivas y proactivas*. La primera de ellas, la *acción colectiva competitiva* surge cuando un grupo define a otro grupo -quien puede resistirse o no- como enemigo, atacando sus recursos personales, simbólicos o sus propiedades. Estos enfrentamientos se dan principalmente entre grupos de asociación comunitaria, como familias, pueblos colindantes, etc. A su vez, la *acción colectiva reactiva* tiene que ver con la reacción de un grupo a quien le quieren quitar el control de un bien que en ese momento está bajo su control, sin embargo, la mayor parte de las veces se trata de la consecución de éxitos de corto plazo. Por el contrario, la *acción colectiva proactiva* surge cuando un grupo reivindica el derecho sobre un bien, ya sea recurso o privilegio, que antes no ejercía control y otro grupo necesariamente resiste esta reivindicación. Este último tipo de acción requiere, más que cualquier otra, de sujetos lo suficientemente politizados que construyan “intereses nuevos” por los que luchar y que, en muchas ocasiones, signifiquen mejoras estructurales a su condiciones de vida.

Cada tipo de *acción colectiva* mencionada, se encuentran constituida por un *discurso* que lo sostiene y la *acción* misma ejecutada. En cuanto a esta última, es preciso definir, primero, a las que caracterizan principalmente a las acciones colectivas reactivas y competitivas: los

motines.²⁴ Entendidos como irrupciones impulsivas de carácter espontáneo, y muchas veces violentos, se ha formado un amplio debate acerca de su origen motivacional y de su importancia. Si bien es posible encontrar una definición general dentro de las ciencias sociales, lo que no ha sido consensuado en cambio, son sus consecuencias y factores explicativos. Recurrentemente se ha señalado que corresponden a simples respuestas inorgánicas sobre estímulos económicos. Estudios sobre la clase obrera europea han sido los principales artífices de esta idea. El historiador Max Beloff, en 1938, comentaba, con respecto a los motines de subsistencia de principios del siglo XVIII:

« este resentimiento, cuando el desempleo y los altos precios se combinaban para crear condiciones insoportables, se descargaba en ataques contra comerciantes de cereales y molineros, ataques que muchas veces deben de haber degenerado en simples excusas para el crimen».²⁵

El reduccionismo económico que se revela en afirmaciones como ésta no ha pasado inadvertido, ya que relega a los motines al plano de la irracionalidad y por ende los cataloga como contraproducentes para el desarrollo político. Edward Thompson, denuncia ésta simplificación teórica que se ha consolidado dentro de las ciencias sociales y afirma que, en el estudio de este tipo de manifestaciones, no hay que eliminar las «complejidades de motivación, conducta y función»²⁶. Nos parece interesante esbozar parte de su análisis sobre la importancia de los *supuestos morales* para los motines de Inglaterra del siglo XVIII:

« Es cierto, por supuesto que los motines de subsistencia era provocados por precios que subían vertiginosamente, por prácticas incorrectas de los comerciantes, o por hambre. Pero estos agravios operaban dentro de un consenso popular en cuanto a qué prácticas eran legítimas y cuales ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en su conjunto, puede decirse que

²⁴ No es que estemos suponiendo que en las acciones proactivas este tipo de expresiones desaparecen por completo, pero si es importante establecer que existe un nivel importante de correspondencia entre acciones corto placistas, de baja organización, con estrategias de manifestación espontáneas y violentas.

²⁵ Cita extraída desde Thompson, Edward. “la economía moral de la multitud” en *Tradición, Revuelta y Conciencia de clase*. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial .Barcelona: Editorial crítica, 1989. Página 63

²⁶Thompson, Edward. *Ibíd.* Página 64

constituían la «economía “moral” de los pobres». Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa. Aunque esta «economía moral» no puede ser descrita como «política» en ningún sentido progresista, tampoco puede, no obstante, definirse como «apolítica», puesto que supone nociones del bien público categóricas y apasionadamente sostenidas que, ciertamente, encontraban algún apoyo en la tradición paternalista de las autoridades, nociones de las que el pueblo, a su vez, se hacía eco tan estrepitosamente que las autoridades eran, en cierta medida, sus prisioneros. De aquí esta economía moral tiñese con carácter muy general el gobierno y el pensamiento de siglo XVIII, en vez de interferir únicamente en momentos de disturbios »²⁷

Como se puede apreciar, desde esta visión más compleja y culturalista si se quiere, las motivaciones que hay detrás de las acciones espontáneas, no necesariamente, como se podría presumir, guardan relación con una reacción irracional gatillada por situaciones coyunturales, pero tampoco, son exclusivas de alguna tendencia ideológica que defina al movimiento -como en el caso de los anarquistas por ejemplo- sino que en muchos casos su soporte está basado en ideas y concepciones culturales que lo pueden habilitar en ciertos momentos e inhibir en otros. De esta forma, aun cuando en algunos casos podamos reconocer que los motines fueron una manifestación de la fase más temprana del proceso de politización, es importante tener en consideración que forman parte de estrategias que pueden ser utilizadas por distintos grupos, independiente de su tendencia ideológica o el grado de politización que presentan. En el caso chileno por ejemplo, hacia fines del siglo XIX, tiempos en que el movimiento popular tenía un nivel de organización significativo, no solo no fueron eliminadas por completo, sino que a la vez sirvió para el desenvolvimiento de la *política callejera*. Aún cuando expresaban una conjunción momentánea, de escasa organización, formaron el espacio para una entidad permanente de oposición, facilitando la incorporación del artesanado en la discusión sobre asuntos públicos y la orientación de sus demandas hacia el Estado.

Por otra parte, en cuanto al tipo de acción que mejor representa a las *acciones colectivas proactivas*, debemos hablar de las *huelgas*, sobre todo las de carácter general, como la expresión de cohesión y desarrollo político por excelencia, ya que fueron sostenidas por los obreros en la época de mayor cauce político, bajo un discurso claro y orientadas por

²⁷ Thompson, Edward Ibíd. Página 65-66

motivaciones de clase. De todas formas, a pesar de que podemos mostrar evidencia que muestre que a medida que se fue desplegando el desarrollo sindical y político, las huelgas, como medio de lucha y promoción de sus demandas, crecieron significativamente, los “incidentes violentos” también fueron en aumento, como lo denuncia el siguiente cuadro:

CUADRO N° 1

Tipos de manifestaciones entre los periodos 1890-1915 Y 1916-1924

Manifestación	N° de huelgas registradas	
	1890-1915	1916-1924
Huelgas Generales	6	18
Huelgas sectoriales	13	33
Huelgas intersectoriales	12	17
Celebración 1° Mayo	13	10
Manifestaciones en desfiles y proclamaciones	7	6
Mitines	20	21
Incidentes violentos	7	11

Fuente: Cuadro elaborado a partir de información recopilada por Cristozomo Pizarro en: *La huelga Obrera en Chile. 1890-1970*. Santiago: Ediciones SUR, 1986. Página 21 y 61

Lo que se desprende de lo anterior, es que no existe una relación directa entre ciertos tipos de acción con ciertos estadios del proceso de politización, por lo que se vuelve necesario observar de forma particular a cada manifestación; finalmente va a depender de *quien y para que* se realice el acto, las explicaciones que se le pueden atribuir. Difícilmente podríamos entender

algún tipo de acción en términos políticos, si no lo relacionamos con el *discurso* que hay detrás de ellos, o dicho de otra forma, no podemos establecer de antemano que una acción violenta, o incluso una huelga, forma parte o no de una estrategia política de mayor alcance, si no se observa el discurso que lo motiva. A veces éste último es simplemente inexistente, otras veces, por ejemplo, algunos actos motinescos pueden ser interpelados por grupos en momentos de amplio desarrollo ideológico, manifestando un alto grado de politización. El contenido político desplegado, va a depender entonces, de la relación que se establezca entre ambos tipos de expresión, sujeta al tipo de *identidad colectiva* que se desarrolle entre ellos. Mientras más estrecha sea esta relación, más agudo será el *conflicto* convocado y se acercarán a instancias políticas más evolucionadas. De ahí que la problemática que este trabajo apunta a resolver, es el desarrollo de la conciencia política de los obreros, pero observando la evolución de acción y discurso en el tiempo, la que no se desprende inmediatamente de los datos estadísticos existentes hasta el momento sobre el movimiento popular.

De esta manera, podemos afirmar que cambios en las modalidades de *acción colectiva* guardan directa relación con las redefiniciones en la *identidad colectiva*. Podemos observar su correspondencia evidente cuando hablamos de *identidad de proyecto* y *acciones proactivas*, o *identidad de resistencia* y *acciones reactivas*. En efecto, en la medida que las identidades colectivas son una formación histórica que puede redefinirse según el contexto social, los actos y discursos que ésta conduce corren la misma suerte.

Por su parte, ahondando en los aspectos sociales que determinan ésta evolución, Tilly, para explicar específicamente el paso de una acción- ya sea, *reactiva, proactiva o competitiva*- a otra, destaca la intervención de dos variables, que nuevamente pone en duda el determinismo económico. Por un lado, cambios en la *organización de sus participantes*, tanto porque se agrandan y se burocratizan, como porque adhieren a un programa político o ideología más amplios. Gracias a una mayor articulación de los objetivos, demandas y programas, aumenta el involucramiento de nuevos miembros que quieran apoyar los fines específicos del grupo, esto se expresa en gran medida en una mayor autonomía en su organización respecto de otros sectores políticos, y un mayor nivel de integración del sistema social, económico y político dentro de sus reivindicaciones. Por otro lado, existen cambios en el *escenario del conflicto*. Se

traslada desde el ámbito local al nacional e incluso al internacional.²⁸ Mientras que en las acciones reactivas la indignación, por pérdida de derechos o privilegios, es el orientador de la acción, en las proactivas lo que orienta el conflicto es la búsqueda de derechos derivados de principios generales que sobrepasan el nivel local y que incluso llegan a cuestionar el sistema económico, desde una lógica universal.

Una de las consecuencias más importantes de esta evolución, es la dirección de las demandas. Se puede suponer que solo en su forma proactiva, la acción colectiva necesariamente está referida al Estado ya que, sobre todo por el paso de la preocupación de los conflictos locales a los nacionales, requiere del involucramiento con las estructuras nacionales de poder. Es importante destacar, que no necesariamente orientarse hacia el Estado habla de intentar lograr un puesto en el parlamento -si fuera así, deberíamos decir que los anarquistas, de todos los tiempos, no han logrado nunca tal grado de politización-, sino que más bien se refiere a distinguir al Estado como el ente reproductor del orden social y por ende se puede dirigir la mirada hacia él, tanto para conquistarlo, como para destruirlo completamente.

Es necesario agregar que, en el surgimiento de la acción política referida al Estado intervienen factores netamente culturales. El interés sobre la política nacional, sucede a partir de cambios en la concepción cultural del Estado. Según Salazar, es el triunfo de la guerra del Pacífico- pero no de forma directa- el que promueve el nacionalismo y el contacto con los aparatos estatales. En un primer momento, los centros estatales se veían como salones aristocráticos; hizo falta un cambio cultural para que los sectores populares lo reconocieran como un *Estado Nacional* que le pertenecía tanto a ellos como a la elite.

« el sentido de pertenencia de una nación -escribía Salazar- de las masas de rotos chilenos surgió en estrecha relación con los éxitos del ejército nacional de rotos. Antes de sentirse identificada con el Estado, la masa peonal se sintió identificada con el ejército, puesto que este corporizaba lo mejor de la grandeza de esa masa. Tendió así a creer que el Estado era patronal, pero no el ejército, que era “chileno”. Pero era difícil separar una cosa de la otra, y así el sentido de nacionalidad

²⁸ Revisar Tilly, Charles. *Ibíd.* Página 70

adquirido en el último, se proyectó también para el primero, y esto benefició el crecimiento del orden sindical-parlamentarista del pueblo»²⁹

Otro factor social que influye en el cambio de la acción colectiva, es la *institucionalización política*. En Gran Bretaña por ejemplo -como lo demuestra Tilly- el desarrollo de la política electoral a nivel nacional abren los canales de organización de los intereses en asociaciones, promoviendo también la formación de partidos políticos y la legalización de las asociaciones obreras.³⁰ Lo mismo ocurrió en Chile, luego de la reforma electoral de 1874 que, entre sus consecuencias más significativas, amplió el derecho a sufragio y limitó la intervención gubernamental en las elecciones, proporcionando las condiciones para que surgiera entre los obreros un mayor interés por asociarse en partidos políticos autónomos. Tampoco se debe exagerar; antes del sufragio universal, y por ende del auge de las organizaciones formales, es posible observar gran cantidad de asociaciones políticas. Thompson, por ejemplo, demuestra cómo en Inglaterra la clase obrera logró expandir de manera importante su acción colectiva en la clandestinidad,³¹ al igual que en Chile, en donde se pueden observar, desde mediados del siglo XIX, un importante desarrollo de sociabilidad política que emergía desde las mutuales. Finalmente, a pesar de que esta variable puede ser significativa, sobre todo porque implica una mayor confianza en el sistema político y por tanto un impulso hacia nuevas formas de organización, mas importante aún son las motivaciones políticas que nacen de manera auténtica y autónoma entre los individuos. La conciencia política es más bien la causa y no la consecuencia de la institucionalización, aunque esta última la retroalimente.

De esta forma, el análisis de las *acciones colectivas* debe comprender distintas dimensiones que permita la comprensión de las motivaciones de la acción y se la pueda vincular a distintos estadios de politización. El siguiente cuadro, muestra las variables seleccionadas para la caracterización que finalmente hemos construido sobre los tipos de acción colectiva:

²⁹ Salazar, Gabriel. “El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile: 1950-75” en *Revista Nueva Historia*, año 1 N° 4, Londres, 1982. Página 65

³⁰ Revisar Tilly, Charles. *Ibíd.* Página 71

³¹ Thompson, E. *Op.cít.* Página 331

CUADRO N° 2

Tipos de Acción Colectiva

Tipo de acción colectiva	Grado de Autonomía	Nivel de integración	Referente demandas	Bases de la acción	Escenario del conflicto	Identidad Colectiva
Competitiva	Bajo	Bajo	Grupo de asociación comunitaria	Comunitarios (familia, iglesia, etc.)	Local	Resistencia Legitimadora
Reactiva	Bajo-Medio	Bajo-Medio	Burguesía Estado	Comunitarios, Asociacionales de 1° grado (mutuales, sociedades de resistencia)	Local	Resistencia Legitimadora
Proactiva	Alto	Alto	Estado	Asociacionales de 2° grado (Combinación mancomunal, Federaciones)	Nacional internacional	Proyecto

Fuente: Elaboración propia.

Como es posible de observar, las acciones colectivas se diferenciarán según: i) su grado de *autonomía*, con respecto a las sostenidas por los demás sectores o clases sociales; ii) el nivel de *integración* del sistema social, político y económico en sus demandas, relacionado con el alcance político del proyecto (tanto el grado de *autonomía* como este último, se pueden medir utilizando una escala que manifieste un grado *alto*, si son en su mayor parte autónomas o integradas; *bajo*, si sucede en mayor medida lo contrario; y *medio* si presenta un equilibrio entre altos y bajos); iii) el *referente* al cual van dirigidas las demandas, ya sea el Estado, la

burguesía u otras instituciones, como una forma de resolver su comprensión acerca de los responsables de su situación socioeconómica; iv) el *escenario del conflicto*, ya sea local, nacional o internacional, para establecer el grado de relación entre su propia situación con el funcionamiento global del sistema económico; iv) y por último, será posible reconocer de manera relacional la *identidad colectiva* que promueva las acciones y discursos actualizados, ya sean de proyecto, de resistencia o legitimadora.

En todo caso, y como acotación final, no asumimos de antemano que, al hablar de evolución, exista una superioridad histórica de las acciones, discursos e identidades que surgen en las últimas etapas del *proceso de politización*. Las tesis que se apoyan en esta idea, adhieren a una concepción esencialista y desconocen la historicidad que tienen cada acción, discurso e identidad. Hobsbawm, por ejemplo, incluso ha llegado a plantear que las reivindicaciones que no se dirijan hacia el Estado, se trata de formas “prepolíticas” de acción:

«Probablemente, se le podía calificar de «prepolítica» en la medida en que no pensaba normalmente las operaciones a escala estatal o al nivel en que se toman las decisiones importantes del gobierno- el nivel por lo tanto del emperador o del rey-; prepolítica también en la medida en que solo generó los conceptos y las ideas necesarias para estas operaciones»³²

Aunque tenemos claro, que mientras no se cuestione al Estado como reproductor de la distribución del orden y de los poderes, ni se trascienda el conflicto local, difícilmente la acción hará manifiesta su capacidad transformadora, creemos también que el que sean reactivas, tampoco quiere decir que estemos frente a acciones “prepolíticas”, inferiores a las proactivas. Todas las acciones colectivas, contribuyen a fortalecer una identidad, una participación pública popular, que aun cuando en la etapa de gestación no se encuentra totalmente consolidado, presenta, al igual que cualquier otra, relevancia histórica y política.

³² Hobsbawm, Erich, *Rebeldes Primitivos: Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Editorial Critica, 2003. Página 278.

III.- ANTECEDENTES HISTÓRICOS

III.1.- Balance Historiográfico

Luego de enmarcar nuestro trabajo dentro de una propuesta conceptual, resulta necesario preguntarnos por los aportes de las perspectivas teóricas que anteceden a esta investigación y que han intentado explicar las causas del Movimiento Obrero. Debido a su trascendencia, son muchos los autores que se han orientado a revelar las condiciones históricas y a caracterizar los principales procesos políticos, sociales y culturales que experimenta el mundo popular, sin embargo, hasta el momento, son muy pocos los trabajos dispuestos a analizar el origen de las diferencias entre los distintos actores que protagonizaron este proyecto histórico, como lo pretende hacer este trabajo.

La crisis nacional de finales de siglo XIX, definida por los debates de la época como “la cuestión social”³³, presentó las condiciones suficientes para que luego, en el siglo posterior, se realizaran los primeros análisis explicativos, en manos de la aristocracia intelectual de la época. Una de las primeras actitudes críticas frente a esta nueva realidad nacional, se enmarca en una visión conservadora, que reduce la explicación a los acontecimientos y personajes provenientes a la elite nacional. Sus principales versiones las representan autores como Alberto Edwards y Francisco A. Encina, quienes explican el problema de legitimidad de entonces y el levantamiento popular, como una consecuencia de la decadencia del autoritarismo y de la ruptura con el orden portaliano.³⁴

Por una parte, más allá de su evidente conservadurismo, esta corriente tiene como principal consecuencia epistemológica, el desconocimiento de consideraciones ideológicas de clase.

³³ Es mucha la literatura existente que trata de explicar este fenómeno, sin embargo, se puede retomar la interpretación sintética que Julio Pinto realiza sobre el trabajo de Robert Castel : *Las Metamorfosis de la Cuestión Social*, editado originalmente en Francés (Paris, Librairie Arthème Fayard, 1955), en donde plantea que se trata de « un dilema sobre la “capacidad para mantener la cohesión de una sociedad” que concitó la atención preferente de todas las partes involucradas y particularmente de quienes ocupaban espacios de poder» (Pinto, Julio y Verónica Vivaldi. *Revolución proletaria o querida chusma?*. Santiago: LOM ediciones, 2001. Página 16)

³⁴ Revisar: *La Fronda Aristocrática* de Alberto Edwards (1928), y *Portales: Introducción a la Historia de la época de Diego Portales* de Francisco A. Encina (1934).

Con respecto a la observación de los distintos grupos sociales, esta vertiente historiográfica reduce los problemas económicos y políticos de la época a las capacidades y habilidades de un solo actor: la burguesía. El problema del desarrollo se plantea como un problema técnico que se debe solucionar desde la propia competencia de este sector. En efecto, se desmiente la idea de que los obstáculos en el progreso económico fuera producto de la relación de dependencia que Chile y el resto de los países de la región, establecían con los Estados europeos, especialmente con Inglaterra. Para ellos, el problema del subdesarrollo no era estructural, sino una función económica que podía resultar próspera o negativa según las políticas económicas que asumieran las clases gobernantes del país.

Sin embargo, a mitad del siglo XX, aparecen autores de influencia marxista, que llegan a poner en jaque las conclusiones de esta tradición. Entre los más reconocidos, se encuentra Hernán Ramírez Necochea, Luis Vitale, Marcelo Segall y Julio Cesar Jobet, quienes, comprometidos con una historiografía *crítica*, intentan reconocer la historicidad del presente y la capacidad de los hombres comunes de producir conocimiento y de poner en marcha procesos históricos. Esta corriente, marca el inicio del papel que en las ciencias sociales se le atribuirá al movimiento obrero, no sólo por creer que era el único capaz de realizar un proyecto de clase que desafíe al sistema capitalista, sino también por su responsabilidad en el desarrollo económico nacional, tarea para la cual la burguesía siempre se mostró incompetente. Tales ideas se aprecian en el trabajo de Segall, cuando plantea que “el proletariado asume la defensa del futuro de la sociedad” y argumenta:

«no sólo me refiero al papel histórico que tiene esta clase social -emancipar al hombre de la alienación, de la plusvalía y de la crisis capitalista- sino también en los aspectos puramente constructivos nacionales, o sea de defensa de la industria, posición que la propia burguesía industrial chilena no es capaz de sustentar»³⁵.

No obstante, a pesar de sus significativos aportes, los trabajos de estos historiadores se orientaron a formular una explicación general, a partir de las características estructurales del período, dejando fuera el interés por las particularidades del fenómeno, en los distintos

³⁵ Segall, Marcelo. *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialecticos*. Santiago: Editorial de pacífico, 1953. Página 303

sectores de las capas populares. Los acontecimientos que marcan las etapas más importantes, en la formación de conciencia de clase proletaria, son centrales en su análisis, sin embargo, se asimilan como parte de un proceso único e unidireccional, sin distinguir mayormente su complejidad.

Lo que hacen estos historiadores finalmente, es fragmentar al movimiento obrero en dos etapas, cada una relacionada al modelo económico que impera en ese entonces y que explicaría, de forma causal directa, la relevancia política que alcanzaron las asociaciones y acciones colectivas que desplegaron los trabajadores. En primer lugar, todos los autores reconocen que la primera fase del movimiento popular, enmarcada en un sistema preindustrial de producción, se caracterizó por el desarrollo de las experiencias mutualistas, definidas, de forma transversal, como acciones “pre-políticas”. Según sus apreciaciones, las relaciones sociales de producción en este periodo no proporcionaban las condiciones para que, entre los obreros, surgieran formas de asociación motivadas por alguna ideología política en particular, sino que más bien surgían como respuesta a elementos que guardaban relación con otras esferas, que no emergían ni intervenían en el campo político. Según los análisis de Jobet y Vitale, las sociedades de socorros mutuos eran un retardo en términos de acción política, de manera que las situaban en oposición y contradicción con las asociaciones políticas posteriores. Por su parte, Ramírez Necochea y Segall, adoptando una visión menos radical, las interpretan como parte necesaria de un desarrollo político continuo, pero, al igual que para los historiadores anteriores, no formaban parte del proceso de politización en sí, sino que eran posteriores al inicio de éste. Se prescinde entonces, en ambos casos, de la importancia cultural y social que tuvieron estas asociaciones –para el fenómeno de politización- tanto en su función constructiva, como en la historicidad de su propia existencia. En consecuencia, el periodo que va entre 1850 y 1890, no tuvo para ellos mayor relevancia política ni, por ende, teórica.

De esta manera, para la historiografía marxista, cuando aparecen nuevas formas de acción colectiva, apreciadas por presentar un mayor alcance político, aparecen como algo nuevo y auténtico. Desde esta corriente, el movimiento entra en una segunda fase, relacionada al proceso de industrialización, totalmente desligada de las conductas y pensamientos de la etapa anterior. Para Segall por ejemplo, el proceso de independencia política -o politización- comienza recién en 1895 con la escisión del partido democrático y culmina en 1912 con el

nacimiento del POS, mientras que para Ramírez Necochea, el acento debe estar puesto en las asociaciones que marcan la etapa inicial del moderno sindicalismo chileno, como el surgimiento de las mancomunales en 1900. Por su parte, para Vitale la etapa de ascenso e independencia de la clase obrera, comienza con la huelga general de 1890 y culmina con la *Asamblea Obrera de la Alimentación*, en 1918. Desde otra perspectiva, Jobet apunta a acentuar la importancia de distintas huelgas ocurridas en la primera década del siglo XX, por ser las manifestaciones revolucionarias iniciales de la clase obrera y las indicadoras del comienzo de la lucha de clases activa. Nos referimos a: la huelga de los gremios marítimos de Valparaíso en 1903, la de 1905 en Santiago, la de 1906 en Antofagasta, y la de 1907 en Iquique. Por otro lado, para este autor, es solo en la década de los 30' cuando la clase obrera aparece como una *clase para sí*; cuando surge el Partido Socialista en 1933, recién se puede hablar de una clase con intereses permanentes, con plena conciencia de lo que era, de lo que es y hacia donde debe ir.³⁶

Como se puede apreciar, bajo esta mirada estructuralista, no es posible captar la constitución de la clase obrera como un proceso activo, éste se deja prácticamente a la imaginación y subordinado a las fluctuaciones económicas. Julio Pinto y Verónica Vivaldi interpretaban el trabajo de estos historiadores, como una generación que:

« le había asignado demasiada prominencia a lo organizativo, doctrinario o institucional, en detrimento de lo cotidiano, lo inorgánico, lo identitario, lo marginal, o lo “propia­mente social”»³⁷.

Los actores dentro de este proceso, aparecen como consecuencia de un movimiento político que tiene dirección propia, relativizando la importancia de analizar las vivencias particulares de cada uno.

Pese a esto, desde las últimas décadas del siglo XX en adelante, la historiografía comienza a integrar en sus análisis políticos, la multiplicidad de relaciones que se dan al interior de los

³⁶ Los textos revisados para realizar estas comparaciones son: Segall, Marcelo. *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialecticos*. Santiago: Editorial de pacifico, 1953; Ramírez N., Hernán. *Historia del Movimiento Obrero en Chile. Siglo XIX*. Santiago, 1956; Vitale, Luis. *Interpretación Marxista De La Historia*. Tomo IV y V, Santiago: LOM ediciones, 1993 y; Jobet, Julio Cesar. *Ensayo critico del desarrollo económico y social de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1955.

³⁷ Pinto, Julio y Verónica Vivaldi. *Ibíd.* Página 16

sectores populares, esta vez en manos de lo que ya hemos catalogado como la “nueva historia social”. En este contexto, el estudio de las acciones colectivas desarrolladas en el transcurso del siglo XIX, como constitutivas de los sujetos políticos que protagonizan el movimiento obrero posterior, comienza a ser el objetivo de muchas investigaciones.

En su mayoría, los autores provenientes de esta rama de la historia, lograron resaltar aspectos sociales y culturales constitutivos del sujeto popular que protagonizó el movimiento obrero revolucionario. Sergio Grez, Julio Pinto y Gabriel Salazar realizan grandes contribuciones sobre esta materia.³⁸ Por su parte Grez, en su concienzudo análisis *De la Regeneración del Pueblo a la Huelga General*, nos presenta una nueva forma de abordar el proceso político. Más allá de todo el desarrollo analítico de la obra, su originalidad recae en la reivindicación de la importancia que tuvo la ideología burguesa -la que los marxistas habían rechazado- para el desarrollo de una *identidad popular*. Basándose en el discurso del obrero trabajador, honrado, solidario y progresista, se constituye el actor que fundará las primeras organizaciones mutualistas de Chile y defenderá el desarrollo económico del país. Resalta el papel de las sociedades igualitarias de la primera mitad del siglo XIX, como instituciones que dejaron huella en la conciencia política de los artesanos, al plantear por primera vez la realización de proyectos de *regeneración del pueblo* que implicaban la (re)construcción de un proyecto popular. Las instituciones liberales dirigidas por la elite, a pesar de su carácter instrumental, fueron las primeras experiencias políticas de muchos trabajadores. Organizaciones como La Sociedad Política de Obreros o la Sociedad Escuela Republicana, fueron instancias en donde se introduce a muchos obreros en la lucha política y en la corriente liberal de la época, ideología que luego defenderán bajo sus propios términos, a través de lo que el autor definió como *liberalismo popular*.³⁹

³⁸ No pretendemos restarle importancia a los trabajos del resto de los historiadores que han estudiado a los sectores populares, de hecho muchos de sus análisis han sido utilizados para la realización de esta investigación. Nos referimos por ejemplo a los aportes de María Angélica Illanes, Cristian Gazmuri, Ximena Cruzat, Mario Garcés y Eduardo Devés.

³⁹ Para profundizar sobre este trabajo Ver: Grez, Sergio. *De la Regeneración del Pueblo a la Huelga General*. Santiago: Dibam, 1997

Siguiendo esta misma línea, Julio Pinto realiza un análisis acerca de la pampa salitrera, pero se concentra en las acciones y asociaciones que contribuyeron en el proceso de construcción de una *identidad de clase*. Para esto, delimita el estudio hacia el proletariado del salitre de finales del siglo XIX en adelante, específicamente tras la huelga general de 1890, en donde, según Pinto, se distingue por primera vez a un actor social con identidad diferente a lo anteriormente conocido. Para el autor, desde ese momento, las organizaciones eran explícitamente clasistas y pretendían aglutinar a la totalidad del universo obrero. Se sistematiza entonces, el primer discurso genuino de una clase obrera emergente y se define el trabajo como fuente prioritaria de identidad. Debido a su preocupación por explicar el origen de esta *identidad de clase*, le atribuye especial importancia al momento en que el Estado aparece como una demanda en sí mismo y ya no solo como catalizador de éstas. Será el discurso demócrata, convocado por el partido del mismo nombre, quien le otorgaría, según el autor, una relevancia inédita a la acción política como vía de dignificación y además postularía la necesidad de que el proletariado conquiste los espacios públicos⁴⁰. Independiente del estadocentrismo del autor, lo relevante de sus postulados, es el peso que le otorga a los elementos identitarios en la construcción de las clases sociales.

Por último, distanciándose de Pinto, Salazar realza la significación histórica que tienen las formas de “asociación” de los sectores populares, anteriores a la orientación genuinamente clasista. En su última publicación, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, amplía el análisis de la política vinculada a la relación del pueblo con el Estado y se concentra en lo político visto como empoderamiento ciudadano. Según el autor, la soberanía no se establece exclusivamente en el Estado, sino que en el sujeto “comunitariamente construido”, capacitado para gestionar de manera eficiente sus propios recursos. Las redes asociativas, como las mutuales y mancomunales, cumplieron sobre todo un rol político de empoderamiento social y cultural. Lo político aparece como movimiento constructivo, como propuesta alternativa al Estado, al mercado y a la sociedad. En este sentido, estas asociatividades estarían lejos de ser “pre-políticas” o inferiores a la lucha activa contra el enemigo, sino que al contrario, es en estas relaciones, donde se gesta y se consolida la “lucha”

⁴⁰ Véase Pinto, Julio. *Desgarros y utopías en la pampa salitrera*. Santiago: Lom ediciones, 2007

y en donde se contiene la genuina política popular. Salazar rescata tres formas asociativas que expresan la culminación del movimiento asociativo popular: la Combinación de Mancomunales (1900-1909); la Asamblea Obrera de la Alimentación (1918-1919) y la Asamblea constituyente de trabajadores e intelectuales de 1925. Frente a ellas, el peso real de los partidos políticos populares e incluso de la FOCH, aparece disminuido, ya que serían solo una consecuencia del proceso constituyente anterior.⁴¹

Para nuestra investigación, el trabajo de Salazar es central, porque logra relativizar teóricamente la importancia de la “actividad política institucional” en la constitución política de los sujetos y, al mismo tiempo, nos advierte que en Chile los proyectos populares emergieron dentro de asociaciones y periodos en donde aún no había una aspiración real de apoderarse del Estado, ni una confrontación directa con el resto de las clases sociales. En el proceso político intervino, antes que nada, un fenómeno de empoderamiento del espacio público, en términos culturales, políticos y sociales. Así, nos terminamos de convencer que el estudio de los años de la segunda mitad del siglo XIX, es un espacio de investigación de crucial importancia y, al mismo tiempo, poco considerada en su complejidad.

Si bien los trabajos revisados adelantan camino en este sentido y nos entregan las herramientas necesarias para introducirnos en un estudio de esta naturaleza, poco han profundizado en los elementos diferenciadores de cada actor en particular. Sabemos de antemano que las vivencias de los obreros de las pampas salitreras y los artesanos urbanos tienen sus especificidades y se relacionan con distintas etapas del movimiento popular. Más allá de que sabemos también, que responden a condiciones estructurales y económicas distintas, es interesante poder develar cuáles son específicamente los factores sociales, culturales, económicos y políticos que contribuyen a esta diferencia. De ahí que una de las responsabilidades que asume esta investigación, es analizar este proceso desde los discursos y acciones desarrollados por los propios actores, dando cuenta de sus particularidades y transformaciones en el tiempo, reivindicándolos no solo como la expresión material del movimiento sino como los verdaderos artífices de éste.

⁴¹ Véase Salazar, Gabriel. *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales (Chile, siglos XX y XXI)*. Santiago: LOM ediciones, 2009.

III.2.- Formación Socio-Histórica de los Actores

Con el propósito de dar a conocer el panorama político, social y económico en que se enmarca el *proceso de politización* de los artesanos de Santiago y los obreros del salitre en el periodo estudiado, y justificar su elección por sobre otros, se realiza una descripción general de las condiciones estructurales que caracterizaron la situación de estos actores, en el periodo en que se lograron constituir como “sujetos políticos”.

En lo que nos interesa indagar entonces, es en el *periodo de gestación y culminación del proceso de constitución política* que experimentaron. Con este propósito, distinguimos dos etapas: De 1850 hasta 1890 en el caso de los artesanos, y de 1890 a 1918 para los obreros del salitre. Al mismo tiempo, es necesario examinar las *organizaciones obreras* específicas que desarrollaron, de manera de poder visualizar la evolución de su pensamiento e intereses políticos, como también el protagonismo que fue adquiriendo cada actor dentro del tiempo que duró el movimiento.

III.2.a.- Antecedentes generales de los artesanos (1850-1890)

En primer lugar, hay que señalar que cuando hablamos del artesanado nos referimos a la categoría social que reúne a todos los oficios que implican un trabajo manual hábil, sin empleo de maquinaria compleja y destinado a la producción de bienes, tales como los carpinteros, ebanistas, sastres, sombrereros, talabarteros, carroceros, zapateros, tipógrafos, entre otros⁴². Si nos enfocamos a analizar su proceso de ampliación dentro del país, debemos partir por remontarnos a sus orígenes en los tiempos coloniales, por ser el periodo en el cual, tras la conquista española del territorio, se adiestraron como artesanos a un importante número de indígenas, para satisfacer las necesidades de consumo de la sociedad criolla de la época. En este primer momento, su desarrollo era muy limitado, en términos de producción y especialización.

⁴² Definición extraída de: Gazmuri, Cristián. *El 48 chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*. Santiago: Editorial Universitaria, 1992, Página 46-47.

No obstante, avanzado el siglo XVI, este sector logra alcanzar la expansión y diversificación que lo sitúa como uno de los sectores con mayor cantidad de demanda de trabajadores, pero, sin embargo, a partir de tecnología de bajo alcance y de lenta producción⁴³. Esto mismo, acompañado del prejuicio hispánico que se propagaba dentro de la sociedad criolla en contra de los trabajos manuales⁴⁴, contribuía a catalogarlos como un rubro de bajo status social que significó que por siglos- específicamente hasta el XVIII- estos oficios fueron realizados por las capas más bajas de la sociedad.

Sin embargo, a partir del siglo XIX, este sector alcanza mayor protagonismo en la economía nacional cuando, como consecuencia de la expansión económica general y el desarrollo comercial, se produce un fomento a la modernización de las ciudades⁴⁵. El crecimiento urbano y el avance de la industria producen, entre otras cosas, la necesidad de expandir el sector manufacturero para satisfacer las nuevas necesidades de los grupos sociales más acomodados y de la propia economía, que comenzaba a desplegarse en todos los ámbitos.

Es así, como a fines del siglo señalado, el artesanado se convierte en uno de los sectores de mayor importancia para el país, no solo por ser el abastecedor de los artículos de uso indispensable para el progreso de las ciudades, la agricultura y la minería,⁴⁶ sino que también por otorgar mayores comodidades a la vida de las elites. Esta situación se ve reflejada en opiniones de la época que presentaban un alentador panorama para este grupo. El economista Marcial González, en 1848 escribía:

⁴³ Véase Grez, Sergio. *De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1998. Página 42

⁴⁴ Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 50

⁴⁵ Hernán Ramírez Necochea sitúa este proceso entre los años 1844 y 1875 específicamente. (véase: Ramírez Necochea, Hernán. *Historia del Movimiento Obrero en Chile. Siglo XIX*. Santiago, 1956.)

⁴⁶ Segall, Marcelo. *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialecticos*. Santiago: Editorial de pacífico, 1953. Página 40

« [...] vemos a la ebanistería, la carrocería, la ferretería, la curtiduría y tantas otras artes cuyo ejercicio era poco conocido, contribuir con sus útiles y perfectas creaciones a la comodidad de nuestras vidas y al progreso y embellecimiento de nuestras jóvenes ciudades»⁴⁷.

De esta manera, es el desarrollo de las ciudades, especialmente Santiago y Valparaíso, uno de los factores más relevantes a la hora de entender la expansión de los artesanos. Por su parte, Valparaíso crece de manera significativa al transformarse en el puerto principal de la república, abierto -tras la independencia- al comercio internacional. Si en 1809 arribaban 14 naves en ese puerto, en 1821 lo hacían 117, y en 1834 este número ascendía a 394.⁴⁸ Santiago también creció aceleradamente: de 40.000 ó 45.000 habitantes que se contabilizaban en 1820 pasó a 65.000 en 1830 y 85.000 en 1845⁴⁹. El origen de esta población se asocia a la migración campo-ciudad, necesaria para satisfacer la demanda de trabajadores destinados a la producción de bienes y servicios que, a su vez, se hacían cada vez mayores en la medida que los centros urbanos se adentraban en el proceso de industrialización y urbanización. Por su parte, Sergio Grez explica las oleadas inmigratorias hacia la capital por dos factores principales: primero, debido a la llegada de: «campesinos sin tierras, de peones desocupados, de artesanos rurales en crisis y de todo tipo de personas deseosas de mejorar su suerte en la capital»; y segundo, por la expansión del aparato estatal entre las décadas de 1830 y 1840, que significó un aumento de funcionarios para el sector: «en 1845 se contaban 1.165 empleados públicos, en 1850 ya eran 2.211».⁵⁰

Más allá de los motivos señalados, los antecedentes recopilados nos muestran que el número de artesanos en las ciudades comienza a crecer de manera significativa, hasta el punto que en 1854, según información censada, en la ciudad de Santiago sumaban 31.498, para una

⁴⁷ Marcial González, “situación económica del país” en revista de Santiago, n° VI, 1848, Página 36. Extraído desde: Gazmuri, Cristián. *Ibíd.* Página 45.

⁴⁸ Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 76.

⁴⁹ Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 78.

⁵⁰ Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 78.

población adulta de 142.204, es decir, un 22,1% de la población adulta santiaguina eran artesanos⁵¹. En 1875 se habla de 50.114 artesanos y ya en 1885 esta cifra asciende a 320.000⁵².

Ahora bien, ¿bajo qué condiciones se expande este sector? En primer lugar, el crecimiento señalado se produce en términos precarizadores, sobre todo porque las ciudades atraían a más personas de las que podía emplear, produciendo un grave problema de desocupación. Los datos del censo de 1854 demuestran que de una población total de 1.439.067 habitantes, solo el 40,68% era económicamente activa, es decir, 585.535 personas.⁵³ Por otra parte, de los artesanos que lograban conseguir empleo, la mayoría se concentraba en la fabricación de artículos de uso diario, como utensilios domésticos, ropa, etc. que, al ser bienes creados a partir de maquinaria de poca complejidad, no requerían de una mayor calificación y por ende, eran muy mal remunerados. Si a esto le agregamos, que se trataba de la primera generación de población industrial, podemos inferir que la sensación de miseria relativa se hacía sentir con mayor fuerza⁵⁴.

Además de lo anterior, su desaventajada posición social iba empeorando en la medida que se fomentaba la importación de manufacturas de origen industrial europeo, la cual, desde el siglo XVIII, venía debilitando a la actividad artesanal nacional⁵⁵. Es así como, durante la década de 1860, se produce una de las crisis más importantes dentro del rubro, tanto por la masiva

⁵¹ Gazmuri, Cristián. *Ibíd.* Página 47

⁵² Vitale, Luis. *Interpretación Marxista De La Historia*. Santiago: LOM ediciones, 1993. Tomo IV. Página 106. De todas formas, hay que tomar cierta precaución con estos datos ya que, por ejemplo, la última cifra no distingue entre artesanos propietarios y trabajadores de talleres artesanales y fueron estos últimos los que sufrieron en mayor medida el proceso de precarización.

⁵³ Datos obtenidos desde: Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 82

⁵⁴ Las palabras de Eric Hobsbawm, cuando analiza a los “rebeldes primitivos” de la urbe, nos recuerda que este es un factor transversal que ocurre dentro de todos los países que entraron en el proceso de industrialización: «no debemos nunca olvidar- dice el autor- que la mayoría de los obreros industriales en todos los países comenzaron, igual que en Norteamérica, como inmigrantes de primera generación procedentes de sociedades preindustriales, aun cuando nunca salieran del lugar que habían nacido. Y lo mismo que todos los inmigrantes de primera generación, tenían la vista vuelta hacia atrás tanto como hacia adelante» (Hobsbawm, Eric. *Ibíd.* Página 148)

⁵⁵ Esta situación se consolida cuando, en 1811, se decreta la plena libertad económica por el gobierno patriótico. Desde ese momento el trabajo artesanal entra en una notoria desventaja con los productos provenientes del extranjero (véase Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 58). Las políticas económicas que siguen esta lógica serán la causa principal para que, desde mediados del siglo XIX, se propague, como una de sus principales demandas, el proteccionismo dentro del movimiento artesanal.

entrada de importaciones extranjeras, como por el nacimiento de las primeras industrias textiles modernas. Su consecuencia más inmediata fue la desaceleración de la empleabilidad, sobre todo de las artesanías rurales. Como lo muestra el CUADRO N° 3, su decadencia se intensifica hacia fines de siglo.

CUADRO N° 3

**Apogeo y decadencia de las Artesanías Rurales
Fuerza de Trabajo entre 1854-1895**

Oficios	1854	1865	1875	1885	1895
Bordadores	989	134	2.602	4.129	1.546
Sombrereros	929	1.875	1.233	2.179	2.586
Hilanderas y Tejedoras	85.445	60.601	37.218	38.205	27.924
Miñaqueras	851	467	771	826	47
Alfareros y loceros	2.655	2.956	2.225	2.288	1.714

Fuente: Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 120⁵⁶

En consecuencia de lo anterior, este sector entra en un proceso de desintegración que lo lleva a engrosar las filas de la clase obrera -al momento de perder sus posibilidades de subsistencia por medio un trabajo independiente- y a convertirse en trabajadores asalariados⁵⁷, contribuyendo a la expansión del proletariado industrial, que se venía produciendo, a nivel general dentro de los trabajadores, desde 1850.

⁵⁶ Esta información el autor la obtuvo de los censos de la población chilena de los años correspondientes.

⁵⁷ Es necesario distinguir entre este tipo de artesanos, trabajadores de talleres artesanales, con los dueños de los talleres o “maestros” que, a pesar de seguir perteneciendo al sector popular, no forman parte de la clase obrera. Su condición de pequeños empresarios independientes los lleva a defender intereses de pequeños propietarios, como por ejemplo, mejorar precios de los artículos.

Es en este nuevo escenario económico, que emergen las primeras inquietudes políticas desde los sectores populares. Las condiciones de vida a las que son expuestos los artesanos, caracterizados por problemas de hábitat, salud e higiene, se traducen en nuevas costumbres y experiencias que, acompañadas de un mayor nivel cultural de la población⁵⁸, y de una no menor influencia de los líderes de la revolución democrática burguesa⁵⁹, hacen crecer las aspiraciones mucho más rápido de lo que lo hacen los logros reales, y producen las condiciones para el fomento de la conciencia política en todos los segmentos.

Va a ser a partir de 1840 que aparecen las primeras manifestaciones políticas de los artesanos - a través de huelgas y peticiones formales al Estado o a sus patrones- dirigidas principalmente hacia la protección y desarrollo de su rubro. Según los antecedentes entregados por Sergio Grez, el periodo de 1810 hasta 1879, estuvo caracterizado por las manifestaciones provenientes del mundo artesanal⁶⁰. Si bien estos movimientos no estaban articulados, ya que surgían espontáneamente; aún cuando no tenían motivación política explícita, sino que en la mayoría de los casos eran sostenidos por discursos abstractos, demuestran la existencia del germen de la conciencia política y social que emerge desde el artesanado⁶¹.

⁵⁸ En este periodo existe un gran estímulo al desarrollo cultural, expresado en gran medida en la creación de centros educacionales de distintos grados y carácter, entre ellos la Universidad de Chile.

⁵⁹ Los artesanos mantuvieron una fuerte asociación con las sociedades igualitarias lideradas por la burguesía, que, en la primera mitad del siglo XIX, hicieron propios los intereses artesanales de la época. Una de las más importantes fue la Sociedad De La Igualdad, que contribuyó enormemente a la aspiración política de los artesanos, al servir de ejemplo en el momento en que comenzaron a construir su camino político independiente. También es importante rescatar la influencia de La Sociedad Caupolicán, fundada por Manuel Guerrero y Prado e incluso el partido Radical de 1857. Todas estas instituciones intentaron defender los intereses de los artesanos, sin embargo, fracasaron en la medida que formaban parte del proyecto revolucionario burgués y no de una genuina expresión de clase obrera, la cual aún no reunía las condiciones sociales y culturales para su despertar político.

⁶⁰ Según el balance realizado tras la observación del cuadro n° 17 “Movimientos populares reivindicativos y de protesta Social en las ciudades y centros mineros desde la independencia hasta 1879” en Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 446-450, se puede señalar que, en este periodo, mientras para este sector se contabilizan 15 movimientos, entre peticiones, huelgas y motines, para el sector minero del norte solo se presentaban 5.

⁶¹ En este proceso de politización artesanal, es importante mencionar la influencia de la inmigración de artesanos europeos a raíz del “48”, quienes aparte de introducir nuevas técnicas, traían nuevas ideas sociales y políticas de gran llegada entre los artesanos santiaguinos. El censo de 1854, nos muestra que hacia esta fecha existían 1.005 inmigrantes que provenían de países que participaron en la revolución del “48”, de los cuales 763 se establecieron en Santiago (ver Gazmuri, Cristian. *Ibíd.* Página 55-58)

Hay que agregar, que su incorporación en la discusión sobre asuntos públicos, fue facilitada también por la apertura de *espacios públicos de oposición*. Uno de los más significativos fue - como lo llamó Gabriel Salazar- la *legitimación de la política callejera*. Al momento en que la calle, se transforma en un lugar abierto para establecer, no solo manifestaciones espontáneas, sino que acciones políticas de oposición al Estado, o al gobierno de turno, se fortalece una de las formas más eficientes y visualizadoras del conflicto político dentro del espacio público. En la medida que las reivindicaciones tomaban forma, a través de marchas por el centro cívico, y se iban haciendo cada vez más públicas, las manifestaciones de carácter motinesco, comienzan a ceder lugar a la protesta “ciudadana”.

No es casual entonces que, el aumento de las expectativas y su temprana incorporación en las discusiones públicas, haya significado que fueran los artesanos, y no otro segmento de la clase obrera, los que hayan iniciado el *proceso de politización* de las capas populares. Desde 1850 en adelante, comienzan a aparecer las primeras formas de sociabilidad política -genuinamente obreras- que se desarrollan en el país, marcando el inicio de las manifestaciones del movimiento político popular. Basados en un ethos solidario y mutuo, los artesanos lograron fundar un número importante de organizaciones que, a pesar de enmarcarse dentro de los límites legales establecidos, lograron evidenciar sus problemas más urgentes. Una de las más relevantes, fueron las *sociedades de socorros mutuos*, organizaciones que perseguían fines económicos e instructivos que, a pesar de no promover el enfrentamiento de clases, fueron las principales promotoras de la autonomía e identidad popular. Así, podemos afirmar que el desenvolvimiento político de los sectores populares, se inicia en esta primera etapa *desde* el artesano y *a través* de las mutuales. Antes de este periodo, su intervención política, si bien existía, era de carácter instrumental, es decir, participaban como apoyo para elevar proyectos originados desde la elite⁶².

Por último, cuando analizamos el comportamiento político de un sector en particular, es importante considerar el lugar geográfico en donde se concentró su desarrollo político y por tanto, sus principales expresiones de descontento. Cristozomo Pizarro, en su importante

⁶² Antes de 1850, los artesanos se caracterizaron por agruparse en gremios organizados desde el Estado, reglamentados y disciplinados por él.

trabajo *La huelga obrera en Chile*, realiza un gran aporte en esta materia al plantear que, la intensificación del proceso de industrialización es un factor de gran significación a la hora de explicar la organización de los trabajadores y su propensión a la huelga. Esto explicaría que sea en las provincias de Santiago y Valparaíso, donde se hayan detectado la mayor cantidad de manifestaciones políticas del artesanado. No obstante, insistimos, no hay que entender la relación entre la estructura económica y social de forma causal directa, sino que solo hay que tener presente que las experiencias de clase y de explotación correspondientes al advenimiento del capitalismo industrial en Chile, legitimaban ciertas relaciones de clase que generaron la condiciones para una maduración ideológica y organizativa.

Los datos empíricos nos ayudan a relativizar aún más esta relación y a otorgarle importancia a factores culturales y sociales en la explicación del comportamiento político. En este sentido, aunque desde 1880 podemos hablar de una fase industrializadora del sector artesanal, impulsado en parte por: un aumento de las tarifas aduaneras, las necesidades generadas por la guerra del pacífico y el crecimiento del mercado interno⁶³ (ver el CUADRO N° 4), podemos establecer al mismo tiempo que es justamente en este periodo en donde el artesano comienza a perder protagonismo en la escena política nacional, en gran parte, por el aburguesamiento de sus organizaciones políticas y sociales que respondía a los propios objetivos del proyecto político artesanal.

CUADRO N°4

Fecha de fundaciones de los establecimientos artesanos-industriales existentes en 1895

Fecha	N°	%
Antes de 1870	240	10
1870-1879	330	13,6

⁶³ En cuanto a las tarifas de aduana, estas aumentaron desde un 25% en 1864, a un 27,5% en 1877 y a un 35% en 1878. Más aún, al tener que ser canceladas en moneda metálica, la tarifa ascendía para ese último año a un 45%. (Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 98)

1880-1889	840	34,7
1890-1895	1.009	41,7

Fuente: Grez, Sergio. *Ibíd.* Cuadro n°6, página 109⁶⁴

Para ser más específicos, es luego de 1879, tras el establecimiento de la actividad salitrera en el país y su importante participación en el ingreso nacional (ver CUADRO N° 5), que se reduce la importancia del artesano como actor económico y, coincidentemente, se produce la disminución del ritmo de expansión de sus organizaciones y la neutralización de sus acciones políticas. Esta situación se ve cristalizada en la huelga general de 1890, en donde el componente artesanal fue mínimo. El CUADRO N° 6 muestra la distribución de las huelgas en el periodo que va desde 1890 y 1915 en las tres zonas más importantes del país, en términos de focos económicos y políticos, demostrando que, hacia esa fecha, la zona salitrera adquiriría un protagonismo indiscutible como catalizador del descontento social.

CUADRO N° 5

Composición de las exportaciones chilenas entre 1879 y 1895

Año	Agrícolas	% del Total	Minerales	% del Total	Artesano-industriales	% del Total	Total
1879	70,3	32,65	144,3	67,02	0,5	0,123	215,3
1880	61,6	19,58	239,5	76,15	13,4	4,26	314,5
1885	38,7	12,19	256,3	80,74	12,4	3,90	317,4
1890	28,3	6,64	385,4	80,49	12,2	2,86	425,9
1895	48,7	0,67	381,1	83,50	12,9	2,82	456,4

Fuente: Sergio Grez. *Ibíd.* Página 112

⁶⁴ El autor obtiene esta información desde: Marcelo Carmagnani. *Sviluppo industriali e sottosviluppo económico: il caso cileno (1860-1920)*. Torino, fondazione Luigi finandi, 1971. Página 21.

CUADRO N° 6

Huelgas sectoriales e intersectoriales por zona entre 1890-1915⁶⁵

Zonas	N° de huelgas registradas
Zona Salitrera (Mejillones, Pampa, Iquique, Pisagua, Tocopilla, Taltal, Chañaral, Antofagasta)	112
Santiago	69
Valparaíso	58

Fuente: Cuadro elaborado a partir de información recopilada por Cristozomo Pizarro en: *La huelga Obrera en Chile. 1890-1970*. Santiago: Ediciones SUR, 1986. Página 23.⁶⁶

Es así como, hacia 1890, ya se ha consolidado el proletariado industrial proveniente de las minas como la base desde donde surgen los más importantes proyectos populares del país. Por su parte, los artesanos, representados en este periodo en su gran mayoría por las sociedades mutuales, promueven la vía institucional en la resolución de conflictos, demarcándose de las acciones más revolucionarias del movimiento. Es el momento entonces de girar nuestra atención hacia las zonas salitreras del país, en donde se constituye el actor social que protagoniza la segunda etapa del movimiento.

⁶⁵ Cristozomo Pizarro define las *huelgas sectoriales* como aquellas en las que participan trabajadores de varias empresas, pero del mismo rubro y *huelgas intersectoriales* a aquellas que convocan a trabajadores de distintas actividades. (véase Cristozomo Pizarro. *Ibíd.* Página 21)

⁶⁶ El autor extrajo la información a partir de lo entregado por Jorge Barría, en su memoria para optar al título de profesor de historia y geografía: *Los movimientos Sociales del principio del siglo XX*, escrito en 1953.

III.2.b.- Antecedentes generales de los obreros del salitre (1890-1918)

En primer lugar, hay que considerar, antes de hacer cualquier aseveración acerca del obrero industrial del salitre, que la fuerte presión que este sector ejerció en el sistema político, no pudo haber sido tal si es que la minería no se hubiese consolidado como la actividad productiva de mayor importancia para el desarrollo de nuestro país. Si bien fue tras la llegada del salitre, luego de la guerra del pacífico en 1879, lo que le permitió consagrarse como uno de los pilares del desarrollo del capitalismo en Chile, la industria minera nunca ha estado ausente en la producción de la riqueza del país. De hecho a comienzos del Chile republicano ya la podemos situar en una posición significativa para el progreso nacional y la acumulación capitalista. Tras el descubrimiento de importantes yacimientos, alrededor de 1830⁶⁷, la actividad minera logra desplazar a la agricultura en términos productivos y se erige como el rubro más importante para el presupuesto del país⁶⁸. Esto se expresaba también en el elevado número de trabajadores requeridos para su explotación. Según datos entregados por Marcelo Segall, de un total de 215.765 trabajadores contabilizados alrededor de 1850, los mineros alcanzaban los 117.840⁶⁹.

Sin embargo, la explotación minera ha estado asociada desde sus comienzos, a fuerzas productivas europeas. Eran las necesidades industriales del viejo mundo las que, en última instancia, determinaban los patrones de extracción de América Latina. En particular, en nuestro país fueron los capitales ingleses los que establecieron su dominio sobre la producción⁷⁰. Esto explicaría que en un primer momento, fuera la extracción de plata, cobre y

⁶⁷ En 1832 se descubre la mina de plata de Chañarcillo y en 1848 la mina tres puntas (Gazmuri, Cristián. *Ibíd.*, página 16)

⁶⁸ Según las investigaciones de Segall, mientras la agricultura aportaba menos de un cuarto al ingreso nacional con \$658.038, el cobre lo hacía con \$ 748.978, la plata con \$1.175.557 y el oro con \$262.157. Esta tendencia iba en aumento a medida que transcurría el siglo. (Segall, Marcelo. *Ibíd.* Página 42)

⁶⁹ Segall, Marcelo. *Ibíd.* Página 39. A pesar de que la mayoría de los autores que han realizado estudios sobre esta materia coinciden con esta afirmación, los datos estadísticos concretos varían según los distintos trabajos, de manera que es preciso tomarla con precaución. Luis Vitale, por ejemplo, escribe que en 1885 había un total de 37.703 mineros. (Vitale, Luis. *Ibíd.*, tomo IV. Página 113)

⁷⁰ Hernán Ramírez Necochea incluso llega a sostener la tesis del *imperialismo inglés*. El autor afirma que entre 1820 y 1900 más del 60% de las exportaciones se dirigían a Gran Bretaña y alrededor del 50% de las importaciones venían de ese país. (Véase Ramírez N., Hernán. *Ibíd.* Página 32).

oro lo que caracteriza a la explotación nacional, por ser los minerales requeridos por Inglaterra⁷¹. Luego, como consecuencia de la prosperidad de la minería de cobre, se crea la necesidad del uso de carbón para su extracción, ampliando aún más la actividad minera asociada a esta dependencia. En este contexto, configurada una relación económica de carácter dependiente, el desarrollo de un capitalismo industrial en el país, se mantuvo estancado hasta que, a comienzos del siglo XX, como consecuencia de la explotación salitrera, resurgieran los capitales nacionales.

Esto último significó que, antes del auge del salitre, se impulsara un capitalismo de carácter comercial y bancario. Las características que asumía el trabajador de las minas en este periodo estaban, en consecuencia, determinadas por esta situación. El capital minero, al constituir una parte del capital mercantil, introducía la figura del “habilitador”: comerciante de minerales que compraba el producto de su fuerza de trabajo a un “pirquinero”, que extraía el mineral a cambio de que se le proporcionara las condiciones básicas de existencia, que incluía ropa, herramientas, víveres y anticipos en dinero⁷². Bajo estas condiciones, el minero, aún cuando debe aceptar las desiguales condiciones que imponía el comerciante, no era despojado de sus medios de producción y podía desarrollar su trabajo con técnicas tradicionales y de forma individual. Por otro lado, mantenían una relativa *libertad de trabajo*, que les otorgaba mayor capacidad de decisión al momento de adscribir vender su mano de obra, conservando entre ellos, la percepción de que en cualquier momento podían “volver a su origen” o, en otras palabras, a trabajar la tierra. En este sentido, era esta relativa autonomía la que se defendía ante cualquier situación amenazante, sin embargo, en la mayor parte de los casos, bajo formas espontaneas e inorgánicas de acción colectiva⁷³.

⁷¹ Según Marcelo Segall, Chile fue desde 1822 a 1890 el primer cliente de Gran Bretaña en Latinoamérica. Gracias a los minerales de plata, cobre y oro, el país europeo se abastecía del material de guerra para su ejército. (véase Segall, Marcelo. *Ibíd.* Página 21)

⁷² Segall, Marcelo. *Ibíd.* Página 68.

⁷³ Una de las manifestaciones más significativas fue la de Chañarillo en 1837, producto del azotamiento público que se dio a un trabajador acusado de robo de minerales.

Sin embargo, a medida que avanza el siglo y la industria minera se expande⁷⁴, se producen transformaciones económicas que repercuten en todas las esferas de la sociedad, y con ello también en las condiciones de vida en las minas. Entre los cambios más significativos, se encuentra la agudización de la polarización entre clases, que da forma a una estructura social que contempla nuevas categorías: burguesía, clase media y *proletariado*. Este último se amplía aún más alrededor de 1850 – sobre todo por la modernización de las ciudades- y en 1879, con la incorporación de Arica y Tarapacá al territorio nacional. El inicio de la era del salitre, termina por consolidar el proceso de proletarización, constituyéndose así el trabajador con las características sociales y culturales asociadas a la producción de carácter industrial.

Es importante destacar que, al igual que en el caso de los artesanos, la proletarización de los obreros de las minas se vio facilitada por la migración campo-ciudad. La disminución de los salarios en la zona rural y la propia necesidad del sistema de cubrir el trabajo en las minas, promueve el traslado de gran cantidad de campesinos hacia el norte, enganchados con mejores ofertas salariales. De esta forma, es la agricultura la que prepara el ejército industrial que luego será absorbido por las mineras bajo precarias condiciones laborales. Así, se va configurando un tipo específico de trabajador que presenta características culturales heredadas de sus comunidades de origen y el cual se expone a inéditas formas de explotación.

En 1879, el capitalismo industrial se instala definitivamente y se incorporan enormes fuerzas productivas a desarrollar la actividad salitrera. Los gobiernos liberales de la época permiten la continuación del predominio de los capitales extranjeros y solo perciben las ganancias que les aporta la exportación a través de los impuestos, los que, sin embargo, logran reunir las ganancias más importantes para el país⁷⁵. Como es de suponer, este nuevo ritmo de producción requirió la introducción de nuevos métodos de trabajo y formas de explotación más intensivas. Así, se extingue la figura del “pirquinero” y se da paso a la constitución del *proletariado industrial minero*, instalado en su mayoría en el norte del país. Surge un trabajador que, al estar más oprimido y con expectativas culturales asociadas a un trabajo tradicional que

⁷⁴ De 1835 a 1870 se pasó de 2.000 a 45.000 toneladas de cobre en promedio anual de exportación. En cuanto a la plata mientras en 1800 la media anual de extracción correspondía a 8.500 kilos, en 1866 esta cifra ascendía a 77.842 (Véase Segall, Marcelo, *Ibíd.* Página 49)

⁷⁵ La producción salitrera llegó a ser más del 50% de las entradas del fisco (Véase: Vitale, Luis. *Ibíd.* Página 60)

contrastan con las formas industriales de producción, está más consciente de su situación y de su capacidad de organización.

Las precarias condiciones de vida a las que son sometidos los trabajadores, es un factor central a la hora de explicar la agudización de las contradicciones de clase y del conflicto entre los obreros y empresarios. En primer lugar, se debe destacar el restrictivo sistema de salario y su transformación a mercancías. Los patrones no solo imponían el tipo de alimentación, sino que también controlaban los almacenes en donde se conseguían los productos básicos de subsistencia, aplicando precios hasta tres veces más altos que los que se observaban en el litoral o en la zona central⁷⁶. Por otro lado, el trabajador recibía su salario en fichas, las cuales solo podían ser utilizadas en las pulperías de la compañía minera correspondiente, asegurando al empresario la recuperación del capital invertido en los salarios de los trabajadores. Esta forma de pago estuvo presente desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta 1920, en donde comenzó su decadencia, y fue uno de los factores más precarizadores de la clase obrera como también la causa de sus principales protestas. Como lo planteó Segall, la ficha-salario «es el origen social de las mayores fortunas de Chile, es la acumulación del capital en Chile»⁷⁷.

En segundo lugar, cabe mencionar las condiciones laborales a las que son expuestos. Su aislada ubicación geográfica, con respecto al resto del país; los riesgos del trabajo al interior de las minas; el peligro de las faenas a cielo abierto (como los derrumbes); la contaminación del aire en las fundiciones y; debido a la falta de calificación profesional de muchos trabajadores, su exposición a accidentes graves⁷⁸, forman parte de la cotidianidad de los mineros y de su jornada laboral la que, agravando lo anterior, se extendía a 14 horas.

⁷⁶ Ximena Cruzat realiza una comparación entre la Pampa Central y Antofagasta, alrededor de los precios de los productos básicos más importantes: el kilo de harina, estaba a \$17 en la pampa contra \$6.50 en Antofagasta; 40 litros de agua en la pampa costaba \$0.20, mientras que en Antofagasta este precio descendía a \$0,05; la leche en tarro estaba a \$1,25 en la pampa y en la costa a \$0,60. Esta tendencia se repetía en la mayoría de los productos básicos (véase en Devés, Eduardo. Seminario: La “visión de Mundo” del movimiento mancomunal en el norte salitrero entre 1901 y 1907. Abril-Mayo. 1980, Cátedra de Pensamiento Latinoamericano. Academia de Humanismo Cristiano. Página 14)

⁷⁷ Segall, Marcelo. “Biografía social de la Ficha –Salario” en *Revista Mapocho* N° 2, 1964. Página 35

⁷⁸ Véase: Zapata, Francisco. “Los mineros como actores sociales y políticos en Bolivia, Chile y Perú durante el siglo XX”. Este trabajo fue presentado en el III Encuentro de Historiadores y Cientistas Sociales Chileno-

Por último, las condiciones sociales también son importantes de revelar. El hacinamiento y la falta de higiene eran las características principales de sus habitaciones. Según datos recogidos alrededor de 1910, la población activa del salitre sumaba 44.000 trabajadores que se distribuían en poco más de 100 oficinas⁷⁹. La población se concentró principalmente en Tarapacá y Antofagasta, en alrededor de no más de cinco distritos mineros ubicados en esta zona. A esto se suma, la ausencia de alcantarillado y agua potable, que hacían de estas viviendas verdaderos focos de contaminación. Esta situación dejaba un importante saldo de enfermos que no podían ser tratados efectivamente, dada las precarias condiciones médicas de las oficinas. En términos de relaciones sociales, contaban con escasas instancias formales de esparcimiento y días de descanso, si a esto se le agrega la falta de libertad para reunirse, podemos hablar de un preocupante grado de supresión que afectaba la vida de los obreros. Sus formas más comunes de pasatiempos estaban asociadas al alcoholismo y la prostitución, lo que los mantenía en constante estado de letargo.

Interesantes son las observaciones de la época, realizadas por personalidades importantes de distintas partes del mundo, que dan cuenta de su situación. Revisemos los siguientes extractos⁸⁰:

«Los obreros de las minas de América del Sur donde la jornada necesaria de trabajo consiste en cargar sobre sus espaldas un peso de 180 a 200 libras de mineral y llevarlos desde una profundidad de 450 pies (puede ser una de las más duras del mundo) viven solamente de porotos y pan» (Liebig, fundador de la química orgánica)

«Los mineros trabajan mucho, se les da poco tiempo para sus comidas y lo mismo en invierno que en verano se ponen al trabajo con el alba y no cesan sino al llegar la noche. Reciben 10 chelines por mes, además de la comida, para desayunar se les dan 16 higos y 2 trozos de pan; para almorzar se les da habas cocidas con agua y para cenar, trigo machacado, tostado, nunca comen carne, porque con 12 libras anuales han de vestirse y alimentar a su familia» (Darwin en su "Viaje naturalista alrededor del mundo" al referirse al mineral de Jahuel)

Bolivianos, que tuvo lugar en La Paz en julio de 2002. Página 74; Nash, J., 1974-1976. "Conflicto industrial en los andes: Los mineros bolivianos del Estaño". En *Estudios Andinos*, N° IV.

⁷⁹ Pizarro, Cristozomo. *Ibíd.* Página 24.

⁸⁰ Estas citas fueron extraídas de Segall, Marcelo. *Opcít.* Página 65.

Son estas nuevas experiencias de explotación, cada vez más intensas y evidentes, que chocan de manera generalizada con las expectativas de los obreros. A diferencia del “pirquinero”, el minero que se incorporaba al régimen industrial veía irreversible su situación, éste significaba una ruptura definitiva con formas más tradicionales de vida y de trabajo, «tanto por la distancia- comentan Pinto y Ortega- como por la transformación cualitativa del régimen de trabajo »⁸¹. El funcionamiento industrial a esta altura, ya abarcaba todos los espacios y la única salida posible era hacia adelante, es decir, hacia otras formas de trabajo capitalista. A consecuencia de ello, las estrategias de resistencia que utilizaban en el sistema preindustrial ya no son suficientes para enfrentar su nueva situación, deben buscar nuevas formas de resolución de problemas, que les permitan sobrellevar la pérdida total de autonomía y control sobre su propio trabajo. En este contexto, el socialismo científico se instala como la mejor respuesta y se convierte en la principal influencia en su inevitable maduración ideológica. Este proceso, abre camino a una sociabilidad política fundamentada en la lucha activa, superando a la fundada sobre los ideales de protección y ayuda mutua que había caracterizado a los artesanos. De esta manera, si antes era el artesanado quien protagonizaba las principales acciones reivindicativas, ahora era el proletariado salitrero quien encarnaba las principales manifestaciones del movimiento popular. De esta forma, la década de 1880 se caracterizó por la propagación de protestas sociales y económicas -aun cuando estas fueran en su mayoría motines violentos y desorganizados- en los centros mineros del norte y por una baja concentración de estos en la capital.⁸²

De todas maneras, hay que destacar que, a medida que pasa el tiempo, se puede apreciar una evolución en el movimiento minero, desde formas más espontáneas y violentas de acción - como las asonadas callejeras- hacia intentos reivindicativos con mayor grado de convocatoria y organización -como la huelga-. Julio Pinto lo plantea de la siguiente forma:

« en un comienzo se aprecia un claro predominio de respuestas tradicionales de rebeldía espontánea e individual, entremezclados con intentos de fuga hacia una existencia menos

⁸¹ Pinto, Julio y Luis Ortega. *Expansión Minera y Desarrollo Industrial: Un caso de crecimiento asociado (Chile 1850-1914)* Departamento de Historia, USACH.

⁸² Afirmación realizada según los datos entregados por el cuadro n°21: “Movimientos reivindicativos y de protesta social en las ciudades y centros mineros entre 1880 y 1890” en Grez, Sergio. *Ibíd.* Páginas 569-574

segmentada. Con el correr de los años, sin embargo, empiezan a perfilarse acciones de otra naturaleza, mas enraizadas en su nueva condición laboral y vital. Surgen así las primeras huelgas, todavía bastante efímeras y aparentemente con poco planificación. El poder empresarial es aún demasiado sólido como para enfrentársele sistemáticamente»⁸³.

En la medida que el sistema de producción se iba industrializando, los mineros van adhiriendo a un conjunto de valores y patrones culturales correspondientes con su nueva realidad, que a su vez los cohesionaba y los hacía enfrentar al capital de manera persistente. Surgen entre ellos, nuevos dispositivos de organización que facilitaba la convocatoria y representación en estas nuevas condiciones.

« las relaciones sociales que imperaron- agrega pinto- mediatizadas por lazos monetarios y profundamente marcadas por la transitoriedad en el trabajo o la habitación; la cultura que se fue definiendo, desprovista de un sólido anclaje en tradiciones precapitalistas y escindida por barreras nacionales e idiomáticas: todos estos rasgos habrían configurado un entorno desde el que el obrero debió modificar su imagen de sí mismo y del mundo, asumir nuevas conductas y valores, construir una nueva identidad. Debió abandonar antiguas seguridades basadas en la destreza y la experiencia, en la autonomía de su práctica laboral o en las lealtades subjetivas afincadas en la tradición y el prolongado contacto personal, reemplazándola por la fuerza del número, de la organización, de la acción planificada y concertada»⁸⁴

Un hecho que simboliza la entrada del proletariado salitrero en esta nueva conducta y que lo descubre en la escena política nacional, es su participación en la huelga general de 1890, mismo hecho que marcaba la decadencia de las mutuales y de los artesanos como protagonistas de la lucha política. La crisis de fines de 1889 en el salitre, producto de una baja en su precio, provoca una ola de despidos que afecta a gran parte de los trabajadores. Este asunto suscitó una crisis política que desencadenó el descontento obrero y devino en los movimientos de Tarapacá, Antofagasta y Valparaíso. Aparece la primera experiencia masiva de movilización reivindicativa dentro de los obreros, como consecuencia de la fuerza que se venía acumulando en el norte del país. Así, mientras los mineros se alineaban en el socialismo, los artesanos y su representante, el Partido Democrático, preferían seguir en el terreno

⁸³ Pinto, Julio. "La transición laboral en el norte salitrero: la provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile. 1870-1890". En *Historia* N° 25, Santiago, 1990. Página 219.

⁸⁴ Pinto, Julio. *Ibíd.* Página 427

político-institucional para resolver sus conflictos.⁸⁵ Se visibiliza entonces, un nuevo actor social con una identidad de clase sin precedentes. Desde este momento, se comienza a observar el auge de las *mancomunales* y *sociedades de resistencia*, verdaderos organismos de lucha, genuinamente anticapitalistas, que conducen la acción reivindicativa del proletariado hacia una oposición de clases. Estas organizaciones manifestadas tanto en el centro del país como en el norte grande, son los responsables de los principales levantamientos populares de la época y las precursoras de la organización sindical del país.

El CUADRO N° 7 muestra la distribución de las huelgas sectoriales e intersectoriales entre los distintos oficios más importantes del país en esa época, demostrando el protagonismo que comienzan a tener los mineros, y por cierto, los trabajadores marítimos -sobre quienes, por tiempo y espacio, no se realizará mayor análisis en este trabajo- en las movilizaciones obreras:

CUADRO N° 7

Huelgas sectoriales e intersectoriales por Oficios entre 1890-1915

Rubros	N° de huelgas registradas
Ferrovianos	29
Marítimos	75
Mineros	50
Municipales	7
Cocheros	10
Construcción	7
(Jornaleros, Pintores, obreros en construcción)	
Panificadores	13

⁸⁵ Grez, Sergio. *Ibíd.* Página 745

Metalúrgicos	25
Tranviarios	14
Imprenta	24
Cuero	21
Otros manufactureros	18
(Fabrica de vidrio, cerrajeros, toneleros, tejidos, cerveceros, sastres)	
Varios	21
(Matanjes, suplementeros, comercio, actores, otros)	
Total	314

Fuente: Cuadro elaborado a partir de información recopilada por Cristozomo Pizarro. *Ibíd.* Página 22.

Teniendo lo anterior como precedente, lo que nos interesa comprender ahora son los elementos específicos asociados a la formación del proletariado salitrero que lo llevaron a conducir el movimiento. Indagar en las características culturales y sociales que los diferenciaron del resto de los trabajadores del país, ayuda a entender más a fondo su comportamiento.⁸⁶

En primer lugar, un factor importante de destacar son las condiciones y experiencias acumuladas, que la zona del salitre acarrea desde la época en que formaba parte del territorio boliviano y peruano. El proletariado chileno que emerge de esta zona tiene una trayectoria específica que, en un primer momento, estuvo determinada por su condición de extranjería. Fue alrededor de 1853 que las oficinas salitreras- en esa época en manos foráneas-, experimentaron un brusco incremento en la demanda, produciendo un aumento en el índice de

⁸⁶ Francisco Zapata, sociólogo chileno y profesor del Colegio de México, realiza un importante aporte en esta materia. Revisar: Zapata, Francisco. *Ibíd.*

las exportaciones en un 145%, respecto a la década anterior, para volver a aumentar en un 100% en 1860.⁸⁷ De esta forma, la mano de obra local se volvió insuficiente y, como una respuesta espontánea del mercado, se producen olas de migración de chilenos a trabajar a estas zonas, motivados por mejores expectativas salariales. Según el censo de 1876, de 37.099 personas que habitaban en Tarapacá en ese año, 9.663, es decir, un 26,05% tenía nacionalidad chilena. En Iquique este número ascendía a un 52,41%⁸⁸, mientras que en Antofagasta, los datos del censo de 1875 revelaban que un 84,14% de la población total era chilena⁸⁹.

Como suele suceder, no paso mucho tiempo para que, entre los trabajadores chilenos, se desarrollara un sentimiento de pertenencia hacia la comunidad que se instalaba entremedio de estas tierras extrañas. Fue ésta complicidad, junto con las malas condiciones de trabajo, lo que promovía una conducta que desafiaba tanto a los trabajadores oriundos de ese país, como a las autoridades locales. Julio Pinto, al referirse a esta situación plantea:

«ya fuese por su número, por su conducta violenta o por su exacerbada identidad nacional, los migrantes chilenos se constituyeron en un problema insoluble para la conservación del orden publico tanto en Tarapacá como en Antofagasta, y por tanto un objeto permanente de recelo y vigilancia. Los efectos que esta hostilidad pudo ejercer sobre su solidaridad grupal, y eventualmente sobre la conformación de un espíritu de cuerpo mas permanente, son posibilidades que no deben descartarse al explorar el surgimiento de una nueva forma de identidad obrera en los territorios del norte»⁹⁰.

Podríamos suponer entonces, que es esta personalidad hostil y defensiva del peón chileno, germinada en la época señalada, el precedente para entender el comportamiento motinesco y violento, que primará en los primeros años en que estas zonas fueron incorporadas al territorio nacional y, al mismo tiempo, la solidaridad que caracterizó al movimiento obrero en todo su desarrollo.

⁸⁷ Grez, Sergio. “Movimiento popular urbano en Chile entre el cambio de siglo y la época del centenario (1890-1912)”. En *Contribuciones científicas y tecnológicas* N°109, 1995. USACH. Página 66.

⁸⁸ Pinto, Julio. “Cortar raíces, Criar fama: el peonaje chileno en la fase inicial del ciclo salitrero, 1850-1879”. En *Historia* N°27. Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1993. página 428

⁸⁹ Pinto, Julio. *Ibíd.* Página 431.

⁹⁰ Pinto, Julio. *Ibíd.* Página 444.

En segundo lugar, la forma de reclutamiento de la fuerza de trabajo, que primó en todas las fases del ciclo salitrero, y que consistía en “enganchar” a campesinos e indígenas para el trabajo en las minas a partir de ofertas salariales, introduce particularidades en dos sentidos. Por una parte, el carácter migratorio de los trabajadores, es una variable que puede ser significativa a la hora de entender las presiones que ejercen los obreros sobre el sistema de trabajo, en muchas ocasiones más incluso que el propio deterioro de sus condiciones de vida. Los estrechos lazos que seguían manteniendo con sus comunidades de origen, les significaba una presión constante, ya que era a través de su salario que debían solventar los gastos que estas últimas generaban. Por otro lado, trabajar sobre nuevas condiciones físicas significaba un gran impacto para su estilo de vida y trabajo. El carácter subterráneo de las minas, las altas temperaturas en las fundiciones e incluso el manejo de tecnología totalmente diferente a la que se utilizaba en el campo, que implicaban ritmos de producción completamente distintas a las del trabajo agrícola, eran características laborales que suponían un proceso de transición social en los trabajadores. Esto último significaba, entre otras cosas, una ruptura con los viejos esquemas y la actualización de nuevas formas de interrelación y conductas apropiadas.

Si bien el origen rural de los obreros era una característica importante para entender su resistencia al nuevo escenario impuesto, no es menos cierto que gran cantidad de trabajadores ya había iniciado su camino hacia la proletarización. Muchos de ellos ya habían tenido contacto con el trabajo asalariado y por lo tanto su paso por las salitreras correspondía al último eslabón de ese proceso. La información entregada por las listas electorales de fines de 1884, estima que un 46,59% de los encuestados declaró ser nacido en Santiago, Valparaíso y Aconcagua, ciudades que habían iniciado su proceso de industrialización hace un tiempo. Del resto de los inscritos, un 24,18% provenía de las provincias mineras del norte chico, mientras que no más del 30 %, tenían su origen en provincias donde prevalecía la actividad agrícola, nos referimos a las pertenecientes al Chile central o las que se encuentran al sur de Concepción.⁹¹ Sin embargo, a pesar del lugar de procedencia, la sensación de opresión se hacía presente indistintamente ya que, aunque a una gran parte de trabajadores no le era desconocida la disciplina industrial, si veían en las salitreras la imposibilidad definitiva de su

⁹¹ Pinto, Julio. *Ibíd.* Página 435.

regreso y por tanto, la consolidación de su proletarización. Esta percepción no hacía más que acrecentar las distintas formas de rebeldía, como forma de resistir a esta condición.

No obstante, y aquí entramos en el tercer punto, las compañías mineras que se instalaron en Chile, fomentaron la creación de una “comunidad minera”. Esta fue una variable muy importante para el proceso de politización de los obreros del salitre, ya que facilitó tanto la unificación y dirección de sus demandas, como el desarrollo de la acción sindical. Los factores más relevantes que intervienen en este fenómeno son: el *fortalecimiento de la vida familiar* y el *principio de solidaridad* que comienza a primar entre ellos. En primer lugar, en la medida que se iban estableciendo grupos familiares dentro de las compañías, se consolida un sentido de permanencia y pertenencia al territorio, que contribuye a la estabilización de los obreros en la mina. Un estudio sobre la mina el teniente, realizado por Baros y Klubock⁹², demuestra que es justamente el disciplinamiento de la institución del matrimonio lo que facilita la conformación de una “comunidad” que los obreros se disponen a defender en pos de su prosperidad. En segundo lugar, la intensa interacción social entre los mineros, dentro y fuera del trabajo, engendra un principio de solidaridad que promueve la emergencia de redes asociativas. La percepción riesgosa del trabajo y las precarias condiciones en las que se encuentra su comunidad, hace necesaria la fraternidad entre ellos para afrontarlas. Así, en la medida que los conflictos laborales y sociales se plantean en términos homogéneos, se agudizan y generan un alto nivel de cohesión social, expresada a su vez en la confrontación cotidiana hacia un enemigo común: el Capital.

En último lugar, es importante rescatar el origen extranjero de las empresas mineras. Según Francisco Zapata- y no solo en Chile, sino que en el resto de América Latina también- esto implicó el reforzamiento de una identidad nacional⁹³. Esta última, es fundamental para el proceso político ya que contribuye a la identificación del Estado chileno como el principal responsable de las condiciones sociales y económicas a las que son expuestos. De esta manera, al reconocerse como ciudadanos chilenos, una fracción de los obreros comienzan a sentir que los aparatos estatales no son, en esencia, preservadores de los intereses de las elites,

⁹² Una síntesis de este estudio en: Zapata, Francisco. *Ibíd.* Página 68

⁹³ Zapata, Francisco. *Ibíd.* Página 71

por lo que es preciso arrebatárles los espacios públicos de decisión o, por lo menos, si esto no responde a sus objetivos ideológicos -como en el caso de los anarquistas- plantear sus demandas hacia él.

La conjugación de estos elementos, permite que finalmente se plantee, entre la unidad más numerosa de los obreros politizados, un nuevo ordenamiento político, que se sustenta en base a dos soportes: «remitir los problemas populares a la moneda y asumir el proceso de proletarización como el eje de la organización y desarrollo político del pueblo en general»⁹⁴ Este ordenamiento, de carácter *sindical- parlamentarista*, como la llamo Salazar, fundamentaba la organización obrera en la pretensión de llegar al parlamento a través de líderes populares.⁹⁵ A partir de este momento, situado alrededor de los últimos años de la primera década del siglo XX, las manifestaciones obreras ya no se fundamentan en un discurso fragmentado y, en concordancia con el movimiento obrero internacional, actúan cada vez con mayor independencia y cohesión. La oposición política popular se institucionaliza y es representada por el primer partido genuino de la clase obrera: el Partido Obrero Socialista (POS), que surge en 1912 como una ramificación del Partido Democrático⁹⁶ y que, 10 años más tarde, con la influencia de la Revolución Rusa, da paso al Partido Comunista.

Luego, tras el quiebre producido en la industria salitrera, alrededor de 1914, y las fuertes olas de desempleo e inflación que esto ocasionó, el movimiento obrero sufrió un tremendo

⁹⁴ Salazar, Gabriel. Opcít. Página 65

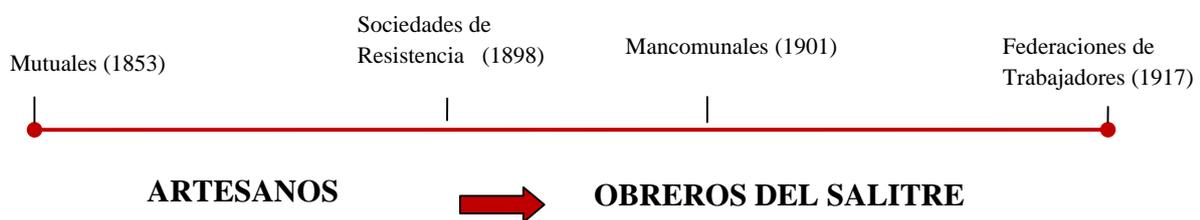
⁹⁵ Es importante mencionar que este ordenamiento *sindical parlamentarista*, finalmente se transformó en un limitante para el desarrollo político de las capas inferiores del sector popular, en la medida que suponía, por parte de las masas, el aprendizaje de una “cultura política de oposición legal” que implicaba interiorizarse con el funcionamiento estatal y las estructuras parlamentarias. Una gran parte de los proletarios, sobre todo los que se incorporaron en épocas posteriores a sus filas, no lograron dominar esta cultura política mínima, lo que produjo, en última instancia, una abstracción de la política y el traspaso de responsabilidad política a los líderes populares. (véase Salazar, Gabriel, *Ibíd.* Página 67) A pesar de esto, en un primero momento, este ordenamiento significó un avance para el desarrollo sindical obrero y para su independencia política. La jerarquización de los estratos populares, es un fenómeno que cobra relevancia en épocas que superan el tiempo de este estudio pero que, sin embargo, abre espacio a nuevas cuestiones teóricas sobre el fracaso del proyecto político popular que culmina con la Unidad Popular.

⁹⁶ Como una forma de desligarse de la influencia pequeño burguesa y acentuar el carácter popular dentro del Partido Democrático, se crea el POS, sobre la base de los trabajadores socialistas de la pampa salitrera. Ahora bien, su preocupación no es solo conseguir puestos de poder, sino que también plantear la continuación y consolidación del proyecto de regeneración que habían promovido las mutuales y mancomunales anteriormente.

impacto, que lo logra fortalecer hasta desarrollar formas inéditas de organización. Es luego de este periodo, que se dan las condiciones para que el proletariado se establezca como un sujeto político capaz de generar, individual y colectivamente, discursos y acciones enmarcadas en proyectos políticos de gran alcance. Las divisiones ideológicas entre los obreros desaparecen, por lo menos en términos operativos, surgen redes asociativas que operan bajo sistemas federativos y que permiten agrupar a todos los asalariados del país bajo una sola bandera. Desde este período, la organización obrera ya ha adquirido total independencia y autonomía, con una amplia coordinación nacional. La aparición de las grandes federaciones y la gran capacidad representativa que alcanzan en 1918, expresados en gran medida por la Asamblea Obrera de Alimentación, son la expresión de la culminación del proceso de politización al cual hacemos referencia, de manera que extendemos el análisis hasta ese año.

III.2.c.- Principales Organizaciones Obreras⁹⁷

Antes de profundizar en cada una de las asociaciones obreras que emergieron dentro del movimiento popular, es importante realizar una aclaración: cada organización que se destacó, correspondía a una expresión de las fases del proceso de politización de los sectores populares, de manera que si pudiéramos establecer una línea de tiempo de este fenómeno, podríamos señalar una relativa correspondencia –no total por cierto- entre las distintas organizaciones y la participación de los dos actores en cuestión, sobre todo si agregamos que cada una encuentra su antecedente histórico en la anterior. Expresado en forma gráfica:



Fuente: Elaboración Propia

⁹⁷ Solo se reconocen las agrupaciones netamente obreras, sin dirigencia burguesa.

Mutuales

Si bien, este tipo de organizaciones surge en la segunda mitad del siglo XIX, el periodo que lo antecede nos revela el contexto desde el cuál emergieron. En este sentido, se torna relevante considerar el alto nivel de represión y el desmantelamiento que sufrieron las organizaciones políticas lideradas por la burguesía liberal -específicamente las sociedades igualitarias-, tras el intento de derrocar al gobierno de Montt en 1851, ya que no solo significó que los sectores populares quedaran sin medios institucionalizados para poder expresarse, sino que también surgiera entre ellos la necesidad de crear nuevas organizaciones que no implicaran ningún tipo de represalias. De esta forma, los artesanos que habían alcanzado algún grado de inquietud política, influidos por las revueltas anteriores, deciden levantar una estrategia basada en la autoorganización y autonomía, para satisfacer sus necesidades materiales más urgentes y que, a su vez, se enmarcaran bajo los principios de prudencia y neutralidad política⁹⁸. Surge así, en 1853, la primera sociedad mutual, la “Sociedad Tipográfica”, dando nacimiento a la forma de sociabilidad política más importante de los artesanos.⁹⁹

En términos generales, podríamos decir que estas sociedades, se plantean con el propósito principal de fomentar el ahorro y el socorro mutuo. Dentro de sus funciones más importantes, se encuentra la protección económica de sus asociados, en momentos en que la emergencia los inhabilitara para el trabajo -especialmente por causa de enfermedad o vejez- y la provisión de instrucción, a través de la autogestión de escuelas, bibliotecas y conferencias, dedicadas especialmente a elevar los conocimientos que permitieran el progreso de las artes e industrias

⁹⁸ Es importante considerar los elementos externos que ayudaron al nacimiento de este tipo de asociaciones. Los contactos con la ideología internacional, promovieron las ideas de pensadores Europeos. En el caso de las organizaciones mutuales, se reconoce a Proudhon, como su principal precursor. El autor estableció un programa para estas instituciones, basándose en tres estrategias: i) *ayuda mutua*, para contrarrestar falta de capital, ii) *cooperativa*, por la necesidad de crédito y la falta de solvencia económica y iii) *escuelas*, bajo la idea de que la cultura hace el progreso. (Segall, Marcelo. Op.cit. Página 293)

⁹⁹ Luego, se funda la Sociedad Tipográfica de Valparaíso en 1855, la Sociedad de Artesanos de Valparaíso y la Unión de Artesanos de Santiago, en 1858. No obstante, una de las más importantes, por representar fielmente el ideario mutualista que se va a reproducir en toda la segunda mitad del siglo XIX, se organiza en Santiago en 1862: La Sociedad Unión de Artesanos de Santiago. (véase: Ramírez Necochea, Hernán. *Historia del Movimiento Obrero en Chile. Siglo XIX*. Concepción: Ediciones Lar, 1986 (2° edición) Página 166-167)

del país, pero también, y sobre todo a medida que estas sociedades se fueron desarrollando, a enseñar contenidos culturales, sociales y políticos que les permitieran realizar juicios sobre la sociedad en la que vivían.

Así, lo que estas sociedades proveían, más allá de su ayuda monetaria, era finalmente una asistencia moral. Como plantea Sergio Grez, se trataba de un proyecto que iba tejiendo redes y relaciones que contribuían a la *regeneración del pueblo*, entendido como la elevación social, moral, cultural, económica y política de los sectores populares. Estas instituciones, contribuyeron en el proceso de formación de una identidad popular positiva, que rompe con la imagen del “roto” imprevisor, vicioso e incapaz de tomar el destino en sus manos y construye, en cambio, la figura del trabajador honesto, democrático, previsor, solidario e ilustrado.¹⁰⁰ De esta manera, la popularidad de estas organizaciones no tardo en propagarse, si hacia 1870 se hablaba de 13 sociedades mutualistas, 10 años más tarde ese número ascendía a 39, en 1890 a 76, 10 años más tarde sumaban 240 y en 1910 constituían alrededor de 372¹⁰¹.

Ahora bien, si nos preguntamos cómo se haría real este proyecto de regeneración popular, es preciso observar más a fondo los principales principios que defendía el discurso mutualista, esto es, el de *asociación, instrucción, moralidad y protección a la industria nacional*¹⁰². El primero de ellos, es decir, el de *asociación*, se planteaba como una estrategia de clase que les ayudaría a superar su situación de miseria y, en consecuencia, la condición para lograr su anhelada independencia material. En este sentido, es que se encuentra íntimamente asociada a la idea de *ahorro*, ya que era el medio concreto a través del cual mejorarían sus condiciones de vida y podrían superar el individualismo que recorría a las sociedades capitalistas.

En segundo lugar, la *instrucción*, como lo adelantábamos, era uno de los objetivos más importantes de estas organizaciones. En un principio, impulsada por el pensamiento ilustrado -que pretendía el desarrollo de los oficios, las artes, las industrias y las creencias-, primaba en

¹⁰⁰ Grez, Sergio. Opcít. Página 756

¹⁰¹ Véase Segall, Marcelo. Ibíd. Página 279 y Vitale, Luis. Ibíd. tomo V. Página 83.

¹⁰² Un autor que resalta estos elementos es Eduardo Devés en su artículo “Orígenes del Socialismo Chileno” en *Cuadernos Hispanoamericanos* N° 453. Marzo de 1989. Página 31-38

ellas la vocación por entregar una “educación técnica”, para así poder incorporar al trabajo artesanal las herramientas que les permitiera mejorar sus productos y competir en el mercado con aquellos importados, de manera de procurar, al mismo tiempo, el fomento a la industria nacional. No obstante, esto no significa que finalmente no hayan desarrollado una “educación social”, que los guiara sobre los derechos que debían conquistar y les inculcara los principios básicos de organización. Sin esta última, es difícil imaginarse la germinación del proceso de politización en los artesanos.

En tercer lugar, y estrechamente ligado a la anterior, las mutuales proyectaban el “deber ser” del obrero, básicamente, como una forma de protegerlo de los vicios y las malas costumbres. En este sentido, se fomentaba una *moralidad* que promovía valores tales como la honradez, la sobriedad, la cultura, la lucha contra el cohecho, etc., y que contribuían a la constitución de ciudadanos preparados para integrar el espacio público.

Por último, en la base de sus principales demandas, se encontraba la *protección a la industria nacional*, no solo como una forma de defender el interés propio, sino también por relacionar el progreso colectivo del artesano al progreso nacional. Esta reivindicación, se transformó en el eje del movimiento obrero en el tiempo en que éste era liderado por los artesanos, facilitando, dentro de su discurso, la incorporación de una posición política frente a las medidas económicas de los gobiernos liberales de la época.

En la práctica, aunque este esfuerzo regenerador y asistencial se relacionaba con una visión reformista, caracterizada por plantear cambios dentro del sistema en vez de transformaciones estructurales, se convirtió en el antecedente histórico de la corriente socialista en Chile. De a poco, el desarrollo de las mutuales comienzan a engendrar una conciencia cada vez mayor y la ideología socialista, aun cuando no esté dentro de su declaración de principios y no se exprese como una alternativa al sistema capitalista, encuentra su primer soporte dentro de los sectores populares, sobre todo en términos operativos. Eduardo Devés, plantea que las sociedades de artesanos de la segunda mitad del siglo XIX: «manifiestan a través de su pensamiento diversas iniciativas cercanas al socialismo: la asociación de los trabajadores, la

organización cooperativa, la petición al Estado de una planificación educacional, el afán de una práctica autónoma y de clase»¹⁰³

De esta manera, aún cuando en sus primeros años de funcionamiento, declaraban ser apolíticas, fueron centrales para el desenvolvimiento político de los sectores populares, ya que a partir de ellas emergieron los primeros indicios de opinión pública obrera y de voluntad política¹⁰⁴. En palabras de Segall:

« el mutualismo cumplió una labor importante: reunir semanalmente a sus asociados para que cambiaran ideas en las asambleas y se prepararan para la política; organizarles cursos de cultura general y técnica gratuita, e indirectamente interesarlos en la vida nacional. Estas sociedades [...] fueron un vehículo para la discusión libre y la formación de la mentalidad independiente de la clase obrera»¹⁰⁵.

Entendido de esta forma, se plantean como un medio para satisfacer la necesidad de empoderamiento económico, cultural y social del pueblo, por lo que sería erróneo desvincular esta primera fase del proceso asociativo con la gestación del artesano como actor político.

Lo que en última instancia se desprende del surgimiento de estas sociedades, es la toma de conciencia por parte del artesano, de que su bienestar solo se conseguiría, si se lograba conjugar el mejoramiento de las distintas dimensiones, ya sea, económico, político, social y cultural, en un solo proyecto. La preocupación por el bienestar individual, cede el paso hacia el cuestionamiento sobre las situaciones generales que determinan su posición, como por ejemplo, su realidad económica y educacional. No obstante, esta problemática aun no se entiende desde la oposición capital/trabajo. A pesar de promover la emancipación del pueblo, las condiciones de vida de los artesanos se defienden en base al consumo y no por sus

¹⁰³ Devés, Eduardo. “El pensamiento de Fermín Vivaceta y del mutualismo en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Estudios Latinoamericanos*, N° 1, Santiago, 1987. Página 105

¹⁰⁴ Es importante resaltar ciertas excepciones dentro del movimiento mutualista artesanal. Si bien, en la mayor parte de estas organizaciones existía una neutralidad política, hay casos, como la Sociedad de Artesanos de Talca, que lograron politizarse con anterioridad. Hacia 1870, este grupo proclamaba una lucha política de gran desarrollo ideológico. De todas formas, nuestro estudio se concentra en la ciudad de Santiago, por lo que solo damos esta información en calidad de antecedente.

¹⁰⁵ Segall, Marcelo. Opcit. Página 279

relaciones de producción. Esta idea surge particularmente por su apego a la corriente liberal y luego, al Partido Democrático (1887), dirigido por la juventud intelectual de izquierda.

Quizás fue esto último, lo que hizo que en una última etapa estas sociedades fueran perdiendo importancia para los sectores que alcanzaron mayor grado de politización. Su actitud conciliadora se fue haciendo cada vez más fuerte, y su apego a las formas institucionalizadas de expresión política los mantuvo al margen de las luchas revolucionarias de finales de siglo XIX. Uno de los factores explicativos de esta baja incidencia política, guarda relación con el carácter pluriclasista que comenzaron a adoptar estas organizaciones. Con el paso del tiempo, fueron aumentando los profesionales y comerciantes entre sus filas, al mismo tiempo que disminuía su componente artesanal. Un estudio sobre la sociedad de artesanos de la Serena revela que en su etapa inicial, es decir, de 1861 a 1869, la totalidad de los 108 socios inscritos podían ser calificados como artesanos; durante 1870-1879, de los 281 matriculados, solo el 67,5% pertenecía a esta categoría y el 35,5% restante eran profesionales y comerciantes; durante la década de 1880-1889 de 599 socios ingresados, los “cuellos blancos” (comerciantes, empleados particulares, rentistas e industriales) sumaban el 49,8%, mientras que los artesanos el 50,2%. Esta tendencia se acentúa durante la última década del siglo, pasando, los “cuellos blancos”, a reunir al 55% del total de los asociados y los trabajadores manuales el 45% restante¹⁰⁶. Aunque no se cuenta con información estadística del resto de las mutuales, la evidencia parece indicar que esta tendencia se reprodujo a nivel general en estas asociaciones.

Sociedades de Resistencia

Estas sociedades se originan como un esfuerzo de superar los estrechos márgenes políticos del mutualismo, para pasar a un estilo más combativo y frontal de organización. Desde 1881, aproximadamente, se dan las condiciones históricas para que se instale el anarquismo en el país y, aún cuando diversos autores puedan considerar que esta corriente es un abandono ideológico de la política¹⁰⁷, gracias a él se produce un acercamiento a las formas concretas de

¹⁰⁶ Sergio Grez, *Opcít.* Página 595

¹⁰⁷ Véase Segall, Marcelo. *Ibíd.* Página 310

unión y organización, que va a permitir luego, la instalación del sindicalismo. De esta forma, en 1898, desde el Partido Unión Socialista- vertiente anarquista del Partido Democrático- se funda la primera sociedad de resistencia, en manos de los ferroviarios de la maestranza de los ferrocarriles de Santiago,¹⁰⁸ representando el primer intento organizado, por oponerse al sistema capitalista de producción. Basándose en la idea de unión, estas instituciones se preocuparon de asociar a los trabajadores de un mismo oficio para realizar una lucha local contra el capital, a través de acciones directas, especialmente de huelgas, con el objeto de defender al trabajador de los abusos cometidos por los capitalistas.

De esta forma, las sociedades de resistencia, entregaron las primeras experiencias de organización y lucha activa dentro de los sectores populares, a partir de un estilo espontáneo y descentralizado de acción. Sus principios básicos eran: i) descentralización; ii) rotación de sus dirigentes y; iii) autonomía de las bases sindicales, para resolver sin necesidad de consultar con las instancias llamadas “superiores”¹⁰⁹.

Como se puede apreciar, se trataba de una asociación que, por su modelo de organización, carecía de una estructura estable tanto a nivel funcional como a nivel de las discusiones, de manera que solo era capaz de resolver problemas de corto alcance, manteniendo dificultades para articular una política sindical a largo plazo. En este sentido, la importancia de estas organizaciones para el proceso formativo de la clase obrera tuvo que ver más bien con la introducción de métodos de acción colectiva de carácter clasista y de una oposición consciente al capital, pero aún insuficiente para poder lograr establecer una propuesta realizable y alternativa al rígido sistema que imperaba en ese entonces en el país.

Es importante destacar que, en etapas donde el movimiento obrero comenzaba a declinar, fue la constancia y capacidad de lucha de estas organizaciones, en manos de los anarquistas, las

¹⁰⁸ Jobet, Julio Cesar. *Los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chileno*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana, 1973. Página 140

¹⁰⁹ Vitale, Luis. Opcit. Página 94

que lograron gran avance y organización, especialmente los que se agrupaban en las zonas de Santiago y Valparaíso. Entre los años 1905-07 y 1912-14, se fortalecen, logrando la motivación de trabajadores sin experiencia organizacional previa, contribuyendo así a la estabilización del movimiento popular.¹¹⁰

Mancomunales

Como la más fiel expresión del discurso socialista, estas organizaciones surgen a principios del siglo XX sobre la base de los trabajadores de la industria minera. A pesar de su corta duración -solo es posible encontrarlas en la primera década de ese siglo-, estas sociedades forman parte de la etapa de ascenso del movimiento obrero, de hecho se podría decir que se encuentra en el paso intermedio entre el gremialismo y el sindicalismo. Ramírez Necochea plantea:

« la mancomunal marca la etapa inicial del moderno sindicalismo chileno. Ella constituye la entidad precursora inmediata de las organizaciones sindicales que van a actuar en época posterior; de ahí su enorme importancia en la historia del movimiento obrero sindical»¹¹¹

Por esta misma razón, podemos encontrar dentro de ellas una combinación de elementos tanto de las sociedades de socorros mutuos, como de las sociedades de resistencias. De las primeras, rescatan el ideario de instrucción y cooperación, particularmente, la asistencia material y moral que las sociedades de resistencia habían rechazado, y de estas últimas, su visión altamente combativa. A pesar de que nacen en los puertos salitreros y en las minas de carbón, es en la pampa donde alcanzaron mayor desarrollo. La primera de ellas se funda en 1900, en el puerto de Iquique, para luego extenderse hacia el interior, constituyendo sobre la base de los obreros del salitre la Sociedad Combinación Mancomunal de Obreros de Iquique que, a fines de 1902 ya contaba con 2.800 afiliados y que luego, entre los años 1903-1904,

¹¹⁰ Estas afirmaciones son extraídas por Carlos Esteves Valencia desde: Deshazo, Peter. *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*. The University of Wisconsin Press. Wisconsin, 1983. (véase: Esteves, Carlos. *Orígenes del movimiento obrero en Chile. La institucionalización del conflicto*. Memoria para optar al grado de licenciado en ciencias jurídicas y sociales. Universidad de Chile, 2004)

¹¹¹ Ramírez Necochea. Página 271

llegó a reunir entre 4.000 y 6.000 miembros¹¹². Hasta 1905, podemos hablar de un periodo de ramificación y extensión de las mancomunales, sin embargo, mas tarde, con la masacre de la Escuela Santa María de Iquique en 1907, se observa un notorio declive en su desarrollo.

A diferencia de las sociedades de resistencia, su modelo organizativo adquiría mayor complejidad y le permitía el cumplimiento de mayor cantidad funciones y más específicas también. Según Cristosomo Pizarro, las mancomunales comprendían cuatro subestructuras orgánicas, a saber: i) la *base sindical*; ii) los *gremios*, que representan un primer grado de agregación de los sindicatos; iii) el *congreso*, que se articula por representación de bases y gremios; y iv) el *consejo directivo general*. También es posible identificar dos estructuras asesoras, esto es, la *comisión de vigilancia* y la *tesorería*¹¹³. Por otro lado, las resoluciones de las mancomunales se tomaban en instancias superiores -por ejemplo las huelgas se decidían en la mancomunal provincial- lo que expresa un mayor grado de centralización en comparación con las sociedades anteriores.

A partir de estas instituciones, los obreros no solo tomaron conciencia de sus principales problemas, sino que encontraron en la unión organizada la forma para combatirlos. En comparación con las organizaciones vistas anteriormente, la fuerza empleada por las mancomunales, tiene márgenes cada vez más definidos y un mayor nivel de coordinación. La lucha contra el capital, se estructuraba primero por gremios, luego por provincia y finalmente a nivel nacional, revelando a un proletariado que actúa cada vez con mayor cohesión y seguridad. Es importante mencionar en este sentido y como acto simbólico de consolidación política, la Primera Convención de Mancomunales de 1904, en donde asisten unas 15 organizaciones provenientes de las provincias que van desde Tarapacá hasta Lebu¹¹⁴. En esta instancia, se fortalece el proceso de organización de los obreros, en la medida que se observa una total centralización y solidaridad en las huelgas, así como una unificación de criterios.

¹¹² Jobet, Julio César, "Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos", en *Prensa Latinoamericana*. Santiago, 1955.

¹¹³ Cristosomo Pizarro, *Ibíd.* Página 27.

¹¹⁴ Ximena Cruzat. *Ibíd.* Página 19

A pesar de todo lo que hemos dicho acerca de las mancomunales, hay que señalar que paradójicamente el propio hecho de que se hayan concentrado en los sectores en donde el obrero era oprimido de forma más intensiva, esto es en las zonas mineras y en el sur del país, se convirtió en su mayor limitación. Al estar distanciadas entre ellas y, al mismo tiempo, de la capital, en donde se tomaban las decisiones más importantes sobre los problemas sociales que les aquejaban, se les hacía muy difícil establecer los canales de comunicación que les permitirían afrontar medidas y demandas de carácter más general, lo que finalmente llevó a los obreros a buscar una forma de organización que los reuniera en un solo bloque. Así, fueron tomando forma las federaciones de trabajadores que revisaremos a continuación.

Federaciones De Trabajadores

A partir de mediados de la segunda década del siglo XX, la estructura organizacional de los obreros da cabida para constituir asociaciones de segundo grado, es decir, que reúnan a las sociedades obreras bajo una sola organización y que estas, a su vez, puedan ser coordinadas a nivel nacional. Nacen con este propósito, las federaciones de trabajadores, guardando dentro de sus principales funciones, la coordinación de las huelgas, los procesos de negociación colectiva y la relación entre las diversas organizaciones que se agrupaban en torno a ella. Este sistema de organización, al promover mayor autonomía local y flexibilidad, permitía grandes avances dentro de las negociaciones. Sumado a esto, la neutralidad ideológica que manifestaba la mayor parte de ellas, les permitió representar a trabajadores de las distintas tendencias revolucionaras bajo los principios sindicalistas y proclamarse abiertamente combativa.

No paso mucho tiempo para que los distintos gremios de los trabajadores se organizaran en forma federativas y ampliaran sus funciones y estrategias. Una de los sectores que se destaca justamente por alcanzar su mayor nivel de desarrollo a través de este tipo de asociaciones son los anarquistas. En 1919, las sociedades de resistencia que habían fundado con anterioridad, se agruparon en la International World Workers (IWW), tras el contacto con el Sindicato industrial de los Trabajadores del Transporte Marítimo de Nueva York y California. Esta

asociación anarcosindicalista, que se mantuvo hasta 1925, permitió la multiplicación de las funciones que en un primer momento tenían las sociedades de resistencia y avanzó hacia una estructura más compleja. Sin embargo, en la medida que la IWW siguiera situando al poder en la base y se resistiera a su centralización, término por consolidar su dificultad para coordinar el movimiento popular más allá de los espacios locales. Lamentablemente, su naturaleza antijerárquica, en este momento histórico, no le permitió ejercer mayor influencia. De todas maneras, su posición revolucionaria, enmarcada en su rechazo absoluto al capitalismo, permitía que, sobre todo en términos discursivos, desarrollaran un pensamiento político autónomo y alternativo al sistema social que imperaba: proponían una sociedad estructurada sobre la base de los sindicatos industriales, agrupados en seis departamentos: agricultura, minería, transporte marítimo, transporte terrestre, manufacturas, construcción y servicios públicos.¹¹⁵

Sin embargo, fue la Federación de Obreros de Chile (FOCH), creada sobre la base de las mancomunales, la organización que logró reunir a la mayor parte de trabajadores de las distintas industrias. Esta federación, se transformó en la central sindical del proletariado industrial desde el año de su fundación, en 1909. En un principio, mantuvo una estrecha relación con el Partido Demócrata, que los llevó a promover objetivos más bien conservadores y a encaminarse hacia una actitud que no desbordaba los márgenes de lo legal, razón por la cual, hacia estos años, la relevancia para los obreros del salitre, que eran uno de los sectores más politizados de la clase trabajadora del país, era limitada. Se trataba más bien de una instancia que intervenía en los desacuerdos entre patrones y obreros, de manera de conciliar capital y trabajo. Creaba tribunales arbitrales, en donde estuvieran representados los intereses de ambos actores y donde existiese una parte “neutral” que fallara en las controversias¹¹⁶. En estos primeros años de vida, su importancia radicaba en la posibilidad de poder reunir a los trabajadores de las distintas ciudades en una sola institución y no en su capacidad de transformación política.

¹¹⁵ Carlos Esteves. *Ibíd.*

¹¹⁶ Jobet, Julio Cesar. *Ibíd.* Pagina 170

Fue en la medida que se realizaron convenciones en su nombre, que su orientación se volvió cada vez más clasista y comenzó a destacar por su desarrollo ideológico. En 1917, en la celebración de su segunda convención, dio un giro radical hacia la izquierda. El carácter reformista y de colaboración con la política social de gobierno que primaba en sus primeros años, cede el paso a una posición más frontal, logrando a su vez agrupar bajo su dirección a todos los asalariados del país, sin distinción de ninguna especie. Su reestructuración les ayudo a asumir la lucha reivindicativa y le otorgo a las mancomunales una evolución orgánica que permitió que su organización tuviera un alcance nacional. Fue esta radicalización, lo que ocasionó que en 1918 se creara la Sección de Tarapacá de la FOCH, en representación de los obreros del salitre.

De todas maneras, es en su tercera convención, realizada en 1919, donde se cambian definitivamente sus estatutos. Proclamaba, a nivel de sus declaraciones y principios, la abolición del sistema capitalista y la necesidad de que fuera la FOCH la que se encargara de conducir la nueva sociedad. En términos simbólicos, se cambia el estandarte. Se pasa del emblema nacional, bendecido por la iglesia, al pendón rojo. En total se pudieron celebrar seis convenciones nacionales, de manera tal que en la época de Ibáñez tenía invocados al 75% de los obreros industriales y mineros¹¹⁷.

El modelo organizacional de esta federación finalmente alcanzó aún mayor complejidad y centralización que las mancomunales. En cuanto a sus divisiones estructurales, se componía de tres instancias: la base, los consejos de los distintos rubros y una autoridad central de la junta ejecutiva¹¹⁸, en cuanto a sus funciones y comisiones asesoras, se multiplicaron en comparación con ellas. A través de la FOCH, el movimiento obrero se plantea como una fuerza no solo física sino también política, con miras al parlamento. El orden *sindical-parlamentarista*, que explicamos anteriormente, crece de manera significativa en esta etapa.

¹¹⁷ véase Salazar, Gabriel. Opcít. Página. 62

¹¹⁸ Cristozomo Pizarro, página 67

Otra organización que es importante rescatar, y que consolida el momento de culminación del movimiento obrero, fue la Asamblea Obrera de la Alimentación (AOAN), convocada en 1918 por la FOCH, tras el aumento que, hacia 1917, sufrieron los precios de los alimentos básicos.¹¹⁹ La AOAN se constituye como una movilización netamente ciudadana, que coordina al conjunto de las organizaciones populares sin excepción con el fin de, entre otras cosas: protestar contra el alza del costo de la vida, demandar la prohibición de la exportación de cereales, exigir la municipalización de las panaderías y reclamar la venta de pan a precio costo¹²⁰. Al igual que la FOCH, la AOAN se puede posicionar en la etapa de culminación de la fase de ascenso del movimiento obrero, por ser el primer intento político- social de la historia chilena en agrupar al conjunto de los movimientos sociales. Así, aunque solo dura hasta 1919, se proyecta como la máxima expresión de la conciencia obrera y de la soberanía que se venía gestando en las asociaciones que revisamos anteriormente, especialmente de las mutuales y mancomunales. Para Gabriel Salazar, es una de las creadoras del poder constituyente de la ciudadanía popular, junto con las combinaciones mancomunales y la asamblea constituyente de trabajadores e intelectuales de 1925. Ella no solo logra gran masividad y protagonismo a nivel local y nacional, sino que llena el espacio público en su totalidad¹²¹.

Entendido de esta forma, podemos reconocer que hacia 1918 termina el proceso de culminación del movimiento asociativo del pueblo y por ende, se distingue como uno de los puntos más elevado del *proceso de politización*. En esta época, los mineros del salitre ya han completado su etapa formativa de clase y sus aspiraciones se encuentran totalmente representadas por organizaciones que cuentan con plena capacidad para llevarlas al frente.

¹¹⁹ Según la investigación realizada por Carlos Esteves, el índice del costo de la vida en ese año se elevaba de 115 a 130 (Esteves, Carlos. *Ibid.*)

¹²⁰ Vitale, Luis. *Ibid.* tomo V. Página 107.

¹²¹ Véase el trabajo de Salazar, Gabriel. *Del poder constituyente de los asalariados e intelectuales: Chile, siglos XX y XXI*. Santiago: LOM ediciones. 2009.

IV.-EL METODO SOCIOHISTORICO Y LA PRENSA COMO FUENTE

Como se ha podido apreciar, el presente estudio forma parte de un intento por reivindicar la contribución de la historia en los análisis sociológicos, con el sentido de derribar la limitación temporal que confunde el verdadero alcance de la disciplina. Esta restricción, que es producto del parcelamiento de las disciplinas de las ciencias sociales, debe ser cuestionada para producir el provechoso contacto entre las distintas formas de comprender lo social.

Se debe reconocer que de la conexión entre los distintos saberes han surgido nuevas formas de conocimiento, que implican la introducción de nuevas metodologías y epistemologías. La sociología no es la excepción. De su vínculo con las demás disciplinas, han surgido vertientes teóricas de amplio desarrollo que han puesto en evidencia que no existen exclusividades de oficio, sino inadvertencias que, durante mucho tiempo, las distintas áreas de investigación han solido tomar como imperativos. Una de ellas es la *sociología histórica*, que surge a partir de la comunión entre la sociología y la historia para la construcción de análisis de grandes procesos. Cuando se entendió que *lo que pasó, lo que pasa y lo que va a pasar*, forman parte de un proceso continuo, atomizarlas y separarlas resultaba, a lo menos, sospechoso. Así, mientras los estudios sociológicos comenzaron a entender que el presente se sostiene en el pasado, dentro de la historia se enfatizó en la historicidad de los hechos actuales. De esta forma, la premisa de que la historia se debe hacer cargo del pasado y la sociología del dinamismo del presente, comenzó a ser cuestionada en el debate de las ciencias sociales.¹²²

¹²² Son numerosos los autores que, en su interés por explicar los cambios sociales, se han inscrito en esta vertiente teórica. Los aportes de los “nueve eruditos”, como Theda Skocpol los denomina en su análisis de la sociología histórica: Marc Bloch, Karl Polanyi, S. N. Eisenstadt, Reinhard Bendix, Perry Anderson, E. P. Thompson, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein y Barrington Moore, fueron fundamentales para el renacimiento de una sociología preocupada por el pasado y los detalles contextuales y temporales (Revisar Skocpol, Theda, “Sociology’s Historical Imagination” en *Vision and method in Historical Sociology*. New York: Cambridge University Press, 1994). En Latinoamérica, los aportes de la “teoría de la dependencia” para entender el estancamiento socioeconómico de América Latina, elaborada entre los años 50’ y 70’ en manos de científicos sociales, entre los más importantes, Enzo Falleto y Fernando Enrique Cardoso, que posicionaba a la región dentro de las piezas claves del enriquecimiento de las potencias mundiales, forma parte de este esfuerzo de comprensión sociohistorica.

Desde esta perspectiva, el pasado y el presente se vuelven inseparables a la hora de explicar los fenómenos sociales y los procesos a largo plazo; la antítesis *proceso/estructura* es redefinida desde el método sociohistórico. El proceso se entiende como complementario a la estructura, no solo al dar por hecho que la estructura actual es fruto de un proceso, sino que estudiando a éste último en su propia dinámica de cambio. Si se desconoce lo anterior, este proceso inevitablemente aparece como unidireccional y uniforme, como planteaba Peter Burke:

«virtualmente automática de fases [...] como si lo que todas las sociedades tuvieran que hacer fuera subir por una escalera automática»¹²³.

El estudio del fenómeno de la *politización*, no puede ser tratada sino como un *proceso de cambio* y, al mismo tiempo, desde la propia experiencia de los individuos, del ser social, que es finalmente quien se va transformando en conjunto con la historia. Las estructuras se materializan en las relaciones entre personas o grupos, y los procesos, en las transformaciones de dichas interacciones. En este sentido, las diferencias sociales y culturales que se dan entre los distintos grupos, son de especial interés para los sociólogos que orientan su investigación históricamente. Estas distinciones permiten abandonar la idea de que el devenir histórico sea consecuencia de un proceso unívoco. Los distintos grupos sociales, eligen variados caminos que no son indiferentes a la hora de entender el contexto actual y que guardan relación con las diferentes condiciones sociales, económicas, políticas y culturales de los cuales emergen.

De esta forma, se puede sostener que los discursos académicos dominados por el estructural funcionalismo, la economía liberal y el marxismo económico-determinista, no logran dar cuenta de la variabilidad histórica, ya que no permite particularidades dentro de la teoría. Mientras se aborde el fenómeno, como en este caso el de *politización*, desde secuencias particulares, se dará cuenta con mayor precisión la dinámica del proceso, como también la forma en que los distintos contextos estructurales delimitan las experiencias grupales y el despliegue de la acción. El cambio social no se da “en general”, sino que los procesos de cambio asumen variadas direcciones que devienen en la historia indeterminada.

¹²³ Burke, Peter. *Sociología e Historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1987. Página 109

Para la sociología, hacerse cargo de estudiar el pasado no debería ser nunca una opción fácil de desechar, sino una necesidad y una parte fundamental de su metodología. Esto resulta cada vez más evidente, cuando se comprende que es una de las ciencias que se esfuerza en llegar al origen y a la base de los problemas que aquejan a la sociedad contemporánea. Los materiales históricos forman parte de sus propios problemas y por lo mismo encuentra allí sus herramientas y vocabulario para entender la vida real. Captar la velocidad o el sentido del movimiento de todo fenómeno social, necesita valerse de la historia e interesarse en su dialéctica temporal. Esta última vuelve necesario abordar pasado, presente e incluso futuro como parte fundamental en la explicación de los fenómenos sociales.

Ahora bien, ¿qué tipo de material histórico nos permite abordar el proceso de politización que vivieron los obreros en nuestro país? Se requiere de la utilización de una fuente de información que nos permita acercarnos- como lo hemos definido previamente- tanto a los elementos discursivos de los individuos, como a sus principales formas de acción.

En este sentido, han sido importantes autores nacionales los que, para cumplir con aquel objetivo, han reconocido el valor que la prensa obrera adquiere en este contexto. Ximena Cruzat, al realizar un estudio acerca de las mancomunales del norte salitrero comenta:

« El periódico de cada organización es el único medio que poseemos para conocer en forma directa el pensamiento y la praxis mancomunal »¹²⁴

Quince años después, con palabras similares, Eduardo Devés afirmaba el papel de los prensa en los estudios de la época:

« El periódico obviamente es la fuente principal que poseemos para estudiar lo que fue la mancomunal, pues se trata de un optimo archivo de información a la vez que la plasmación de un actuar»¹²⁵

Estas afirmaciones se sostienen en estudios que han demostrado la significación que los mismos trabajadores le dieron a la prensa y su consiguiente función en el desarrollo del

¹²⁴ Cruzat, Ximena. *El Movimiento Mancomunal en el Norte Salitrero*, 1982. Página 4

¹²⁵ Devés, Eduardo. *Los que van a morir te saludan*. Santiago: LOM ediciones, 1997. Página 58

movimiento popular. Se ha reconocido a la prensa independiente como una de las principales instancias en donde se expresó el desenvolvimiento gremial del proletariado, constituyéndose como uno de los primeros organismos propios de los trabajadores y representando la consolidación de formas genuinas de organización y expresión.

Tomando en cuenta la perspectiva sociohistórica que promueve este trabajo, que considera el fenómeno de clase como un proceso activo de formación y que pone el acento en las vivencias e interacciones cotidianas, la prensa puede realizar una significativa contribución. Como señala Osvaldo Arias, en una de las caracterizaciones más acabadas sobre los periódicos obreros, *La prensa Obrera en Chile: 1900-1930*:

«En sus páginas ha quedado impresa la vida cotidiana de los trabajadores: sus sufrimientos, sus denuncias, sus peticiones, sus inquietudes intelectuales»¹²⁶

Por otro lado, su especificidad no solo guarda relación con su capacidad de absorber el pensamiento popular, sino en que utiliza una estructura que, como lo demostró el análisis de Guillermo Sunkel, se caracteriza por mantener un lenguaje abstracto conceptual, una estética que permanece dentro de los márgenes de “lo serio” y, lo más relevante para este trabajo en particular, una identidad definida por lo político¹²⁷. Así, en la medida que la interpretación que realizan del mundo y de su posición en la sociedad es manifestada por medio de este dispositivo, se van reproduciendo los códigos culturales y las estrategias sociales utilizadas para enfrentar su desventajada situación.

Al ser la plataforma cultural y política de los sectores populares, podemos observar a través de ella el discurso en toda su complejidad y la dirección que tienen sus acciones. Tomás Moulian, bajo la idea de distinguir la *visión de mundo* de este sector social, plantea esta idea en los siguientes términos:

«En síntesis, la prensa era la columna vertebral del campo político- cultural del mundo obrero; a través de ella se manifiestan las expresiones más racionales y estructuradas del pensamiento,

¹²⁶ Arias, Osvaldo. *La prensa Obrera en Chile, 1900-1930*. Universidad de Chile, Chillán: colección: Convenio cultural CUT-U N° 1, 1970. Página 10.

¹²⁷ Para profundizar en este análisis véase: Sunkel, Guillermo. *Razón y Pasión en la prensa popular*. Santiago: instituto Latinoamericano de Estudios Internacionales, 1985. Página 53.

destinadas explícitamente, en muchos casos, a orientar la acción o la toma de decisiones. A través de ellas también aparece otra dimensión. El campo de lo imaginario colectivo o el lado oscuro y oculto del discurso. La prensa, por su complejo carácter de medio de información, educación y propaganda, es un lugar privilegiado de aparición de lo que es dicho sin decir, de los subtextos, de los discursos segundos, de aspectos que no están expresados de manera directa porque no se podían mencionar o porque no se tiene plena conciencia de ellos. Las omisiones y las inadvertencias también constituyen parte del discurso»¹²⁸

La posibilidad de expresión sin autocensura, permite que el diario se conciba como un colaborador en la búsqueda de la verdad y el medio a través del cual se expresa la “razón”. Los individuos comienzan a promover a través de él sus ideales y a publicar sus principales demandas. Por consiguiente, podemos observar en sus páginas un pensamiento cada vez más elaborado y coherente.

Además, el proyecto de ilustración popular que defienden los artesanos de la segunda mitad del siglo XIX, le asigna a la prensa, junto con la lectura, un valor especial como medio de instrucción, que se va haciendo cada vez más patente cuando es la doctrina socialista la que está detrás de las publicaciones. El periodista obrero se erige como el encargado principal de despertar la conciencia de sus aliados. Como lo señala Arias, la prensa finalmente logra constituirse como:

« Un medio de orientación ideológica, núcleo de organización, combatiente teórico, agitador de la lucha social y propagandista de las soluciones y objetivos de su clase»¹²⁹

De todas formas, no basta con tener claro lo anterior, también hay que considerar, sobre todo al tomar las decisiones con respecto a la muestra, las principales limitaciones y potencias de la prensa. Sobre este punto, el trabajo de Arias realiza un gran aporte. El autor destaca tres características que logran homogeneizar a los periódicos a pesar de sus diferencias. En primer lugar, su *periodicidad*. Aunque de espaciada aparición y escasa regularidad, las organizaciones obreras logran publicar un importante número de ejemplares. En segundo lugar, es importante destacar los problemas de *financiamiento*, como uno de las causas

¹²⁸ Moulian, Tomas. *La concepción de la política e idea moral en la prensa obrera: 1919-1922*. Documento de trabajo N° 336, Programa Flacso, Santiago, 1987. Página 12-13.

¹²⁹ Arias, Osvaldo. *Ibíd.* Página 15

directas de la corta duración de muchas de sus publicaciones. La prensa es consumida solo por los trabajadores más conscientes de las capas obreras, y por ende, no era mucho el ingreso que dejaban sus ventas, debiendo recurrir a patrocinios inestables o a los recursos reunidos por sus propias organizaciones. Por esta razón, con el tiempo, en la medida que se iban consolidando sus sociedades, se iban haciendo más permanentes y constantes sus periódicos. Por último, es importante resaltar el tipo de *contenido* entregado. Siendo de carácter más doctrinario que noticioso, en la prensa obrera predominaron los artículos de análisis, el desarrollo de los movimientos sociales y los hechos políticos de actualidad, convirtiéndose así en la fuente más idónea para el análisis que se pretende realizar.

Estas características de la prensa no permiten establecer ningún criterio predeterminado de muestra ya que, al tratarse de un trabajo que intenta analizar un proceso evolutivo, no hay nada que nos permita inferir con anterioridad los números y periódicos más relevantes para el estudio, sobre todo en el caso de los artesanos, que se desarrollan en un periodo poco analizado en estos términos. De esta manera, se ha realizado una observación completa de la prensa entre los años 1850 y 1918, estableciendo como único criterio las ciudades que nos interesan, esto es: Santiago, para el caso de los artesanos, e Iquique para el caso de los obreros del salitre. Esta última, escogida por ser la zona con mayor registro de periódicos obreros de la pampa.¹³⁰ En total se revisaron alrededor de 200 periódicos, de los cuales solo 31 correspondían a publicaciones obreras: 18 correspondientes a los artesanos de Santiago entre 1850 y 1890 y 13 a los obreros de la pampa entre 1890 y 1918. En estos, se revisó la totalidad de sus números publicados, rescatando de cada uno la información más relevante para la investigación.

¹³⁰ Hay que señalar que se revisaron un par de periódicos de las comunas de Huara y Taltal, con la intención de complementar información entregada en el resto de las publicaciones.

SEGUNDA PARTE: ANÁLISIS PROCESO DE POLITIZACIÓN

I.- DIMENSIONES DE ANALISIS

I.1.- Discurso / Acción

Teniendo claro los factores que intervienen en el proceso de politización, nos queda preguntarnos ahora acerca del desarrollo específico que tuvo para cada sector investigado. La prensa revisada, nos permite observar la trayectoria política de cada uno, su evolución o involución, desde la óptica de la *acción colectiva*, si operacionalizamos, en primer lugar, sus componentes, esto es *discurso/acción*.

I.1.a.-Discurso

Cada sector construyo un discurso público, considerando las siguientes variables:

1.- Nivel de autoreconocimiento de su posición económica-social y política

El reconocimiento del lugar que los individuos ocupan en la sociedad a la que pertenecen, influye directamente en los derechos y responsabilidades que asumen y/o exigen en un momento determinado. Dentro del movimiento obrero, el valor económico, político y social que se le confiere al obrero, es expresión de la evolución del proceso de politización y, en ese sentido, podemos encontrar distintas formas y niveles que adquiere este autoreconocimiento. La transformación que va sufriendo con el paso de los años cada sector, deviene en la consolidación de dos actores sociales que responden y entienden de manera particular su contexto histórico y por ende, su función dentro de él. La tesis que sostenemos con respecto a este nivel diferenciado de autoreconocimiento, es la siguiente:

Mientras que los artesanos se inclinaron a desarrollar un mayor nivel de autoreconocimiento de su posición en el campo político institucional, los trabajadores del salitre avanzaron en el

entendimiento del régimen económico-social, siendo capaces de autoreconocer su función dentro de él y por ende, de plantearse un proyecto de sociedad alternativo al capitalismo.

A.- Nivel de autoreconocimiento de los Artesanos de Santiago

Antes de comenzar con el análisis, es importante aclarar que desde 1850 -año inicial del estudio- hasta 1862, no existen periódicos dentro de los archivos revisados que permitan inferir el pensamiento de los artesanos en este periodo. De todas maneras, esto mismo hace que estos doce años se tornen prescindibles dentro del proceso de politización de este sector, ya que es expresión de que aún no se daban las condiciones para el despliegue de su opinión pública y, sin ella, el desarrollo político que pudieron haber tenido en ese tiempo era todavía muy efímero.

Como adelantábamos en la tesis expuesta, el pensamiento del artesano de Santiago desde 1862 hasta 1890, va a estar caracterizada por una evolución del reconocimiento de su posición política, en desmedro de una conciencia mayor acerca del verdadero lugar que ocupan dentro del sistema socioeconómico en el que están inmersos. Para llegar a concluir esto, revisamos los cambios que cada cierto tiempo van sufriendo sus ideas sobre estas dos esferas.

En una primera etapa, que comprende los años entre 1862-1869, es posible observar las primeras declaraciones de los artesanos acerca de su realidad social. Su toma de conciencia en este periodo, distingue las dos áreas que nos preocupan: su posición política y su posición económica. En términos políticos, se reconocen como los principales responsables de la ascensión de los gobiernos y al mismo tiempo, los únicos que tienen la capacidad de provocar su descenso. No obstante, reconocen que pese a lo anterior, se les mantiene marginados de la cosa pública. Esta contradicción hace, en esta primera etapa, acrecentar su deseo de formar parte de la vida pública, a través de lo que ellos reconocen como una *opinión pública activa y vigilante*.

En cuanto a su posición económica, la miseria en la que están sumidos es compartida por todos los artesanos en general, por lo que desde un principio se reconocen como una clase social distinta, aún cuando, sin embargo, no se tenga claro la consecuencia de esto.

En el año 1870, amplían su deber ciudadano de opinión pública hacia su necesaria participación en la política formal. No obstante, no pensaban esta participación de manera directa, sino con el sentido final de apoyar a los partidos burgueses que representen sus intereses. Por mucho tiempo, el desarrollo de la toma de conciencia de este sector se relaciona con una valoración discursiva de lo público en desmedro de lo doméstico, que los hace reconocer su función dentro de las cuestiones públicas, aun cuando los resultados electorales nos demuestren que en términos concretos, todavía se le reserve a la burguesía el derecho de conservar los puestos públicos. En 1871, escribían lo siguiente:

«Es ya tiempo que la clase obrera ocupe el puesto que le corresponde en nuestra sociedad: es necesario que conozca el papel que desempeña en ella i cuanto influjo puede tener en su prosperidad; es ya tiempo de quitar a los obreros esa venda de ignorancia con que los cubre una parte de la sociedad, hasta hoi, alejados de las cuestiones públicas, que solo tratan i resuelven los hombres de fortuna i de prestigio, la voz del obrero no se ha hecho oír mas alla de su taller, no ha tenido mas eco que el golpe producido por sus herramientas de trabajo» (*El Trabajador* n°12. Santiago, 2-3-1871)

Si lo analizamos ahora en términos económicos, desde comienzos de la década de los 70', se revela una actitud consonante con el sistema económico imperante, de manera que se reconocen como los encargados de hacer funcionar y mantener el sistema, pero no de transformarlo. Es por esto que, como profundizaremos más adelante, el papel de la educación en estos años está subyugado a conseguir la adecuación del artesano al sistema, a través del perfeccionamiento en su oficio.

Hacia los años 1875- 1876, escuchamos por primera vez las nociones de *confraternidad universal*, como herramienta para enfrentar su situación. La incorporación de este tipo de nociones los lleva a, con motivo de mejorar su situación económica, sobrepasar los límites de la ciudad o provincia y pensarse en términos nacionales. Sin embargo, esta confraternidad no

revestía una constitución de clase, sino que más bien estaba dirigida a borrar las diferencias entre ellas, ayudando a cultivar, dentro del seno de los artesanos, un tipo de *relación aspiracional* con las clases acomodadas, expresada tanto en términos económicos como sociales y culturales. Esto se tradujo en la consolidación de una actitud conciliadora frente a la relación entre capital y trabajo.

Hacia 1879, en vez de demarcar las divisiones de clases, se las intenta suavizar. Hay conciencia de que existe una diferencia entre capital y trabajo, pero no de que el primero mantiene en la miseria al segundo. Para ellos, el problema se va a terminar cuando capital y trabajo se asocien en torno a un mismo interés: el desarrollo económico y al fomento del trabajo:

«Esta tremenda lucha no terminará sino cuando las dos entidades *Capital y Trabajo* se hayan refundidos en una sola identidad, por medio de la asociación para el trabajo» (*El Taller* n° 11, órgano del obrero i del industrial. Santiago, 13-2-1879)

La importancia que se le confiere en este periodo al desarrollo de la industria nacional, como única forma de aumentar el trabajo y así mejorar su condición económica, los lleva a reconocerse como parte de una *clase industrial*, y a intentar disolver la separación entre obreros y capitalistas. Finalmente, lo importante no es abolir el capital, sino que crear más condiciones para que todos tengan posibilidad de obtenerlo y desarrollarse dentro del sistema y así, entre todos, hacer crecer la industria del país.

En este sentido, no es casual que no exista una crítica real frente a la diferencia entre los trabajos que desempeñan ricos y pobres. La diferencia de rubros se atribuye más a una decisión subjetiva que a un problema estructural del sistema. A cada cuál le correspondería desarrollar determinadas áreas, sin mayor interés por revertir esta situación:

« Los campos y ciudades tienen ricos y pobres; aquellos, que son los menos, sea por falta de voluntad, sea por orgullo, no se hacen carpinteros, zapateros, sastres ni herreros, ni manejan el arado, ni el sembrado, ni la segadora, ni la trilladora. Es otro campo al que a ellos *corresponde* explorar, la abogacía, la medicina o la agrimensura; se ocupan de finanzas o de judicatura; se llaman astrónomos o naturalistas » (*El Taller* n° 15, órgano del obrero i del industrial. Santiago, 18-2-1879. *Cursivas agregadas*)

Este carácter mediador se refleja también en su posición frente a la propiedad individual. Si bien reconocen el mal que produce la propiedad privada ven imposible su abolición:

«La propiedad, el elemento de perturbación, es un mal sin remedio: admitámoslo. Lo único a que tenemos derecho es a oponerle un justo equilibrio, que impida sus tendencias avasalladoras. Recordándole su origen, puede ser que enfrene su ímpetu i modere su soberanía » (*El Taller* n°11. Santiago, 13-2-1879)

Más aún, hacia 1882, si bien hay una mayor conciencia del antagonismo entre capital y trabajo, la causa y la solución se orientan a fortalecer la existencia de esta relación. El problema nuevamente no es que existan capitalistas, sino que no todos puedan llegar a serlo. La riqueza y el capital son caminos de éxito, mientras que el ahorro y el trabajo, junto con la instrucción, son las estrategias para lograrlo. Apoyados en esto, la crítica al sistema se seguía orientando a establecer formas de integración a él, más que a su sustitución. De esta forma, la actitud conciliadora hacia el capital se fortalece y, como es de esperar, el acercamiento aspiracional a la otra clase también:

«hai una receta infalible, hai un camino mas seguro, aunque lento, de llegar a formar un capital: el *Trabajo* y la *Economía* (...) si no hay dinero *jenerador*, no debemos esperar dinero *productor*. Todo nuestro empeño debe, pues, dirigirse a formar la base de un capitalito (...) si los obreros aspiran, por ejemplo, a la segregación política, para sacar de su propio seno los jenuinos representantes de sus aspiraciones, es absolutamente necesario que principien por hacerse pequeños capitalistas, pequeños propietarios » (*El Precursor* n°2. Santiago, 11-3-1882)

Con el tiempo, la distinción de clases se vuelve cada vez menos nítidas. En el año 1884 declaraban que el proletariado y el capitalista deben unirse en “fraternal consorcio”, de manera de disolver las diferencias de clases, ya que éstas son separadas por “caprichosas teorías”. La clase a la que ellos sienten pertenecer, la *clase industrial*, no se caracteriza por ser exclusivamente obrera, sino por ser la que contribuye a engrandecer las riquezas públicas. Este año, en el discurso de fundación de la Sociedad Obrera Manuel Rodríguez, podemos ver un ejemplo de su visión conciliadora, que marcaba la tónica de las organizaciones artesanales:

«Esta institución que dicho sea de paso, no se mezclara, según sus estatutos, en las ideas políticas ni relijiosas de sus asociados, es formada por hombres que, libre de las preocupaciones sociales,

creen de corazón que la familia chilena es una, i que, en ella, no debe reconocerse más jerarquía de clase que la mui lejitima impuesta por la honradez i el talento.

Así, en la sociedad <Manuel Rodríguez> figurarán en fraternal consorcio, el proletariado i el rico, el empleado público i el particular, el hombre del taller i el hombre de la ciencia» (*La Razón* n°157. Santiago, 6-10-1884)

En consonancia con esto, se difunde la percepción de que la miseria de la que ellos son víctimas no era causada por un problema estructural del sistema capitalista, sino que era producto de dos elementos: la falta de economía -o ahorro- de los gobiernos particulares sobre las exportaciones y la falta de protección a la industria nacional. Así, mientras se elevaran gobiernos competentes que tuvieran como principal objetivo proteger y afianzar la producción nacional por sobre la extranjera, sus problemas socioeconómicos comenzarían a solucionarse.

El reconocimiento de la importancia de su trabajo en el progreso de las industrias y el comercio era cada vez mayor y erigía a los trabajadores como la pieza más importante dentro de la cadena del desarrollo, por lo tanto, mientras ellos lograran desarrollarse profesionalmente y mejoraran su situación económica, el país lo haría como consecuencia. De esta manera, mientras se acrecentaba su interés por expresar en términos más concretos la solución de sus necesidades, se reforzaba la necesidad de abrir los canales políticos institucionales que les permitieran resolverlas por sus propios medios. Era el momento de alejarse de los partidos burgueses y comenzar a plantear su autonomía política.

Así, vemos que paradójicamente el desarrollo de la política autónoma de los artesanos estuvo asociado en sus principios a un acercamiento ideológico cada vez mayor a la burguesía. Se compartía la idea de que obreros y capitalistas tenían un propósito común: hacer crecer industrialmente al país. De lo que se alejaban entonces no era de la esencia del proyecto económico en el que se basaba el capitalismo, sino en la forma en que la burguesía dirigía este desarrollo. Motivados por esta percepción, comenzaron a delinear su carrera hacia los puestos públicos de poder, con el principal objeto de hacerse cargo del crecimiento de las industrias del país.

De todas maneras, tuvo que pasar un tiempo más para que se reconocieran con plena capacidad para formar parte del parlamento. En 1884, todavía se hacía sentir en su discurso cierta desconfianza en que los obreros ocuparan puestos en el congreso, restringiendo su quehacer público solo a la administración municipal:

«Pocos, mui pocos serían los obreros que con regular preparación, pudiesen disponer de su tiempo para imponerse i estudiar las cuestiones de legislación i derecho público, indispensables en las tareas legislativas; pero habrían siempre mas que suficientes, con aventajados conocimientos profesionales, dotados de excelente buen sentido i conocedores experimentados de la vida práctica, para resolver con acierto, los no mui difíciles problemas sociales i económicos que entraña el gobierno de ciudad. Por lo demás, creemos inoficioso señalar sus útiles i ventajosos servicios en las labores mecánicas de la administración comunal» (*La Razón* n° 221. Santiago, 19-12-1884)

De esta forma, va a ser solo desde 1886, que la actividad política se vuelve indispensable en todas las esferas, producto de una mayor pretensión por ocupar la política como un medio para mejorar su condición social y económica. Reconocen la capacidad política del pueblo y la necesidad de que sus representantes provengan del pueblo mismo. Los obreros ya no solo deben preocuparse de lo que sucede en la vida pública, sino que deben formar parte de quienes toman las decisiones en este espacio. Este año, se proponen candidatos obreros tanto para el municipio como para el congreso.

Sin embargo, este desarrollo político mantuvo sus fundamentos en las doctrinas liberales provenientes de la elite. Su desilusión era hacia el partido liberal, pero no a la política partidista ni a la ideología burguesa. El aumento de conciencia de los artesanos avanzaba más que nada en términos políticos formales, pero no en cuanto a lograr pensar una alternativa al régimen económico social existente. De hecho, hasta el final del periodo estudiado, se mantiene la idea de que lo central en la relación capital y trabajo está en que se mantengan unidos en el progreso industrial y el desarrollo del país:

«Siempre lo hemos estado repitiendo, que somos partidarios decididos de la reciprocidad que debe existir entre el capital i el brazo, para establecer con tal medida, la regularidad i el orden progresivo en todas las industrias i profesiones, i por donde se llega a propender el bien común o general de nación» (*El hijo del Pueblo* n°90. Santiago, 28-7-1888)

Al mismo tiempo que se reafirma la idea de que ricos y pobres deben existir:

« Unos y otros- ricos y pobres- deben existir, porque de ambos necesita la sociedad para estar bien organizada» (*La Justicia* n°5, órgano del Gremio de Cigarreros. Santiago, 18-8-1888)

Los artesanos, enfrentaban el sistema capitalista de manera reformista, de hecho éste nunca logra ser atacado en su estructura. La crítica a la otra clase no tiene que ver con que el sistema les permita construir riquezas exageradas, sino que no trabajen lo suficiente por obtenerlo. La diferencia que establecían entre ellos y la clase burguesa, guardaba relación con la mayor valoración social que tendrían los trabajadores en desmedro de los “capitalistas flojos” que no aportarían con su trabajo, por contribuir en mayor medida a engrandecer los bienes comunes de la sociedad.

De esta manera, el área en donde se expresó en mayor medida su reconocimiento de clase fue en el campo político institucional. Motivados por el desencanto hacia los gobiernos burgueses -aun cuando los sigan apoyando electoralmente- se limitaron a la pretensión de levantar una bandera política independiente, desde donde emergieran obreros capacitados para conducir políticamente el país. Esta aspiración solo se concretará en 1888 con la creación del Partido Democrático, no obstante, en forma relativa, ya que al interior de esta nueva organización, a pesar de que se destacó la urgencia en resolver los principales problemas de los sectores populares, se seguía priorizando en la práctica a los intereses económicos de la burguesía, lo que expresaba la falta de autonomía ideológica que aun era sostenida por los artesanos. De todas maneras, esta iniciativa necesitó de un importante desarrollo de conciencia política y de la formación de genuina actividad partidista entre los obreros. La formación de partidos políticos, en donde artesanos tuvieran activa participación, expresaba no solo el desencanto sobre la posición social, económica y política que habían ocupado hasta este momento dentro de la sociedad, sino también de una arraigada motivación para cambiarlo mediante sus propios recursos.

B.- Nivel de autoreconocimiento de los Obreros del Salitre

Al igual que en el caso de los artesanos, se reconoce una ausencia de periódicos obreros en la pampa salitrera, en los primeros años que comprendía el estudio, esto es de 1890 a 1896. Más aún, con respecto a sus concepciones políticas y económicas, los trabajadores salitreros comienzan a hacer público su pensamiento solo a partir del siglo XX.

Como se plantea en la tesis, el descuido de los artesanos -iniciadores del movimiento que ellos retoman- con respecto a las contradicciones del sistema económico, los lleva a desarrollar una mayor preocupación por entender las relaciones económicas y sociales que se desarrollan dentro del sistema capitalista. En el año 1901, ya tenían claro no solo que pertenecían a la clase obrera, sino que era justamente la diferencia entre capital y trabajo la causa de su situación de miseria y que la propiedad privada era, según sus propios términos, el *origen de la discordia*.

Mientras artesanos confiaban en que su mejoramiento económico vendría de la mano con el crecimiento de las industrias y el país, los mineros tienen claro que esta relación era inversamente proporcional, ya que a medida que las fuerzas productivas se desarrollaban, el trabajo era más oprimido aún:

«Decaemos, á la par que la industria se fortifica y crece. El trabajo desmerece, á medida que las fuentes de producción se ensanchan y robustecen» (El *Trabajo* n°2, órgano de la Combinación Mancomunal de Obreros. Iquique, 20-7-1901)

Por esta razón, en el caso de los obreros del salitre ya existe una completa desidentificación con la *clase industrial*. A diferencia de los artesanos, que creían que su trabajo y labor era homologable a la de los industriales, para los trabajadores del norte, su trabajo formaba parte de la cadena más baja de la producción. Su papel en la producción salitrera no los hacía formar parte solo de los trabajadores que en este rubro se desempeñaban, sino que era parte de su condición obrera y ésta, se podía presenciar en todas las áreas de producción del país. Esto mismo, los hizo darse cuenta de que era gracias al trabajo obrero que se producían todas las

riquezas de la nación y que por lo tanto eran indispensables e irremplazables para el sistema productivo. En 1902 escribían:

«el obrero produce todo, si es evidente que sin su auxilio y trabajo, nadie puede vivir, porque de sus manos salen las armas y proyectiles: él extrae los carbones de las minas (pues de la industria): él, siembra y recolecta cereales y plantas: cria los ganados, coje los peces, elabora los vinos y luego, transporta todo a los mercados: el produce y maneja los tres grandes conjuntos indispensables a la vida, en artículos de comer, beber y arder: él, viste, calza, edifica, imprime, alumbrado, transmite, conduce, limpia y sana a los demás, sin que haya quien lo reemplace» (*El Trabajo* n°19, órgano de la Combinación Mancomunal de Obreros. Iquique, 23-3-1902)

Con respecto a la política, en un principio heredan las apreciaciones artesanales que aluden a la importancia que ésta tiene para llevar a cabo sus intereses y a la desilusión de los partidos burgueses como mediadores. Confirman, aún con mayor fuerza, la necesidad de llevar a los puestos públicos representantes obreros, específicamente al congreso y municipio. La función de la política, en esos primeros años, consistía en concretizar las decisiones tomadas entre los obreros dentro de sus organizaciones y los derechos que en ellas se defienden:

«los hombres no hemos nacido tan solo para ser esclavos del trabajo; no hemos nacido únicamente para agruparnos en Sociedades de Resistencia o socorros y ahorros; no hemos venido a la vida, defendiéndonos constantemente de la esclavitud del trabajo, sino que también a buscar nuestra independencia i relación social, llevando a la defensa de lo que es nuestro, el mayor número de senadores, diputados y municipales.

Si consideramos que la concepción social es necesaria puesto que ampara i defiende nuestros derechos, ¿con cuánta mayor razón no debemos olvidar nuestra concepción política que sirve de legalizadora de los acuerdos que toman las sociedades » (*El Defensor de la Clase Proletaria* n°14. Iquique, 20-12-1902)

No le era atribuible aún a la política la resolución de los conflictos entre capital y trabajo. En 1903, se declaraba que éstos eran dos entidades comerciales que se deben entender solas, sin la intervención de los partidos políticos, ni menos del Estado. Sus intereses son privados y tienen que llegar a un acuerdo entre ellos, sin acatar leyes ni reglas que establezcan los políticos. La armonía que se espera tras la constante lucha en la que se enfrentan, no se puede

dar por medio de intervenciones del gobierno, la función de éste último es solo fiscalizadora del cumplimiento de los derechos y deberes de todos:

«es una anomalía que los políticos pretendan establecer reglas para hacer desaparecer la lucha entre el capital y el trabajo y que esa armonía la busquen consultando únicamente los intereses de los capitalistas.

Vuestra misión es solo llevar hombres al gobierno y que estos sean respetuosos del derecho de todos y que cuando los dos polos opuestos se pongan en desinteligencia, propongan los medios de un avenimiento entre las partes, oyendo primero a las partes (...) de modo, pues, señores políticos, que en lo que respecta á los obreros, éstos son los únicos llamados a proponer las modificaciones y reformas que su situación y necesidades le impongan como absolutas » (*El Trabajo* n° 87. Iquique, 29-8-1903).

Esta desconfianza en el Estado y la política en general, forma parte de la falta de legitimidad que en estos tiempos existía hacia las instituciones del sistema. La ley y la autoridad, que para los artesanos cumplían un rol central en el orden social, ya no contaban con la confianza de los obreros de esta parte del país y el Estado era un aparato capitalista que nunca iba a estar a su favor en la resolución de los conflictos. En ellos, ya estaba incorporada la idea marxista de que *la emancipación social y económica de las clases obreras debe ser obra única y exclusiva de ella misma*, de manera que ya no recurrían a ayudas políticas ni económicas provenientes de otras clases. Ya no solo tienen pleno reconocimiento de que pertenecen a la clase obrera del país, sino que guardaban intereses totalmente opuestos a los de las otras clases.

No obstante, alrededor de 1906 se produce un cambio en esta concepción de la política. Se reconoce que capital y trabajo son dos factores de índole totalmente distinta, uno es el explotado y el otro el explotador, y que por lo tanto la única forma de hacerle peso al capital es igualando las fuerzas en el gobierno, sin embargo, no a través de políticos burgueses que se manifiesten a favor de los intereses obreros, sino que a través de política genuina de clase. La actividad política institucional, era ahora la única forma de hacer frente a los conflictos que se suscitaban entre capital y trabajo, en la medida que éste último estuviera plenamente

representado en el parlamento y municipio, que eran los lugares en donde finalmente se resolvían las condiciones de esta relación.

Si bien, a estas alturas los obreros del salitre compartían una alta comprensión del funcionamiento del sistema capitalista y de su posición dentro de él, esto no significaba que de la misma manera entendieran que la solución debía ser radical y, al igual que en el caso de los artesanos, mantuvieron un carácter conciliador con la burguesía que aparece como inquebrantable hasta 1907. Antes de este año, sus declaraciones siguen enfocándose en encontrar la armonía y el equilibrio que permita que capital y trabajo sigan existiendo bajo un justo acuerdo, sin plantear aún la abolición del primero:

«Un poco de buena voluntad, atención y cortesía, sería remedio bastante para asegurar la armonía entre las dos entidades que nos ocupan» (*El Trabajo* n°150. Iquique, 15-10-1904)

Cuando se produce el quiebre con este afán conciliador, las clases se alejan y la lucha contra el capital adquiere formas cada vez más ofensivas. Esta actitud es ayudada por la gran preocupación sobre el movimiento obrero internacional. La atención sobre los sucesos en Rusia y Buenos Aires, específicamente, adquieren gran relevancia y comienzan a servir de ejemplo revolucionario y confrontacional.

Sin embargo, es luego de la masacre en la Escuela Santa María, ocurrido a fines de 1907, que las posturas se radicalizan definitivamente. En 1908, La oposición hacia el Estado y sus aparatos es cada vez mayor. La aspiración por ocupar esos puestos ya no se piensan sino con el único objeto de transformar el sistema desde dentro. Ya no basta solo con ocupar esos lugares sin pensar en la transformación social. El trabajo y el capital ya no son dos identidades necesarias y complementarias, sus intereses son diametralmente opuestos, de hecho se habla de formar un *Estado del Trabajo*, en donde ya no figura la presencia del capital. La construcción de un proyecto obrero socialista se vuelve indiscutible, y la propiedad privada ya ha perdido completamente su legitimidad:

«La patria se va a salvar cuando se recupere la propiedad y todos participen en la elaboración de la riqueza nacional como de sus beneficios» (*El Trabajo* n°506. Iquique, 3-6-1908)

Empero, va a ser en 1912, en donde el pensamiento obrero alcanza un desarrollo inédito. Su nivel de autoreconocimiento de la realidad de la que forma parte es de carácter integral. El régimen capitalista se analiza en términos científicos, de manera que ya ha desaparecido por completo la posición reformista y conciliadora que veíamos en años anteriores. Hay que entender el capitalismo como una organización social construida y enfrentarla como un todo:

«es preciso que miren la explotación, bajo una base mas científica, preciso es que no miren a la superficie, sino que dirijan su vista a las profundidades de la sociedad, y vean, que es la sociedad organizada bajo un régimen de explotación y mientras este régimen subsista, habrá explotados y explotadores.

Es pues, el actual régimen el que hay que combatir y transformar, no es un simple burguesillo, o un comerciante, puesto que estos no hacen mas que vivir en el régimen social en que han nacido » (*El Despertar de los Trabajadores* n°39. Iquique, 11-4-1912)

Asimismo, se comprende que la aspiración final es abolir la división clasista de la sociedad, formando una sola: la *clase trabajadora*. En esta nueva sociedad que querían construir ya no había cabida a la existencia del capital, ahora todos debían trabajar las riquezas del país con la misma intensidad, para acceder al mismo derecho de aprovecharlas. En el programa del Partido Obrero Socialista (POS), creado en este año, esto se evidencia muy claramente:

«el fin de sus aspiraciones es la emancipación total de la humanidad, aboliendo las diferencias de clases y convirtiendo a todos en una sola de trabajadores, dueños del producto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes» (*El Despertar de los Trabajadores* n°95. Iquique, 22-8-1912)

De todas formas, esto no significaba que en su presente se olvidaran de las diferencias de clases existentes, al contrario, asumían que la única forma de acabar con la constitución clasista de la sociedad, era por medio de la lucha de clases. Obreros y capitalistas se enfrentarían hasta que la propiedad se volviera colectiva y se instalara el *régimen del trabajo*. En este contexto, el Estado, como sostenedor del sistema y como él único que podía mejorar su situación, recuperaba legitimidad. Desde el año 1912 en adelante, cuando ya hay completa claridad que el problema es contra el régimen capitalista, no contra capitalistas ni burgueses particulares, la mirada se vuelca completamente hacia el Estado. Sin embargo, solo para

plantear las reivindicaciones de índole más estructural que superaran los márgenes de lo que ellos podían conseguir a través de sus organizaciones:

« La clase obrera no solo tiene que arreglar cuentas con los patronos; sino también con el Estado, el cual puede darle o quitarle tanto como aquellos, y ante el que deben presentarse reivindicaciones de un orden acaso superior a las que origina la lucha puramente gremial» (*El Despertar de los Trabajadores* n°383. Iquique, 14-5-1914)

Como es de esperar, la preocupación por la transformación del régimen socioeconómico y la influencia del pensamiento marxista en términos ideológicos, los hace adherir a la idea de que es lo económico lo que determina lo político y lo moral. La consecuencia más importante de esto, es que de ahora en adelante pondrán siempre mayor atención a la organización económica que a la política. Esto no significa que se produzca un abandono de la política como vehículo de la transformación, al contrario, desde que se funda el POS y con ello, el primer partido genuino de la clase obrera, la actividad política se desarrolla significativamente entre los trabajadores, sin embargo, lo que se deja de cuestionar, es el propio funcionamiento del sistema político. No existía entre los obreros del salitre la prioridad de transformar las instituciones políticas establecidas, éstas, así como estaban, servían como arma para llevar a cabo su objetivo más importante: transformar el sistema económico. Cuando esto sucediera, el resto de las dimensiones de la sociedad, tanto la política como la cultural, cambiarían de forma natural, en armonía con el nuevo sistema de producción.

Sin embargo, en una última etapa, desde 1916 a 1918, se produce una manifiesta desconfianza en los partidos políticos y en el quehacer político en general. La influencia de ideas anarquistas y la propia experiencia acerca de la ausencia de transformaciones estructurales a través de la política formal, los lleva a posicionar a la política en segundo plano y confiar sus esperanzas en el movimiento revolucionario en si mismo, que ya es inevitable y de carácter universal:

«No somos de aquellos ilusos que confiamos nuestras expectativas futuras, la realización de nuestro ideal, en la política o en cualquier o en cualquier otro medio que signifique una entidad que guarde armonía con el medio social presente.

No sabemos que diversas manifestaciones de sedimento revolucionario, acelerarán el final de estos medios transformadores» (*El Despertar de los Trabajadores* n°1471. Iquique, 12-3-1918)

Finalmente, como adelantábamos en un principio, los trabajadores del salitre lograron avanzar en el pleno reconocimiento de formar parte de una clase social que, independiente de lo que podían hacer dentro de la política formal, tenían una misión histórica que cumplir, de carácter universal, y un proyecto económico y social que defender por medio de sus propias acciones de clase.

2.- Reivindicaciones Concretas

Otro de los factores importante en el proceso de politización, es la capacidad desarrollada por los actores de plantear sus necesidades. No basta solo con reconocerse dentro del sistema social, sino de ir delineando donde se encuentran sus mayores carencias y cuáles son los puntos de quiebre que permitirán las transformaciones más radicales. Como es de suponer, estas reivindicaciones se encuentran directamente relacionadas con el autoreconocimiento de su posición económico-social y político. Así, en la medida que lo anterior va evolucionando, sus demandas van adquiriendo formas cada vez más concretas.

Ambos grupos estudiados, concentraron aquellas demandas en tres dimensiones, que guardaban relación con: su mejoramiento económico, su mejoramiento social y su participación política. En este sentido, es que con el tiempo fueron desarrollando reivindicaciones específicas que, para cada uno en particular, les implicaría mayores beneficios en estas tres áreas. No obstante, cada uno desarrollo necesidades particulares, de acuerdo a como entendían su realidad. La tesis que planteamos muestra que:

*Mientras las reivindicaciones artesanales se orientaron a promover la **integración de los obreros en el sistema capitalista** en todas sus esferas: social, económico y político, los trabajadores de la pampa salitrera promovieron reivindicaciones estructurales que **atacaron directamente el dominio del capital sobre el trabajo** y que se orientaron a construir un nuevo orden socioeconómico.*

A.- Reivindicaciones de los Artesanos de Santiago

Reivindicaciones Económicas.

Las demandas de los artesanos, en un principio, se caracterizaron por ser muy ambiguas. Hasta el año 1868, se limitaban a establecer la necesidad de un mayor bienestar económico, pero sin tener claridad de que es lo que precisaban para poder conseguirlo. Va a ser a partir del año 1869 que las reivindicaciones económicas adquieren un carácter más específico, asociado principalmente a la preocupación por las artes e industrias, aun cuando en este primer año solo se establecieron nociones alrededor de las contribuciones e impuestos.

En consonancia con la incapacidad observada por entender el régimen socioeconómico como un problema estructural y de conservar una actitud conciliadora y aspiracional hacia el capital, los artesanos presentaban reivindicaciones que implicaban más que nada reformas, y estas reformas a su vez, se concentraban específicamente en el rubro en que ellos se desarrollaban: la industria. Desde 1870 a 1890, la protección a la industria nacional se convierte entonces en el eje de las reivindicaciones artesanales.

Hay que especificar que esta reivindicación se abordó de dos maneras. Primero, hasta el año 1882, bajo la idea de que el progreso material debía ser lo primero en resolver, para luego hacer posible el progreso intelectual y moral. El mejoramiento de la industria y el desarrollo económico a nivel nacional, era su principal preocupación, porque solo ella habilita el mejoramiento económico del artesano que les permitiría acceder a una mejor educación:

«el progreso material, hace el progreso intelectual i moral. por eso es que, para llegar con seguridad i lijereza a la consecución de lo segundo, necesario es comenzar por procurarse lo primero. Así pues, como punto de partida, el taller- periódico órgano del obrero e industrial- comenzará por defender los intereses materiales del obrero, para procurar en seguida, su progreso intelectual i moral.» (*El Taller* n°1. Santiago, 1-2-1879)

Sin embargo, de 1882 en adelante, se comprende que será el desarrollo moral e intelectual, lo que proporcionara las capacidades y herramientas para obtener luego la independencia material. La instrucción se vuelve la primera necesidad del pueblo, y desde aquí en adelante se

mantendrá íntimamente ligada al desarrollo industrial, ya que solo a través de ella, y al ahorro por cierto, se podrá volver el simple artesano en meritorio capitalista. En este sentido, no es que las necesidades materiales se consideren resueltas, sino que, al visualizarse más a largo plazo, se cambió el enfoque para solucionarlas. Las mejoras materiales del artesano, no se conseguirán nunca si no son ellos mismos los que tengan las capacidades intelectuales para lograrlas. Instrucción e industria se convierten en los dos grandes propósitos del Estado.

De esta manera, a finales del periodo, esto es de 1887- 1890, su demanda económica formaba parte de una reivindicación más general, inseparable de los aspectos sociales. En sus propias palabras, lo que ellos persiguen es la *regeneración intelectual, moral y material* del pueblo:

«no levantaremos al frente de nuestras columnas ninguna de las banderas a cuya sombra militan los diversos partidos existentes en el país. El ideal que perseguimos es la *rejuvenación intelectual, moral i material del obrero*, a la vez que el imperio de la democracia» (*El Obrero* n°1. Santiago, 31-12-1887. *Cursivas agregadas*)

Reivindicaciones Sociales

En términos sociales, su reivindicación más importante fue de instrucción. Esta demanda, va a ocupar un lugar central en todo el periodo estudiado, sin embargo, no siempre con las mismas características.

Hasta 1875, la instrucción tenía un alcance más que nada técnico, y estaba asociado a la necesidad de perfeccionar el arte u oficio en el que cada trabajador se desempeñara. El papel de la educación en estos años estaba subyugado a conseguir la adecuación del artesano al sistema:

«El hombre y la mujer que han recibido educación son mejores en su industria u oficio i saben que tienen que respetar a los maestros i patrones i dar cumplimiento a sus obligaciones, esto es incuestionable» (*El Trabajador* N°7. Santiago, 12-4-1871).

Va a ser pasada la segunda mitad de la década del 70', que comienzan a demandarse conocimientos que superan los estrechos márgenes de su oficio. En el periodo que va de 1875

a 1876, va a ser central una instrucción de carácter más integral. Se amplía su alcance, ya no solo se debe perfeccionar el rubro de cada cual, sino que todos deberían tener un nivel de conocimiento general. Se reivindican las materias de historia y ciencia, como conocimientos esenciales en la vida del artesano para desarrollar las facultades morales e intelectuales que le permitan entender el mundo del que forma parte:

«Nosotros, por nuestra parte, debemos leer, no solo esos libros, sino también todos aquellos que encierren conocimientos útiles i que alguna influencia puedan tener en el desarrollo de nuestras facultades morales e intelectuales (...)

Libros de historia, que permitan apreciar las causas que han favorecido o los obstáculos que han entorpecido la marcha de la humanidad

Libros de vulgarización científica, que nos indican el verdadero lugar que el hombre ocupa en la obra de la creación i la misión que en ella le corresponde desempeñar» (*La Unión* n°5. Boletín de la Sociedad de Artesanos de Santiago, 1-6-1876)

En 1879, la discusión sobre educación se complejiza y su necesidad se hace más evidente. Para los artesanos debe existir una instrucción primaria que debe ser: *universal* (para todos); *compulsiva* (obligatoria); *práctica* (la enseñanza teórica debe tener aplicación objetiva) y; *comprensiva* (basada en el entendimiento, no solo en la memoria). Asumiendo las diferencias entre ricos y pobres e incluso aceptando esta desigualdad, la instrucción primaria se establece como una base que debe ser igual para ambos sectores:

«la instrucción primaria debe servir a los ricos i pobres, ya a los que se dedican a un oficio cualquiera, ya a los que han de hacer de su vida una carrera científica; para los primeros será el *todo*, para los segundos les servirá de *base* o principio a estudios superiores. Si para el obrero ha de ser el *todo*, es claro que ha de ser *completa*; si para el rico ha de servir de *base*, es claro, otra vez, que ha de ser *completa*» (*El Taller* n°15. Santiago, 18-2-1879. *Cursivas originales del texto*)

Si bien se sostiene la idea de que hay un tipo de educación superior, ligada a conocimientos científicos y especializados, a la cual ellos no tienen acceso, desarrollan la idea de una instrucción superior que esté ligada a los talleres y que sea fundamentalmente práctica, de aplicación. La reivindicación entonces, no estaba asociada a exigir el acceso a la educación que tiene la burguesía, sino a consolidar su condición artesanal, relegada a ocupar puestos en donde solo se necesite saberes de carácter técnico. La demanda por conocimientos de historia

y ciencia, del periodo anterior, guardaban relación solo a una etapa formativa del artesano, pero no en una real inquietud por ocuparse de estos conocimientos en etapas posteriores de educación.

Cuando en 1882, el progreso moral e intelectual se convierte en antesala del progreso material, la instrucción pasa a ser el medio apropiado para integrar a los obreros en el sistema económico, convirtiéndolos, en el mejor de los casos, en pequeños propietarios o pequeños capitalistas.

Es esta misma orientación, de subyugar a la educación al sistema económico imperante, la que los hace reivindicar conocimientos extranjeros e introducir técnicas europeas al trabajo artesanal, de manera de volverse más competentes dentro del mercado. La sobrevaloración de las artes occidentales, va de la mano de la elevación de la cultura europea civilizada en desmedro de los saberes y la cultura autóctona:

«Durante los primeros tiempos de la colonia en América no sabíamos nada. Los indijenas de entonces hacían sus chozas sobre horcones; i solo los europeos entendían el trabajo de hacer edificios simétricos conforme al progreso alcanzado en aquellos pueblos de antigua i creciente civilización. En esos tiempo, un obrero europeo tenia verdaderos títulos de preferencia por su mayor saber respecto a los toscos operarios americanos (...) un trabajador europeo representaba entonces el trabajo ennoblecido por la sangre i por el saber» (*El Precursor* n°44. Santiago, 12-10-1882)

No es casual entonces que ese mismo año, planteen la necesidad de colonizar y civilizar a la Araucanía. La necesidad de afianzar el desarrollo del país, a partir del desarrollo intelectual y del aumento de las riquezas e industrias, torna relevante la ocupación de los territorios del sur del Bio Bio. Sin embargo, no solo se deseaba agregar a la republica una provincia virgen, rica e inagotable en recursos, que aumentara la producción nacional, sino que también se hacía necesario dominar a la “barbarie” en términos culturales. El supuesto caso de un mapuche que, en tiempos de guerra, le sacó el corazón a una mujer como ofrenda, era analizado de la siguiente forma por los artesanos:

«No queremos el exterminio de esa raza que, al fin, es la nuestra; pero debemos *exijir* que semejantes escenas no se repitan: esto es, debemos pensar desde luego en la colonización de la Araucanía» (*El Precursor* n°8. Santiago, 22-4-1882. *Cursivas agregadas*)

En 1884, se proponía desde los propios artesanos entregar el “derecho de propiedad” a los inmigrantes europeo que se establecieran en la provincia de Arauco y las regiones australes, con el único fin de desarrollar en ellas industrias y agricultura. Con esto, se hacía evidente una actitud que se encaminaba a consolidar la superioridad occidental frente al sistema productivo y económico que los propios indígenas podían desarrollar en su territorio.

Observando la actitud conciliadora que mantuvieron con el capital y la insistencia en progresar dentro del sistema imperante en comunión con capitalistas chilenos y extranjeros, hacia evidente que la instrucción se posicionara en la base de todo esto. Para los artesanos, la instrucción nunca fue vista como un conocimiento revolucionario, sino que era un medio, indispensable por cierto y el más importante, de integrarse y mejorar dentro del sistema socioeconómico y político imperante.

Por otro lado, otra de las reivindicaciones sociales más importante de esta época, fue la abolición de la guardia nacional. Si bien, desde el principio del periodo estudiado se observaba una crítica sobre ella, es solo a partir de 1870, que se convierte en una demanda concreta. Sin embargo, hay que reconocer que en los artesanos esta reivindicación guardaba relación con su pretensión constante de exigir “igualdad ante la ley” y no por una negación de la naturaleza de la guardia nacional:

«hacer efectiva la igualdad ante la lei, haciendo desaparecer la manera anómala de dictar leyes como las de contribuciones en que el obrero lleva la peor parte; que haga cesar las persecuciones de que somos víctimas para ser enrolado en ese verdadero suplicio para el hijo del pueblo, denominado Guardia Nacional, al amparo de la cual el obrero es vejado en su persona, violado en su domicilio i hasta conducido a la sepultura, por medio de crueles prisiones» (*El Precursor* n°27. Santiago, 5-8-1882)

Como se verá más adelante, los artesanos, alimentados por la guerra del pacífico, internalizaron el discurso patriótico burgués, basado en la necesidad de defender militarmente a la patria cuando ésta se viera amenazada. De este modo, lo que rechazaban era que los burgueses se pudieran librar de cumplir este servicio, mientras que para los proletarios fuera obligatorio y los privara de sus únicos momentos de descanso, los cuales se debían ocupar prioritariamente para instruirse y cultivar su sociabilidad. Así, lo que se cuestiona en esta

reivindicación es el carácter obligatorio de la guardia nacional y al trato desigual, no la existencia de una institución estatal armada, encargada de defender los límites territoriales.

Reivindicaciones políticas

Los artesanos durante todo el periodo estudiado mantuvieron un apego a las formas institucionales de resolución de conflictos. Su integración a la política formal fue una demanda transversal en el movimiento pero que, sin embargo, pasó por tres etapas:

En un principio se trataba de una *integración indirecta*, en el sentido que reivindicaban el derecho de participar en las instancias cívicas para poder elegir a los representantes que tomaran las decisiones en el ámbito público, pero no exigían ser ellos mismos quienes pudieran tener esta facultad. Así, vemos que desde 1862 hasta 1882, su reivindicación política se encontraba asociada a la consecución de mayores facultades electorales que les permitieran acceder al espacio público, pero a través de los representantes burgueses que más se acomodaran a sus intereses.

Luego, en 1882, aparecen por primera vez propuestas para elegir candidatos obreros, inaugurando una etapa de *integración directa* al sistema político institucional, la que alcanza mayor desarrollo en 1884, cuando plantean su autonomía política y se alejan del Partido Liberal. En 1886, esta aspiración se consagra cuando declaran que presentarán candidatos obreros al municipio y al congreso. Aún cuando siguen simpatizando con el liberalismo y apoyan la presidencia del liberal José Manuel Balmaceda, pretenden que sus candidatos vayan a la lucha electoral en forma independiente.

De todas maneras, va a ser en una última etapa, que su reivindicación política llega a su momento culmine. En 1888, se produce un alejamiento de los artesanos de las instancias políticas producto de la desconfianza en los partidos burgueses, que se materializa en la abstención de los actos electorales y de todo lo que estuviera relacionado con la actividad política formal:

«Preferible es abdicar nuestro sagrado derecho que la constitución i las leyes de la República nos confieren, i considerarnos como habitantes de la China bajo el déspota tratamiento de sus

mandarines, antes de aparecer como los izadores de la soga con que el verdugo nos ahorcará mañana» (*El Hijo del Pueblo* n°72. Santiago, 19-3-1888)

No obstante, esta posición devino, tiempo después, en la formación del Partido Demócrata, que les significó la consolidación de su integración política directa y su adecuación al sistema político formal. Esto demostraba que lo que había perdido legitimidad no era el sistema político partidista, sino que la política burguesa y sus representantes, producto de las promesas no cumplidas y de su descuido por los intereses obreros. Ese mismo año, los artesanos daban los primeros indicios de la configuración de un nuevo partido y demostraban que no había que transformar el sistema político, sino que lo que había que lograr era que éste fuera compuesto por hombres honrados:

« Lo que el pueblo debe hacer es organizar un gran partido, ajeno a los demás que existen, sin exigirle a los hombres que lo compongan mas que una cosa: Honradez i virtud política (...) Podría llamarse el *Partido de la Virtud*, aún no es tiempo o hai muchos obstáculos para organizarlo, no le queda otro camino al pueblo chileno que imitar a los Romanos de la antigua república, cuando, cansados, ya de los abusos de los patricios se retiraron de la ciudad emigrando al monte-sagrado» (*El Hijo del Pueblo* n°75. Santiago, 9-4-1888)

B.-Reivindicaciones de los Obreros del Salitre

Reivindicaciones económicas

A diferencia de los artesanos, la conciencia de los trabajadores de la pampa sobre el antagonismo entre capital y trabajo, les permitió desarrollar una preocupación mucho más crítica frente al sistema industrial de trabajo. Para ellos el problema no se resolvía con mayor protección a la industria, ya que esta medida no favorecía en nada al trabajador, al contrario, era una forma de expandir y hacer más fuerte al capital. En 1902 escribían:

«hoy sabemos que no son los industriales los que deben ser protegidos las leyes sabias, porque no son ellos la riqueza de Tarapacá y los que la producen. Es bien claro que la riqueza está en el suelo de nuestro país, y que somos nosotros lo que la hacemos valer» (*El Defensor de la Clase Proletaria* n°28. Iquique, 12-7-1902)

De esta manera, la protección a la industria nacional pierde desde un principio legitimidad entre los obreros y pasa a ser una protección más al capital, hasta el punto que, de 1905 en adelante, la postura se radicaliza y los trabajadores exigen la abolición de los impuestos a los artículos extranjeros. Según sus apreciaciones, esta protección, lo único que otorgaba eran mayores ganancias a los industriales a costa de encarecer la vida de los obreros. Estos últimos se veían obligados a comprar productos nacionales, los cuales no solo carecían de calidad sino que tendían a igualarse a los altos precios del resto de los productos. Exceptuando el impuesto de importación a los productos extranjeros, el mercado se regularía y los artículos, tanto nacionales como internacionales, bajarían considerablemente de precio.

Paralelo a esto, la escasez de salario, el encarecimiento de la vida y el exceso de horas de trabajo, entre otras cosas, mantenían a los trabajadores en una posición demasiado vulnerable frente al Capital. Esto significó que, desde el principio del periodo registrado hasta el final, su principal reivindicación económica se centrara en la protección del trabajo. Esta demanda se materializa, desde 1901 en adelante, en la exigencia de *libertad del trabajo*, que significaba principalmente, contar con la libertad de escoger puestos de trabajo bajo las condiciones que los obreros determinaran y en donde se les pagara íntegramente el precio de su trabajo. La única forma de lograr esto, sería a través de la regulación legal de las relaciones entre capital y trabajo, logrando que esta libertad estuviera amparada por la ley. En nombre de esta necesidad, los obreros comienzan a exigir la *reglamentación del trabajo*.

Como forma de complemento a lo anterior, un año más tarde, en 1902, los obreros, para contrarrestar la dificultad de proveerse de los artículos básicos de consumo, sostienen dos reivindicaciones que, al igual que la anterior, se mantendrán por todo el periodo estudiado: el establecimiento de la *libertad de comercio*, que combatía el monopolio de las pulperías, habilitando alternativas más económicas para acceder a los artículos de primera necesidad y; la supresión del sistema de fichas, que los mantenía obligados a intercambiarlas, de forma muy desfavorable, por los productos que comercializaba la tienda de la oficina correspondiente.

Estas tres demandas se instalan como las principales medidas económicas de los trabajadores de la zona salitrera en el periodo estudiado. La determinación teórica y práctica de lo económico sobre las otras dimensiones de la realidad social y su necesidad, cada vez más

urgente, de transformar el régimen económico, los mantienen en constante preocupación sobre su mejoramiento material, a través de reformas estructurales que atacaran directamente la supremacía del capital. Había que partir -planteaban los obreros- mejorando las condiciones económicas y luego preocuparse de lo demás. La pregunta de cómo pretenden lograr estas reivindicaciones, que implicaba un cambio radical del sistema, se responde según su capacidad propositiva, cuestión sobre la que nos ocuparemos en el próximo acápite.

Reivindicaciones Sociales

En cuanto a sus condiciones sociales, podríamos decir que los trabajadores de la pampa desarrollaron demandas alrededor de tres reivindicaciones esenciales: educación, condiciones de vida y nueva organización social.

En primer lugar, al igual que los artesanos, desarrollaron una preocupación constante por la educación; la riqueza intelectual del obrero siempre fue importante y estuvo en el centro de sus demandas. Fueron los continuadores naturales de la lucha que los artesanos habían dado en cuanto a ampliar su acceso, sin embargo, a partir de 1905, extienden esta crítica hacia el tipo de instrucción recibida. La educación estatal gratuita, que antes los podría haber conformado, les resultaba de calidad insuficiente y proponían crear establecimientos educacionales gestionadas y financiada por ellos mismos. Su postura crítica hacia el sistema se hacía presente también en este aspecto, sobre todo cuando se sabía que era en el proceso formativo en donde se generaban las primeras inequidades sociales.

Así, en 1912, en concordancia con el desarrollo que alcanza el pensamiento obrero en términos políticos y la capacidad alcanzada por proponer un orden socioeconómico alternativo al capitalismo, reivindican una nueva forma de pensar la educación, basada en la teoría socialista y que cuestiona la forma en que se había organizado el sistema hasta el momento. La fragmentación de la educación, en etapas de formación, no hacía más que introducir, en cada nuevo ciclo, obstáculos que operan como filtros y que reproducen las desigualdades existentes entre las clases sociales, principalmente por los distintos niveles de instrucción que alcanzan y por las áreas de conocimiento que cada una monopoliza. Organizada de esta forma, la

educación no es más que un mecanismo del sistema capitalista para mantener su poderío. En este sentido, propagan una educación integral y única, a la que todos tengan acceso:

«El socialismo no proclama como principio político universal la instrucción primaria para las clases trabajadoras- en las que apenas alcanzan a cursar rudimentarios conocimientos, mientras que las clases ricas, en la educación superior, pueden poseer la más alta expresión de la sabiduría- sino que el socialismo proclama la “educación integral” del hombre y la mujer, es decir, una educación pública no calculada para producir una clase social de privilegiados intelectualmente, sino para producir la gran familia humana en la comunión espiritual de las ciencias, las artes y la más pura y elevada moral» (*El despertar de los trabajadores* n° 80. Iquique, 18-7-1912)

Luego, con el despliegue de la actividad política partidista, iniciada con la fundación de Partido Obrero Socialista, se inaugura el papel político de la educación. En 1915, en el marco de la celebración del Primer Congreso Socialista Obrero, se propone que se imparta una educación económica, de clase y permanente, por medio de conferencias, folletos y congresos que permita el libre acceso a propaganda educativa. La educación deja de ser neutral y se orienta directamente a producir conciencia de clase. No es casual entonces que luego, en 1916, como consecuencia del pensamiento sindicalista, la educación se convierta en la base de la *fuerza intelectual* del Movimiento Obrero Socialista.

No obstante, este no es el único destino que tuvo la educación para los obreros. A pesar de que debamos reconocer la supremacía de la ideología socialista dentro de los trabajadores de la pampa, no deja de ser importante la propagación de las ideas anarquistas en un importante grupo de obreros salitreros, especialmente a partir de 1917. Para ellos, la educación no tenía una función moldeadora, sino que al contrario, su faro era la emancipación del hombre, de modo que no había que imponer dogmas ni criterios de ningún tipo. Mientras se respeta la personalidad moral del educando, el niño podrá cultivar sus más altas potencias y facultades, alcanzando el dominio de sí mismo. Para los anarquistas, la educación debe mostrar:

« las más altas verdades del espíritu humano, dejando a cada uno en libertad de asimilarse aquellas que le sean propias por el estado de su evolución espiritual(...) Educar no es moldear. Educen los espíritus amplios; moldean los sectarios (...) los educadores desean que los ideales de cada individuo sea el fruto de su propio razonamiento y análisis de la verdad en su mayor grado » (*La Pluma Rebelde* n°1. Iquique, 1-5-1917)

En segundo lugar, el contexto social y laboral en que se mantenía a los obreros en la pampa, permitió que, a diferencia de los artesanos, denunciaran sin descanso sus precarias condiciones de vida. Dentro de sus mayores preocupaciones se puede nombrar: i) el aniquilamiento físico del obrero (las pésimas condiciones laborales no solo tenían incidencia en su situación material, sino que también implicaba un significativo deterioro del cuerpo); ii) la falta higiene y aseo público; iii) el alcoholismo y los juegos de azar; iv) los accidentes laborales y; v) las habitaciones obreras.

Su situación social efectivamente era mucho más miserable que la de los artesanos de Santiago. En la pampa, las condiciones geográficas y la baja inversión de los empresarios extranjeros sobre el espacio que habitaban los obreros, los mantenía expuestos a una de los ambientes laborales más precarios en la historia de los trabajadores del país. No obstante, el hecho que lo hayan denunciado con tanta insistencia, no solo es producto de estas condiciones objetivas, sino que también lo fue porque los obreros desarrollaron una actitud mucho más confrontacional y menos conciliadora que los artesanos.

Por último, en concordancia con esta actitud y con su interés de construir un nuevo orden social, condujeron su crítica hacia cuestiones que superaban los márgenes de sus problemas particulares y que promovían una nueva organización social. Dentro de las principales demandas se puede nombrar: i) La abolición de la pena de muerte; ii) La colonización nacional de las tierras indígenas; iii) La prevención del delito (la delincuencia debe ser prevenida antes que castigada y para esto la única forma es la educación moral y la supresión de la miseria) y; iv) La abolición del ejército (esta institución ya no representa la idea de patria que tienen, basada en el progreso y la confraternidad universal, por lo que no se justifican sus altos costos de mantención.)

Nuevamente, aunque coinciden con los artesanos en varios aspectos de estas reivindicaciones, por ejemplo, en el tema de la colonización y la defensa militar, el proletariado del salitre las aborda de manera mucho más estructural. En primer lugar, aunque compartían la actitud civilizadora y occidentalizada de los artesanos con respecto a la ocupación de los territorios indígenas, se alejaban de estos cuando introducían como condición a esta colonización la nacionalización de las tierras, para que los recursos que de ella emanaran, aun cuando habían

sido usurpados, por lo menos terminaran en manos de chilenos y no de colonos europeos. En segundo lugar, llevaron la crítica artesanal sobre la guardia nacional hacia la esencia de estas instituciones y se opusieron a ella en toda su complejidad. Para los obreros socialistas, el problema no era que hubiese desigualdad e injusticia en el funcionamiento interno de la institución, sino que era el propio sentido de ella lo que se ponía en duda. En miras hacia una revolución socialista, que propagaba los principios de fraternidad y hermandad entre las naciones, no tenía sentido que el Estado contara con un brazo armado para defender sus fronteras, esto solo traería guerra y sufrimiento. Por último, cuando se cuestionan la pena de muerte y la delincuencia, tocan fibras constitutivas del sistema penal del país, iniciando una reflexión sobre realidades que nunca antes habían sido profundizadas desde el mundo popular. Ya no solo se preocupaban de enfrentar sus necesidades particulares; si querían construir un nuevo orden social, debían pensar en todas los aspectos de lo social que debían ser transformados, de manera de hacer del país un lugar más fraternal, justo e igualitario.

Reivindicaciones Políticas

A diferencia de los artesanos, cuando los trabajadores de la pampa salitrera adquirieron protagonismo en el movimiento obrero ya estaba consolidada su participación en la arena política institucional, aún cuando ésta siguiera estando comandada por elementos burgueses que dirigían el Partido Democrático. De esta manera, en un principio, sus mayores esfuerzos se orientaron a autogestionar organizaciones sociales que los protegieran de los abusos del capital y acudían a las instancias políticas, que ya estaban instaladas, sin establecer mayor crítica a su funcionamiento.

Es a partir de 1903 aproximadamente, que el gobierno y el Partido Demócrata comienzan a perder legitimidad en el movimiento obrero. En este periodo la tónica, en cuanto a reivindicación política, no era la conquista de mayores derechos o la oposición al sistema político vigente, sino que se trataba de la una crítica hacia la forma en que se estaba haciendo uso de ese derecho. Sin sentirse plenamente representados por los demócratas, comienzan a plantear sus deseos de conformar un partido político, que represente genuinamente al trabajo, tanto en el congreso como en el municipio.

Durante la primera década del siglo XX, se fue desarrollando en el seno de la clase obrera, la radicalización de las diferencias de clases y la agudización de la crítica hacia la actividad política burguesa que en 1912 culmina con la fundación del Partido Obrero Socialista. La llegada del POS inaugura una nueva relación con los partidos; ya no se trata de pedir o esperar que otros hagan lo que los obreros mismos deben conquistar, como se hacía con los partidos burgueses:

«El partido socialista no promete nada y se lo promete todo: nada, si ellos no saben conquistarlo; todo, si de todo se apoderan» (*El Despertar de los Trabajadores* n° 65. Iquique, 13-6-1912).

Podríamos decir entonces, que en esta primera etapa la reivindicación política estaba asociada a la integración a la política formal, pero a través de un partido genuino de clase que no solo se preocupara de representar los intereses de las clases obreras -como se habían limitado los artesanos a través del partido liberal y demócrata-, sino que fuera expresión de la ideología que representaba la emancipación del proletariado y que, al mismo tiempo, permitiera que su alternativa de proyecto se dirimiera en el ámbito institucional de la política.

El POS adquiere un protagonismo central en el movimiento obrero, a través de él se llevan a obreros a la cámara y al municipio en la defensa del proyecto socialista, sin embargo, en cuanto a las características que asume la reivindicación política, el análisis merece una lectura más compleja. Independiente de que el proyecto socialista se halla institucionalizado plenamente a partir del POS, las reivindicaciones en el ámbito político no terminan, sino que asumen otra dirección. Ya conquistado el derecho a estar representados en la arena política formal, la crítica, por primera vez, apunta a deslegitimar la existencia del sistema político de representación partidista. En 1916, se refuerza la idea de orientar los esfuerzos obreros a la unión como clase, independiente de su ideología, y a desconfiar de los partidos políticos y del quehacer político en general. La propagación de las ideas anarquistas, que cuestionan toda la institucionalidad vigente y que se posiciona en contra del Estado y los gobernantes, abre un nuevo camino en las ideas sobre la política, esta vez reivindicando la posibilidad de gobernarse a sí mismo, sin la necesidad de establecer autoridades ni jerarquías, reivindicando la política como forma de conquistar la verdadera libertad social.

Si bien, a través del sindicalismo podemos ver representada esta idea de poder hacer política independiente de los partidos políticos, en términos de antecedentes históricos, la prensa obrera, por lo menos en la zona salitrera y en los años estudiado, se encuentra en su mayoría dirigida por el partido socialista, por ende, en este tipo de fuente, no es posible encontrar mayores antecedentes sobre una postura política distinta, más allá del pequeño número de publicaciones anarquistas existentes en los archivos históricos. Esto deja evidenciar una realidad histórica: en la pampa salitrera, hasta el año 1918, las ideas políticas que más cabida tuvieron dentro de las capas obreras, estuvieron encarnadas en el socialismo y representadas por el partido político del mismo nombre. Es por esto que en términos de reivindicaciones políticas, solo se podría afirmar, que en una última etapa, se mostraron indicios de una deslegitimación del sistema político formal pero, sin embargo, el auge del Partido Socialista en la zona, nos hace sostener que prevalecía una confianza en la institucionalidad política vigente.

3.- Capacidad Propositiva

Una de las habilidades que artesanos y trabajadores de las minas debieron desarrollar, es su capacidad de proponer soluciones a los problemas que detectan. Las reivindicaciones que acabamos de desarrollar toman más valor aún, si los obreros logran aclarar formas específicas de abordarlas y, sobre todo, si emplazan a nuevos ordenes sociales que superen a los anteriores y vayan delineando alternativas al sistema actual. A partir de lo desarrollado por cada uno, se puede sostener que:

*La capacidad propositiva de los artesanos habilitó, principalmente, el **desarrollo en materia política**, asociado a su **integración al sistema político formal**, mientras que sus reivindicaciones sociales y económicas fueron enfrentadas de forma parcial con sus propuestas y no lograron interpelar a las instituciones del sistema. A diferencia de ellos, las propuestas de los obreros del salitre, sobre todo a partir de la fundación del POS y de su integración al sistema político, lograron **interrumpir en mayor medida el régimen***

económico y mejorar las condiciones sociales cotidianas, sin embargo, en cuanto a sus reivindicaciones políticas, no cuestionaron mayormente el sistema vigente.

A.-Propuestas de los Artesanos de Santiago

Propuestas Económicas.

La principal reivindicación económica de los artesanos, se encuentra asociada a la protección a la industria nacional. A continuación, veremos cómo desarrollan más específicamente esta demanda con el pasar de los años:

Años	Propuestas para lograr mayor Protección a la Industria Nacional
1862-1868	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Reforma completa de la constitución en un sentido absolutamente liberal que, entre otras cosas, proponía <i>mayor prudencia para los impuestos, contribuciones i servicios gravosos</i>
1869	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Se mantiene la idea de reforma completa de la constitución ✓ Creación de un Banco Industrial que proteja a la industria Obrera. Sus principales operaciones serán: i) comprar una localidad, que no baje de cuatro cuadras, para establecer almacenes de materiales, de manufacturas y habitaciones para los obreros; ii) comprar de primera mano materiales y maquinas para la fabrica, por mayor, como también los artículos de primera necesidad de alimento, vestido y trabajo, vendiéndolos a precio costo a los obreros.
1870	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Se mantiene la idea de reforma completa de la constitución ✓ Eximir a los obreros del pago de la patente, y que ésta contribución recaiga sólo sobre capitales superiores a \$1000

1879	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Promueven la creación de Sociedad de talleres, dentro de las cuales el operario o trabajador sea obrero y capitalista al mismo tiempo, al quedarse con toda la utilidad. ✓ Reforma aduanera que establezca derechos específicos para los artículos extranjeros que se puedan producir fácilmente en Chile. ✓ Abolición de monopolios. Tanto de particulares como del Estado, que arrebaten el trabajo lucrativo a un número creciente de ciudadanos. ✓ Protección a empresas explotadoras del desierto. Para fomentar esta industria y crear más trabajo para los obreros ✓ Facilitación de los transportes por mar y tierra, para que aumenten las transacciones comerciales de provincia a provincia y, de esta manera, aumente el trabajo para todos. ✓ Justa distribución de las contribuciones. Tomando en cuenta los haberes de los contribuyentes.
1884	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Abolición de ley de patentes. Eliminación de las contribuciones sobre las industrias. ✓ Reforma de tarifas aduaneras, liberando de derechos a artículos extranjeros que puedan transformarse industrialmente en Chile y gravando a aquellos que puedan producirse fácilmente en el país. ✓ Como forma de fomentar industrias y agricultura, se plantea necesidad de entregar derecho de propiedad a los inmigrantes europeos que se establezcan en las provincias de Arauco y las regiones australes.

	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Abolición del Trabajo Nocturno de los Tipógrafos
1886-1887	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Abolición de la caja de préstamos. Por altos intereses ✓ Reglamentación del trabajo. controlar tarifas salariales y horas de trabajo
1888	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Mantener salario semanal, no mensual

Fuente: Elaboración Propia

Como se puede observar, la protección a la industria alcanzó un mayor nivel propositivo desde 1879 y, por un largo periodo de tiempo, a pesar de establecer propuestas que efectivamente permitieran su desarrollo, estuvo asociada a un fomento y crecimiento económico a nivel de país, pero, paradójicamente, sin plantear propuestas que protegieran a los artesanos dentro de ese desarrollo. De esta manera, se fortaleció al capital en desmedro de medidas que salvaguardaran el trabajo dentro del crecimiento industrial. Fue solo recién en 1884, cuando se cuestiona la existencia del trabajo nocturno, que aparecen los primeros indicios de protección al trabajo, pero solo a partir de 1886, se observa un giro real en las propuestas. La reglamentación del trabajo, la abolición de la caja de préstamos y la mantención de salario semanal, son todas propuestas que van en dirección de proteger al trabajo dentro de la industria y que coinciden con la amplitud de la reivindicación económica hacia una regeneración más integral del artesano.

No obstante, estas propuestas finales son de muy bajo alcance y se plantean con poca fuerza. No vienen acompañadas con un plan para frenar el avance desmedido del capital, sino que son solo pequeñas ayudas para que el artesano pueda seguir sobreviviendo dentro del sistema, sin establecer demandas que corten por completo la subyugación del trabajador al industrial.

Propuestas Sociales

Como ya habíamos comentado, una de las principales reivindicaciones sociales de los artesanos fue la necesidad de mayor instrucción. Hay que preguntarse ahora si este sector, logró proponer soluciones concretas en esta materia o solo se estancaron en una fase declamatoria.

Revisando los antecedentes recopilados, notamos que efectivamente son muy pocas las instancias en que las demandas a las autoridades o al Estado adquirían un carácter propositivo, en la mayoría de los casos se detenían solo en exigir instrucción, delegando, indirectamente, la forma concreta de hacerlo al gobierno de turno. Fue solo a partir de 1884, producto de la instalación la educación como prioridad ante el resto de las reivindicaciones, que propusieron: i) instrucción primaria obligatoria; ii) La creación de escuelas neamente industriales, para mejorar las competencias del artesano e industrial y; iii) la apertura de la Biblioteca Nacional, en horario nocturno y vacaciones.

El resto del periodo, se preocuparon de autogestionar instancias instructivas. Es importante nombrar, en este sentido, a las conferencias populares, que desde 1875 asumieron un papel formativo dentro de las organizaciones artesanales. Asimismo, los periódicos desempeñaron una importante tarea, a través de ellos se promovían los conocimientos que eran considerados fundamentales para el desarrollo intelectual del artesano. Cabe mencionar también, su constante intención por fundar y financiar, por medio de las sociedades obreras, establecimientos educacionales diurnos y nocturnos.

Sin desmerecer lo anterior, se entiende que a pesar de avanzar un gran paso en establecer con sus propios medios espacios educativos para los obreros, su constante reivindicación de instrucción, basada en la declaración incesante de su necesidad, no se logró corresponder con una capacidad propositiva real, que interpelara el sistema educacional del país. Su intención de producir la regeneración intelectual del pueblo se limitó, a nivel de propuesta, a la ampliación del acceso a la educación, pero no a generar un nuevo proyecto educacional que permitiera que este acceso estuviera asegurado de antemano. El acoso institucional hacia al Estado, en esta materia, fue mínimo.

En cuanto a la abolición de la guardia nacional, se pensaron varias propuestas para solucionar el vacío que le significaría a la defensa militar del país. En un principio, específicamente en el año 1869, se propuso la exención del servicio a la guardia solo para obreros instruidos, de manera de priorizar, tanto en la teoría como en la práctica, las tareas educativas en desmedro de las tareas civiles de resguardo nacional. Hacia 1882, esta idea se mantenía y a su vez se proponía la eximición del servicio a todo obrero que perteneciera a alguna sociedad obrera, bajo el supuesto de que era más importante que, en sus días de descanso, el trabajador asistiera a las reuniones de la sociedad a la cuál estuviera afiliado antes que ejercer cualquier otra responsabilidad cívica. Por otro lado, la continua demanda de reforma constitucional, que tuvo una notoriedad central hasta 1870, planteaba como uno de sus principales puntos la reestructuración de la guardia nacional, a favor de exigir que todos los ciudadanos, sin excepción, tuvieran la obligación de hacer el servicio o, en su defecto, se proponía la eliminación completa de esta institución. Luego de la guerra del pacífico y tras la influencia de las ideas patrióticas, la defensa militar y la institución del ejército se volvían incuestionables, sin embargo, se logró establecer la necesidad de cambiar el carácter obligatorio del servicio a la guardia nacional. Se exigió entonces, la creación de un ejército permanente con incorporación voluntaria, que asegurara lo que desde un principio se quería conseguir: que la guardia nacional no fuera una institución que reprodujera la desigualdad ante la ley. Los artesanos no se oponían, como se podría pensar a primera vista, a la existencia del ejército, sino a que éste no se estableciera en igualdad de condiciones para todos los sectores de la sociedad.

Como se puede apreciar, las propuestas sociales no fueron, primero, lo suficientemente incisivas, específicamente en el caso de la educación, y segundo, no implicaron un cuestionamiento a las instituciones y orden social. De todas maneras, la capacidad propositiva es inseparable de las reivindicaciones, por lo que era de suponer que si estas últimas no cuestionaban la estructura del sistema, tampoco lo iban a sus proposiciones.

Propuestas Políticas

Las propuestas concretas que establecieron los artesanos, para hacer efectiva su aspiración de integración a la política formal, se corresponden con las distintas etapas que sufrió esta reivindicación.

En la primera etapa, de *integración indirecta*, de 1862-1882, la propuesta era clara: aumentar los derechos electorales y evitar el cohecho político. De esta manera, la reforma constitucional que exigían en los primeros años, estaba enfocada a promulgar una nueva ley de elecciones que permitiera aumentar el acceso de los artesanos a las instancias electorales y a evitar la intervención electoral, práctica que en esos tiempos supuestamente era desarrollada por el gobierno y la iglesia. Su preocupación radicaba en fortalecer la democracia y las instancias representativas, evitando que se siguieran nombrando autoridades por sobre la voluntad popular. Recordemos que en 1874 se realiza una *reforma electoral* que, entre sus principales medidas, despoja el proceso electoral de los dominios municipales y le entrega esta facultad a las “juntas contribuyentes”, compuestas por ciudadanos elegidos al azar. Por otro lado, se promulga la abolición del requisito de renta para el ciudadano elector, otorgando capacidad de sufragio a todo hombre, mayor de 21 años si era casado o de 25 si no lo era, dejando como único requisito el saber leer y escribir. Así, se amplió el universo de votantes, de 49.047 en 1873 a 106.194 en 1876.¹³¹

A medida que avanzaba el periodo, y con él la necesidad de proclamar candidatos obreros, comenzó a tomar relevancia la idea de *descentralización política*. Específicamente, desde 1879 en adelante, se propone mayor autonomía e independencia para las provincias y, que en zonas de más de diez mil habitantes, las elecciones de los magistrados se realizaran por sufragio popular. Ya en 1882, cuando se había iniciado la etapa de *integración directa* al sistema político formal y se hacía cada vez más real la posibilidad de ocupar puestos municipales, la descentralización del poder se mantenía como propuesta central. Finalmente, la posibilidades de los artesanos de incidir efectivamente en las decisiones públicas, dependía de la autonomía política que tuvieran los cargos a los que podían optar.

¹³¹ Estas cifras son extraídas de: Joignant, Alfredo “El Lugar del voto: La ley electoral de 1874 y la invención del Ciudadano-Elector en Chile” en *Estudios Públicos* N° 81. Santiago, 2001. Página 248

En la última etapa, donde se hacía el llamado a abstenerse de la lucha electoral, su capacidad propositiva se limitó a establecer las bases para configurar un nuevo partido político, despreocupándose de las demandas dirigidas hacia el Estado. Por esta razón, encontramos en los periódicos un cese de las propuestas de descentralización o de intervención gubernativa, sus esfuerzos se dirigían principalmente a incrementar, en la población, la aspiración a reunirse bajo un nuevo partido. Afloraban acciones tendientes a fomentar la actividad política partidista, genuina de la clase artesanal.

Como veíamos anteriormente, su mayor desarrollo de clase estuvo asociado al nivel alcanzado en el autoreconocimiento de su posición en el campo político institucional, por ende, resulta lógico que fuera en esta materia, donde sus propuestas lograran establecer una crítica más radical al funcionamiento del sistema, aun cuando éste no fuera interpelado en su esencia.

B.-Propuestas de los Obreros del Salitre

Propuestas Económicas.

La defensa del trabajo, como eje de las reivindicaciones, se mantuvo discursivamente en todo el periodo, pero desde 1903 se materializó en propuestas más concretas, y solo a partir de 1911-1912, tras la creación del Partido Socialista, se produce un desarrollo inédito en este sentido:

Años	Propuestas para lograr mayor Protección al Trabajo
1903	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Establecer tarifa del ferrocarril salitrero ✓ La mancomunal de obreros propone la creación de un seguro sobre la vida y el trabajo.
1907	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Alza de salarios, para combatir la inflación de los artículos de consumo
1911	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Jornada laboral de ocho horas máximas

	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Establecimiento de un salario mínimo, igual para hombres y mujeres, denominado el “mínimo de los salarios”. ✓ Protección para personas inhabilitadas para el trabajo (ya sea por enfermedad, ancianidad, orfandad o huelga) ✓ Líneas férreas y caminos, a bajo costo para trabajador
1912	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Protección para personas inhabilitadas para el trabajo ✓ Empresa municipal debe encargarse de locomoción urbana, para abaratar acceso ✓ Chilenización del territorio, cediendo solo a chilenos terrenos en la pampa de no más de 300 m² ✓ Seguridad y responsabilidad de parte de los patrones en los accidentes de trabajo ✓ Abolición de trabajo a destajo o a trato ✓ Prohibición de trabajo infantil, en niños menores de quince años ✓ Alza de salarios en relación con los precios de los medios de vida
1914	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Construcción de galpón municipal para albergar a desocupados.

	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Dar ocupación a desempleados con la construcción de cañerías y ramal ✓ Fomento a industrias y obras públicas, para aumentar empleos, ocupando el dinero de la venta de naves militares a EEUU
1915	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Prohibir la admisión de menores en las faenas ✓ Aumentar seguridad en las labores y campamentos ✓ Eliminación del trabajo a trato a destajo ✓ Eliminar el exceso de horas de trabajo ✓ Aumentar los salarios y corregir las irregularidades en su pago ✓ Crear cotización de auxilio a los afiliados sin trabajo, a través de una sección del POS ✓ Procurar la admisión en las faenas de solo obreros afiliados a los gremios, para garantizar triunfos conquistados.
1917	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Ampliar la ley sobre accidentes laborales y hacerla cumplir.
1918	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Disminución horas de trabajo ✓ Crear una caja de auxilios para enfermos o cesantes ✓ Mejoramiento de salario

Fuente: Elaboración Propia

Como se aprecia en la tabla, los obreros se preocuparon de proponer medidas suficientes para que el trabajo realmente pudiera ser protegido frente al capital. A diferencia de los artesanos, lograron detectar en mayor medida cuales eran los principales problemas que afectaban a los trabajadores y que era lo que los mantenía en una posición totalmente desventajada en comparación al capital, que seguía creciendo a un ritmo preocupante. Independiente si estas propuestas finalmente hayan encontrado cabida en la institucionalidad vigente, de ser así, lograban con creces el objetivo planteado: aumentar los derechos de los trabajadores a nivel de la estructura del sistema laboral. Con el solo hecho de tener claridad en las medidas necesarias para cambiar su situación, los obreros del salitre se posicionaron como el grupo de trabajadores con mayor capacidad de proponer transformaciones contundentes en esta materia.

Por otro lado, aparte de la protección al trabajo, planteábamos que entre sus reivindicaciones económicas se perseguía la libertad de comercio y la supresión del sistema de fichas. Para enfrentar la primera de ellas, la propuesta central estaba relacionada con el establecimiento de tiendas de servicios básicos con fondos municipales. Desde 1911 en adelante, bajo el respaldo del movimiento socialista y las ideas cooperativistas, la alternativa comercial de la pulpería debía ser asumido por la municipalidad, de manera de asegurar el abaratamiento real de los productos de primera necesidad. En 1912, bajo el alero del POS, la municipalidad debía asumir todos los servicios de utilidad general. Paralelo a esto, su propuesta se extendía a acciones sobre los impuestos aplicados a los alimentos, como por ejemplo: la propuesta de supresión al impuesto sobre la carne en 1904; La supresión del impuesto a artículos básicos provenientes del extranjeros en 1905; la abolición de los impuestos a los artículos de primera necesidad en 1912; la petición del abaratamiento de la carne en 1913; el recargo a los artículos de lujo, en favor de una rebaja a los artículos de consumo, junto con la prohibición de exportar al extranjero productos nacionales de alimentación y artículos industriales, en 1914; y por último, la instalación de cantinas o restaurantes baratos dentro de los talleres, en 1918.

Con todas estas medidas, se aseguraba frenar la inflación de los productos básicos de consumo y se instalaba un comercio con características mucho más amigables para los trabajadores de la pampa. Nuevamente, a través de estas propuestas, los obreros lograban tocar la medula del problema comercial y proponían la instalación de nuevas redes y condiciones comerciales con las características de un sistema mucho más democrático y justo.

En segundo lugar, la supresión del sistema de fichas tuvo una solución unilateral que se mantuvo en todo el periodo: La cancelación de los pagos en papel moneda. Esta fue una propuesta que se mantuvo vigente durante mucho tiempo, hasta que por fin, alrededor de 1940, se suprimió completamente el pago en fichas. A pesar de lo básico que podríamos pensar de esta propuesta, atacaba directamente al sistema de explotación industrial. El sistema de fichas, era una estrategia para que el salario de los trabajadores no significara una pérdida de capital para la empresa minera, sino que al contrario, se devolviera en forma de ganancia a las oficinas salitreras. Esto solo era posible por el monopolio de las pulperías y el dominio total que los empresarios tenían de estas, ya que al ser el único lugar que aceptaba las fichas entregadas por los trabajadores, recibían finalmente la suma completa de los salarios obreros. Los mineros, con plena conciencia del significado de las fichas, no descansaron hasta suprimirla y exigir su salario en billete, lo que acompañado de la libertad de comercio, permitían liberar al trabajo del dominio que el capital ejercía sobre su jornal.

Propuestas Sociales

Con respecto a la educación, es importante rescatar que las organizaciones obreras desde el inicio hasta el final del periodo estudiado, se preocuparon por autogestionar instancias instructivas. A través de la creación de talleres, bibliotecas, conferencias, escuelas y el sostenimiento de una publicación permanente, se preocuparon de que cada obrero que engrosaba sus filas se convirtiera en un trabajador instruido.

Uno de los esfuerzos más significativos en este sentido se produce en 1905, luego de que, tras realizar su crítica hacia la educación estatal, argumentando en contra de su mala calidad, propusieran instaurar, utilizando sus propios recursos, una institución escolar de calidad. El establecimiento funcionaria como alternativa a las escuelas pública y, entre otras cosas,

estaría compuesto de los mejores profesores de cada materia. Así lo denuncia la siguiente declaración:

«Los padres de familia que formamos las huestes mancomunales hemos tirado el plan siguiente:
Educar a nuestros hijos bajo una enseñanza superior costeados nosotros mismos el pago de maestros elejidos entre lo mejor que exista en el ramo» (*El Trabajo* n°202. Iquique, 19-4-1905)

Luego, en 1911, apoyados por los recursos de sus sociedades y los obreros más instruidos en la ideología socialista, crean una biblioteca sociológica, con el propósito de fomentar la lectura de autores y análisis que introdujeran a los trabajadores en el conocimiento teórico social. La capacidad de autogestión que se revela en la fundación de instituciones educativas autónomas, es uno de los indicios más claros de su nivel de organización y la independencia con respecto al sistema de enseñanza dominante.

Ahora bien, ¿cuáles fueron sus propuestas, para transformar y mejorar el régimen educacional a nivel de país? Una de sus ideas más claras, fue la municipalización de importantes tareas de instrucción. Con la irrupción del socialismo y la mayor aspiración a conseguir derechos sociales, se propone que sea la municipalidad la que debe asumir el fomento a la instrucción, a través de la creación de bibliotecas, escuelas nocturnas y diurnas gratuitas. En 1912, el POS planteaba que la municipalidad debía: crear internados para niños en la pampa; fundar escuelas laicas y gratuitas; construir bibliotecas públicas; destinar fondos municipales para premiar a obreros destacados en el arte y para celebrar conferencias moralizadoras e instructivas. En 1914, se agregaba a lo anterior, la supresión del derecho aduanero sobre el papel impreso, entendiendo la importancia pedagógica de los periódicos y la necesidad de abaratar los costos de su mantención, para promover su propagación. El problema de la educación, así enfrentado, era resuelto de forma mucho más local y autónoma, considerando además que los candidatos por el Partido Obrero Socialista tenían importantes posibilidades de llegar al gobierno comunal. Así, a través de las autoridades electas, las comunas o ciudades podrían gestionar los recursos y encargarse de solventar esta necesidad básica.

Por otro lado, en cuanto al mejoramiento de sus condiciones de vida, los obreros plantearon distintas soluciones al respecto. En primer lugar, en cuanto al aniquilamiento físico del obrero, su principal preocupación fueron los excesivos pesos que debían cargar los trabajadores, de

manera que, en 1901, propusieron reducir el peso de los sacos del salitre, como una medida urgente. En segundo lugar, sobre la falta de higiene y aseo público, uno de sus elementos centrales era el acceso al agua potable, reclamado desde 1903. En 1911, año que se caracterizó por concretar muchas de las soluciones a sus problemas más importantes, se determinó que había que conseguir que el agua fuera en lo posible gratis y abundante. En 1912, la preocupación del POS por la higiene permitió establecer una serie de soluciones: instalación municipal de lavanderías y aplanchadoras mecánicas, municipalización del agua, (como forma de evitar que se lucre con ella), higienización en las poblaciones, los talleres y las fábricas. En 1914, se agregaba a lo anterior: la construcción de cañerías de agua potable y desagües. Con estas medidas, al igual que en el caso de la educación, se localizaba la resolución del problema de salubridad pública y se integraba como parte de la planificación política del partido de los obreros socialistas.

En tercer lugar, otra cuestión que formaba parte del proyecto municipal del POS, era el mejoramiento de las malogradas habitaciones obreras. Sobre ellas, las propuestas concretas aparecieron solo a partir de 1911, en donde se exigía que fueran cómodas, higiénicas y de bajo costo para el obrero. Esta demanda, con tales exigencias, se mantuvo inamovible hasta 1913. Un año después, en 1914, se agregaba a esto la disminución del 50% del alquiler.

En cuarto lugar, el alcoholismo y los juegos de azar, aparece como una reivindicación que al ser formulada anteriormente por los artesanos, fue retomada con mayor fuerza por los trabajadores del salitre, pero ésta vez enfatizando en la disminución de lo primero. Desde 1901, bajo el entendimiento que la salud del pueblo era una necesidad suprema, se propone la creación de una *ley antialcohólica*, que menguara a través de medidas restrictivas el exceso de alcohol en los obreros. Esta propuesta, forma parte de las presiones que permitieron la promulgación de la Ley de Alcoholes de 1902 que, entre otras cosas, modificó la tributación de las bebidas alcohólicas en el país. Luego, en 1912 se retoma el tema y se sostiene la protección hacia los periódicos que no contengan avisos publicitarios de bebidas alcohólicas. Dos años después, en 1914, exigían la promulgación de una ley que estableciera el cierre de cantinas de sábado a lunes y el aumento del 50 % en el precio de las bebidas que contuvieran alcohol. De esta manera, los obreros lograban que la principal causa de embrutecimiento del pueblo estuviera controlada por el Estado y amparada por la legislación.

Por último, las malas condiciones en el trabajo, asociadas principalmente a los accidentes laborales, no presentaron, por lo menos en los periódicos revisados, un tratamiento mayor. No se detectó una preocupación significativa por indicar los incidentes más comunes, como para solucionarlos en su particularidad. La única medida específica que se encontró tuvo lugar en 1903, cuando reclamaban la colocación de rejillas en los cachuchos -depósitos donde se elabora el salitre- debido a la preocupante cantidad de accidente sufridos por trabajadores producto de sus caídas en ellos. Luego, desde 1913 en adelante, su propuesta se desarrolló en torno a la construcción de hospitales, no solo para atender este tipo de accidentes, sino para mejorar el tratamiento de las enfermedades en las oficinas. Quizás fue para esta reivindicación en donde los obreros presentaron menor capacidad propuestas específicas, producto de la tendencia a englobar a los riesgos en el trabajo en una demanda general.

Con esto damos término a las propuestas de orden social. Como es posible apreciar, las reivindicaciones que sobrepasaban los problemas particulares de los obreros, como la abolición de la pena de muerte, la colonización, la prevención del delito y la abolición del ejército, no fueron temas tratados concretamente y quedaron limitadas al espacio discursivo. La miserable condición de vida y la necesidad urgente de restablecer, en primer lugar, las condiciones económicas y sociales primarias, no daban espacio, por razones evidentes, a exigir estos puntos como demandas urgentes, sino que se desarrollaban como aspiraciones y posiciones acerca de cómo ellos creían que se debería organizar la sociedad.

No obstante lo anterior, hay que considerar que el hecho de que la mayor parte de sus reivindicaciones sociales contaran con propuestas específicas diseñadas por los dirigentes políticos del POS, les otorgaba a los obreros la posibilidad real de solucionarlas a través de la institucionalidad política. Así, se fortaleció la idea de que mientras mayor cantidad de trabajadores participara en las elecciones municipales y parlamentarias, mayor capacidad de respuesta tendrían sus demandas. A partir de esto, podemos inferir que el mayor impulso a desarrollar la actividad política y a fomentar la participación en los cargos públicos tenía como principal objetivo, más que transformar las grandes estructuras sociales y económicas, mejorar las condiciones de vida cotidiana de los trabajadores.

Propuestas Políticas

Las únicas propuestas observadas, que intentaron solucionar deficiencias específicas del sistema político, se desarrollaron a partir del 1911, tiempo en que se estaban preparando las condiciones para la entrada institucional del proyecto obrero socialista. En este periodo son dos los asuntos que les urge resolver y que apuntan a democratizar el parlamento: primero, exigen que se les pague sueldos a los diputados, para que los obreros que opten a estos cargos no sean perjudicados en su salario y, segundo, piden la creación de la figura del *referéndum*, que permite que cuando una ley votada por el congreso no sea de agrado de la población, cada ciudadano pueda ser llamado a dar su voto a favor o en contra de esa ley y que esta votación sea vinculante.

Aparte de estas propuestas, no se observaron otras que intentaran reformar o mejorar la institucionalidad política; los obreros de la pampa se limitaron más que nada a criticarlo, en un primer momento, a exigir la integración a él luego y, en un último período, a anular su importancia. De esta manera, podemos reconocer que el campo político fue el área donde menos se desarrolló su capacidad propositiva. Los mineros concentraron sus esfuerzos en propuestas que transformaran el orden socioeconómico del país y que mejorara sus problemas sociales más inmediatos.

Si intentamos comprender este comportamiento, podríamos suponer que siendo el espacio político un área que, desde el inicio del proceso de politización en la zona salitrera, se encontraba abierta y disponible para la representación de los intereses populares, a través del Partido Democrático, las energías se dirigían a construir las bases de un partido más representativo, en vez de abrir nuevos espacios.

Por último, hablando ahora en términos generales, se puede sostener con seguridad, que la capacidad propositiva de los trabajadores del salitre aumentó a partir de 1911 en todos sus aspectos: económicos, sociales y políticos. Esto nos lleva a sostener que fue la influencia del socialismo en general y del POS en particular, lo que permitió que los obreros dieran el gran paso, de una etapa meramente discursiva a una etapa propositiva. En este sentido, la fundación de un partido genuino de clase, funcionó como canal reivindicativo, por primera vez los

obreros tenían una institución ligada directamente al sistema político, para canalizar sus demandas y proponer soluciones.

4.-Construcción Ideológica

Cuando se observa un proceso de politización, uno de los factores más determinantes es la tendencia ideológica en la que cada sector se va enmarcando o, en su defecto, la ausencia de ésta. Como ya hemos repetido, todas las variables están interconectadas, por lo que determinar el perfil ideológico que caracterizó a los artesanos y mineros en un periodo determinado, nos ayuda a entender el comportamiento de las otras variables. La diferencia de los dos actores en esta área de análisis en particular, es una de las más significativas, en el sentido que demuestra la oposición de ideas y de donde provienen las distintas comprensiones de la realidad. El estudio demostró que:

Los artesanos de Santiago dentro del periodo en cuestión, no lograron desligarse de la ideología liberal que era sostenida por la burguesía del país, solo la adecuaron a sus intereses. Por el contrario, los obreros del salitre, adoptaron ideologías de clase, principalmente socialista, que les permitió elevar un proyecto socioeconómico alternativo al capitalismo.

A.-Construcción Ideológica de los Artesanos de Santiago

Desde 1862 hasta 1879, los artesanos de Santiago se denominaron, sin mayores variaciones: liberales demócratas. Esto significaba, entre otras cosas, que entregaron por todo este periodo, un apoyo incuestionado al partido liberal, representado por la burguesía mas “progresiva” que, por primera vez, desarrollaba un interés mayor por elevar las miserables condiciones de la clase obrera.

No es casual, que entre los principios de una de las primeras sociedades de artesanos fundadas en Santiago, denominada «La Fraternidad», se encontrara prestar apoyo al gobierno liberal de esos años. En el artículo cuarto de sus estatutos, establecían:

«Manifestar su adhesión al actual gobierno, siempre que sus actos estén conformes a la opinión pública, i con los principios liberales que constituyen el credo político de esta sociedad, i prestarle su cooperación moral y material en todo lo que esté conforme con esos principios» (*La Voz de Chile* n° 226. Santiago, 5-12-1862)

Al mismo tiempo, hay que recordar que la reforma constitucional que propusieron desde 1862, era planteada en términos absolutamente liberales. Esto significaba, en términos generales, ampliar en todo lo que fuera posible la libertad dentro de la república, como al mismo tiempo procurar la mayor igualdad entre los hombres. Podemos confirmar entonces, que desde el principio del periodo estudiado, los artesanos presentaron una importante apego a las ideas liberales, que desde hace un tiempo venían siendo fomentadas por la elite liberal de la época. Jóvenes intelectuales, como Francisco Bilbao y Santiago Arcos, fundadores de la Sociedad de la Igualdad y líderes del proyecto burgués revolucionarios, dejaron entre los artesanos la corriente liberal como herencia.

Uno de los puntos más interesantes que logramos rescatar de la lectura de los periódicos, fue su apego incuestionable a la legalidad. Para el artesano de la década de los 60', el respeto por la ley significaba en sí mismo una posición política. Mientras que la ley fuera acatada plenamente no habría más que exigir, ya que la legislación respetada a cabalidad resolvía sus principales inquietudes. En 1869 escribían:

«Señores; hoi no hai esclavos porque hai ilustración; hoi no existen clases privilegiadas porque hai fraternidad; hoi la autoridad no es fuerza porque es razón; i hoi caen ignominiosamente los reyes porque no hai mas rei que el pueblo, cuyo cetro es la lei, cuya corona es el derecho » (Discurso pronunciado por un hijo de Obrero en el Teatro de Copiapó, publicado en *El Artesano* n° 6. Santiago, 13-6-1869.)

La falta de moralidad política, que acusaban en contra de la burguesía, junto con la desigualdad institucionalizada por la constitución, causaron entre los artesanos la necesidad imperiosa de establecer un sistema político que resolviera estas injusticias y que estableciera en su base el respeto por el orden y la ley. De esta manera, en los primeros años de su

desarrollo político, la *república democrática* se establecía como el único sistema político conocido que, según ellos, lograría establecer la libertad, la igualdad y el orden:

«las garantías constituyen la felicidad i estas no existen sino en la república. Este sistema de gobierno es el único que puede asegurar la armonía o equilibrio social entre conciudadanos i entre las naciones mismas (...) Para poder establecer esa república democrática debemos unirnos en un vinculo estrecho, fraternal, en que no haya diversidad de ideas, de principios i aspiraciones: en que todos estemos por un pensamiento, por una aspiración, por un deseo: Patria, Libertar, Igualdad. »
(*El Artesano* n°17. Santiago, 11-12-1870)

En este contexto, las ideas socialistas eran incongruentes con la visión legalista, conciliadora y religiosa de los artesanos de esta época. Su rechazo al socialismo y comunismo, observado discursivamente desde 1871, estaba basado, en primera instancia, en la radicalidad de sus opiniones, que significaba una falta al principio de fraternidad y moderación que pregonaban los liberales de la época:

«aquellos rojos, ya no son hombres en los actos que practican, son verdaderas furias; nadie puede estar a salvo de ser devorado a su saña sediente de venganza, ultrajando del modo más bárbaro la dignidad humana. Gócese en su obra los que hacen la guerra a Dios, suprimiendo el sentimiento relijioso en el pueblo, quitándole además el respeto por toda autoridad constituida» (*El Trabajador* n°18. Santiago, 17-5-1871)

Además, estas ideologías eran consideradas irrealizables y utópicas, no solo porque su concepción de igualdad social era estrecho y estaba limitada al establecimiento de la igualdad civil, más no económica -recordemos que estos tiempos se aceptaba como legitimo la división entre ricos y pobres y la existencia de la propiedad privada- sino porque estos sistemas socioeconómicos suponían un freno al desarrollo y a la industrialización, eje central de sus reivindicaciones. Interesante es el siguiente relato de un artesano sobre la igualdad:

« ¿Será la igualdad? Oh! Esta hermosa quimera seguirá haciendo furor en el mundo por mucho tiempo. Los rojos carbonarios quieren llevarla hasta el socialismo, para de otro empujón colocar a la igualdad en el comunismo! Oh! Edad de oro, cuándo te divisaremos!! No haber ni mio ni tuyo, suprimida la propiedad, cada cual tendría derecho a todo, incluso al bello sexo. Pocos querrian trabajar en ese paraíso, porque no habiendo necesidades, no habría industria, i pronto mui pronto tendrían que cubrirse de pieles i saltar a los arboles para buscar su alimento, lo mismo que los orangutanes o macacos ¡que hermosa perspectiva igualitaria!

La igualdad social es imposible, desde que siempre han de haber en ella pillos que embarquen de mil maneras a los necios. Desde que han de haber inteligencias competentes que sepan acumular bienes con que pasar la vida, e inteligencias rudas que no lo consigan. Desde que haya unos con el órgano de la adquisibilidad mas prominente que otros que no lo tienen. Desde que haya, en fin, hombres con las mismas pasiones que se albergan en el corazón humano, mui en particular la soberbia, vicio peculiar de la especie que invade todas las clases de la sociedad, desde el más humilde mendigo hasta el mas opulento millonario. Este vicio solo puede curarlo el espíritu relijioso, escarnecido por la masoneria carbonaria» (*El Trabajador* n°15. Santiago, 10-5-1871)

Sin embargo, con el paso de los años y el desarrollo de su propio pensamiento político, los artesanos lograron desarrollar una comprensión particular sobre este liberalismo. Aun cuando seguían estando enmarcados en una concepción burguesa y tradicional de la política, basada en la lógica partidista y representativa, lograron establecer lo que Sergio Grez ha catalogado como *liberalismo popular*¹³². A pesar de seguir compartiendo los mismos principios generales con la elite liberal, como las ideas de progreso, razón o laicidad, entre los artesanos esta corriente tuvo una lectura propia que finalmente los terminó alejando del liberalismo imperante.

Específicamente, desde 1879 en adelante, a pesar de que continúan distinguiéndose tajantemente del comunismo y socialismo, los artesanos comienzan a desligarse del liberalismo más tradicional, sobre todo en términos económicos. Su defensa a la protección de la industria, ya no concuerda con la libertad comercial que se proponía desde el partido liberal, de manera que en este año adhieren, por lo menos en términos discursivos, al programa del Partido Republicano, el cual planteaba como puntos prioritarios: la independencia material de los obreros, la protección a la industria y la defensa de la causa patriótica (en contexto de la guerra del pacifico), demandas que a esta altura ya no eran prioritarias para el partido Liberal.

De esta forma, su idea de libertad económica se planteaba ahora con ciertas restricciones. Apoyados en la idea de proteger el bien general por sobre el particular, justificaban la renuncia de ciertos derechos comerciales a favor del bienestar de la sociedad en su conjunto. Plantean

¹³² Sergio Grez desarrolla este concepto en su libro *De la Regeneración del Pueblo a la Huelga General*.

que, aun cuando el libre cambio puede ser considerado un derecho natural, la sociedad puede restringir esta práctica cuando va en desmedro del bienestar común:

« Aunque el cambio fuese un derecho natural, no podría inferirse de aquí que a la sociedad le está vedado cohartar su uso. Todo ciudadano, con el supuesto de ser parte de una sociedad civilizada, debe consentir en sacrificar cierta porción de sus derechos en beneficio de la potestad social » (*La Razón* n°81. Santiago, 4-7-1884)

A su vez, esta libertad debía estar asegurada por un sistema político basado en una *democracia autoritaria*. El bienestar del obrero, debe ser sostenido por un derecho civil que consagre la igualdad y la libertad bajo una ley común y que, a su vez, este amparado por la figura de una autoridad. Dicha autoridad, debe fundamentarse en la justicia y en el interés por la sociedad y no en a través de la fuerza y el privilegio. Estas ideas políticas, que fundan libertad e igualdad con autoridad, se encuentran asociadas al *modelo de libertad norteamericano*, que en estos tiempos ejerció gran influencia dentro de los artesanos. En sus propias palabras, este modelo consiste en entregar a cada ciudadano:

«el goce de su propiedad i la protección que recibe de las leyes (...) armonizada también con la obediencia que se debe al magistrado i con el respeto que exige su carácter. El principal objeto de la autoridad consiste en la protección de la libertad que tiene por objeto lo bueno, lo justo i lo honesto. Cuanto se opone a esta libertad, no es autoridad, es abuso.» (*La Razón* n°30. Santiago, 6-5-1884)

Es finalmente este mismo modelo, el que ayuda a legitimar la existencia de la riqueza. Ésta última, se justificaba en la medida que se fuera construida en base a los ideales democráticos y los valores de moderación y austeridad. La figura del “rico” de EE.UU. fue merecedora de más halagos que de críticas:

«En fin, allí el rico puede ser un aristócrata, pero lo será en su casa; en la calle es un demócrata. Viste con modestia; sus maneras son verdaderamente sencillas; i cuando va de paseo o a sus negocios, estrecha la mano del sastre o del zapatero que le visten, si en su trayecto los encuentra. Al verle en su modesto escritorio, se le creará por un cualquier comerciante de pimienta i de canela; pero en su casa se le tomará por un acaudalado banquero que deslumbra con sus trenes» (*La Razón* n°34. Santiago, 10-5-1884)

Bajo estas premisas, es de esperar que el artesano santiaguino de finales de siglo XIX, se haya orientado a apaciguar las diferencias de clases y a defender moralmente las aspiraciones burguesas. Fue en estos tiempo, específicamente en 1884, que desde los propios artesanos se elevó en reiteradas oportunidades la petición de aumentar el orden en las calles, a través de mayor contingente policial, con el objeto de ‘salvaguardar la propiedad privada’.

Finalmente, a los artesanos el apego a la ideología liberal los acompañó por todo el periodo estudiado, incluso en momentos en que parecían totalmente desilusionados del Partido Liberal. En 1886, cuando la lectura de sus declaraciones demostraba que habían alcanzado autonomía con respecto a este partido, apoyaban públicamente la campaña presidencial del candidato por la alianza liberal-radical-nacional, Jose Manuel Balmaceda. De todas manera, este hito debe comprenderse en su propio contexto, ya que hasta este periodo los artesanos no anhelaban alcanzar el cargo presidencial, el dominio político por el que luchaban se situaba concretamente en los gobiernos provinciales y, en el mejor de los casos, en el congreso. Para los artesanos del siglo XIX, parecía incuestionable el hecho de que el Presidente de la Republica saliera de las capas más altas de la sociedad y que a ellos solo se les reservara la facultad de elegir al mejor representante de sus intereses. Esto, si bien no interfería en el avance político que habían alcanzado en los espacios municipales y parlamentarios, seguía demostrando su debilidad en proponer una ideología autónoma que le hiciera peso a la hegemonía burguesa. En 1887, delineando la posición política de uno de los periódicos más importantes de los tipógrafos, escribían:

«El Gutenberg no será liberal, conservador, ni radical; pero si tendrá siempre presente los beneficios que estos partidos presten a la clase obrera como también los condenará con toda enerjia los males que esos partidos hagan a los hombres de trabajo (...) pero si alguno de estos partidos, proteje la industria nacional, la instrucción mas fácil al pueblo, poniéndola al alcance hasta del más infeliz, nuestro periódico lo enaltecerá i será su defensor» (*El Gutenberg* n°44. Santiago, 23-7-1887)

Va a ser solo cuando se decepcionen totalmente del gobierno liberal, en 1888 aproximadamente, cuando se apacigüe su tendencia liberalista, pero no así su rechazo al socialismo o comunismo, estos siguen siendo alternativas políticas desprestigiadas por los artesanos. En este año, entra en escena la influencia de la ideología demócrata, representada

por el Partido Democrático. Dentro de sus principales preocupaciones ya no se encuentra el progreso económico del país, que había sido el eje de los partidos anteriores, sino que lo más importante ahora era reivindicar las condiciones particulares de los trabajadores y proteger a las artes y oficios dentro de ese progreso. El nacimiento de este partido simboliza el esfuerzo más grande por autonomizarse de la burguesía liberal y a su vez es el mejor representante del proyecto de *regeneración popular* que dirigían los artesanos, sin embargo, termina por consolidar su planteamiento político institucional posicionado al alero de la elite liberal, en la medida en que fue ésta quien finalmente comandaba este partido.

B.- Construcción Ideológica de los Obreros del Salitre

En una primera etapa, los obreros de la pampa salitrera retomaron las ideas republicanas y legalistas que habían desarrollado los artesanos, reproduciendo la visión moderada y conformista que los había caracterizado. Desde 1896 hasta finales de 1902, la sensación de injusticia y desigualdad en la aplicación de las leyes dirigía la crítica más radical de los obreros, hacia la urgencia de asegurar, primero que todo, el cumplimiento de lo establecido. En este contexto, se manifestaba la expresión de una aparente aprobación del aparato legislativo del país:

«no dudamos ver muy pronto realizados los positivos beneficios que nos ha de traer la sola aplicación estricta de las leyes fundamentales existentes, por cuanto creemos que en el exacto cumplimiento de ellas estriba la felicidad de los pueblos.

La ley es dura, pero es ley, dice la sentencia y nosotros agregamos la consabida: La ley pareja no es dura» (*El Trabajo* n°1. Órgano de la Combinación Mancomunal de Obreros. Iquique, 6-7-1901)

Con respecto a su posición frente al socialismo, en estos años no es de esperar una visión muy distinta a la que acompañó a los artesanos. Existía un rechazo a toda ideología que estuviera al margen de lo que permitido por la constitución y que atentara contra el orden de la república:

«Ni el socialismo, ni la ciencia social ni la biología tienen relación con las sociedades organizadas hoy día. (...) Las sociedades tienen dos límites que respetar: las ordenanzas policiales en las

asambleas públicas i los códigos del país en los estatutos que rijan a aquellas; es decir, el orden i el derecho » (*El Defensor de la Clase Proletaria* n°2. Iquique, 8-11-1902)

No obstante lo anterior, en este mismo año, 1902, se comienza por primera vez a hablar de socialismo como el único capaz de modificar el régimen actual, sin embargo, aun sin pensar en él como la idea política que represente a la mayoría de los obreros. Es interesante, de todos modos, observar cómo desde finales de noviembre de ese año comienza a aparecer, en varios periódicos, una sección titulada socialismo, orientada a explicar las principales ideas de esta doctrina. Lo más relevante que en ellas se relata es que, primero, el socialismo es alcanzable y, segundo, que el capital es su enemigo por naturaleza. De esta manera, resulta evidente que mientras más se desarrollaba una oposición espontánea al capital, mas se acercaban a esta corriente política.

De esta manera, al año siguiente, el socialismo se constituía como el credo político que mas representaba la realidad del proletariado; el liberalismo burgués y el republicanismo de corte legalista, se volvían cada vez menos auspiciosos. El antagonismo entre capital y trabajo, hacia urgente encontrar una ideología de clase que simbolizara el cansancio hacia el sistema imperante y que permitiera su transformación. En febrero de 1903, aparecía en la primera página de un importante periódico:

«Todos los proletarios, no tienen más bandera que la roja, ni mas credo que el socialismo (...) los demás credos políticos no son para el proletario, como dijo el inmortal Zola, sino barreras para conservarlos en un *In Status Quo* (...) - se hace urgente también- la formación de su partido, con centros propagandistas y de instrucción, en los cuales se educará y robustecerá su cerebro, con el credo de principios que le correspondan como proletario, que es el socialismo» (*El Trabajo* n°5. Iquique, 7-2-1903)

Desde esta ideología, se comienza a retomar las demandas más urgentes, como la protección del trabajo y las condiciones de vida dentro de las oficinas, que hasta ese momento los partidos políticos existentes no habían sido capaces de canalizar y a su vez se empiezan a plantear las bases de un nuevo régimen socioeconómico. Así, mientras más se alejan del gobierno y de los partidos burgueses, mas se acercan al socialismo.

Por otra parte, es interesante la constante distinción que hacen entre socialismo y anarquismo. El aún fundado respeto por las leyes y el orden, los hace desmarcarse de todo acto político que lo altere, por lo tanto, una forma de elevar moralmente al socialismo, de modo de ir incorporándolo como una alternativa posible, es justamente desligarlo del anarquismo y de sus medios de lucha:

«Lo único que piden *esos* que predicán el socialismo es igualdad entre el capitalista y el trabajador (...) el socialista no es el anarquista, pues aquel es un hombre trabajador i el otro un destructor de todo al ver la diferencia entre el burgués i el proletario» (*El Trabajo* n°60. Iquique, 23-4-1903. *Cursivas agregadas*)

Como es posible de apreciar, a pesar de que se haya iniciado una significativa campaña a favor de los principios socialistas, en su discurso central aun no es posible ver una identificación total con este credo. Cuando se refieren a los socialistas, utilizan términos como “los” o “esos”, que los vincula a un “otro”, en vez de expresarse como parte de ellos. Es más, en este mismo periódico, meses después, declaraban que en el fondo ellos más que ser socialistas, promovían la sociabilidad, ya que el tiempo alcanzaba solo para intentar educar a los obreros y no para enmarcarse dentro de ideologías de ningún tipo.

Sin embargo, hacia 1904, agudizadas las contradicciones de clase y la desconfianza hacia el gobierno liberal, logran alejarse del discurso de la legalidad y cuestionar el orden y el respeto a las leyes vigentes. Los medios institucionales de petición, establecidos en la constitución del país, ya no son leyes indiscutibles, como antes, éstas pierden validez en la medida que no logran capturar sus verdaderas demandas. En septiembre de ese año declaraban:

« ¿Debemos prescindir de los medios, llamados legales, de petición, que consagra la constitución política, sabiendo, como estamos convencidos de que las peticiones no son atendidas?» (*El Trabajo* n°143. Iquique, 10-9-1904)

Más adelante ironizaban:

« Y... vamos, que en Tarapacá hay no solo para asociarse en orden y respeto de las leyes vigentes; hay hasta para acabar con toda nuestra paciencia » (*El Trabajo* n°163. Iquique, 30-12-1904)

Con esto, se iba acelerando el giro hacia el socialismo. En 1906, la adhesión a él se encontraba expresada en la editorial de los periódicos y en las elecciones parlamentarias. Ese año, Luis Emilio Recabarren asume el cargo de diputado para la provincia de Antofagasta, a través de una campaña netamente socialista. La promesa de la redención proletaria y el caso ejemplificador de la revolución Rusa, son elementos básicos en los discursos de esta época.

No obstante, aun podemos encontrar la legitimación de discursos a favor del sistema político republicano y que, naturalmente, postulen la desvinculación con las ideologías revolucionarias que en estos tiempos estaban ejerciendo influencia en los obreros, esto es, el socialismo, comunismo y anarquismo. Catalogadas como utopías sociales, estos sistemas políticos serían irrealizables al provenir de contextos muy distintos al de nuestro país. Sus razones para negar tales credos las resumían de la siguiente forma:

«1° El socialismo, el comunismo y todos los demás *ismos* habidos y por haber nacieron ó tuvieron su origen en pueblos monárquicos, donde la tiranía de los emperadores, de los reyes, de los príncipes y de toda la nobleza hacia indispensable un cambio completo en el orden social existente. (...)

2° En épocas de agitación como en tiempos de la revolución francesa, se pretendió instaurar la *comuna*, pero como la comuna era mas débil que la espada al primer Napoleón el comunismo fracasó completamente

3° las utopías sociales que pueden comprenderse perfectamente en las monarquías europeas, no son aplicables al criterio de las repúblicas, por la sencilla razón de que la monarquía y la república son cuerpos enteramente distintos y antagónicos en su constitución

4° La monarquía establece el privilegio de la nobleza, en Chile, según la constitución del Estado no hai esclavos ni clases privilegiadas. Luego, no es aceptable ninguna ridiculez social tendiente a establecer lo mismo prescrito por la constitución chilena

5° El socialismo, en su forma científica, se practica en casi todo el mundo. En Chile este socialismo se deja sentir universalmente entre todos los individuos del pueblo: “A cada cual según su capacidad y a cada capacidad según sus obras”. La diferencia o mas bien dicho el punto que se puede objetar es el que trata del derecho de herencia y de la igualdad absoluta de los seres: hombre y mujer. Sobre esto tenemos un gran avance, que se ha verificado sin necesidad de ismos, por la razón natural de las cosas » (*El Trabajo* n°448. Iquique, 12-10-1907)

Como se puede observar, el rechazo que aún producía el socialismo, no tenía que ver con un cuestionamiento profundo a sus principios sociales o a la sociedad que se quiere constituir a

través de él, sino que con la resistencia a la revolución. Más adelante, cuando observemos las formas de lucha que proponen, profundizaremos en el predominio ideológico de la *evolución* por sobre la *revolución*, que nos permitirán entender este rechazo.

Sin embargo, la masacre en la Escuela Santa María de Iquique a fines de 1907, como hemos repetido en varias oportunidades, es uno de los sucesos que aceleró la radicalización de las ideas en todos los ámbitos. Así, en términos ideológicos, hacia 1908, ya se encontraba completo el giro hacia el socialismo y se consolidaba como el régimen social moderno que representa a los obreros en su conjunto. Se comprende que el proyecto socialista es una organización social resultante de maduros estudios científicos, por lo que su advenimiento ya no se concibe como una utopía irrealizable, sino que al contrario, es el momento de abrir la discusión sobre cómo alcanzarlo:

«El credo comunista ó socialista sustentado por los partidos obreros de todo el mundo, no contiene nada difícil, nada imposible, ningún despropósito, porque él es tan sencillo como que es lo único científico que existe en materia de organización social hasta el presente» (*El Trabajo* n°500. Iquique, 13-5-1908)

Bajo esta premisa, se inicia una etapa constructiva y explicativa del modelo de socialismo que quieren cimentar. Dentro de los aspectos que lograron desarrollar con mayor profundidad este año, destacan:

En primer lugar, la constitución de un régimen que tenga como base el trabajo. Es el tiempo de reconocimiento al mérito, de la justicia y la razón. Todos deberán participar de la elaboración de la riqueza nacional, así como de sus beneficios, de ahí que la primera medida será recuperar la propiedad y ponerla en función de un trabajo colectivo.

En segundo lugar, dentro de este sistema, el Estado debe ocupar un rol central. Dado que es el único a quien se le confiere la función de controlar la producción del país, el Estado es quien debe asegurar que ésta solo se limite a lo útil y necesario para la sociedad. Entendido de esta forma, el Estado pasaría a ser el único dueño de la riqueza nacional, y en ese sentido, el único capitalista permitido por el régimen.

Por último, el régimen socialista debe contar con un gobierno compuesto por los gremios de oficios y que responda a una distribución jerárquica de corte militar. En síntesis, sus declaraciones apuntaban a estructurar una cámara que estuviera compuesta por un representante de cada gremio; al interior de cada uno de ellos, se destacaría a un grupo oficiales, de acuerdo a sus capacidades demostradas y a un general, que se distinga en el arte de la guerra. El puesto de Presidente de la República sería ocupado por alguno de estos generales.

Luego, hacia 1911, tras un proceso de maduración de este mismo pensamiento, se estableció, por una parte importante de la clase proletaria, la aspiración hacia un sistema político basado en una *democracia socialista*. Se hacía hincapié en establecer la diferencia entre el sistema político y el sistema económico. Mientras la democracia se instituía como la mejor forma para administrar el poder, el socialismo constituía el orden económico que permitiría mayor bienestar social. Así, combinando democracia con socialismo, se establecía la forma más óptima de organizar a la sociedad:

«La democracia es la ciencia que administra *políticamente* los pueblos, y hace nacer un poder administrativo en el seno mismo de la masa ciudadana, para realizar la administración de los intereses comunales o nacionales por medio del pueblo, por el pueblo y para el pueblo (...) La democracia, es, pues, la formula popular por medio de la cual se hace la administración y la legislación política de los pueblos que adoptan el régimen democrático en oposición al sistema oligárquico.

El socialismo es la ciencia que marcha a producir el bienestar *económico* y *social* de los pueblos, operando en unión de la democracia, para llegar a la transformación social que concluya con la explotación del hombre por el hombre (...) basada en la supresión de la propiedad privada reemplazándola por propiedad colectiva o común (...)

La Democracia Socialista es una asociación de doctrinas que llevadas a la práctica resuelven el problema de la felicidad social y aleja de los seres humanos todo pensamiento egoísta porque suprime los medios que produce el socialismo» (*El Grito Popular* n° 4. Redactado por Luis Emilio Recabarren. Iquique, 1-5-1911)

Dentro de este modelo, se establecía una diferencia fundamental con el comunismo, con respecto a la definición de la *igualdad social*. Los socialistas rechazaban la idea comunista

básica de que “todos deben ser iguales y tener lo mismo”, independiente de que haya sido mal entendida o no, lo importante es que se distinguían de esta idea asociada al comunismo y proponían un sistema en donde la igualdad social estuviera determinada por la instauración de los mismos derechos y deberes en los individuos. De esta manera, se evitaba de producir de antemano “realidades iguales” para todos, era suficiente con establecer las mismas oportunidades entre los individuos. La principal consecuencia de esto es que, a diferencia del comunismo, el socialismo aceptaba que en la sociedad se establecieran diferencias económicas y sociales, dependiendo de las capacidades y de lo entregado por cada individuo. En un folleto de Recabarren, titulado “La teoría de la igualdad”, se explica que los socialistas no buscan la igualdad, sino que:

«lo que buscamos, lo que queremos, es la mayor suma de felicidad, de comodidad, de instrucción, de completo bienestar para cada ser humano. (...) queremos que la felicidad la disfrute cada ser humano, á su propio sabor » (*El Grito Popular* n°42. Redactado por Luis Emilio Recabarren. Iquique, 21-7-1911)

Una de las causas de la comunión entre democracia y socialismo en su discurso, guarda relación con la división que establecieron entre la dimensión política y económica de la sociedad y con la falta, hasta ese año, de un partido de clase que expresara este proyecto socialista y que superara al Partido Democrático. Influidos por el pensamiento marxista, resolvieron que era más importante que ellos, como clase, profundizaran en construir el modelo económico que transformaría a la sociedad, mientras que al Partido Demócrata se le confiaba la función de resolver los temas políticos. En abril de ese año declaraban:

«Somos demócratas y somos socialistas (...) somos demócratas i servimos al Partido (...) somos socialistas porque aspiramos al progreso de la organización social (...) hasta llegar a la transformación radical de la sociedad (...) a medida que la luz i la ciencia penetren en los cerebros » (*El Grito Popular* n° 1. Redactado por Luis Emilio Recabarren. Iquique, 28-4-1911)

Sin embargo, al año siguiente, en 1912, se produce un quiebre con el Partido Demócrata, tras su evidente defensa de los intereses burgueses, y se propone la formación del Partido Socialista de Chile. En Junio, nace el Partido Obrero Socialista (POS) y junto con él, disminuye significativamente el valor de la democracia. Este año, el proyecto socialista

contiene un valor en sí mismo, es la génesis de una época nueva en todos los ámbitos, de manera que es momento que se desarrolle a través de sus propias prácticas políticas. Reconocen a la democracia solo como su antesala, en la medida que preparó su advenimiento tras la conquista de derechos sociales y políticos, pero hoy, tras haberse convertido en una doctrina netamente política que trata superficialmente el tema económico, se ven agotadas sus funciones. Los socialistas, desde ahora, usarán política propia para ir mejorando la calidad de vida de los obreros y para ir instalando progresivamente medidas que les permitan alcanzar su objetivo central: la sustitución del sistema de producción capitalista por uno basado en la propiedad colectiva.

Ya consolidado el socialismo como sistema socioeconómico y político, se produce una notoria disminución de discursos que expliquen el modelo en sí mismo. En los próximos años, los obreros se concentran en procurar los medios de lucha para alcanzar sus objetivos, como veremos en un ítem posterior y a desarrollar una etapa propositiva, como revisamos anteriormente. De esta manera, podríamos concluir que en los obreros socialistas se puede reconocer una fase de construcción ideológica que se concentra entre los años 1900-1912.

De todas formas, alrededor de 1917 se produce un último desarrollo ideológico, en manos del pensamiento anarquista. Si bien, el anarquismo en este contexto, como revisaremos más adelante, se caracterizó más que nada por desplegar formas de lucha revolucionarias, en términos ideológicos, se preocuparon por rescatar las principales máximas del comunismo, que habían sido desechadas por el socialismo reinante. De todas maneras, hay que advertir que la corriente anarquista, a pesar de representar a una importante cantidad de trabajadores en la zona del salitrera, inicio su construcción ideológica en la zona central del país y quizás por esto, encontramos tan poco material en los periódicos revisados.

Lo más relevante que destacan de la ideología comunista y que expresa la primera línea de fractura con el socialismo en términos doctrinarios, es la teoría de la igualdad. Los anarquistas plantean: “a cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades”, de manera de lograr que “todos los hombres sean económicamente iguales”, independiente de las capacidades y trabajo que cada uno pueda entregar.

La segunda diferencia que lograron desarrollar, fue la oposición frente al Estado y al Parlamento como administradores del poder. Para ellos, la felicidad de los pueblos no radica en el cambio de gobernantes, sino en la supresión de éstos; lo más importante en términos sociales es conseguir la plena libertad, y para esto, es necesario eliminar a todo lo que la coarte, específicamente los gobernantes, policía y burocracia. Solo de esta manera, cada hombre tendrá plena y exclusiva soberanía sobre sí mismo.

5.- Concepciones Culturales

Otra de las variables que hay que rescatar, son los elementos culturales que fueron determinando el desarrollo del pensamiento político y que a su vez, fueron determinados por este. Las decisiones tomadas, los tipos de sociabilidad desplegadas e incluso las necesidades consensuadas, se encuentran relacionadas con concepciones culturales que actualizan ciertas disposiciones y acciones, en vez de otras. El tiempo, el espacio y la propia experiencia de los individuos, son factores que inciden en las interpretaciones acerca de la realidad que comparten. En este sentido, artesanos y obreros del salitre no solo reprodujeron sistemas de creencias distintos, sino que también éste se fue transformando a medida que iban experimentando el proceso de politización. Obviamente, en forma lenta y superpuesta, nuevos significados fueron manifestándose de acuerdo al estadio de este proceso.

Lo que a este trabajo le interesa, no es desmenuzar el sistema cultural por completo de ambos actores, ya sea, sus costumbres, ritos, prácticas, lenguaje, etc. esto supondría una investigación en sí misma y necesitaría otras fuentes de investigación. Lo que queremos revelar en esta oportunidad, son las concepciones, creencias o significados específicos, que permitieron y sustentaron el discurso y las acciones políticas que sostuvieron los actores en un tiempo y espacio determinado y, que por cierto, se encuentren expresados en los periódicos revisados.

En base a esto podemos plantear que:

*Los artesanos no alcanzaron a desarrollar un pensamiento cultural que difiriera mayormente de la cultura burguesa. Su regeneración cultural se baso en las **concepciones extraídas de la***

ética republicana promovida por la burguesía liberal de la época. Al contrario, los obreros del salitre lograron superar las concepciones culturales dominantes y desarrollaron un pensamiento cultural que se distinguía por oponerse al sistema de creencias dominante.

A.- Concepciones Culturales de los Artesanos de Santiago

Una de las particularidades de este sector, es que su despliegue político estuvo asociado al mismo tiempo a una regeneración cultural. Al ser el primer grupo, dentro del sector popular, que se adentraba en el proceso de politización, tuvieron que ser también los primeros en definir su posición, como representantes del mundo obrero, sobre distintas cuestiones de índole cultural. Era necesario, antes que todo, dar a conocer una identidad que los distinguiera del resto.

Los artesanos desarrollaron en su discurso, principalmente, concepciones alrededor de los siguientes elementos:

Legalidad

Como ya habíamos expuesto, los artesanos mantuvieron por todo el periodo estudiado una *cultura de la legalidad*. No fue solo que en ciertas circunstancias específicas apoyaran la institucionalidad vigente y los marcos legales, sino que todas sus acciones y pensamientos no sobrepasaron los límites de lo establecido.

De esta manera, no es casual que hayan desarrollado nociones que ya se encontraban legitimadas culturalmente por la burguesía, avanzando junto con ella en el desarrollo de las ideas acerca del espacio público. Las nociones de *moral pública* y *virtud cívica* era la forma en que se debía participar en la esfera pública y la única que preservaba la legalidad establecida.

El apego a un liberalismo de influencia norteamericana, en donde igualdad y libertad eran resguardados por una autoridad, tenía en su base al orden como principal característica y este, según esta visión tradicionalista, solo podía ser definido legalmente. Por lo tanto, entre los

artesanos el culto a lo legal no solo respondía al paradigma político instalado desde la elite, sino que también como causa de la propia ideología que defendían.

Moral Republicana

En un principio, la moral estuvo asociada directamente con la religión, los deberes y actitudes que el individuo debía seguir, eran los mismos que enseñaba la iglesia. Se pensaba que finalmente, era la religión la que iba a purificar las costumbres de los obreros.

Sin embargo, el afán de construirse como ciudadanos, de buscar su integración en el espacio público, los llevo a resaltar principios morales que estuvieran ligados a valores que fecundaran relaciones sociales prosperas, basadas en el respeto mutuo y en la convivencia pública. En este sentido, en la década de 1870, la republica norteamericana se volvía un ejemplo para hacer de los artesanos ciudadanos inteligentes e ilustrados. Así, enarbolaron los preceptos del político Estadounidense Benjamín Franklin y los hicieron suyos en el siguiente orden:

«Temperancia. No comáis hasta embrutecer, no bebáis hasta acaloraros la cabeza

Silencio. No habléis sino de aquello que pueda interesaros o interesar a los otros

Orden. Que cada cosa tenga su lugar fijo. Señalad para cada uno de nuestros negocios una parte determinada de nuestro tiempo

Resolución. Formar la resolución de ejecutar lo que sea de nuestro deber i ejecutarlo después de resuelto.

Frugalidad. No hagais mas gastos que el que pueda seros útil o útil a los demás

Industria. No perdáis el tiempo, ocuparos siempre de alguna cosa útil. No hagáis nada innecesario

Sinceridad. No emplees nunca ningún camino torcido: La inocencia i la justicia deben presidir siempre a vuestros pensamientos y dictar nuestros discursos

Justicia. No causéis perjuicio a nadie. Haced a todos los servicios que tengan derechos a exijiros

Moderación. Evitad los extremos, no guardéis por las injurias el resentimiento que os parezca merecer

Limpieza. No permitáis desaseo alguno, ni en nuestro cuerpo, ni en nuestro vestido, ni en nuestra habitación

Tranquilidad. No os inquietéis por bagatelas o por accidentes ordinarios e inevitables.

Castidad. Llevad pocas veces nuestra ofrenda al altar de venus, sin debilitar al cuerpo, i sin esponernos a comprometer vuestra quietud, vuestra reputación o la ajena.

Humildad. Imitad en esto a Jesús y a Sócrates» (*El Artesano* n°14. Santiago, 20-11-1870)

Recordemos también, que esto significó – aunque no podamos determinar su relación directa- el apego hacia las costumbres de sociabilidad burguesa. El auge de las filarmónicas y los valores que se promovían dentro de ellas, responden al fortalecimiento de esta moral republicana basada en la moderación, el orden y la tolerancia. El vicio de la embriaguez y los juegos de azar eran una falta a esta moral, a este proyecto de morigeración de las costumbres, de ahí que lo hayan criticado duramente.

A partir de esto, aproximadamente en el año 1875, fue necesario establecer discursivamente la división entre moral y religión. Los deberes de todo ciudadano, basados en procurar la libertad y la igualdad, debían fundarse, en primera instancia, en el amor mismo que se le profesa a la comunidad. Aunque religión y moral siguen estando íntimamente unidas -dado que la primera sigue siendo un vehículo de transmisión de la segunda- pueden existir de forma separada, es decir, puede haber moral sin religión. De todas maneras, esto no significa que disminuya la creencia en Dios ni la moral que impone el cristianismo, sino que se mantiene la premisa de que la moral debe ser aprehendida a través de la instrucción y valorada únicamente por el bien que le significa al conjunto de la sociedad, de manera de que no sea respetada simplemente por escapar de los castigos que impone la religión. Esta última, por ser una interpretación humana, está sujeta a leyes culturales que dependen del espacio y tiempo en que se la predique, mientras que la moral es universal, la trasciende y debe ser transmitida como un bien en sí misma. En una conferencia dictada en la escuela nocturna de artesanos de Santiago, el 21 de mayo de 1875, se aclaraba:

«La moral es esa lei eterna e inmutable, como Dios que la ha dictado, que se encuentra profundamente grabada en la conciencia de cada hombre para indicarle el bien que debe practicar i el mal que debe evitar. Esta lei que por su extrema sencillez puede ser comprendida hasta por las inteligencias mas débiles, es también de una admirable unidad i se ha conservado la misma, a través de la inmensidad de los siglos sin experimentar otra variación que la proveniente de la buena o mala aplicación que de ella han hecho los pueblos, según su estado de adelanto, i asi, lo bueno en virtud de sus sanos principios, lo ha sido tambien ayer, lo será tambien mañana i jamás dejara de serlo.

La relijiión, esto es, el culto que el hombre le tributa a Dios, es por el contrario tan variable como el espíritu humano de quien es hija i a sufrido los mil trastornos que han sacudido a la humanidad

(...)

La moral, que confía a la honradez individual el cumplimiento de los deberes que impone, que no le dá a sus preceptos otra sanción que la conciencia, freno demasiado débil en verdad contra las pasiones humanas, no sería siempre obedecida sino viniera en su auxilio la religión, que cuando el infierno, el purgatorio i otros terribles suplicios, consigue hacerse temer i respetar.

Hai muchos, muchísimos hombres que conociendo i comprendiendo sus deberes los cumplen escrupulosamente i no necesitan una fuerza estraña que los obligue a ejecutar aquellos que ellos mismos se sienten con la obligación de hacer: pero este feliz estado, fruto del estudio i de la meditación, es hijo de una mediana instrucción que no todos pueden ni quieren adquirir, i para la mayor parte de los hombres no hai mas lei que la conveniencia, no hai mas norma que el interés.

(...)

Mientras- la religión- sea el complemento de la moral, mientras se preocupe en instruir al pueblo i en ilustrarlo en el conocimiento de los deberes i obligaciones que tiene que cumplir, nadie talvez negará su utilidad i aun su necesidad; pero luego que se aparte de él, luego que se olvide de la lei natural i lejos de protegerla i enseñarla, la disfrace o falsifique i trate de sobreponerse a ella i de meterla a los mesquinos intereses mundanos, deber de todo hombre honrado es oponerse a su perniciosa marcha i defender la verdad» (*El Guía del Pueblo* n°1. Santiago, 12-6-1875)

Esta desvinculación fue central para el movimiento obrero, sobre todo en términos instructivos. Cuando lograron apartarse de la iglesia, sus acciones se liberaron de muchas restricciones, en gran medida porque tras esta separación se legitimó la lucha de clases -que había sido moralmente cuestionada por la religión- como propulsora de las transformaciones sociales. Sin embargo, esto se manifestó más claramente en años posteriores, cuando los obreros del salitre profesaron un anticlericalismo en pos de una educación emancipadora. De todas formas, es importante destacar que los primeros indicios de esta separación estuvieron en manos de los artesanos.

Patria

Al igual que en el caso anterior, las nociones alrededor de la patria no fueron siempre las mismas. En un primer momento, prevalecía una concepción no nacionalista de la Patria, descubierta en declaraciones del siguiente tipo:

«Hombres, ya no hay divisiones ni odios de raza, porque todos somos hermanos! Extranjeros! Desde el polo norte al polo sur, ya no hay límites ni fronteras, la patria es el mundo; toda la familia, la humanidad entera. No hay más que un gobierno, i es el gobierno de la justicia» (*El Artesano* n° 6. Santiago, 13-6-1869)

Sin embargo, no duró mucho. Tras el conflicto bélico en 1879, la patria, como territorio defendido militarmente, se vuelve fundamental y la consigna “Morir o vencer” se populariza entre los artesanos de la época. No es casual entonces, que esta defensa de la patria se haya vinculado a la idea de honra nacional, en la medida que era ésta la que estaba en juego en las batallas de la guerra. Naturalmente, eran las potencialidades que tenía un país, relacionados directamente a sus recursos naturales y humanos, los principales argumentos de ese orgullo patrio. La reivindicación del desarrollo industrial, eje de las primeras demandas artesanales, se volvía consonante con la idea nacionalista de que, primero, “Chile debe ser el primer país de latinoamérica” y, segundo, esto se conseguía gracias a su engrandecimiento económico. Así, al país se le defiende su honra y, en la misma medida, su fortuna. En 1884 declaraban:

«La teoría de la libertad jeneral de los sabios, descansa en efecto sobre la utopia de un mundo en que hubiese desaparecido la nacionalidad de los pueblos, en que no existiesen intereses opuestos o en que los productores de los diversos países se repartiessen entre sí el trabajo según su fuerza i capacidad. Esto sería una especie de sansimonismo comercial (...)

No sacrifiquemos, pues, la realidad a un sueño, la patria a un cosmopolito inaplicable ante la patria i la humanidad. La patria debe colocarse en el primer rango(...) y es el trabajo, pues, el único que fecunda i aumenta lo capitales, i de aquí el poderse medir la prosperidad de un pueblo por la suma total de su producción » (*La Razón* n°81. Santiago, 4-7-1884)

Se podría deducir que fue esta idea patriótica, relacionada con el crecimiento económico y el empoderamiento armado, la que habilita que los artesanos entren, alrededor de estos mismos años, en la discusión sobre la colonización del sur del Biobío y de las tierras australes. Pareciera que tanto el conflicto con Bolivia como la dominación de las tierras indígenas, provenían de la misma aspiración nacionalista y productivista.

No hay que confundirse entonces, la demanda de abolición de la guardia nacional no guardaba relación con un desapego a las instituciones militares ni patriotas, como expusimos

anteriormente, se trataba más bien de una reivindicación fundamentada en los principios republicanos de justicia e igualdad. De esta manera, se ponía en entredicho que, aunque la defensa de la patria es un deber incuestionable, el valor de la humanidad, basada en la igualdad y confraternidad es, ante todo, lo primero que se debe procurar. En 1886, publicaron un artículo llamado “Manual del ciudadano”, en donde exponían esta idea:

«El deber ciudadano es amar i defender la patria, trabajando por hacerla libre cuando sea esclava; defendiendo su libertad i su territorio cuando sean atacados. Debe preferirse la patria antes que a la familia, es el primerísimo deber ciudadano. Sin embargo, antes que la patria debe preferirse la humanidad. La humanidad ordena a los hombres a ayudarse, mientras que la patria los hace combatir a veces » (*La Voz del Pueblo* n° 20. Santiago, 13-3-1886)

Lo que hay que rescatar entonces, es que en esta concepción patriótica de los artesanos, destacaba la aspiración por construir una republica fuerte y económicamente poderosa, en donde se propaguen los valores de la justicia y confraternidad. Si para esto había que defender a la patria en ciertas ocasiones, o en otras, guardar las armas y caminar fraternalmente con otras republicas, los obreros iban a ser los primeros en prestar su apoyo.

Laboriosidad y ahorro

Por último, los artesanos desarrollaron, en su proyecto de regeneración cultural, una *apología al trabajo*, apuntando a destacar su función como *labor*. Enfatizamos en esta distinción, porque creemos que hay dos connotaciones que se le puede dar al trabajo, una es la de creación o producción, que enaltece las habilidades propias de cada uno, y la otra es el trabajo en sí mismo, como *labor*, que implica sudor, esfuerzo o fatiga. Si bien, ambos conceptos se encuentran asociados al discurso artesanal, fue el enaltecimiento del segundo lo que se convirtió en un valor en sí mismo y les brindo el “orgullo obrero” necesario para construir la imagen positiva del trabajador.

El trabajo se deja de observar en su función netamente creativa y autónoma y comienza a responder a otro objetivo, al ordenamiento de los individuos en un ejército industrial, donde ya no resulta relevante el resultado del quehacer individual si no es asociado a la producción y el crecimiento a nivel nacional. Se comienza a exaltar la figura del obrero honrado y

esforzado que, aunque su trabajo no le sea lo suficientemente retribuido en términos monetarios, le confiere dignidad el hecho de contribuir a través de él a engrandecer las riquezas del país. Así, el ser laborioso cumple un rol cultural, la nobleza de los hombres que dedican su esfuerzo e inteligencia al bien general, sin importar el crecimiento de su propia riqueza, se transforma en forjadora de identidad. La abnegación y la constancia se vuelven valores éticos y los hábitos de buena conducta en el taller y la puntualidad en el desempeño de las obligaciones, comienzan a ser promovidos enfáticamente.

No es casual entonces, que en estos tiempos, en donde el desarrollo de la industria y el crecimiento de la economía nacional era lo más importante, se desconfiara del comunismo o socialismo, que implicaba, según sus propias creencias, un estancamiento de la industria, como resultado del despliegue de la disposición natural hacia la pereza. Así, discursivamente, el deber y el trabajo se contraponían al comunismo, por ser un régimen en donde, vistas satisfechas todas las necesidades, los hombres se negarían a la laboriosidad. Para los artesanos, el ocio era el peor de los vicios:

«Si el trabajo es el resumen de todas las virtudes, es también la pereza el resumen de los vicios todos» (*La Razón* n° 145, Santiago, 22-9-1884)

Junto con esto, y en concordancia con la *moral de la austeridad*, el trabajo mantuvo durante todo el periodo estudiado una relación inseparable con el ahorro, sobre todo en los tiempos en que el engrandecimiento material y la necesidad de construir capital individual era la preocupación principal entre los artesanos. El ocio y el despilfarro de dinero, constituían los actos más detestables y contaminantes, ya que a través de estas conductas era imposible que en algún momento el obrero pudiera salir de su condición de miseria material y cultural. De todas formas, al final del periodo, desde 1887 más o menos, aparece cierta desconfianza en el ahorro, por ser el argumento utilizado por los capitalistas para mantener bajos los salarios, quienes aducían que la situación de los trabajadores no mejoraría subiendo los jornales, sino que a través de la capacidad de ahorro y economía de ellos mismos. No obstante, como veremos, al igual que en el caso del anticlericalismo, esta concepción fue rescatada con mayor fuerza por los obreros del salitre, ya que para los artesanos siempre prevaleció ante todo el proceder con sobriedad y recato.

B.- Concepciones Culturales de los Obreros del Salitre

En los años que estudiamos a este sector, ya se había avanzado bastante, dentro del movimiento obrero, en el proyecto de regeneración cultural de los sectores populares. Desde la segunda mitad del siglo XIX, los artesanos habían enfatizado en consolidar la figura positiva del obrero y en definir concepciones y creencias correspondientes con sus aspiraciones. Sin embargo, aunque heredaron muchos pensamientos artesanales, la particularidad histórica de la pampa y el estadio en que se encontraba el movimiento cuando los mineros asumieron su dirección, implicaba ciertas transformaciones en las concepciones culturales que habían desarrollado los artesanos, como también el énfasis de nuevos elementos dentro de su discurso.

Trabajo

El trabajo, en sus principios, cuando los obreros de la pampa mantenían todavía un apego hacia el pensamiento político desarrollado por los artesanos, constituía una fuente de dignificación en el mismo sentido que para estos. Laboriosidad, economía y virtud se consagraban como los principios articuladores de las uniones obreras.

No obstante, alrededor de 1903, cuando las condiciones de vida se hacían cada vez más insostenibles y el gobierno proponía la creación de una caja de ahorro obligatoria, la *moral del ahorro* comienza a perder presencia dentro de los obreros. La oposición a este proyecto no solo tenía su raíz en la reducción forzosa de su salario, que ya era bastante precario, sino porque atentaba contra la libertad de disponer de su jornal. Al mismo tiempo, perdían validez los principios fundantes de las sociedades de socorros mutuos, esto es, el ahorro dirigido únicamente a reparar los daños y miserias provocados por el capital. Así, en términos concretos, los obreros en vez de continuar estimulando el ahorro, promovieron la lucha para aumentar el salario y proporcionar mayor independencia económica a los obreros. De todas formas, los obreros continuaron ahorrando, pero no porque esté fuera un principio moral que tenía valor en sí mismo, sino por gastos específicos que requería la lucha contra el capital, específicamente las cajas de resistencia.

En este contexto, perdía sentido enaltecer el trabajo solo como labor y la figura del obrero como abnegado y esforzado trabajador. Los obreros del salitre tuvieron que romper con este mito que habían construido los artesanos alrededor del trabajo, que finalmente había sido uno de los elementos culturales que habilitó la formación del ejército industrial necesario para la acumulación capitalista. El trabajo ahora no era el aliado del capital, sino que se entendía en oposición a él y se convertía en una condición de clase. La palabra pueblo, o cualquier otra expresión parecida, ya no los interpela, porque en ellas se incluía a todos, sin mayor filtro, mientras que lo que a ellos los definía no era que fueran pobres u honrados, sino que lo central era su condición de trabajadores. Así, se constituían como los principales responsables de las riquezas de la nación y era por esta razón que debían ser enaltecidos y devueltos al lugar que les corresponde.

Con la consolidación del socialismo como proyecto obrero, el trabajo como eje identitario se refuerza. Los trabajadores se ubican en la base del régimen socialista, pero ya no para promover su abnegación y esfuerzo, sino justamente para liberarlos de todo eso, para emancipar al trabajo del sistema capitalista industrial.

Concepciones raciales

Interesante es rescatar las diferencias raciales que establecieron los obreros entre 1906 y 1907, específicamente en contra de los trabajadores asiáticos. En pleno proceso de politización, la llegada de inmigrantes orientales se planteaba como una amenaza, específicamente, por conservar la creencia de que ésta era una raza sumisa, dócil y sin aspiraciones que atentaría en contra de las acciones emancipadoras que se estaban llevando a cabo. En 1906, declaraban en contra de la incorporación de obreros japoneses a las faenas:

«Nos opondremos con todas nuestras fuerzas a esa medida por muchas razones, pero siendo la dos principales la economía, que dejamos mas o menos bosquejada y la segunda, mas grave aun, es la dejeneración de la raza que nos traerá la inmigración japonesa (...) que será de nosotros si llegáramos a vernos acosados por una inmigración amarilla numerosísima? Habría que hacerla desaparecer a cañonazos, porque es bien claro que solamente con medidas violentas puede ponerse remedio á males graves cuyo origen es difícil sino imposible remediar (...)

¡arriba el espíritu libre y altivo de la raza! Protesta enérgicas y medidas más enérgicas aún para impedir la degeneración de nuestras familias » (*El Trabajo* n°327. Iquique, 11-7-1906)

De todas formas, esta actitud racista instalada entre los obreros, se fue atenuando al mismo tiempo que se comprendía que la emancipación del proletariado era de carácter universal y que requería borrar fronteras y unir razas. No obstante, se caracterizaron por desarrollar una baja conciencia frente a cuestiones raciales, observable no solo en su discurso antiasiático, sino también en el apoyo que entregaron a los proyectos de colonización del territorio indígena del país, manifestando una supremacía moral de la civilización occidental frente a las culturas autóctonas.

Anticlericalismo

Como habíamos adelantado, los obreros de la pampa retomaron con mayor fuerza la deslegitimación de la función instructiva de la religión, iniciada por los artesanos. La religión no debía influir en la formación moral de los individuos, suficientes eran las leyes del país y el Estado para definir los deberes y derechos del ciudadano.

De esta forma, la oposición a la religión se tradujo en una *postura anticleralista*, reconocida sobre todo desde 1907, que se resistía a todas las medidas educativas que fuesen impulsadas por la iglesia o que mantuvieran algún fundamento religioso. Las nuevas transformaciones que requería la sociedad, para llevar a cabo el proyecto socialista, entre ellas la más importante, la abolición de la propiedad privada, iban en total contradicción con lo que buscaba la iglesia. La instrucción de raíz clerical, constituía entonces un impedimento para el avance del pensamiento moderno y formaba parte de los principales sostenedores del sistema capitalista.

Incluso, las expresiones de religiosidad popular, por muy alejadas que estuvieran de la institucionalidad eclesiástica, como es el caso de los carnavales culturales, también fueron condenadas por los obreros socialistas. El proyecto de ilustración popular, enmarcado en una purificación de las costumbres y entretenimientos, no coincidía con los actos carnavalescos que hacían florecer las “bajas pasiones” entre los trabajadores:

«por fin ya pasaron, días que recuerdan la época grotesca de la edad media, en que el hombre no alcanzando a comprender su propio valor, se relaja tapándose la cara con una máscara de animal, o de degenerado, como aspirando a descender a ese nivel, como cansado de ser hombre, como prefiriendo ser animal (...) nosotros creemos que podría el pueblo divertirse con acciones más delicadas, mas artísticas y por lo mismo mucho más agradables» (*El Despertar de los Trabajadores* n°187. Iquique, 6-2-1913)

Patria

Una de las diferencias más notorias con respecto a los artesanos, guarda relación con la pérdida de relevancia del sentimiento patrio como referente cultural. Hacia 1908, junto con el capital y la religión, la patria, formaba parte de la infame trinidad que había que eliminar.

Para los obreros, la idea de patriotismo que promovía el Estado era un egoísmo, ya que para que alguien pudiera ser considerado un “buen patriota” debía odiar a todo lo que no fuera nacional y, frente a eso, manifestar sus deseos de matar. Bajo este concepto de patria, se olvidaba lo que realmente importaba: poner todo de su parte para que el progreso del pueblo siempre vaya en ascenso. El verdadero patriotismo era desear la grandeza de la patria a partir del trabajo y la erradicación de la miseria.

En este sentido, cuando el socialismo se consagraba como la ideología central dentro de los obreros, el patriotismo era desplazado por la aspiración de un desarrollo económico y social progresivo y sin fronteras. A esta altura, había que preocuparse por las condiciones del proletariado universal en vez de defender los poderíos de los Estados burgueses. El mundo para ellos no se dividía en naciones ni razas, sino en clases, cada una con su propio proyecto social y económico. En 1918 enfatizaban:

«El sentimiento patrio es pura y exclusivamente una cuestión de intereses comerciales del capitalismo, para tener mayor utilidad y mejores condiciones para afianzar su dominio, manteniendo de este modo, la división de los Estados, con el cuál se procura, en nombre del patriotismo, conservar esas relaciones de explotación humana» (*El despertar de los Trabajadores* n°1504. Iquique, 20-4-1918)

De esta manera, la idea antipatriota fue fundamental para la consolidación clasista de los obreros y en 1913, en vísperas de las fiestas patrias, llevaron esta postura antinacionalista al plano simbólico, declarando que mientras las banderas patrias representaban solo a la clase burguesa, los trabajadores del mundo debían unirse en torno a la bandera roja. Celebrar el dieciocho de septiembre, pues, ya no tenía ningún sentido, ya que no había ninguna libertad que celebrar ni ningún Estado burgués que enaltecer.

Por otro lado, para los socialistas el verdadero amor a la patria consistía en asegurar la paz dentro de ella y entre las naciones, procurando la tan anhelada fraternidad universal. En este contexto, el ejército también perdía total legitimidad. En última instancia, los conflictos entre países deben resolverse con la intervención de una tercera nación que opere como árbitro y dirima el conflicto. Los altos costos de mantención y la deshumanización que afectaba a los soldados, hacían necesaria su abolición. Aquellos hombres, al ponerse el uniforme, perdían su individualidad, su “yo”, su libertad de pensar, debiendo cumplir las metas de un ejército que es en esencia carnívoro. De esta manera, las demandas relacionadas con la disminución de los servicios y dinero invertido en naves y armamentos, tenían ahora su raíz en un antipatriotismo y un rechazo a toda la institución militar.

I.1.b- Acción

Las acciones concretas que promovieron los actores, se clasifican en:

1.-Estrategias de Acción/ Medios de Lucha

La aspiración de transformar la realidad no se hace efectiva mientras no se definan las estrategias y los métodos a través de los cuales se puede alcanzar. Tanto artesanos como obreros de la pampa, se preocuparon en concretizar la forma en que podrían hacer posibles los proyectos ideológicos que encarnaron. La diferencia entre ellos radica en que:

*Las estrategias de acción y los medios de lucha necesarios para alcanzar el proyecto político de los artesanos **no sobrepasaron el marco de lo legal**, pues no era necesario mientras se vincularan ideológicamente con las aspiraciones liberales burguesas. Al contrario, los obreros del salitre, al plantear un orden socioeconómico diametralmente opuesto al existente, **plantearon estrategias de acción mucho más combativas**, que transgredieran las instituciones que sostenían la reproducción del sistema.*

A.- Estrategias y Medios de los Artesanos de Santiago

El apego a la legalidad, acompañado del respeto hacia la institucionalidad política y jurídica, tuvo una gran influencia para los artesanos en esta materia. Se abstuvieron, por mucho tiempo, de promover acciones que sobrepasaran el marco legal establecido. Al contrario, su mayor preocupación estaba enfocada en eliminar los orígenes de los desacuerdos, por lo que no avalaron ninguna acción que implicara mayores enemistades entre las clases:

«Para el engrandecimiento de nuestra amada patria, debemos trabajar por cuantos medios nos sean posibles, con arreglo a la ley, en alejar para siempre si posible fuera, de nuestra nación, todo jermen de discordia i anarquía, azote fatal de los pueblos; que tan plaucible fin no se obtiene sino por la eficacia de las buenas leyes i la moralidad de los que gobiernan» (*La Voz de Chile* n°196.

Declaracion de principios en el marco de la fundación de la Sociedad de Artesanos < La Fraternidad>. Santiago, 31-10-1862)

En los primeros años, antes de su *integración directa a la política*, la única estrategia que promovían, para conseguir su anhelado mejoramiento económico, era el ahorro, la instrucción y la ayuda mutua, pero ninguna acción se dirigía a obrar por encima de las instituciones. Mientras mantuvieron la confianza en los partidos burgueses, su mayor propósito era conseguir los votos que permitieran elevar al candidato más idóneo. Cualquier acto revolucionario que fuera en contra de los valores de confraternidad y conciliación que promovían, era mirado con desconfianza, por esto es que encontramos una ausencia total de acciones directas en la primera etapa de organización.

Fue solo en 1879, que los periódicos daban aviso de huelga por bajos salarios y legitimaban su causa. Paralelamente, comienzan a convocar a meetings o reuniones, para discutir asuntos de la coyuntura y llegar a consensos sobre la posición e intereses de los artesanos en cuestiones particulares. A partir de ellos se logro confeccionar, por ejemplo, un programa único de los artesanos, que uniformara sus necesidades y reivindicaciones más urgentes.

Sin embargo, la dirección de estas acciones no devino en lucha de clases, sino que al contrario, se enmarcaron dentro de un movimiento social pacifico, que desterrara los enfrentamientos entre ellas. Recordemos que hacia estos años existía una escasa protección al trabajo por parte de los artesanos, por lo que era de esperar que si no lo hicieron siquiera discursivamente, no desarrollarían acciones directas para defenderlo tampoco.

En 1884, ya manifestada su participación en el campo político institucional, fortalecieron esta idea pacifista y proclamaron, como únicas armas de lucha viables, la razón y la inteligencia. Se declararon partidarios de la revolución social que opera en el terreno pacifico, por medio del “desarrollo gradual y tranquilo de las ideas” y se opusieron a quienes querían cambiar de forma repentina y violenta la actual organización social.

Sus intereses eran defendidos en la *esfera legal de acción*, a través de su capacidad política. La única lucha que asumían, bajo esta premisa, era la lucha electoral, y su única arma, el sufragio libre. En 1886, escribían:

«¡ Debemos decirlo bien alto, i en eco sonoro i retumbante, que los especuladores políticos se engañan, al pensar que el pueblo obrero de hoy es el del 51 i 59!. Se equivocan: porque, cuidado, que no faltarían cívicos i nobles soldados de orden i progreso, decididos i abnegados, que supieran darles lecciones de dignidad i lealtad a los que por puro medro pretendieran seducirlos hasta conducirlos a ese fatal abismo de las revoluciones armadas. Los obreros de hoy, abnegados hijos del trabajo, no tienen mas armas de combate en las luchas cívicas de su patria que el ejercicio libre e independiente de sus deberes de ciudadano, cediendo sus sufragios a los hombres que se interesan por su causa, i que propendan a su propio progreso (...) En Chile no puede haber revoluciones, porque en el espíritu público del pueblo se ha arraigado profundamente el orden i el respeto mutuo» (*El Hijo del Pueblo* n°2. Santiago, 7-1-1886)

El apego hacia los gobiernos liberales, incluso en épocas tardías, los hizo sostener una verdadera campaña antirevolucionaria dirigida a atacar moralmente a aquellos que difundieran ideas transgresoras. Avanzado el año 1887 aún podemos encontrar dentro de los artesanos, este tipo de discursos:

« Ese país- refiriéndose a Chile- no será atacado por las lepras asquerosas de las revueltas originadas por las necesidades no satisfechas, los espíritus intranquilos i semioscurecidos por el error, las ambiciones injustificadas i la perversión de las ideas i de sentimientos (...)

Nuestro gobierno ha tenido siempre especial cuidado en favorecer a los obreros i en procurarles todo aquello que pueda propender a su felicidad i provecho» (*La Asamblea* n°12. Órgano de los obreros e industriales. Santiago, 12-11-1887)

Finalmente, se puede decir que la huelga y los meetings fueron las únicas estrategias de acción que mantuvieron los artesanos hasta finales del periodo estudiado, sin embargo, con muy bajo apoyo en términos discursivos. Su visión política del pueblo, siempre estuvo asociada a elevar su espíritu pasivo y sumiso, basándose en el incuestionable respeto a las leyes. El bajo número de huelgas y meetings que llegaron a concretarse fueron apoyadas por la prensa, siempre y cuando se hicieran bajo los marcos de la prudencia y reciprocidad para las primeras, y manteniendo el orden y la compostura en los segundos. La más importante de sus aspiraciones, su emancipación social y material, se conseguiría por medio de la actividad política, es por esto que todos sus esfuerzos estaban relacionados con la incorporación del

artesano al espacio político, abandonando cualquier método combativo o revolucionario que desvirtuara este propósito.

B.-Estrategias y Medios de los Obreros del Salitre

Al igual que el artesano, a comienzos del siglo XX, el obrero de la pampa se amparó bajo el discurso legalista que habilitaba solo estrategias de acción dentro del marco legal y que a su vez se correspondieran con el discurso de paz y concordia que defendían en un principio.

En los primeros años, la defensa de sus intereses la sostuvieron, exclusivamente, a través de la política, procurando aumentar la cantidad de representantes obreros en las cámaras y municipio. A pesar de tener una posición menos conciliadora que los artesanos, en el sentido que reconocían a la otra clase como su enemigo y la causante de su miseria, rechazaban las acciones directas y declaraban no estar interesados en fomentar las huelgas. Sus discursos, hasta el año 1902, se orientaban a establecer, como primera medida, la unión entre los obreros antes que sostener una lucha confrontacional en contra del capital o el Estado:

«No os levantéis en guerra sistemática contra aquellos que os parece que causan nuestra miseria (...) el remedio surge inmediato y eficaz con solo ponernos de acuerdo. No es preciso hacer alarde de fuerza. La justicia se abre paso por entre los enemigos con solo levantar su estandarte» (*El Trabajo* n° 29. Iquique, 19-7-1902)

Sin embargo, a finales de ese año, en mayor medida desde 1903, se hace más repetitivo el llamado a protestar en contra del gobierno y los abusos del capital. Las huelgas se consolidan como el arma de lucha de excelencia del obrero; a través de ella lograban conquistar las demandas más urgentes que no eran resueltas por medio de la política. Luego, en 1904, por lo menos en términos discursivos, las huelgas superaban los márgenes de las demandas salariales y se proclamaban como las sostenedoras de reivindicaciones sociales, tales como la falta de instrucción, el problema del alcohol, las pulperías o el trato inhumano que recibían los trabajadores en las faenas. Naturalmente, adquirieron protagonismo en forma paralela las cajas de resistencia, fondos exclusivos para proteger a los obreros que, en tiempos de huelga, al

paralizar las faenas, fueran perjudicados en su salario. Sin embargo, esto no perjudicó su interés por conquistar la autoridad y el Estado, la lucha política siguió estando en el centro de sus estrategias.

De todas maneras, es interesante observar como detrás de estas acciones se reproduce una concepción acerca de la revolución que nos ayuda a comprender porque mantienen una lucha que, más allá de su propensión a las huelgas, en general, se mostraba poco combativa y moderada. Para ellos, la *revolución*, vista como la transformación radical de la sociedad, es inevitable y no está determinada por nadie en particular, vendrá luego de una *evolución* que es incesante y que ocurre de forma natural. Reconocen, a través de la historia, que las clases dominantes han triunfado después de siglos y han ido adquiriendo en forma lenta su poder económico y político. Bajo esta premisa, el proletariado no debe preocuparse por la sociedad del futuro, porque la evolución avanza por encima de sus actos, sino que debe obrar en el presente y dedicarse exclusivamente a mejorar su condición económica y social, a través de la instrucción y el trabajo. Recordemos que nos referimos al mismo periodo en que el socialismo era un ideal alcanzable, pero no existía aún la urgencia en su advenimiento.

Es de suponer que en este contexto, hay un rechazo importante hacia el anarquismo y las medidas violentas de acción, éstas no cuadran con la moral obrera, fundada en los principios de tranquilidad y honradez. La política y la huelga, son las únicas estrategias de acción que se encuentran legitimadas en el discurso obrero de la época. Con la primera, se hacía posible el triunfo a través de las mayorías y, con la segunda, se podían conseguir mejores condiciones de vida en el corto tiempo.

Por otro lado, la asociación gremial, se convierte en la forma de canalizar y organizar las estrategias nombradas. Mientras cada cual, estudie sus condiciones en términos gremialista - por oficio- la lucha contra el capital se realizará de forma más ordenada y eficiente. En función de los gremios, las huelgas encontraran mayor solidez y las demandas que se acuerden en su interior, podrán ser llevados en forma más clara y concreta por los representantes obreros. A través de los gremios, los actos individuales pierden sentido y la unión obrera se vuelve un fin en sí misma.

No obstante, a finales de 1904, cansados de las continuas represiones que sufren las huelgas, se comienza a justificar medidas violentas, pero solo como acciones reactivas. Proliferan exclamaciones con aire vengativo, pero siempre como un recurso final que se debe utilizar luego de ser víctimas de la violencia utilizada por el Estado o el capital. Los sucesos ocurridos en Rusia hacia 1905, hace legitimar aun más estas formas de acción defensivas, pero manteniendo como primer objetivo, la búsqueda de la paz:

«Formemos sin mas demora el ejercito mancomunal (...) y luchando mano a mano, de hombre a hombre, los veremos correr desalados en busca de un refugio vergonzoso, y desde allí ofrecer la paz que por su misma causa se hubiese alterado» (*El Trabajo* n° 180. Iquique, 28-1-1905)

En concordancia con esto, en 1907, simpatizan con nuevas formas de acción directa, importadas del movimiento obrero de Buenos Aires: el *boicotaje* y el *sabotaje*. El primero, de mayor recepción entre los obreros chilenos, consiste en no consumir productos elaborados por las fábricas enemigas, de manera de ir destruyendo, poco a poco, la economía de estas empresas y, el segundo, de efectos más directos, era un llamado a destruir las maquinarias de esas fábricas con el objeto de frenar su producción. Aunque en estos años, ya han perdido legitimidad los mecanismos legales de acción, se mantiene dentro de la moral obrera una orientación hacia promover acciones que no difundan mayor violencia. En ese sentido, es que dentro del movimiento obrero salitrero prevalecieron siempre estrategias como el boycott y la huelga, antes que las de sabotaje o las revueltas. Ni siquiera la masacre de la Escuela Santa María y las represiones de los años siguientes, fueron motivos para cambiar esta concepción. El socialismo se conseguiría por medio de la organización política y la organización gremial, no a través de la revolución armada.

En 1912, año en que el pensamiento obrero se desarrollo en todos los ámbitos, se consolidaron posturas y propuestas y por lo tanto, estrategias y métodos para llevarlas a cabo. La concepción de revolución, marco desde el cual nacen las acciones colectivas, no disto de la desarrollada en años anteriores, más aún, esta se fortaleció y se mantuvo durante todo el periodo estudiado. El socialismo se instalaría luego de un perfeccionamiento *paulatino, progresivo e incesante* de las costumbres individuales y colectivas. En la medida que las nuevas formas de actuar se fueran considerando superiores a las que imperaban en el antiguo

orden, la instalación de un nuevo régimen socioeconómico se produciría como consecuencia inevitable.

Para los obreros, el socialismo avanzaría a pesar de los socialistas y a medida que la sociedad se civilice. «Todo el que haga obra de civilización – decían los obreros en 1913- hará obra de socialismo». En este sentido, el socialismo era observado como un acontecer histórico asociado a una evolución natural de las sociedades. El siguiente extracto, escrito en 1913, nos permite comprender aún más esta visión:

«Socialismo no es una revolución que haría el proletariado el día que fuera fuerte y consciente, sino una lenta transformación de las instituciones que constituyen el sistema de la producción capitalista, en otras instituciones armónicas con el sistema de la producción social que es su resultado inevitable» (*El Despertar de los Trabajadores* n°237. Iquique, 3-6-1913)

Dicho así, la revolución implicaba en primer lugar, una evolución del pensamiento. Los intelectuales cumplían –a diferencia de la visión anarquista- bajo esta concepción un papel fundamental, ya que eran los encargados de establecer la instrucción necesaria para despertar las conciencias y para que, a través de ellas, el proletario pudiera ir conquistando lugares más elevados. Así, se iba reproduciendo en el discurso obrero, una preferencia por la revolución intelectual por sobre la armada:

«Nuestra batalla antes que en las calles, se ha de librar en los cerebros. Nuestra bandera de lucha es, no un género rojo, sino el libro y el periódico. » (*El Despertar de los Trabajadores* n°49. Iquique, 7-5-1912)

En este sentido, es que la revolución pierde su carácter perturbador hacia el Estado y se realiza a través de lo que ellos denominaron, la *acción revolucionaria legal*, que implicaba obrar sobre la legislación, fiscalización y administración.

Dentro de estos parámetros, se realzan nuevas formas para mediar la lucha entre capital y trabajo. En primer lugar, surge la iniciativa de conformar un *tribunal arbitral*, para dirimir los conflictos que se produjeran entre huelguistas y empresarios. La idea era que este organismo se compusiera por la misma cantidad de obreros y capitalistas, de manera de resolver, de la manera más justa, los problemas entre ambos contendores. Por otro lado, fundado el POS, se refuerza la lucha política como lucha de clases. Esta última se acepta como una estrategia a

nivel de partido y se fundamenta en la organización gremial de los trabajadores la adjudicación y saneamiento del poder político:

«Realizaremos lucha política, para arrebatar a la burguesía el poder político dominante en el estado actual de cosas. Realizaremos obra de saneamiento político, salvando a los diputados representantes de nuestra clase que impongan nuestro programa (...) organizaremos a los trabajadores de todos los gremios y oficios en Federaciones de resistencias con cajas de fondos destinados esencialmente al sostén de las luchas entre el capital y el trabajo » (*El Despertar de los Trabajadores* n° 95. Iquique, 22-8-1912)

Se podría resumir, que las formas de combate que sostuvieron los socialistas, definidas desde 1912 hasta 1916, sin grandes variaciones, fueron: i) educación doctrinaria y moral del pueblo; ii) en vista que no se pueden destruir los poderes y el Estado, acción política para conquistar poderes públicos en dos instancias: primero, en el *congreso*, para ir introduciendo el socialismo en la legislación, ya que según ellos modificando las leyes se irían modificando las costumbres y, segundo, en la municipalidad para mejorar sus condiciones básicas de vida. No estaba dentro de sus objetivos conquistar el puesto de la *presidencia*, de hecho son partidarios de la constitución de una comisión ejecutiva elegida directamente por el pueblo, que reemplace al presidente y que además suprima al consejo del Estado y la cámara de senadores.; iii) acción gremial para enfrentar al capital, a través de la huelga, parcial o general, como arma central; iv) organización cooperativa de consumo y producción. La monopolización de los negocios se transformará en sí mismo en una fuerza de socialización de los medios de producción. Esta arma es silenciosa pero revolucionaria, a través de ella se podría reemplazar algún día el régimen industrial burgués por el *régimen industrial socialista*.

En concordancia con esto, la lucha económica, hasta finales del periodo estudiado, se realizaba directamente en contra del capital y a través de la siguiente fórmula: *gremios- cajas de resistencia- cooperativas- cámara del trabajo*. En resumen, los *gremios* establecen *cajas de resistencia* para sostener las huelgas, con la ayuda de las *cooperativas* que, al permitir el abaratamiento de la vida, fomenta la capacidad de ahorro que va dirigido a esos fondos. Cada organización gremial, es luego reunida por las *cámaras del trabajo*, en donde se discuten las acciones a seguir por todos los gremios, de forma de actuar como un bloque.

Con el pasar de los años y el incontrarrestable empeoramiento de las condiciones de vida en la pampa, las formas de combatir la miseria comienzan a ser analizadas con mayor profundidad. En 1915 específicamente, crece la preocupación por los distintos medios de lucha que serían efectivos en los contextos particulares de las distintas zonas del salitre. En este sentido afirman que por ejemplo:

« No daría en nuestra pampa salitrera resultado favorable una huelga general, que en el puerto podría dar resultados beneficiosos; pueden dar buen resultado las huelgas parciales, el boycott, a las oficinas que se distinguen por su opresión al trabajador. Medio este último que, además de ser de fácil aplicación y de poder ejecutarse públicamente por medio de una activa propaganda oral y escrita, es menos peligroso y lleva la ventaja de que no pueden los industriales valerse de la fuerza armada como ha sucedido ya, para contrarestar sus efectos. Habría que estudiar también como se combatirá el Bock- out (paralización de las oficinas) con que siempre amenazan a los huelguistas los industriales. No creemos que sea necesario ni útil ocuparse del sabotaje, medio que está fuera de nuestras costumbre y que enjendraría un peligro dentro de la industria salitrera, pues podría ser un pretexto para pedir la disolución de la regional» (*El Despertar de los Trabajadores* n° 719. Iquique, 29-7-1915)

Es importante mencionar que a estas estrategias se suma el *picketing*, que consistía en vigilar y asegurar que no entren a trabajar otros obreros en los periodos de huelga.

Sin embargo, va a ser en 1916 donde se va a producir un gran salto en términos estratégicos. A pesar de que la trilogía: gremios- cooperativa- política, sigue ocupando un gran espacio dentro del movimiento, nace la idea del sindicalismo. Con el propósito de reunir armónicamente a los obreros e ir superando los límites que introducía el gremialismo mediante, entre otras cosas, la fragmentación de los trabajadores en doctrinas políticas particulares, alcanza protagonismo la idea de organizarse en sindicatos, en donde se reunieran hombres con distintas ideas políticas y religiosas pero que definieran como su objetivo principal, la defensa de los intereses de la clase obrera. Su aspiración más importante era crear una *fuerza intelectual colectiva* que dirigiera la fuerza material. Así, con el nacimiento de esta forma de organización, la educación se consagra como la forma de combate central del proletariado y la lucha política pierde protagonismo.

Frente a la formación sindical, incluso para el POS, la actividad política se desacelera. Se prefiere a un obrero consciente que a un elector, a un obrero que se asocie a un sindicato que a uno que se inscriba en los registros electorales. Recordemos que los socialistas, en última instancia, no posaban en la política la responsabilidad de la realización del ideal socialista, ni en cualquier otro medio que guardara armonía con el medio social presente. A pesar de que la política era para ellos un medio transformador, luego de la revolución desaparecería como estrategia.

Por otro lado, es importante mencionar que en este último periodo, se produce un quiebre con la concepción pacifista de la revolución. Tras la revolución rusa de 1917, los socialistas se declaran a favor de la *revolución social maximalista*, que pretende reunir a los proletariados de todos los países y preparar una revolución armada de carácter mundial:

« Desgraciadamente, la historia nos demuestra que el proletariado no triunfará sin lucha (...) pero ya que la lucha es inevitable, el proletariado internacional debe afrontarla (...) debe estar dispuesto a emplear los que fueran menester para hacer su transformación histórica (...) proclamaremos nuestro carácter esencialmente revolucionario» (*El Despertar de los Trabajadores* n°1698. Iquique, 13-12-1918)

El maximalismo, consistía en que los proletarios de cada país logaran realizar las máximas de mejoras posibles, en base a su propia realidad. De acuerdo con esto, el maximalismo como estrategia de revolución no contaba con un programa único, porque respetaba las particularidades de cada nación, sino que necesitaba que los obreros de cada país establecieran un programa específico. En este sentido, más que una estrategia determinada, el maximalismo era una actitud, que por lo menos, hasta la época estudiada, no se alcanzó a resolver concretamente entre los obreros salitreros.

Por último, de gran importancia es rescatar las contribuciones de los anarquistas en este último periodo más combativo. Entre 1917 y 1918, desde el anarquismo se establecieron las principales críticas a los métodos de lucha desarrolladas por los socialistas. A pesar de coincidir en que la huelga era el arma de lucha central, se cuestionaron la forma de resolverlas por medio de los tribunales arbitrales. Este organismo, no entregaba la seguridad de que la reclamación se resolviera en forma justa, porque no lograba reunir la fuerza necesaria para

alcanzar las demandas obreras. Según los anarquistas, esto sucedía porque la comisión del tribunal estaba conformada por un solo representante obrero, los dos restantes consistían en un representante del capital y una autoridad que, como defensora histórica del capital, terminaba siempre apoyando su causa.

De esta manera, para los anarquistas la huelga debía ser revolucionaria. Para esto, había que construir un *sindicalismo revolucionario*, que utilizara acciones directas combativas como métodos de lucha, las pacíficas ya habían fracasado. A la vez, había que cortar ligaduras con la religión y el Estado, por ende era contradictorio llevar representantes obreros en esta última instancia. De esta manera, se le devolvía a la revolución su carácter armado y se deslegitimaba la lucha política como medio. La revolución se hacía en el taller y no en el parlamento, tomándose los medios de producción y luchando directamente contra el capital.

Esta mirada estratégica, está basada en una concepción de la revolución que se opone radicalmente a la de los socialistas. Para ellos, las fuerzas revolucionarias tenían primacía a las leyes estáticas de la evolución:

« la revolución es anterior a la evolución. Toda fuerza comienza por ser en su principio inicial, un desplazamiento dinámico, es decir, revolucionario, que conduce después de la translación de las impulsiones, a la proporción de las fuerzas, comenzándose el período de la graduación progresiva llamada evolución» (*El Surco* n°3, Iquique, 22-10-1917)

En este sentido es que, en la medida que la transformación de la sociedad se produzca combatiendo directamente al sistema vigente -ya que la evolución hay que provocarla y no esperarla- el proletario debe entrar en una fase revolucionaria que se desarrolle en tres instancias: i) *religiosa*, para derribar primero las creencias acerca de Dios; ii) *política*, para destruir al Estado en dos etapas. Primero, en su versión religiosa y luego, en su fase Laico-reformista; iii) por último, cuando se derrumben los dos mitos anteriores, es tiempo para que estalle la revolución *social*.

A pesar de que, como hemos explicado, el pensamiento anarquista en la región salitrera fue tardía y de menor alcance que la socialista, su concepción acerca de la revolución y su insistencia en las acciones directas, ejerció una poderosa influencia en el desarrollo sindical

del proletariado. De hecho, podríamos inferir que fue sobre esta materia, que el anarquismo obtuvo una mayor recepción entre los obreros.

2.- Asociaciones sociales y políticas concretas.

Las organizaciones obreras no estuvieron ajenas al proceso de politización. Al igual que las demás variables revisadas, sufrieron variaciones dependiendo del desarrollo del pensamiento social y político de ambos actores. Determinadas formas de sociabilidad, fueron protagonizando los distintos periodos de cada uno, de manera que podríamos afirmar que:

*Los artesanos sostuvieron organizaciones que **reprodujeron su carácter conciliador y su vínculo aspiracional** con la clase burguesa. Si bien, en última instancia, desarrollaron un interés sobre la política, lo hicieron en relación con los **partidos e ideologías preexistentes**.*

*Por su parte, las organizaciones de los obreros del salitre se caracterizaron, desde un principio, por **enfrentarse al capital** y tomar parte activa en la **lucha política**. A su vez, fueron las principales promotoras de la **transformación socialista** de la sociedad.*

No es de interés de este trabajo realizar una especie de cronograma de las organizaciones fundadas en el periodo estudiado, la revisión de los periódicos no permite ese tipo de investigación con exactitud. Lo que nos interesa revelar, son el tipo de organizaciones que promovían en su discurso los dos sectores en este periodo, y su consecuencia para el proceso de politización. Bajo que principios, políticos y sociales, se crearon las sociedades obreras de mayor importancia, es un aspecto que nos ayuda a resolver los intereses en torno a los cuales se reunían y organizaban los trabajadores.

A.- Asociaciones de los Artesanos de Santiago

Especialmente en el caso de los artesanos, el análisis de sus organizaciones es central para entender su despliegue político, ya que fueron a través de ellas que, no solo se fundaron sus primeros periódicos, sino que manifestaron sus primeras posiciones políticas. Sus primeras

iniciativas en el espacio público, estuvieron marcadas por la creación de las primeras sociedades genuinamente obreras, las sociedades de socorros mutuos.

Ahora bien, en base a lo revisado, estas sociedades fueron sufriendo modificaciones a través del tiempo, específicamente, en relación a su postura frente a la religión y la política. En una primera etapa, se autodenominaron neutralmente políticas y exigían la exclusión de las discusiones políticas dentro de sus dependencias. Hacia estos años, recordemos que su interés por la política era indirecto aún y la actividad política partidista era sostenida solo por las elites. Por otro lado, se tenía la certeza de que por medio de la política o, mejor dicho, de los políticos, no se resolvían sus necesidades económicas más inmediatas, éstas había que satisfacerlas bajo sus propios medios, específicamente, a través del ahorro y la fraternidad. La primera de ellas, La Unión, fundada en mayo de 1862, establecía en sus estatutos:

«Art. 2: Su objeto es el ahorro y socorro mutuo de sus asociados, teniendo en vista favorecer su instrucción, moralidad i bienestar. En ningún caso se ocupara de la política en el recinto social»
(*La Voz de Chile* n° 32. Santiago, 19-5-1862)

Por otra parte, la instrucción entregada por las mutuales, presentaba, en esta primera etapa en donde aún no se realizaba la división entre moral y religión, una función moralizadora asociada directamente a los principios cristianos. La religión, formaba parte fundamental en la formación de los individuos, todo ciudadano necesitaba conocer y respetar los preceptos que la iglesia promovía. Fermín Vivaceta, principal propulsor de este tipo de sociedades, planteaba en su discurso fundante:

«Un ilustrado sacerdote nos demostrará las sacrosantas verdades de la religión i los deberes de los hombres para con Dios i para con sus semejantes » (*La Voz de Chile* n° 112. Santiago, 22-7-1862)

Sin embargo, hacia los años 1875 y 1876, en la medida que la tolerancia y el respeto mutuo comienzan a tener cada vez más eco dentro de las mutuales, se radicaliza su posición neutral en todos los ámbitos. En este tiempo, se comenzaba a experimentar la separación de la moral con la religión y la elevación de la instrucción en su función moralizadora, de manera que en el interior de las mutuales ya no admitían ningún tipo de opinión personal y rechazaban, ya no solo acercamientos de tipo ideológico o político, sino también religioso:

«Hemos sostenido que la libertad individual no puede existir si no se le da por base la libertad de pensar, i con ella el respeto mutuo por las opiniones i creencias ajenas, cualesquiera que ellas sean i por mas contrarias que nos parezcan con la nuestra.

La Unión de Artesanos no ha querido jamás mezclarse en el recinto inviolable de las opiniones personales (...) ella les pregunta solamente si son honrados i laboriosos, si aman al obrero que es su hermano i si están dispuestos a trabajar por la rejeneracion social» (*La Unión* n°7. Boletín de la sociedad de Artesanos de Santiago. Santiago, 1-8-1876)

Esta actitud fue conservada sin mayor cuestionamiento por muchos años¹³³ y se extendió al resto de las organizaciones obreras. Hacia 1876, comienzan a tener notoriedad las conferencias populares y las sociedades filarmónicas de obreros, las cuales para cumplir con funciones específicamente instructivas y moralizadoras, excluían de sus propósitos tanto a la política como a la religión. Las primeras, se desarrollaron hasta el final del periodo estudiado y se preocupan de enseñar sobre todo hábitos de higiene, moral, urbanidad i economía. Las segundas, eran instituciones creadas con el objetivo de realizar reuniones exclusivamente sociales y culturales, dedicadas a la música, el baile y el teatro, bajo el entendimiento de que mejorando la sociabilidad entre los obreros, alcanzarían una instrucción más integral.

Es interesante agregar, que en las filarmónicas se quería promover, antes que todo, costumbres y hábitos que, en esos tiempos, los artesanos no habituaban ya que se correspondían con instancias en las que no podían participar, por ser exclusivo de las elites. Recordemos que en este periodo, había una relación aspiracional con la clase burguesa que se extendía también en términos culturales. La moral de los “buenos modales” y la exaltación de actitudes sociales, defendidos históricamente por las elites, era parte fundamental de lo que se quería propagar dentro de ellas. La creación de estas sociedades, vinculadas exclusivamente a cultivar el conocimiento frente a la vida cultural del país y a fomentar las instancias de esparcimiento, que funcionaran como alternativa a las cantinas y bares, formaba parte del proyecto de

¹³³ Interesante es un suceso ocurrido en mayo de 1884, cuando luego de que uno de los periódicos obreros más importante de ese año editado en Santiago, *La Razón*, decide imprimirle una marcha política a sus publicaciones. Los redactores del diario en cuestión deciden adherir públicamente a la ideología liberal, siendo duramente criticados por la Sociedad Unión de los Tipógrafos, quien declara que no participará oficialmente de ese diario por no coincidir con sus estatutos, que le impiden ocuparse de asuntos políticos y religiosos.

regeneración moral del pueblo y de la construcción de una identidad positiva alrededor de los obreros.

A continuación expondremos dos fragmentos para graficar lo anterior. El primero, un retrato escrito de lo que se espera en estas convenciones y, el segundo, una conferencia leída en el Club Filarmónico de Obreros, en octubre de 1876:

«el trato franco, las atenciones delicadas, el respeto al pudor que enaltece i dignifica el rol de la mujer, la compostura i el estudio práctico de los buenos modales, son el distintivo característico de esos provechosos pasatiempos (...)

La señal de baile se ha dado. La reunión se pone en movimiento. La madre de familia, con la circunspección inherente a su posición; la doncella, en cuyos labios se ve constantemente vagar púdica i virginal sonrisa; la adolescente que en su imaginación infantil no alberga otra ilusión que la que le impele en los jardines a correr tras las mariposas; todas, todas, son allí objeto de las más delicadas atenciones, de parte de los jóvenes obreros miembros del club » (*La Unión* n°8. Boletín de la sociedad de Artesanos de Santiago, 1-10-1876)

« La escuela sin la sociedad, no tendría razón de ser porque, ¿de que os serviría poseer todos los preliminares de una buena educación, si no pasais mas allá de ellos? Para llegar a la verdadera ilustración necesitareis de otros estudios mas fuertes, mas en armonía con las ciencias, i si nuestros padres no os lo han podido proporcionar, debeis recurrir a la sociabilidad, donde estudiareis i aprenderéis prácticamente todo cuanto quisiereis conocer hasta poder llegar a formar vuestra conciencia (...)

Siendo la sociabilidad, como he dicho antes, la madre obligada de las familias, natural i más que natural es que las personas que de ella han hecho uso necesitan cada día, mientras más elevada sea su posición, tener más amistades, mas relaciones, que llegaran por fin a ligarlo con la clase mas acomodada de la sociedad» (*La Unión* n°8. Boletín de la sociedad de Artesanos de Santiago, 1-10-1876)

Este tipo de sociedades, que con el tiempo se fueron expandiendo y adquiriendo cada vez más protagonismo entre los artesanos, fue una de las sostenedoras de la actitud conciliadora hacia la burguesía. En 1882, ellas se planteaban como una instancia para *desterrar el egoísmo y antagonismo de clases* a partir de la sociabilidad y comunión entre los distintos sectores

sociales. Si a esto le sumamos, el hecho de que las conferencias eran dictadas, en muchas ocasiones, por personas provenientes de otros segmentos sociales, por ejemplo del mundo de las letras y el parlamento, y la apertura que en ese mismo año sufrió La Unión, principal sociedad artesana de socorros mutuos, al incorporar elementos de otras clases en su seno, que les hizo perder la exclusividad obrera tanto a nivel de afiliado como de socio-honorario¹³⁴, podríamos confirmar la tendencia de las sociedades artesanales a acercarse cultural e ideológicamente a la clase burguesa.

De esta forma, las mutuales mantuvieron hasta el final una postura reformista y conciliadora que las hizo defender el modelo económico y oponerse a cualquier proyecto que intentara suplantarlos, como en esa época lo fue el socialismo. En 1884, las sociedades de socorros mutuos recalcan que el ahorro era suficiente para resolver el problema económico:

«La Caja de ahorros, sin necesidad de llegar al socialismo- cuco que hoy *intimida* a un buen numero de logreros que se han llenado con la sávia del artesano- puede llegar a colocar en su verdadero puesto al capital y al trabajo(...) el mejoramiento del gremio no ha necesitado de la comuna ni nada parecido, solo ha bastado para conseguir tan bellos resultados, el buen sentido entre los jefes de talleres i los operarios» (*La Razón* n°169. Santiago, 20-10-1984)

No obstante, entre 1886 y 1887, al mismo tiempo que los artesanos se consolidan dentro del ámbito político formal, se produce una apertura importante de sus organizaciones hacia la política. Se propone la creación de clubs políticos y escuelas de propaganda; la sociedad de los tipógrafos (uno de los gremios más consolidados dentro de los artesanos), sin adherir a ningún

¹³⁴ En los estatutos de La Unión, al momento de su fundación en 1862, con respecto a sus afiliados solo planteaba:

«Art. 11: La sociedad se compone únicamente de Artesanos, ya sean nacionales o extranjeros» (*La voz de Chile* n°32. Santiago, 19-5-1862.)

Luego, en 1882, Los artículos reformados de La Unión planteaban:

«Art. 8: Pueden también ingresar a la sociedad los que por su ocupación se encuentran en **situación mas o menos análoga a la del artesano.**

Art. 9: El directorio puede también conferir **el título de socio-honorario a aquellas personas que por sus buenos servicios se hayan hecho acreedores a la gratitud de la sociedad i del pueblo obrero**, i el directorio conozca que siempre les asiste buena voluntad para cooperar al adelanto i el progreso de las artes e industriales» (*El Precursor* n°22. Santiago, 15-7-1882. **Negritas agregadas**)

partido ni religión en particular, comienzan a tomar parte en las discusiones acerca de estos temas; en la celebración de la Asamblea de Artesanos e Industriales se plantea como punto esencial *salvaguardar en el futuro los caros intereses que se relacionan con la política y en que continuamente se compromete al pueblo*. En base a esto, se crea un comité político para tratar todo aquello que convenga a la corporación, formado solo por ciudadanos con derecho a voto; las conferencias se abren a exponer doctrinas políticas, civiles, sociales, económicas y morales al ciudadano y; se plantea la formación de un partido político autónomo, desde la base de las mutuales, que deviene en la fundación del Partido Democrático en 1887.

Esta inclinación política que asumieron las organizaciones se produce, sin embargo, en términos liberales. La integración al campo político institucional, se realiza primero a través del Partido Liberal y sus variaciones (como el Partido Republicano) y luego, a través del Partido Democrático que, a pesar de representar el proyecto regeneracional del pueblo, seguía estando comandado por la burguesía. De esta manera, las organizaciones que asumieron funciones políticas estaban relacionadas directamente con la elevación de los proyectos políticos proveniente de los partidos preexistentes y no genuinos de la clase obrera.

En último lugar, debemos nombrar el primer acercamiento hacia formas cooperativas de consumo. En diciembre de 1888 se propone la creación de la Sociedad de Consumidores de Pan, con el objeto de abaratar el costo de este alimento básico. De todas formas, el mayor desarrollo de estas sociedades se produce en el siglo XX, en manos de los obreros del salitre, pero es importante destacar su presencia entre los artesanos de fines del siglo XIX, ya que revela las primeras intenciones de producir alternativas económicas reales al sistema de producción capitalista.

B.- Asociaciones de los Obreros del Salitre

Como en la mayoría de las variables estudiadas, los obreros salitreros retomaron un camino ya iniciado. En este caso en particular, contaban con los antecedentes de organizaciones mutualistas que ya llevaban mucho tiempo en funcionamiento. Hacia 1890, ya se habían

formado en la pampa sociedades de socorros mutuos, basadas en los mismos principios que las de los artesanos de Santiago.

La primera sociedad que llamó nuestra atención, por distinguirse de lo que alcanzamos a revisar en los artesanos, fue la Confederación de las Sociedades Obreras de la Provincia de Tarapacá en Iquique, cuyo objeto principal era estrechar los vínculos entre las sociedades obreras de socorros mutuos de esta zona. Este esfuerzo, remontado hacia el año 1896, se había visto anteriormente entre los artesanos, sin embargo, de manera mucho más ambigua y circunstancial, cuando en 1885 llaman a un Congreso Nacional de Obreros, convocando a todas las instituciones creadas hasta ese entonces. Al contrario, en la sociedad fundada en Tarapacá, la idea era crear una institución que confederara particularmente a las sociedades de Tarapacá de manera constante, alcanzando un mayor grado de reciprocidad y coordinación.

De todas maneras, se fundó con los mismos propósitos anteriores, esto es, fomentar la economía e ilustración, desvinculándose de la política de partido y las agrupaciones religiosas. Sus objetivos principales, se desprendían de su preocupación por las necesidades materiales y sociales más inmediatas de los obreros, estos eran: la creación de una escuela de talleres para sus hijos, el sostenimiento de un hospital y la obtención de terrenos para construir habitaciones para los obreros.

Más allá del avance que tuvieron las mutuales dentro de las provincias salitreras, al presentar un mayor grado de coordinación, lo más característico de esta zona fue la creación de las sociedades mancomunales. Fundadas en un principio, con propósitos que no se diferenciaron mayormente de las sociedades de socorros mutuos, las mancomunales asumieron la lucha contra los abusos del capital en forma directa y se convirtieron en las principales gestoras de la lucha de clase. Lo que nos interesa ahora, más allá de establecer sus características generales, como ya lo han hecho infinidad de autores, es profundizar en su evolución a través en la percepción de los propios obreros.

En 1901, la Combinación Mancomunal de Obreros de Iquique, a través de su periódico El Trabajo, autodefinía su misión como “el ahorro y la unión del elemento obrero a fin de mejorar su condición social y económica”, sin establecer mayor diferencia con las mutuales,

sobre todo en la medida que procuraban conquistar estos derechos con moderación y respetando los principios de paz y concordia.

No obstante, en la práctica, esta institución se preocupó principalmente de proteger a sus asociados de los maltratos cometidos en el trabajo, cuestión que las mutuales enfrentaron solo superficialmente. En este sentido, una de las mayores críticas que realizaban hacía las mutuales, era su actitud condescendiente con el capital, que permitía eximir a éste último de todos los abusos cometidos contra el trabajo. En 1902, ponían en duda la lógica con que las mutuales protegían a sus asociados, atacando la esencia de estas instituciones:

«Está visto: Las sociedades fueron en beneficio directo al capital. Supongamos que un obrero, como comúnmente sucede, se malogre de un accidente cualquiera, en que hayan responsables; perteneciendo él malogrado, á una institución de socorros, ésta le socorre hasta su restablecimiento, es decir, han ayudado sus mismos compañeros, con su óbolo, al sostenimiento del enfermo; han pagado lo que debió pagar el capital.

¿Quién fue aquí el beneficiado? Claro está: el Capital. Si aquella institución hubiera reclamado haciendo responsable del accidente al verdadero culpable hubiera evitado a sus asociados el pago de unas cuantas monedas, que faltan a sus madres ó esposas, que se invirtieron en pagar lo que debía el capital» (*El Trabajo* n°50. Iquique, 13-12-1902)

Así, las mancomunales superaban los márgenes de las mutuales. Ya no cubrirían, con sus ahorros, lo que les correspondía por derecho, era la hora de luchar para conquistarlos y ser *la trinchera donde se emboten las balas de los enemigos*. De hecho, en 1904, Se funda una caja de ahorro para accidentes, pero no orientada a que los propios obreros paguen los costos de la sanación, sino que para reunir fondos que permitieran contratar asesores jurídicos que los ayudaran a obligar a que el capital, como el verdadero culpable del accidente, pagara sus costos.

Junto con esto, establecieron desde un inicio como requisito de asociación, pertenecer a la clase obrera, lo que les permitió superar, tempranamente y sin mayor cuestionamiento, la elitización que se había producido dentro de las mutuales.

En 1903, el desarrollo de las mancomunales culminaba con la aspiración a crear un partido en su nombre, el Partido Obrero Mancomunal, cuyo objeto principal era sacar de los propios gremios que conformaban la mancomunal, a los obreros que los representarían en el municipio y parlamento. Luego, en 1905, ya se proponían convenciones nacionales para establecer estatutos en común.

Es importante agregar, por otro lado, la agrupación de los obreros en sociedades de resistencia. Durante todo el periodo estudiado, podemos observar su influencia entre los obreros de la pampa, sin embargo, acomodadas a los principios moderados que prevalecían en ese entonces:

«las sociedades obreras de resistencia no son, pues, focos revolucionarios, formados con el objeto de formar la anarquía á la sociedad y detener el impulso industrial y comercial del país. Su misión y propósitos obedecen á mas altos ideales: están inspirados en sentimientos de la mas recta justicia y su bandera no es otra que la de la libertad y el respeto mutuo » (*El Trabajo* n°25. Iquique, 20-6-1903)

No obstante, este mismo carácter conciliador que prevalecía entre los obreros, provocó la pérdida de legitimidad de estas sociedades, que exigían una postura más combativa y confrontacional. Al contrario, las mutuales, combinando elementos de las mutuales y de las sociedades de resistencia, se apoyaron en medios establecidos para resolver los conflictos, alcanzando mayor protagonismo entre los obreros de los años estudiados, quienes mantenían una preferencia natural por acciones legales y de mayor cohesión. En este sentido, el hecho de que las mancomunales lograran sobrepasar los límites de la localidad y se agruparan territorialmente, cada vez con mayor capacidad de coordinación, consolidó su preferencia entre los obreros.

Hay que recordar, que el movimiento anarquista se manifestó por primera vez en la última década del siglo XIX, en el Chile central, y solo tendrá un mayor auge en la zona salitrera, por lo menos según la prensa estudiada, desde 1917. Si bien, por esta razón, no pudimos recopilar mayor información discursiva de las sociedades de resistencia, vemos su influencia en el establecimiento, por parte de la mayoría de las mancomunales y el resto de sociedades fundadas con iguales propósitos, de cajas de resistencia, fondos avocados específicamente a la coordinación de huelgas, de gran popularidad entre los obreros. De esta manera, sería

inapropiado profundizar en este tipo de sociedades más allá de la creación de estos fondos, no por restarles importancia dentro del movimiento obrero, sino porque justamente en el periodo y zona estudiada, a través de la fuente elegida, no hubo mayor referencia a ellas.

Las sociedades cooperativas, son otro tipo de organización de gran importancia para el movimiento obrero, se instalaron junto al desarrollo de las mancomunales y encarnaron el avance más importante de la emancipación económica del proletario. Desde 1904 hacia adelante, se comienzan a fundar entre los obreros del salitre verdaderas alternativas al mercado, expresadas en formas autogestionadas de consumo y producción. Una de las primeras, destacada también en 1913, fue La Sociedad Cooperativa de Consumo que proporcionaba los artículos de primera necesidad a menor precio. Otra, de gran importancia, fue la Sociedad Obrera Cooperativa Tipográfica, organizada entre los trabajadores del salitre y bajo el amparo del Partido Demócrata. En 1912, esta sociedad crea un taller tipográfico desde donde surge uno de los periódicos más importantes de la primera mitad del siglo XX, el renombrado El Despertar de los Trabajadores, con un capital de diez mil pesos, del que son dueños los propios trabajadores. Por último, se reconoce a la Sociedad Cooperativa del Pan, que en 1912 permitía a los obreros adquirir este alimento básico a bajo costo.

Junto con esto, desde 1903 aproximadamente, se origina dentro del discurso mancomunal la necesidad de organizarse en gremios y conformar cámaras de trabajo obreras en cada provincia. La idea es que cada oficio tenga la capacidad de estudiar sus condiciones de trabajo por separado, para luego llevarlas a discusión en estas cámaras, coordinadas regionalmente. Así, el trabajo se vería representado en estas instituciones y se podrían establecer mayor niveles de reciprocidad en las relaciones entre capital y trabajo. El gremialismo se sostuvo a través de una campaña incesante que duró hasta 1916, donde pierde relevancia luego del protagonismo que adquirió el sindicalismo.

Esta iniciativa, de organizar cámaras de trabajo, devino en la integración de la mancomunal al proceso de organización política del obrero en la pampa. En 1905, se planteaba la necesidad de formar el Partido del Trabajo, sobre la base de los gremios y las cámaras de trabajo provinciales, que significaría la representación del trabajo en las instancias de decisiones políticas. En concordancia con esto, desde octubre de 1907, la combinación mancomunal

declaraba explícitamente que, aparte de trabajar por el progreso material y social, era necesario procurar la representación oficial del trabajo en los espacios públicos:

« ¿Qué persiguen los obreros con la combinación?

Tres cosas, a saber:

1° *Mejoramiento económico*, en el sentido de obtener la legítima participación á que tienen derecho por los frutos por ellos mismos elaborados

2° *Mejoramiento social*, en el sentido de anular la lucha de clases y los enojosos privilegios que la dividen, abriendo paso al gran ideal de la patria común sobre el principio de la igualdad de medios, única solución posible que traerá consigo la igualdad social, soñada y apetecida por toda alma noble

3° *Organización obrero política*, para tener representantes propios que lleven a los diversos cuerpos políticos de la nación los dictados de los problemas obreros resueltos en la cámara del trabajo.» (Simplificación publicada diariamente desde octubre de 1907 por *El Trabajo*. Iquique)

Así, en 1912 los mancomunados formaban la base social del Partido Obrero Socialista. Desde este momento en adelante, las sociedades de trabajadores comienzan a desarrollar una cercana relación con la actividad política del POS. Las organizaciones obreras, tras el despliega de la capacidad propositiva de los obreros ocurrido este mismo año y la consolidación del proyecto socialista, comienzan a servir de canal para sostener sus demandas y dirigir las hacia la autoridad, alcanzando un mayor grado de coordinación nacional y aspiraciones de clase cada vez mayores.

En primer lugar, se crea en agosto de ese mismo año, la Sociedad Defensa del Trabajo de Oficios Varios, orientada a asociar al proletariado, sin distinción de oficios, sexo o nacionalidad, con el fin de ayudarlos en los conflictos que se susciten con el capital. Su programa establecía medidas concretas para mejorar las condiciones de los trabajadores, como reducir la jornada a 8 horas; procurar la organización gremial; crear una caja de ahorro; promover la instrucción; exigir el aumento del salario y el cumplimiento de pagos; formar una imprenta y; establecer cooperativas de trabajo y consumo. Bajo su auspicio, la organización gremial experimentó un gran impulso; según las declaraciones en los diarios de la época, hacia agosto de 1913, los gremios activos eran: cargadores, lancheros, panaderos, artes mecánicas,

fundidores, zapateros y aparadores, unión de empleados, carreteros, unión de artes graficas, unión de sastres y fleteros.

Al mismo tiempo, surgen desde 1912 instancias de instrucción doctrinaria. Se funda una biblioteca sociológica y se celebran más de 60 conferencias. Las mismas que veíamos en los artesanos evadir cuestiones políticas, ahora abordando principalmente: explicación de la doctrina socialista, medios de lucha, organización obrera, cooperativa anticlericalismo y antimilitarismo. Las conferencias de estos años, sobrepasaban los márgenes nacionales y se organizaban alrededor de una caja para dictar versiones a nivel internacional

En tercer lugar, la corriente socialista permitió también la creación, en 1914, de la Gran Sociedad Unión Obrera Instructiva que buscaba, al igual que la primera, la asociación de todos los obreros pampinos, sin distinción de sexo, oficio o nacionalidad, sin embargo, ésta se planteaba como horizonte el mejoramiento del proletariado a nivel mundial.

En cuarto lugar, el primero de mayo de 1915, se propone realizar el primer Congreso Socialista Chileno. En esta reunión, se plantea fundar con los miembros del POS la Sección Gremial Socialista, que tendrá por objeto propagar, difundir, fomentar y llevar a la práctica la acción de los gremios, en todo lo que se relaciona con su mejoramiento y bienestar económico. El dinero recolectado se utilizaría en dos instancias: para una caja electoral del POS y para una caja de sección de oficios. Esta última, se compondrá de 5 secciones de oficios destinados a la preocupación de: i) proporcionar una educación económica, de clase y de carácter permanente; ii) asegurar que el salario se corresponda con el costo de la vida; iii) cuidar el horario de trabajo, sin que interfiera en el salario recibido; iv) crear cotización de auxilio a los afiliados sin trabajo y; v) Procurar la admisión en las faenas solo de obreros afiliados, para garantizar los triunfos conquistados.

Además, ese mismo año se crea la Federación Regional de Salitre, institución en que participan todos los trabajadores de este rubro y que los pretende unir a nivel nacional. Tiene por propósitos: i) Instrucción a través de periódicos, conferencias y escuelas; ii) mantener estrechas relaciones con el resto de las sociedades que luchan contra la inequidad social; iii) mejorar las habitaciones obreras; iv) asegurar un salario justo; v) extender su acción a la provincia de Antofagasta y; vi) otorgar facilidades a los trabajadores para conseguir trabajo.

En 1917, esta organización se redefine bajo objetivos más específicos, relacionadas con las condiciones de trabajo: i) Reglamentación del Trabajo; ii) Accidentes de Trabajo; iii) condiciones de pago y libertad individual; iv) métodos de lucha y ;v) Propaganda.

Al año siguiente, en 1916, se funda la organización de la Unión Obrera de la Región Salitrera y Minera de Taltal con dos propósitos: i) mejoramiento moral (promueve instrucción a través de conferencias, bibliotecas y escuelas) y; ii) mejoramiento económico (conseguido principalmente a través de la mejora en los salarios, la disminución de las horas de trabajo, el abaratamiento de la vida y la mejora en las habitaciones).

Sin embargo, a pesar la importancia de las sociedades nombradas, que marcan el desarrollo organizacional de la segunda década del siglo XX, la organización que produce un verdadero giro en las relaciones de sociabilidad de los obreros, fue la introducción discursiva del Sindicato en 1916. Tratando de seguir el ejemplo de organizaciones, como la Federación Obrera Regional Argentina, que se declaraban neutral frente a los partidos políticos y demás ideologías, se instala el sindicalismo.

Tras críticas sobre las tendencias partidistas de los gremios, que vimos expresado en las organizaciones nombradas anteriormente, se reflexiona sobre nuevos métodos de lucha y organización que retomen la esencia de la unión obrera. Desligándose de ideologías particulares y reuniendo a los obreros según criterios más amplios que el oficio específico, esta nueva forma de organización no solo plantea novedades en términos asociativos, sino que es el establecimiento de todo un planteamiento político, resultante de una comprensión mucho mayor de su posición y de lo que deben hacer para conquistar su emancipación. El sindicato era una organización netamente clasista, que requería de un mayor nivel de compromiso que el que se suscitaba en los gremios.

En primer lugar, el sindicato se debía preocupar no solo de resolver problemas económicos directos, sino que debía garantizar el mejoramiento progresivo de los obreros a partir del desarrollo de una fuerza intelectual que dirija a la fuerza material en dos ámbitos: 1) completar la capacidad técnico-industrial, económico-doméstica y cultural de los obreros; y 2) Alimentar juicios que permitan comprender la razón de ser de su existencia y la misión de la sociedad humana. De esta manera, se formaría una *fuerza colectiva* que expresaría el mejoramiento de

la capacidad personal de cada individuo. En este sentido, es que la primera función del sindicato es el de Escuela.

En segundo lugar, el sindicato debe otorgar mayores protecciones a los obreros en circunstancias de enfermedad, vejez o cesantía, que las que proporcionaban las mancomunales y, al mismo tiempo, debe tener un fondo más alto para las huelgas y la divulgación de sus principios. Es por esto que plantea una cuota mayor de parte de los obreros, hasta el punto de que se entregue “un día de salario de cada mes”.

En tercer lugar, plantean por primera vez la *afiliación forzosa*, ya que son justamente los “no asociados” los que ponen en mayor peligro las aspiraciones obreras. En momentos de lucha, el primer recurso que utiliza el capital para restarle fuerza al movimiento, son los obreros que no pertenecen a la organización para continuar las tareas de producción. Para los sindicalistas, la dignidad del ser humano solo se hace efectiva en la colectividad, el “yo” no asociado no vale nada, porque se aleja de la “solidaridad” que es lo que le da valor al individuo.

Por otro lado, mantienen una visión mucho más crítica con respecto al trabajo. Para ellos, había que intentar disminuir los brazos obreros, ya que mientras de más trabajadores disponga el capitalista, menores serán los salarios. Aunque esta crítica hacía referencia a la abolición del trabajo infantil y femenino, expresaba también la desmitificación de la concepción del trabajo como abnegación. Ya estaba claro entre los obreros que había que liberar al trabajo del sistema industrial de producción.

A su vez, el sindicato establecía una nueva relación con la política y la religión. En primer lugar, en vez de prohibir temas religiosos, como lo hicieron las mutuales del siglo XIX, o asociarse a una secta en particular, debía facilitar “elementos de juicio” a los obreros para que los analizaran por medio de su propia inteligencia. Con respecto a la política, la situación era similar, no había que ser indiferente a la “fuerza política burguesa”, al contrario, había que instruir sobre la organización política de la clase capitalista, de modo de estudiarla, conquistarla y utilizarla. El poder sindical debe ampararse en el poder político, pero no adhiriendo ciegamente a un partido político particular, cualquiera que sea, como lo habían hecho en última instancia las mutuales y las mancomunales, sino que adoptando cierta distancia que le permitiera mantenerse alejado de los vicios partidistas.

Por último, consolidando la visión mantenida tanto por artesanos como por obreros del salitre, deslegitiman la violencia como recurso revolucionario. Mantienen la idea de que la revolución será una transformación progresiva y estará habilitada en gran parte por las cooperativas de consumo y producción. Los obreros terminarían comprando todo en estos lugares, autogestionados por ellos mismos y, en algún momento, el sistema de producción industrial se vería sobrepasado y colapsaría, como una respuesta natural del mercado. La cooperación, tanto de producción como electoral, se posicionaba como la clave de la revolución

Es importante destacar que, en términos generales, quizás por la influencia del anarquismo o del propio desgaste del sistema partidista, la organización obrera desde 1916 hasta 1918 terminó por desvincularse de ideologías o doctrinas particulares. El llamado final es unirse en federaciones, superar fines y objetivos inmediatos y, al mismo tiempo, aspirar a una idealidad mayor. En 1917 se convoca a la Unión Federal chilena y, al año siguiente, se organiza la Sección de Tarapacá de la FOCH, que incluye a todo quien perteneciera a la clase obrera y quisiera acabar con la explotación, independiente de su tendencia ideológica. En esta misma lógica de integración se realiza, en diciembre de 1918, la Asamblea Obrera de la Alimentación en Santiago, que representa a los trabajadores bajo un solo frente, para defender sus necesidades más básicas.

I.2.- Acción Colectiva

Desde una óptica más general, logramos constatar que efectivamente existe una correspondencia muy significativa, más aún, una interdependencia, entre la dimensión discursiva de los individuos y sus acciones concretas desplegadas. Finalmente, el discurso nos permite comprender a cabalidad porque en ciertos momentos, se recurrió a cierto tipo de acciones o, desde otra perspectiva, porque no se utilizaron otras. El desarrollo de una posición discursiva frente a su realidad y la ampliación de esta misma hacia estrategias de acción, es lo más significativo a la hora de explicar el comportamiento político de un sector. Así, veíamos que mientras iban avanzando en distintos niveles de autoreconocimiento, iban concretizando reivindicaciones y propuestas, reafirmando concepciones culturales y construyendo a partir de todo esto una tendencia ideológica que los representara, aparecían estrategias de lucha y asociaciones concretas, que se correspondían perfectamente a lo anterior y operaban como su soporte. Se puede entender entonces, que estas variables en su conjunto componían un tipo de *acción colectiva* que caracterizaba a los sujetos en las distintas etapas de su proceso de politización y que se establecía como la unidad mínima del movimiento popular.

En base al cruce entre lo revisado en la prensa y la conceptualización realizada en el marco teórico (resumido en CUADRO N° 2), podemos afirmar que:

*Los artesanos alcanzaron a desarrollar solo **acciones colectivas reactivas**, demostrando especial **debilidad en la constitución de una identidad de proyecto**. Por el contrario, los obreros del salitre desplegaron en la mayor parte del periodo estudiado acciones plenamente **proactivas**, alcanzando **un grado inédito de politización** dentro de los sectores populares.*

Los artesanos presentaron, en primer lugar, hasta 1882 un grado de autonomía bajo con respecto a la burguesía. Expresado en términos ideológicos, por su apego al liberalismo; culturales, por su simpatía con los hábitos y moral de las élites y; políticos, por ser parte activa en el triunfo del Partido Liberal. Luego, la autonomía conseguida después de 1882 fue relativa: aunque hayan presentado una alternativa política, desvinculándose completamente del

partido liberal, no lo hicieron ni de la ideología liberal, que defiende intereses burgueses, ni de su relación aspiracional con las clases acomodadas. Finalmente, lo que termina por consolidar su debilidad en términos de autonomía fue, en su etapa más avanzada, la fundación del Partido Democrático, que se funda sobre elementos de otras clases y defiende aquellas aspiraciones políticas.

En segundo lugar, el nivel de integración de sus demandas no alcanzó tampoco, en todo el periodo, un desarrollo suficiente. Las reivindicaciones sociales, económicas y políticas que defendieron, no lograban converger en un proyecto común, sino que atendían a problemas coyunturales, sin hacer una mayor reflexión sobre la causa que compartían. Los artesanos diagnosticaron los problemas de cada dimensión de forma aislada, sin establecer mayor relación con el sistema que los reproduce y la íntima causalidad entre ellos. Mientras que en materia económica dirigían sus demandas hacia la protección de la industria nacional, en términos sociales, planteaban mayor instrucción, sin cuestionarse que el tipo de educación recibida reproducía el mismo sistema que los mantenía marginados y, en términos políticos, reivindicaban su integración en el campo institucional a partir de la misma ideología que sus adversarios de clase.

En tercer lugar, se agruparon en organizaciones asociacionales de primer grado, es decir, que se componían directamente de individuos. Las más importantes fueron las sociedades mutuales y las filarmónicas, las cuales se caracterizaron por perseguir objetivos específicos asociados al mejoramiento económico, en las primeras, y sociabilidad en la segunda. En el periodo estudiado, los artesanos no alcanzaron a fundar asociaciones de segundo grado que agruparan a estas sociedades bajo intereses comunes y que les hubiese permitido lograr mayor coordinación y complejidad en sus organizaciones.

En cuarto lugar, como ya lo hemos repetido en variadas oportunidades, su identidad no se forjó en base a un proyecto nuevo de sociedad, sino que se cobijó bajo el amparo del proyecto liberal dirigido por la burguesía. Se limitaron a desarrollar una identidad de resistencia al sistema establecido e incluso legitimadora, cuando defendían la organización capitalista de producción en pos del desarrollo de la industria nacional y la economía general del país. Este

fue uno de los principales determinantes de la dirección que asumió su proceso de politización, la causa de su propio decaimiento y la entrada en escena de los obreros del salitre como protagonistas de la fase más revolucionaria del movimiento obrero.

En quinto y sexto lugar, dejamos a las variables que tuvieron un mayor avance en los artesanos y que permitieron afinar acciones con características proactivas, esto es, el referente de sus demandas y el escenario del conflicto. Con respecto al primero de ellos, los artesanos se caracterizaron, desde una etapa muy temprana, por dirigir sus demandas hacia el Estado, demostrando claridad en quien era el encargado de resolver sus reivindicaciones. Por su parte, los conflictos que desarrollaron los artesanos se plantearon en su mayoría como un problema nacional, superando desde un principio los márgenes locales. Sus principales reivindicaciones, esto es, la protección a la industria nacional y la instrucción, eran desafíos que iban en dirección a mejorar las condiciones de todos los trabajadores del país desempeñados en este rubro. No obstante, su limitada conciencia de clase, no les permitió detectar que su situación formaba parte de un conflicto internacional, que merecía ser abordado como tal.

En el caso de los obreros del salitre, sus acciones colectivas, desde un principio, difirieron en importantes aspectos, con las que habían sostenido los artesanos. Si bien, en los primeros años, destacaban los elementos conciliadores y sobre todo legalistas, estos solo eran resabios naturales de sus antecesores políticos y no paso mucho tiempo para que sus acciones tuvieran un carácter plenamente proactivo. Revisemos cada variable.

En primer lugar, se podría afirmar que el grado de autonomía de los obreros siempre se mantuvo en un nivel alto, consolidado ideológicamente en la primera mitad de la década de 1900, con la introducción del socialismo y, políticamente, alrededor de 1912, con la fundación del Partido Obrero Socialista. Como periodo de transición, los años anteriores a estos, se mantuvo una aspiración, que se hacía notar sobre todo en términos discursivos, por autonomizarse de la burguesía en todos los aspectos, lo que nos hace afirmar que, desde un principio, ya habían superado la elitización sufrida por los artesanos. Desde un comienzo, la ideología liberal no les hacía sentido, los partidos burgueses ya no encontraban adhesión

discursiva entre los obreros politizados y el sistema de creencias establecido comenzaba a ser cuestionado.

En segundo lugar, lograron rápidamente una integración de sus demandas. Las reivindicaciones sociales, políticas y económicas se comprendían como el resultado del funcionamiento del sistema capitalista, de manera que si su miseria tenía una causa común, sus peticiones debían estar interrelacionadas. Con la consagración del socialismo como ideología política y el significativo realce de su capacidad propositiva, desde 1911, notamos que esta integración se afirma en términos concretos. Ya no bastaba hacer cambios en áreas específicas, la transformación debía hacerse a nivel sistémico, abordando con sus propuestas a todas las dimensiones de la sociedad.

En tercer lugar, sostuvieron asociaciones de segundo grado en todo el periodo revisado. La Confederación de las Sociedades Obreras de la Provincia de Tarapacá en Iquique, que reunía a las sociedades mutuales de la región, la Combinación Mancomunal de Obreros, que hacía lo mismo pero con los gremios, la Federación Regional de Salitre y la celebración del Congreso Socialista, fueron todas instancias en donde se agrupaban distintas sociedades obreras en torno a intereses comunes, mostrando gran capacidad de organización y convocatoria. Los gremios – reemplazados posteriormente por los sindicatos- también se congregaron en instancias asociacionales de segundo grado, a través de las cámaras de trabajo, en donde definían sus principales problemas y los pasos a seguir. De esto se infiere, que los obreros de la pampa estuvieron siempre preocupados de llevar sus organizaciones directas, de primer grado, a espacios en donde pudieran interconectarse y planear una conducción integrada.

En cuarto lugar, lo más significativo fue que gestionaron una identidad de proyecto, promoviendo una transformación de toda la estructura social. Esta identidad se fortaleció en los primeros años del siglo XX, cuando el socialismo se comienza a introducir como el proyecto por excelencia del proletariado y se empieza a cuestionar estructuralmente al capitalismo. En la segunda década del siglo XX, esta identidad era desarrollada plenamente por los obreros politizados, sus acciones y discursos se realizaban en el marco de este nuevo proyecto, disidiendo totalmente del sistema social actualizado.

En quinto lugar, al igual que los artesanos y sin más que agregar, sus demandas estuvieron dirigidas en su mayoría hacia el Estado. Tenían plena conciencia de que era el principal sostenedor de la estructura social vigente y que representaba el aparataje político que mantenía el sistema capitalista. De esta forma, aun cuando en términos ideológicos se propagara su transformación o destrucción, las reformas concretas que plantearon los obreros requerían en su mayoría la intervención estatal.

En sexto y último lugar, lograron esclarecer el conflicto político como un devenir internacional. La misión histórica del proletariado deja de ser local o nacional y pasa a constituir un proyecto a nivel mundial. La emancipación de los obreros, requiere abrir espacios internacionales de discusión y lucha, ya que el sistema capitalista funciona también a ese nivel. Con el tiempo, se expresaba una preocupación cada vez mayor por lo que ocurría con el movimiento obrero en el resto de los países de América latina y de Europa. Entre otras cosas: fundan, desde 1902, sociedades de trabajadores internacionales; utilizaron estrategias de acción que se desarrollaban en otros países como el boycott, utilizado por los obreros Bonaerenses; prestaron su adhesión a la revolución maximalista promovida por los comunistas rusos y; financiaron conferencias de carácter internacional.

II.- REFLEXIONES FINALES

¿Cuáles son los principales análisis que se desprenden del comportamiento de las variables revisadas?, ¿En qué medida se puede hablar de un proceso de politización particular para cada actor?, son las principales preguntas que nos deja la lectura de la descripción realizada y que nos remite a realizar un análisis más general sobre la trayectoria política de cada uno.

En primer lugar, tomando en consideración el tipo de acción colectiva desplegada por cada uno, ¿se puede llegar a concluir cual de los actores alcanzó mayor grado de politización? Sí, pero no restarle significado ni valor histórico a la trayectoria política de ninguno de los dos. El enfoque de este trabajo asume la idea de que cada actor fue el artífice de distintas etapas del movimiento obrero, formadas causalmente por la dirección que cada uno le dio. En este sentido, no es que la politización del artesano fuera menos trascendente que la del obrero del salitre, de hecho su desarrollo político se dirigió a integrar, por primera vez en la historia del país, al proletariado en el campo político institucional y a enarbolar la formación de ciudadanos políticos capaces de interferir en el desarrollo general del país. Todas las variables que analizamos mostraron como la evolución experimentada por el artesano no fue producto de un desinterés político o reivindicativo, sino que su escenario económico, social y cultural estableció las condiciones para elevar intereses en torno a su integración al sistema y a extraer por primera vez a políticos influyentes del mundo obrero.

Su contribución entonces fue significativa y, en algún sentido, se podría decir que un antecedente histórico necesario para las luchas venideras en manos de los obreros del salitre. De hecho, muchas de las primeras posiciones políticas de los trabajadores salitreros hacían referencia a lo experimentado antes por los artesanos, aun cuando finalmente se desvincularan de ellas. El apego al orden, la importancia de la actividad política y la constitución de obreros vinculados a los valores de honradez, sobriedad, ilustración y laboriosidad, fueron elementos compartidos por ambos y que nacieron del seno de los artesanos del siglo XIX.

Sin embargo, los obreros del salitre, al estar expuestos a condiciones de vida más precarias y a una situación de explotación inédita en su trayectoria laboral, mantuvieron una integración al

sistema económico, social y político casi inexistente, de manera que ninguna institución sostenida por éste los interpelaba, ni siquiera el espacio político ganado por los artesanos, que no les significaba ninguna mejora sustancial. En este sentido, es que alcanzaron una politización mayor que los llevo, consecuentemente, a proyectar un orden socioeconómico totalmente distinto al que imperaba, demostrando una capacidad de transformación real de las condiciones de los trabajadores, que los artesanos no fueron capaces de desarrollar. Así, lograron comprender realmente la contingencia del orden social y, de tal forma, llevaron su pensamiento hacia la esencia de lo político: la transformación del orden social bajo un proyecto genuino de clase.

Que lo anterior haya estado determinado por las condiciones económicas de cada uno, que los mantenía bajo distintas relaciones con el capital, es una variable que no podemos desconocer, pero que esto sea lo único que explica sus diferencias, forma parte de una visión reduccionista que no apoyamos. No solo estaban expuestos a sistemas de trabajo particulares, sino que eran trabajadores con orígenes totalmente distintos, con costumbres laborales diferentes y, por ende, con condiciones culturales que divergieron tanto en los comienzos de su proceso político, como en el desarrollo y culminación de éste.

Nuevamente queda demostrado que no se puede analizar a cabalidad los comportamientos y características de algo o alguien en su presente, si no lo vinculamos en relación a su pasado. No podemos entender el pensamiento político de los artesanos de Santiago de finales del siglo XIX, sin considerar sus orígenes como trabajadores independientes ligados a las zonas rurales del país y su formación como la primera generación de obreros industriales. Lo mismo para los trabajadores del salitre, su origen rural y muchas veces sureño, era un componente cultural muy importante para comprender su constante y cada vez más profundo desencanto sobre sus condiciones laborales y económicas. La relación que establecieron con el sistema de producción y con las elites, por esto mismo, fue distinta. Mientras que los artesanos aspiraban a formar parte activa en el sistema de producción y a compartir los espacios culturales y de poder con la burguesía industrial, los obreros del salitre querían transformar ese sistema de producción y suplantar por completo a la burguesía en esos espacios hegemónicos de poder.

Como vimos, las distintas variables que componían las dimensiones de discurso y acción, tuvieron resultados muy diferentes en cada actor. Aunque ambos segmentos de trabajadores representaran al mismo movimiento político, que tenía como principal objetivo defender a todos los trabajadores del país, sin distinción, de las distintas formas de explotación y miserias a las que eran sometidos, cada uno enfatizó en distintas luchas e intereses. Por su parte, mientras los artesanos asumieron una visión más conciliadora con el capital, producto de una formación sociocultural que los hacía aspirar a una posición económica y política enmarcada en los parámetros del capitalismo reinante, los obreros del salitre luchaban por desligarse de todo espacio que se pudiera abrir desde el sistema económico que imperaba, con la intención de integrarse en uno nuevo, en donde se redefinieran la distribución de los poderes y recursos en su totalidad.

La politización de los artesanos se caracterizó por buscar espacios dentro de lo establecido y, antes que todo, en el campo político de la sociedad. Su crítica más radical frente al funcionamiento del sistema, coincide con la pretensión de democratizar el sistema político, para defender sus intereses desde su interior. Esta aspiración, la realizaron a través de una actitud que ideológica y culturalmente los acercó a la burguesía y los terminó por consolidar como la primera generación de políticos obreros de tendencia liberal. A pesar de que finalmente lograron desarrollar un liberalismo autónomo del Partido Liberal, consagrado en el Partido Democrático de 1887, sus reivindicaciones y propuestas no implicaron nunca un cuestionamiento a las instituciones del sistema ni al orden social en su conjunto. La protección a la industria nacional, eje de sus demandas, enmarcada en una visión económica progresista, que por muchos años despreocupó la defensa del trabajador dentro de esta industria; la promoción de una instrucción netamente ligada a conocimientos técnicos; su posición colonizadora frente a los territorios indígenas, como parte de su estrategia de fomento productivo; la abolición de la guardia nacional, justificada solo por los valores de justicia e igualdad, que permitía que a su vez se apoyara una idea patriótica y nacionalista, ligada a la formación de una república con miras a transformarse en potencia económica, son todos ejemplos del carácter conciliador y armónico que asumía el proceso de politización entre los artesanos.

Si lo analizamos ahora en términos culturales, los artesanos fueron los principales artífices de la figura del obrero honrado, austero y laborioso, que resultaba consonante con la creación de la reserva de trabajadores que habilitó el desarrollo industrial del país. Asimismo, su apego incuestionado a la legalidad y autoridad, producto de la influencia cultural norteamericana, que los llevó a profesar la moral republicana, basada en el orden y el respeto mutuo, no solo los mantuvo alejados de las acciones directas de carácter combativo, sino que además los llevó a sostener una fuerte campaña antirevolucionaria. Además, sus organizaciones más importantes, las sociedades de socorros mutuos y las filarmónicas, fueron las principales promotoras del sistema reinante y de la actitud conciliadora frente a la burguesía; aun cuando las primeras, en una última etapa, decidieran ocuparse de temas políticos, lo hicieron en estrecho vínculo con las organizaciones y partidos liberales que aún comandaba la burguesía del país.

Podríamos decir entonces que lo más significativo de la politización artesanal, fue originar por primera vez en el mundo popular redes asociativas que promovieran la existencia de fraternidad y unión de clase y, a través de esto mismo, un proyecto popular que se concentrara, como acertadamente ha planteado Sergio Grez, en la regeneración material y moral del pueblo, a partir de la formación de la institucionalidad política que les permitiera llevarlo a cabo. Los artesanos de Santiago, lograron levantarse como una fuerza política que fue capaz de hacerle peso a los poderes instalados desde la burguesía. De no haberse conseguido esto primero, quizás el movimiento obrero no se hubiese desarrollado de la misma forma, ya que fue cuando los artesanos ganaron un espacio público para desarrollar sus intereses y luchar por ellos, que inauguraron el territorio autónomo que se mantuvo abierto y arraigado para qué, tiempo después, se pudieran organizar y asociar políticamente el resto de los trabajadores. Así, cuando los obreros del salitre comenzaron a dirigir el movimiento, ya tenían un espacio sólido para desarrollar las demandas populares, ahora solo había que radicalizarlas y conseguir las con acciones revolucionarias.

De esta manera, podríamos entender que el *proceso de politización* de los trabajadores de la pampa salitrera estuvo determinado por la del artesanado, expresado no solo porque en una primera etapa basaron muchas de sus ideas en el pensamiento político artesanal, sino que también porque fue justamente en el momento que lograron desligarse de él, que sus ideas se

desarrollaron de manera más genuina. Así, se observa que en su *proceso de politización* existió primero una fase de construcción ideológica y cultural, que culminó con la creación del POS en 1912 y que los fue distinguiendo de los artesanos. Los obreros redefinieron los elementos que antes habilitaban la acción de estos últimos y los adecuaron a su propia experiencia; nociones alrededor de conceptos como los de patria, trabajo o religión, asumían otro valor y se expresaban ahora en sintonía con el proyecto socialista. A su vez, en vista de los fracasos y aciertos de la experiencia política inicial de los artesanos, los obreros del norte enfatizaban ciertos aspectos de la realidad social y se distanciaban de otros. Fue así como, en esta primera etapa de su desarrollo político, se preocuparon de saldar la deuda que habían dejado los artesanos con respecto a la comprensión de las relaciones económicas y sociales del sistema capitalista y a superar sus estrategias y deficiencias organizacionales.

Luego, cuando el proyecto socialista ya estaba consolidado, se desarrolla una segunda etapa, basada en el despliegue de su capacidad propositiva y el afianzamiento de nuevos métodos de lucha. La mayor parte de sus reivindicaciones eran asumidas por su nuevo partido de clase y orientadas a transformar el sistema económico y social. El espacio político partidista, desde donde nacía el POS, era utilizado como arma central para transformar progresivamente la legislación, a través del parlamento, y mejorar las condiciones de vida de los obreros, por medio del municipio. A pesar de que este espacio había sido ganado por los artesanos, la capacidad propositiva que alcanzaron a desarrollar estos últimos en torno a él, fue mucho menor que la de los obreros del salitre, probablemente porque no contaban con un partido que se hiciera cargo fielmente de sus aspiraciones, esto solo ocurrió a finales de la década de 1890 con la fundación del Partido Democrático. Así, los obreros lograban complementar el desarrollo de su pensamiento revolucionario, basado en la transformación estructural del régimen socioeconómico, con la solución de los problemas más urgentes de los trabajadores a partir de la institucionalidad política vigente. La claridad de su pensamiento político, les permitía enfrentar cabalmente una lucha política electoral pese a priorizar ideológicamente la lucha de clases a través del enfrentamiento directo con el capital. La revolución finalmente ocurriría independiente de la lucha política y si bien la integración al campo político les ayudaba, no les era suficiente, había que fomentar acciones de otro tipo, como las huelgas o el boycott, de manera de ir derrocando desde dentro al sistema de producción capitalista. De

hecho finalmente, cuando se instala el sindicalismo, la actividad política, aunque no desaparece, pierde protagonismo en comparación con la educación, las huelgas o las cooperativas, como estrategias de lucha.

Es sobre este punto, que se hace más significativa la diferencia de politización entre los obreros salitreros y los artesanos, ya que mientras los últimos dirigieron la totalidad de sus esfuerzos a dominar el sistema político, los primeros lo hicieron solo como estrategia secundaria supeditada al desarrollo de un pensamiento revolucionario que intentaba transformar el sistema económico. Fue esto, lo que finalmente determinó la diferencia en el comportamiento de las variables y la dirección que asumió el movimiento obrero cuando era liderado por cada uno.

Finalmente, como podemos apreciar, aunque el movimiento obrero se puede comprender como un continuo, los distintos actores que intervinieron se desarrollaron de forma independiente, dados a sus propias condiciones. En este caso, estudiamos específicamente a los artesanos de Santiago y a los trabajadores de las minas salitreras del norte, por ser quizás los más representativos, pero dejamos a un lado a muchos sectores de trabajadores que de la misma forma intervinieron en el conflicto político de la época. Algunos de ellos, como los portuarios de Valparaíso, los mineros de Lota y coronel o los obreros de las estancias ovejeras de Magallanes, fueron actores de gran relevancia política y social que merecen ser estudiados con la misma profundidad que los presentes, para revelar sus propias particularidades.

BIBLIOGRAFÍA

Textos Consultados

1. Agulhon, Maurice [et. al.], *Formas de Sociabilidad en Chile, 1840-1940*, Santiago: Editorial Vivaria, 1992.
2. Arendt, Hannah. *La Condición Humana* (1958). Barcelona: Ediciones Paidós, 2005.
3. Arias, Osvaldo. *La Prensa Obrera en Chile 1900-1930*. Universidad de Chile, 1970.
4. Barría, Jorge. *El Movimiento Obrero en Chile. Síntesis histórica social*. Santiago: Colección Trígono, 1971.
5. Braudel, Fernand. “historia y sociología” en *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial, 1970.
6. Burke, Peter. *Sociología e Historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.
7. Castells, Manuel. “el poder de la identidad” en *La era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura*. Volumen II. México. siglo veintiuno editores, 2000.
8. Cruz, Rafael. “Conflictividad Social y Acción Colectiva: Una lectura cultural” en *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001.
9. Cruzat, Ximena. *El movimiento Mancomunal en el Norte Salitrero*, 1982.
10. Devés, Eduardo. “El pensamiento de Fermín Vivaceta y del mutualismo en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Estudios Latinoamericanos*, N° 1, Santiago, 1987
11. _____. “la visión de mundo del movimiento mancomunal en el norte salitrero entre 1901 y 1907.” Seminario impartido en la cátedra de pensamiento Latinoamericano. Abril-Mayo. 1980. Academia de Humanismo Cristiano

12. _____. “Orígenes del Socialismo Chileno” en *Cuadernos Hispanoamericanos* N° 453. Marzo de 1989.
13. _____. *Los que van a morir te saludan*. Santiago: LOM ediciones, 1997
14. _____. *El Pensamiento Socialista en Chile. Antología 1893-1933*. Santiago: Ediciones Documentas, 1987.
15. _____. “La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario” en *Mapocho* n°30. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Segundo semestre de 1991.
16. Durán, Claudio. *El Mercurio, Ideología, y Propaganda: 1954-1994*. Santiago: Ediciones Chile América- CESOC, 1995.
17. Ellen Kay Trimberger. “E. P. Thompson: Understanding the process of History” en Skocpol, Theda (ed). *Vision and method in Historical Sociology*. New York: Cambridge University Press, 1994.
18. Esteves, Carlos. *Orígenes del movimiento obrero en Chile. La institucionalización del conflicto*. Memoria para optar al grado de licenciado en ciencias jurídicas y sociales. Universidad de Chile, 2004
19. Gazmuri, Cristian. *El 48 chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*. Santiago: Editorial Universitaria, 1992.
20. _____. “Influencias sobre la historiografía chilena: 1842-1900” en De Mussy, Luis (ed.) *Balance Historiográfico Chileno*. Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae, 2007.
21. Giddens, Anthony. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración* (1984). Buenos Aires: Amorrortu ediciones, 1995.
22. Grez, Sergio, Zapata, Francisco y Moira Mackinnon. *Formas Tempranas de Organización Obrera*. Buenos Aires: Ediciones la Crujía. Colección Ayacucho, cuaderno n°4, 2003

23. Grez, Sergio. *De la Regeneración del Pueblo a la Huelga General*. Santiago: Dibam, 1997.
24. _____. “Movimiento popular urbano en Chile entre el cambio de siglo y la época del centenario (1890-1912)”. En *Contribuciones científicas y tecnológicas* N°109, 1995. USACH
25. _____. “El proyecto popular en el siglo XIX” en Grez, Sergio y Manuel Loyola (compiladores). *los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Santiago: ediciones UCSH, 2002.
26. Hobsbawm. Erich, *Rebeldes Primitivos: Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Editorial Critica, 2003.
27. llanes, María Angélica. “En torno a la noción de proyecto popular en Chile”, en Grez, Sergio y Manuel Loyola (compiladores). *los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Santiago: ediciones UCSH, 2002.
28. Jobet, Julio Cesar. *Ensayo critico del desarrollo económico y social de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1955.
29. _____. *Los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chileno*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana, 1973.
30. _____. “Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos”, en *Prensa Latinoamerican*. Santiago, 1955
31. Marchant, Oliver. *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009
32. Massardo, Jaime. “Proyecto nacional y clases subalternas” en Grez, Sergio y Manuel Loyola (compiladores). *los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Santiago: ediciones UCSH, 2002.

33. Moulian, Tomas. *La concepción de la política e idea moral en la prensa obrera: 1919-1922*. Documento de trabajo N° 336, Programa Flacso, Santiago, 1987.
34. Nash, J., 1974-1976. “Conflicto industrial en los andes: Los mineros bolivianos del Estaño”. En *Estudios Andinos*, N° IV.
35. Pinto, Julio. “Cortar raíces, Criar fama: el peonaje chileno en la fase inicial del ciclo salitrero, 1850-1879”. En *Historia* N°27. Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1993.
36. _____. *Desgarros y utopías en la pampa salitrera*. Santiago: Lom ediciones, 2007.
37. _____. “La transición laboral en el norte salitrero: la provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile. 1870-1890”. En *Historia* N° 25, Santiago, 1990
38. Pinto, Julio y Luis Ortega. *Expansión Minera y Desarrollo Industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile 1850-1914)*. Santiago: U. de Santiago, Departamento de Historia, 1990.
39. Pinto, Julio y Verónica Vivaldi. *Revolución proletaria o querida chusma?*. Santiago: LOM ediciones, 2001.
40. Pizarro, Crisóstomo. *La huelga obrera en Chile 1890-1970*. Santiago: Ediciones Sur, Colección estudios históricos, 1986.
41. Ramírez N., Hernán. *Historia del Movimiento Obrero en Chile. Siglo XIX*. Santiago, 1956.
42. Ranciere, Jacques. *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1996.
43. Rodriguez, Dario y Marcelo Arnold. “Niklas Luhman: Teoría y Aplicaciones” en *Sociedad y Teoría de Sistemas*. Santiago: Editorial universitaria, 1992

44. Salazar, Gabriel. *Del poder constituyente de Asalariados e intelectuales (Chile, siglos XX y XXI)*. Santiago: LOM ediciones, 2009.
45. _____. “Historiografía chilena siglo XIX. Transformación, responsabilidad y proyección” en De Mussy, Luis (ed.) *Balance Historiográfico Chileno*. Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae, 2007.
46. _____. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del Siglo XIX*, Santiago: Ediciones Sur, 1989.
47. _____. “Proyecto histórico social y discurso político nacional. Chile, siglo XIX” en Loyola, Manuel y Sergio Grez (compiladores) en *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*. Santiago: Ediciones UCSH, colección Monografías y Textos, 2002.
48. _____. “El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile 1950-1975”. *Revista Nueva Historia*. Año 1 n° 4. Londres, 1982.
49. Segall, Marcelo. “Biografía Social de la ficha- Salario” en *Revista Mapocho* N° 2, 1964.
50. _____. *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialecticos*. Santiago: Editorial de pacifico, 1953.
51. Skocpol, Theda. *Los estados y las revoluciones sociales. un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*. Fondo de Cultura Económica, 1984.
52. _____. “Sociology’s Historical Imagination” en *Vision and method in Historical Sociology*. New York: Cambridge University Press, 1994.
53. Sunkel, Guillermo. “De la prensa obrera al diario de izquierda” en *Razón y Pasión de la Prensa Popular* Santiago, Chile: ILET, 1985.

54. Tilly, Charles. “Comparaciones” en *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: alianza editorial, 1991.
55. Tilly, Charles, Tilly, Louise y Richard Tilly. *El siglo rebelde, 1830-1930*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.
56. Thompson, Edward. “Estructura y Proceso” en *La miseria de la Teoría*. (1978) Barcelona: editorial Crítica, 1981.
57. _____. *Formación histórica de la clase Obrera. Inglaterra: 1780-1832*. (1963) Barcelona: editorial Laia, 1977.
58. _____. *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Editorial Crítica, 1979.
59. Vilate, Luis. *Interpretación Marxista De La Historia de Chile*. Tomo IV y V, Santiago: LOM ediciones, 1993.
60. Zapata, Francisco. “Los mineros como actores sociales y políticos en Bolivia, Chile y Perú durante el siglo XX”. III Encuentro de Historiadores y Cientistas Sociales Chileno-Bolivianos. La Paz, 2002.

Periódicos Revisados

Artisanos de Santiago

1. *La Voz de Chile*. Santiago, 1862-1863
2. *El Porvenir del Artesano*. Santiago, 1862
3. *El Lincoln*. Santiago, 1865
4. *El Artesano*. Santiago, 1869-1870
5. *El Trabajador*. Santiago, 1871
6. *El Guía del Pueblo*. Santiago, 1875
7. *La Unión*. Santiago, 1876
8. *El Taller*. Santiago, 1879
9. *El Tipógrafo*. Santiago, 1879
10. *El Precursor*. Santiago, 1882
11. *La Razón*. Santiago, 1884-1885
12. *La Voz del Pueblo*. Santiago, 1885
13. *El Gutenberg*. Santiago, 1886-1887
14. *El Hijo del Pueblo*. Santiago, 1886-1888
15. *La Asamblea*. Santiago, 1887
16. *El Obrero*. Santiago, 1887
17. *La Justicia*. Santiago, 1888
18. *Las Sociedades*. Santiago, 1888

Obreros del Salitre

1. *El Obrero*. Iquique, 1896
2. *El Trabajo*. Iquique, 1901-1908
3. *El Obrero Libre*. Huara, 1902
4. *La Voz del Obrero*. Taltal, 1902-1903
5. *El Defensor de la Clase Proletaria*. Iquique, 1902-1906
6. *El Defensor*. Iquique, 1904-1905
7. *Boletín del Trabajo*. Iquique, 1905
8. *1° de Mayo*. Iquique 1907-1908
9. *El Grito Popular*. Iquique, 1911
10. *El Despertar de los Trabajadores*. Iquique, 1912-1918
11. *La Defensa*. Iquique, 1916
12. *El Surco*. Iquique, 1917-1918
13. *Pluma Rebelde*. Iquique, 1917

ANEXOS: TABLAS RESUMEN